

PATRICK McGRATH

LA ENCARGADA DE VESTUARIO



La encargada de vestuario

PATRICK McGRATH

Traducción de
Javier Calvo



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@Literaturarandomhouse



@LitRandomHouse



@Litrandomhouse

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Maria

Había muerto el actor Charlie Grice. Su muerte había sido un shock, y aquella grata comunidad, los hombres y mujeres del teatro de Londres, se había congregado para el funeral. Corría el mes de enero de 1947 y en Golders Green hacía un frío de mil demonios. Nos juntamos en el patio de la iglesia, y para cuando entramos en la enorme capilla ya éramos tantos que los últimos en llegar tuvieron que quedarse fuera. Localidades agotadas; en fin, Gricey no se merecía menos. Aunque no teníamos tan claro que él hubiera elegido Golders Green. Su hija Vera llevaba gafas oscuras y abrigo de piel negro. También era actriz; se la veía frágil y se pasó todo el servicio agarrada al brazo de su madre. Su madre era Joan Grice y también iba de negro y con velo. Joan no solía caer bien, pero aquel día costaba no tenerle lástima. Daba la impresión de que habían tenido un buen matrimonio.

De Joan Grice habíamos oído decir que era una preciosidad. Era una mujer que llamaba la atención, ciertamente, y una figura formidable. Tenía el pelo negro y sin una sola cana. Lo llevaba severamente recogido hacia atrás; un peinado adecuado, se decía, para precipitarse sobre el mundo guadaña en ristre. Era igual de alta que su difunto marido y delgada, con una cara pálida y angulosa y la barbilla siempre en alto; el conjunto parecía tallado en alguna roca blanca y dura. El efecto podía ser dramático. Pero cielos —y odiamos decirlo—: ¡tenía una dentadura horrible! Descolorida, con las raíces negras y huecos entre los dientes. Y como le pasa a tanta gente inglesa, quizá eso explicara su carácter agrio, es decir, su profunda reticencia a sonreír. Pero aunque podía tener una lengua viperina, también tenía una mente lúcida, incluso cuando bebía. Y era una de las mejores encargadas de vestuario de Londres.

Para vestirse a sí misma le gustaba la tela negra de buena calidad, los vestidos de corte antiguo y quizá con algún resalte plateado en la garganta o las muñecas. Cuando hacía falta era excepcionalmente hábil con la aguja, y también rápida. Si le dabas un poco de relleno, ribetes, pliegues de tabla, alfileres y repunte y un trozo de encaje, te podía convertir la prenda menos prometedora en algo elegante y distinguido. Por debajo del abrigo llevaba una chaqueta de corte cuadrado, ancha de hombros y combinada con falda estrecha. Medias de seda fina.

Joan se enorgullecía de su trabajo y esperaba que quienes trabajaban para ella observaran los mismos estándares de calidad que ella. Siempre intentaba evitarle a su marido la devastación que era capaz de desencadenar sobre otros mortales de menos valía, aunque no siempre lo conseguía. Pero cuando se trataba de su hija —es decir, cuando se trataba de Vera— era una leona. A la

mayoría de los presentes los conocía, pero había unos cuantos —y sabíamos quiénes eran, ya lo creo— a quienes no había visto nunca, y que no eran gente del teatro, y es que Gricey se había mezclado con toda clase de gente, y los criminales no eran ninguna excepción. Estaba allí sir John Brogue, y con toda la razón, porque Joan se había encargado a menudo de su vestuario, y también Dame Anna Fitch, toda de blanco, sonriendo ligeramente con su cara mal empolvada mientras repartía lirios, y ¿dónde demonios había conseguido lirios en aquel invierno de austeridad? Estaban presentes Ed Colefax y Jimmy Urquhart, que no tenía mal aspecto para haberse pasado una temporada en la trena, además de las viejas amigas de Joan, Hattie Waterstone y Delphie Dix, la vieja bailarina ahora en silla de ruedas. Y Rupert, claro, sin blanca, según se comentaba; y, en fin, muchos miembros de la vieja panda, los que habían sobrevivido a la guerra. Y pensar que Gricey se lo estaba perdiendo... Le habría encantado.

Entretanto Vera seguía con las gafas oscuras puestas y bien agarrada del brazo de su madre mientras avanzaban hacia la capilla, y estaba claro que la pobre lo estaba pasando mal. Con lo alta y encantadora que era, más escultural que su madre, y sin embargo qué delicada se la veía aquel día... se nos rompía el corazón al verla, en serio.

El marido de Vera era Julius Glass, el ex promotor teatral, un tipo flaco y de piel cetrina unos veinte años mayor que su mujer y que ahora ocupaba su flanco izquierdo; a su lado estaba Gustl Herzfeld, una refugiada judía a la que al parecer Julius había salvado de los nazis y una criatura de lo más interesante. A Hattie le había contado que era hermana de Julius, pero nosotras teníamos nuestras dudas. Parecía improbable, con franqueza. Entretanto Julius se mantenía sombrío y vigilante y pegado a sus mujeres como si fuera una especie de garza amarilla de pantano. Nadie tenía ni idea de qué le parecía a Joan que él estuviera allí, pero habíamos oído decir que Julius y Gricey no se llevaban demasiado bien, por decirlo suavemente, y hasta se decía que Julius había estado presente cuando él se había caído por la escalera.

Pero eran la familia, así que los acompañaron a los tres al frente de la capilla y allí ocuparon su banco. Joan oía detrás de ella un murmullo de conversaciones y de vez en cuando alguna risa. Todos habíamos querido a Gricey; o por lo menos algunos. Luego vino el ataúd. Oh, el momento más duro, está claro. Entró por el lado izquierdo del escenario, a hombros de seis hombres fuertes. Vera dejó escapar un sollozo convulso y Julius la rodeó con el brazo. Joan pensó que Vera se lo iba a quitar de encima, pero lo que hizo ella fue apoyarse en él, como si, en caso de no hacerlo, se fuera a caer redonda al frío suelo de piedra, la pobre. Y el frío no era ninguna broma, te helabas allí dentro, veíamos el aliento de los oradores convertirse en nubecillas en medio de la humedad gélida de aquella capilla abarrotada y llena de vapor. Había previsiones de nieve para unas horas más tarde. La que nos espera, pensábamos, otro puñetero invierno horroroso.

Luego empezó a subir gente a la tarima para hablar del muerto. Se contaron anécdotas. Su trabajo en tiempos de guerra como agente especial de la policía en el West End. Las historias que

había contado. Había estado en el Café de París después de que cayera aquella bomba espantosa por el pozo de ventilación, poca broma. Snakehips Johnson había quedado hecho pedazos. Aquella noche murieron ciento ochenta y seis personas en Londres. Se recordaron los actos de amabilidad y el apoyo tanto moral como monetario que Gricey había prestado a otros en épocas de crisis o de pérdida. Monetario, pensó Joan, ¿y de dónde había salido aquello? Nunca habían ido muy holgados de dinero.

Fluían olas de compasión desde el fondo de la capilla hasta las personas más cercanas a Gricey, Joan lo notaba, y una gran parte iba para Vera, cuya historia los presentes conocían bien. Qué gran promesa, qué presencia escénica tan luminosa; todo el mundo lo decía. Absolutamente desconsolada. Había estado muy unida a su padre, claro. Todo lo que sabía lo había aprendido de él, y había que verla ahora. Estaba destrozada.

Al terminarse el servicio vimos al viejo Gricey salir por la parte de atrás, a través de las cortinas, en su ataúd —¡en su ataúd!—, ¿y cómo vamos a seguir adelante sin él?, debieron de pensar ambas mujeres, madre e hija. Y entonces el peligro de desplome se hizo más real. Pero aguantaron de pie; Vera se había quitado las gafas de sol y ahora se le veían los ojos húmedos y enrojecidos en aquella cara trágica y demacrada, encantadora incluso en pleno dolor. Ahora iba cogida del brazo de su madre mientras las dos avanzaban despacio por el pasillo, y no quedaba ni un ojo seco en la sala, hasta la última mirada estaba clavada en el lento avance de aquellas dos mujeres altas y vestidas de negro, la madre muy erguida y esbelta, la hija meciéndose un poco, con pinta de estar casi tambaleándose de pena. Como si fueran de la realeza, iban girándose a un lado y al otro, saludando con la cabeza, ofreciendo una media sonrisa estoica de labios tensos a unas caras al mismo tiempo compasivas y llorosas, pero por encima de todo caras conocidas de un millón de camerinos y telones, fiestas de estreno y ensayos gélidos en centros parroquiales con escarcha en las ventanas. Ese era nuestro mundo. Y estábamos despidiéndonos de uno de los nuestros.

Luego volvimos a congregarnos en el patio. Julius había ofrecido su casa para la recepción, y hasta había organizado el transporte para quienes no tenían vehículo. A Joan no le hacía demasiada gracia, estaba claro, pero la pobre tampoco tenía energía para protestar. Roma no se hizo en un día y tampoco era fácil llegar hasta Pimlico desde Golders Green, pero aun así fuimos, varias docenas, y cuando la familia se nos unió más tarde, después de poner a descansar a Gricey, o por lo menos sus cenizas, la fiesta ya estaba bastante animada.

*Bajo el inmenso y estrellado cielo,
cavad mi fosa y dejadme yacer.*

Los actores somos como sacerdotes, o quizá como enterradores, según hemos oído decir,

porque vivimos en una relación bastante íntima con la muerte. Todos hemos muerto mil veces en público sobre el escenario y no nos tomamos la muerte a la ligera. Tampoco nos la tomamos demasiado en serio. Lo que sí nos tomamos en serio es el sufrimiento de los allegados, así que acudimos en masa a honrar al viejo Gricey, y para cuando Joan y Vera entraron en casa de Julius se la encontraron abarrotada, había gente en todas las habitaciones; hasta en el jardín de atrás, a pesar del frío y del largo trayecto, y sin embargo Vera había insistido. Quería que la recepción del funeral de su padre se celebrara en casa de su marido, igual que había querido incinerarlo en Golders Green, ¿y quién se lo podía negar? Tenía sus razones, y su madre sabía que no le convenía discutir con Vera cuando se le metía algo en la cabeza. Por mucho que significara celebrar la recepción en casa de *aquel hombre*.

La puerta de la casa todavía se estaba cerrando detrás de ellas, y la oleada enorme de voces se les estaba echando encima, obligándolas a avanzar y unirse a todo aquello, asumiendo los papeles protagonistas, cuando Joan la oyó; suave, socarrona, y oh, *inconfundiblemente* suya, la voz de su marido:

—Recobra la compostura, cielo. Te toca salir a escena.

Cuando llegó a la cocina alguien le dio un vaso grande de ginebra, pero ella se había quedado apabullada y casi desquiciada al oír la voz de su marido y quería más. Quería volver a oírlo; lo que quería en realidad era *conversar*, de forma que salió de la cocina y subió las escaleras hasta el dormitorio de Julius y Vera. Se sentó en la cama, pero no pasó nada. Silencio. Le suplicó que volviera a hablar. Oía los gritos y las risas de las varias docenas de personas congregadas en la planta baja pero no oía a Gricey. Por primera vez desde su muerte, Joan sintió que se estaba empezando a romper, como una rama muerta en invierno, nos lo contaría más adelante. Ahora estaba llorando, no solo de pena sino también de frustración. No se dio cuenta de que estaba temblando hasta que la puerta empezó a abrirse despacio. Se giró, petrificada, unida a la cama como por raíces, sin saber qué esperar, y entonces apareció una cabeza al otro lado de la puerta. Era Vera.

—Aquí estás. Oh, Dios, mamá, estás helada.

Menuda imagen debía de estar dando, supuso, temblando y llorando en la cama, y odió que Vera la viera así. De hecho, Vera casi nunca había visto llorar a su madre, y ahora la miró con cierta curiosidad. Se sentó a su lado en la cama y la rodeó suavemente con los brazos. Joan le contó lo que había pasado, que había oído la voz de Gricey, y Vera no dijo que ella también la hubiera oído, porque no era el caso. Se limitó a abrazar a su madre y a murmurarle unas palabras de consuelo. Luego le dijo que deberían bajar a la fiesta, algo que Joan no se había esperado, ya que un rato antes Vera le había dado a entender que lo último que necesitaba era una fiesta, pero a fin

de cuentas *era* la recepción del funeral de su padre. Así que ahora le dijo a su madre que tenía que volver a la refriega. O como habría dicho Gricey, y de hecho se lo había dicho: «Recobra la compostura, cielo. Te toca salir a escena».

De forma que bajaron y en la cocina una mujer mayor le dijo a Joan que entendía lo que sentía porque ella también había perdido a su marido.

—¿Cuándo? —preguntó Joan.

—En Navidad hizo diecisiete años, querida.

—Yo no duraré tanto —repuso Joan. Luego le preguntó a la mujer si todavía lo echaba de menos.

—Sí, cielo, ya lo creo.

Y acercándose a ella, le dijo:

—Todavía no le he dado permiso para marcharse.

Cogió a Joan del codo, toda polvos de talco y risillas de cacatúa y naftalina y ginebra, y le contó que todavía no había terminado con él.

¿Terminado con él?, pensó Joan. Tampoco ella iba a poder terminar, hasta que se muriera también y los dos, Gricey y ella, no fueran más que puntos luminosos en las mentes de quienes los recordaran. Después irían perdiendo luz con cada año que pasara, hasta apagarse tanto que resultaran prácticamente invisibles y por fin desaparecieran del todo. Y entonces no quedaría nada de ellos, pensó, solo oscuridad. Eso es *terminar*, pensó.

Sí, era enero, 17 de enero de 1947. El día más frío de lo que llevábamos de año. Algo que recordar; ¿cómo olvidarlo?

*Alegre he vivido y alegre muero,
pero al caer quiero haceros un ruego.*

Aquella misma noche, mientras empezaba a nevar, Joan se sentó a la mesa de la cocina del piso de Archibald Street, donde habían vivido durante casi treinta años. En Mile End. Al lado mismo del cementerio y del Hospital de Saint Clement. Tenía la cabeza apoyada en las manos y una sensación de náusea en la boca del estómago. El dolor llega en oleadas, eso lo estaba descubriendo, y también ocurre por fases. Por fin estaba empezando a construir una explicación de lo sucedido, y era difícil no buscar culpables. Por supuesto, la culpable era ella, de *eso* era muy consciente; tendría que haber sido capaz de salvarlo, aunque Dios sabe, pensó, que su marido era un hombre difícil en el mejor de los casos, y últimamente además le costaba recordar sus diálogos a menos que los repasara todas las mañanas. Por entonces estaba interpretando a Malvolio en el Teatro Irving de Saint Martin's y sí, aquel día había estado bebiendo, estaba furioso, y eso Joan lo sabía a ciencia cierta, la desgracia no habría pasado si su marido no hubiera estado enzarzado en

plena bronca con Julius Glass, si bien ella no tenía forma de saber qué fue lo que se dijeron aquellos dos, aunque probablemente debió de tener que ver con Vera, y teniendo en cuenta lo que ella sabía de Julius, cualquiera se habría puesto furioso con él, habría salido en estampida por la puerta de atrás y, cielos, pobre Joan, se habría caído por las escaleras.

Una semana más tarde no se sentía mejor. Se sentía peor, de hecho. Ya hacía tiempo que las cosas entre su marido y ella no estaban yendo bien; bueno, años, para ser sincera, pero eso no cambiaba lo que estaba sintiendo. Joan le había dado su corazón a aquel hombre, y si Gricey se había alejado de ella, pensó, era porque los hombres eran así. Pero él había seguido volviendo a casa y a su lado todas las noches. Y ahora ella estaba convencida de que él no estaba muerto. No, lo habían *enterrado vivo*. Les había dejado que *lo enterraran vivo*. En realidad ella lo había incinerado, pero estaba claro que la cabeza no le funcionaba bien. Volvía a ser tarde, volvía a no poder dormir y había vuelto a la cocina para servirse un poco más de ginebra. Eran las dos partes de un todo, pensó, Gricey y ella, indivisibles. O no, *inseparables* mejor, aun cuando estaban separados. Aun cuando él estaba en alguna producción fuera de Londres, eran inseparables; en espíritu. Y seguían siéndolo. Era una idea con la que ella intentaba no obsesionarse, pero a veces se elevaba de forma tan clamorosa que Joan tenía que prestarle atención por mucho que no quisiera. Ya le había pasado una vez mientras estaba volviendo a casa en bicicleta. Un grito repentino en la oscuridad que había salido despedido de su garganta como un pez y, por supuesto, era un grito llamando a Gricey, que estaba *muerto*, o eso decía la gente, la gente le decía que su marido la había dejado sola frente a todo, frente al resto de sus vidas, los problemas de su hija, todo. Pero lo habían incinerado, Joan había empezado a lidiar con el dolor de la pérdida y ahora le daba la impresión de que volvía a verse cara a cara por primera vez con su ausencia, y con el silencio que antaño había llenado aquel hombre incomparable, oh, sí, tierno, divertido y fiel a su manera —era *actor*, cielo, ella no se hacía ilusiones en aquel sentido—, pero leal hasta el fin; ¿acaso no se acababan nunca las cualidades que Joan descubría en su marido ahora que estaba muerto? ¿Qué importaba que perdiera la paciencia con ella a veces, que tuviera mal genio, que a veces se calentara y después se enfriara? Era el hombre con el que había vivido durante veintisiete años, y ella tampoco era la mujer más fácil del mundo. Y no solo lo echaba de menos a él; también echaba en falta su instinto seguro y claro de lo que había que decirle a Vera, de cuán en serio había que tomarse sus crisis; y por encima de todo, de cómo hacerla bajar cuando se empezaba a subir por las paredes, algo que últimamente parecía pasar con más frecuencia, en aquellos días lúgubres y tristes de frío y necesidad y pérdida...

No, el problema de Joan era que no tenía a Gricey a su lado para aconsejarla, y eso la enojaba y también la aterraba. Así pues, ¿cuándo iba a volver a casa? *¿Cuándo?*

Había vuelto al piso agotada, le había dado de comer al gato y se había servido una copa generosa. Entró en la habitación de su marido, en cuyo ropero él guardaba su ropa y donde a veces dormía —dormía allí a menudo, para ser sincera—, se plantó frente a la ventana y contempló la calle. Poste de farola, barandillas, adoquines, los muros del cementerio más allá, y volvía a nevar. Se sentó un rato en la cama. Se terminó la copa y decidió que se tomaría otra. ¿Por qué no? En el camino de vuelta a la cocina se dio cuenta de que le estaban cayendo lágrimas por la cara. Lo único que ella quería era volver a oír su puñetera voz.

Al despertarse a la mañana siguiente notó de inmediato las dos ginebras largas que se había tomado antes de irse a la cama. En los viejos tiempos su marido y ella se bebían un cóctel y a veces bajaban al pub o se iban para el oeste si les sobraba el dinero. A Joan siempre le había parecido muy triste beber sola, porqueapestaba a desesperación. ¿Con quién vas a hablar, contigo misma? Aquellos primeros días después de la desgracia sentía la tentación de beber todas las noches hasta perder el conocimiento, pero aquello solo la llevaría a la locura, o si no a la locura, sí al menos a una especie de *languidez disipada* que muy pronto le consumiría la luz de la mirada y el fuego del cerebro, ¿y entonces dónde estaría? Pues no estaría dirigiendo el vestuario del Teatro Beaumont. Y aquel trabajo era su misión en la vida. Renunciar a él sería como cavar su propia tumba.

Pero la noche anterior había hecho una excepción y ahora se arrepentía. Sabía exactamente lo que había sucedido. Había sido el hecho de estar en la habitación de él. Había cometido un error fatídico. Había entrado en su ropero.

Sí, lo sabemos. Ridículo. Muy mala idea. Sigue con tu vida, cielo, mira que somos sensibleras las mujeres mayores. No se lo había contado a Vera, se imaginaba lo que diría. Se había dicho a sí misma que se desharía de aquella ropa, pero habían pasado casi dos semanas y seguía toda allí, todos los trajes, camisas, zapatos, la ropa interior, todo. Y Gricey tenía muchísima, a pesar de los años de austeridad y del racionamiento de tela. Lo más destructivo de todo, lo que *más*, era que Joan todavía podía detectar un vago residuo de su marido si pegaba la nariz al cuello de una camisa o a un puño, y aquello siempre acababa con ella. Aquel aceite capilar... ¿Cómo podían aquellas trazas casi *imperceptibles* de aroma rancio evocar la esencia de un hombre cuyos restos mortales supuestamente habían sido reducidos a un montoncito de cenizas y metidos en un frasco que ahora ella tenía debajo de la cama? Joan no lo entendía. Pero solo hacía falta un vaso largo de ginebra, o a veces dos, para que ella volviera a la ropa, oh, sí, y oh, la *sacaba* toda y la desplegaba como si fuera el ayuda de cámara de su marido, o su ayudante de camerino, la extendía sobre la cama todo el tiempo y se imaginaba a su marido con admiración mientras salían los dos juntos de la casa, o incluso mientras él emergía de aquella misma habitación para preguntarle qué

tal le quedaba la ropa. Porque era un dandi, el viejo Gricey, le gustaba ir bien planchado y de punta en blanco; había crecido en Tottenham, claro, pero le gustaba ir como un caballero —un hombre del teatro como es debido—, y al cabo de un segundo Joan ya estaba tirada en la cama encima de la ropa y agarrando la tela con los puños y con la nariz enterrada en los cuellos y los puños, en los sobacos, en las entrepiernas...

¿Tiene gracia, verdad, nos decíamos, que a menudo sean las mujeres fuertes las que se entregan a esos hombres fraudulentos que no dan la impresión de valer la pena?

Se sentó a la mesa de la cocina sin quitarse el abrigo, cortó medio plátano en rodajas finas (no se conseguían plátanos todos los días) y se bebió el té. La otra mitad se la guardó para más tarde. Un día gris y ventoso, muy frío ya. En cuestión de cinco minutos entraría, devolvería la ropa a sus perchas y ordenaría la habitación. Era como contemplar el escenario de una orgía a la mañana siguiente. El atisbo de amanecer en el cielo cuando la fiesta ha tocado a su fin y los celebrantes se han ido todos a sus casas. Eso es depravación, pensó. Eso es exceso. Le habían pedido que fuera a una especie de función benéfica en el Irving, en honor a Gricey, y que volviera a ver su *Noche de reyes*. Pero no, no pensaba hacerlo. No estaba para aquello.

Lo que sí tenía que hacer era ir a trabajar. Ahora nos la imaginamos tal y como la veíamos a menudo durante aquel invierno, toda de negro, con abrigo, guantes, sombrero y medias, en su bicicleta de señora Raleigh alta y negra y con una cesta sujeta al manillar, timbre plateado y reflector en el guardabarros trasero, que tenía la parte baja pintada de blanco. Pedaleando majestuosamente con la espalda muy recta y la vista clavada en la carretera que tenía delante. Mile End, Whitechapel, Aldgate y la City, de Holborn a Shaftesbury Avenue y luego bajando sin pedalear hasta Piccadilly Circus y cogiendo la breve curva que doblaba la esquina hasta el Beaumont. Las señales que hacía con las manos tenían una precisión meticulosa, y daba gusto ver el decoro con que desmontaba.

—Buenos días, señora Grice —murmuraron una o dos voces cansadas cuando Joan entró en el taller de vestuario, entre el susurro de las planchas de vapor y el murmullo de las máquinas de coser. Runrún, pausa, runrún, pausa, decían. Traca traca traca. Las ventanas estaban empañadas por el vapor, pero, a fin de cuentas, allí en aquel sótano situado en la base misma del edificio, solo daban a una tapia. El coro del alba, lo llamaba ella. ¿Por qué siempre estaba tan oscuro allí? Joan había pedido bombillas más potentes, pero no, hasta la luz estaba racionada en aquel mundo nuevo y oscuro, y a veces apenas tenían luz, no era de extrañar que se estuvieran volviendo todas ciegas, encorvadas sobre sus Singer, con las manos, los ojos y los hombros hechos polvo al final de la jornada.

—Buenos días, señoras. Esther, ¿has terminado ya el corsé de la señorita Conville?

Se estaban preparando para un estreno. *La casa de las penas*. Muchos corsés y camisones. Varillas de acero y crin de caballo, trabajo difícil. Trajes de tweed, uniformes de la marina mercante y un hombre con atuendo árabe completo. ¡Y las pelucas! Pero ella dirigía un buen taller, el mejor de Londres según algunos.

—Ya casi estoy, señora Grice.

—Date prisa, cariño, te voy a necesitar con los pantalones. ¿Eunice?

—Sí, señora Grice.

—¿Eso que veo en el suelo es un trozo de tela?

—Uy, lo siento, señora Grice.

—Tela letal, es lo que es. Te resbalas con eso, te das un golpe en la cabeza y se cierra el telón.

—Sí, señora Grice.

Tenía un pequeño camarín desde el que podía vigilarlo todo. Se sentaba a su mesa y sacaba las gafas del estuche para mirar los presupuestos o lo que fuera. Hoy, en cambio, se quitó las gafas casi de inmediato y se quedó mirando más allá del ajeteo de la sala. Ni se fijó en las mujeres atareadas, los montones de muselina, los estantes abarrotados de ojales, agujas, botones y cremalleras, las planchas de vapor o la mesa alargada donde su mercera cortaba los patrones. Estaba también la joven Esther, la boba de Esther, con un puñado de alfileres cogidos entre los dientes mientras alisaba una tira de seda blanca y negra, la plegaba por un lado para hacer un dobladillo y lo sujetaba rápidamente con alfileres. Ah, y Joan se acordó de sí misma muchos años atrás, en el Watford Palace, cuando tenía la edad de Esther y trabajaba para una encargada de vestuario no menos exigente de lo que era ella ahora, y por aquella época siempre estaba doblando y cosiendo con la mente en otra parte, igual que Esther ahora, sí, porque aquella noche que estaba recordando ahora, aquella noche lejana, iba a conocer a Gricey Grice, que tenía el papel protagonista en la nueva obra itinerante que les acababa de llegar y la iba a llevar a tomar una copa después de la función.

Sí, y más tarde, en el almacén de ropa de hombres, entre los uniformes militares, contra la pared, a oscuras, inhalando los efluvios de sudor rancio y de sarga de lana vieja, él todavía con el maquillaje puesto, ella estaba en sus brazos, con una pierna en alto, aferrada con fuerza a él, besándolo con la boca abierta y la lengua fuera y los dedos enredados en su tupida mata de pelo castaño y ondulado, apelmazado por el aceite capilar, los dos jadeando, ahogando gritos, pugnando ruidosamente por conseguir una unión más perfecta...

Dios mío, daba gusto vivir entonces, y el cielo era... ¿cómo iba la cosa? El cielo era un polvo rápido en el almacén de ropa de hombres.

—¿Dónde quiere esto, señora?

En la puerta había un joven en mangas de camisa y tirantes, con un montón de pantalones en brazos. Las mujeres de mayor edad de la sala no le prestaron atención, pero las chicas sí le

echaron un rápido vistazo y luego se miraron entre ellas y él intentó no sonreír.

—¿Son mis pantalones? Cuélgalos ahí, Jimmy. Esther, organízalos, por favor, querida, y en cuanto termines Eunice y tú ya podéis empezar con los arreglos. Tenemos a Mangan a las doce y luego al Capitán. Gracias, Jimmy, ya puedes irte.

—Sí, señora Grice.

—Jimmy. Que ya puedes irte.

Jimmy se marchó. Un poco más tarde, cuando las chicas desplegaron los pantalones que les habían traído del almacén, Joan volvía a tener la mente en otra parte. Pero esta vez no estaba pensando en noches tórridas en Watford con Gricey, sino en aquella última conversación que su marido había tenido con Julius y en lo que se debían de haber dicho el uno al otro antes de que Gricey se cayera por las escaleras de atrás que daban al jardín. Joan no era una mujer que se sintiera cómoda con la vaguedad ni con la imprecisión. No la satisfacían los *contornos neblinosos*. Y aquella era una cuestión importante, porque había sido por insistencia suya por lo que Gricey había ido a hablar con aquel tipejo.

Ella había estado allí hacía unos días, de hecho, tomando una taza de té con Vera en la cocina, cuando había entrado él.

—Ah, Joan, Joan —dijo Julius, quitándose primero los guantes y después las gafas de montura metálica, como si se dispusiera a limpiar los cristales—. ¿Cómo estás, querida?

—Tirando —dijo Joan.

Sin sonreír, claro. Gricey era el único capaz de hacerla sonreír alguna vez. Por la dentadura, claro. Pero qué tranquilo estaba Julius, pensó ella, qué sereno, qué puñeteramente regio, cuando se sentó a la mesa de su cocina, con aquellos ojos de párpados caídos y aquellas manos cetrinas y alargadas, como si fuera un carnicero refinado, o el hijo de uno. Los carniceros eran hombres importantes por entonces, como resultado del racionamiento de carne. El típico hombre que te puede vender un trozo de solomillo en la trastienda si lo tratas bien, pensó ella. En cambio, Julius sacó lo que él denominó un clarete del bueno de debajo del fregadero y les ofreció una copa a las mujeres. ¿De dónde lo había sacado? Del estraperlo. Del mercado negro. Julius cruzó las piernas y dejó que le colgara a medias una pantufla de ante beige del pie enfundado en un calcetín de seda. La pernera del pantalón se le había subido por encima del calcetín para dejar al descubierto una pantorrilla blanca y sin pelo. Vera le había contado una vez a su madre que Julius tenía tres pezones, y él se los había enseñado la noche de la fiesta de *Casa de muñecas*. Joan se había fijado en otro rasgo extraño de aquel hombre espantoso con el que se había casado su hija. Había momentos de aquel invierno, cuando se empezaba a terminar el día, en que se le concentraba un leve resplandor del sol de media tarde en torno al pelo de color rubio claro. Y le creaba una especie de halo. Como si llevara una corona de luz.

Pero era un halo sangriento, pensó Joan, cuando los últimos rayos del sol entraron flotando por

la ventana de la cocina de la casa de Pimlico, los tres bebiendo clarete y hablando exactamente como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera cambiado nada, y Gricey estuviera simplemente... fuera. Más tarde, cuando Joan ya se estaba marchando, Vera le recordó que quería volver a ver la obra. Joan no tenía muchas ganas, por decirlo de forma suave, pero Vera quería que la acompañara. Y Vera solía conseguir lo que quería.

—¡Esther! Presta atención a lo que estás haciendo, por favor.

—Sí, señora Grice.

Joan estaba plantada en la puerta de su oficina, con la cara blanca como la tiza y unos ojos como brasas ardientes, con los bordes al rojo vivo.

—No entiendo de dónde os sacan hoy en día. ¿De dónde os sacan, Esther?

—Le aseguro que no lo sé, señora Grice.

—No sabes gran cosa, ¿verdad que no, hija?

Esther se puso como un tomate, la pobre, y se concentró en mirarse los dedos mientras empujaba una fina tela de seda por debajo de una aguja parpadeante. Joan volvió a su mesa, pensando, ¿cómo me voy a enterar de lo que dijo ese hijo de puta? Y el pobre Gricey... muerto en plena rabieta. Menuda forma de irse. Iba a volver a su casa, a la casa del Julius Glass ese, y romperle las malditas ventanas.

Había sido un mal año en cualquier caso. Oh, ya era un año espantoso a las tres semanas de empezar. Seguía sin haber lo bastante para comer, y el verano anterior, el de 1946, claro, el año de la gran marcha, habían puesto el pan en racionamiento, ¡y con la guerra casi acabada! Magnífico en términos de victoria, oh, sí... y en la quiebra. Moralmente magnífico y económicamente ruinoso. Agotado. Oh, Inglaterra. Niebla de polución, ruinas, ropa anodina, comida mala, cráteres de bombas y ratas. Había empleo... en demoliciones. Alguien había dicho, algún escritor de cuyo nombre nunca nos acordábamos, que si Inglaterra estaba hecha de carbón y rodeada de pescado, ¿cómo era posible que siempre pasáramos tanto frío y hambre? Y eso por no mencionar los cortes de electricidad constantes, hasta el punto de que había más apagones que durante el Blitz, aunque por lo menos no olía a gas por la calle como solía pasar después de que cayera una bomba y saliera gas de todas las cañerías rotas. Ya no caían las puñeteras bombas. Pero después de todo aquello, de los sacrificios interminables y de todo lo demás, ¿acaso nos habíamos librado de los fascistas?

Pues no. Oh, no. Los camisas negras que habían sido enchironados durante la guerra bajo la Regulación 18B —simpatía hacia las potencias enemigas—, volvían a estar en la calle. Joan los veía de camino a casa y se alegraba de que sus padres no estuvieran vivos para presenciar aquello. Desfilaban por el East End en fila de a tres, celebraban mítines públicos, empapelaban las paredes con esvásticas y escupían odio como si nunca se hubieran marchado, como si nunca hubiera habido una guerra, *que ellos habían perdido*. Por supuesto, esto generaba problemas. Estallaban peleas y había heridos, no es de extrañar. No, aquellos eran *fascistas activos*, que vendían sus periódicos en la salida de las estaciones del metro, y por supuesto la situación era peor en el East End, porque era allí donde vivían los judíos, y Joan era uno de ellos, su padre había sido un sastre que se había asentado en Londres a finales del siglo pasado, procedente de Europa del Este, y había criado a su familia en Stepney. La pobreza, la masificación, la violencia y la disidencia política eran las cosas por las que Stepney era conocido; y también por su población judía. Y era allí donde los fascistas hacían sus mítines. Por todo el East End, de hecho, hombres en tarimas con megáfonos pidiendo a gritos la expulsión de lo que ahora tenían que llamar «gente de fuera». Diciéndonos que Hitler no había ido lo bastante lejos, que no había terminado la faena. ¿Se lo pueden creer ustedes? En 1946.

El domingo antes Joan había vuelto a reunir valor para ir a casa de Julius, pero Julius había salido con Gustl Herzfeld, o la *tía* Gustl, como la llamábamos algunos, Dios sabe por qué. La casa de Julius era estrecha, tenía un puntiagudo tejado a dos aguas y árboles delante, tardovictoriana, hecha de ladrillo amarillo de Londres manchado de negro por la carbonilla. Estaba a unos pasos de Sutherland Terrace, o de lo quedaba de ella. En la esquina de un callejón de antiguas cocheras reconvertidas en casas, Lupus Mews, que no quedaba lejos de los patios de vías de Victoria. Pero Vera sí estaba en casa, y cuando se sentaron las dos en la cocina Joan le preguntó cómo le iba y fue entonces cuando Vera le dijo que se había mudado al desván.

—¡No!

—Oh, sí.

Estaban tomando una taza de té en la cocina, que era la habitación menos fría, claro. Igual que muchas casas de Londres situadas cerca de donde habían caído las bombas, no había manera de tenerla limpia, porque el hollín se metía por la chimenea y los colores de las moquetas quedaban deslucidos y los metales no brillaban, y también estaba oscura, había muchas ventanas cubiertas con tablones allí donde faltaban los cristales. Y corría el aire. Joan se había dejado puesto el abrigo pero Vera no parecía notar el frío. Llevaba un jersey negro que le marcaba el busto, y entre la piel blanca como la leche y el pelo largo negro y reluciente, que solía llevar recogido, se estaba convirtiendo en una joven realmente preciosa, cada día más, eso era lo que pensaba su madre, por muchas ojeras que tuviera. Y también tenía una dentadura bonita, no como otras. Pero sí, había abandonado el dormitorio marital, y era un poco pronto para eso, pensó Joan, aunque no lo dijo, claro. Vera asintió con la cabeza, triste, socarrona. Había un cuarto de baño allí arriba, con bañera y retrete, ¿qué más necesitaba una?

—Necesitas un marido como es debido, eso es lo que necesitas —dijo Joan.

Vera miró su taza de té y dijo en voz baja que Julius creía que quizá estuviera teniendo una recaída.

—¿Tú crees que la estoy teniendo?

—No, cielo, has perdido a tu padre, simplemente. Y necesitas trabajo. ¿Qué te apetece hacer?

—No hay muchos trabajos ahora mismo, mamá.

—No es eso lo que he oído.

Estaba muy nerviosa, la misma Vera lo admitía. Había sufrido aquel momento de histeria hacía un par de años, pero ahora ya llevaba una temporada bien, hasta que se le había muerto el padre. Joan se sentía mal por aquello. Sabía que era culpa de ella, porque cuando Julius la había telefoneado para avisarla de que Gricey había tenido un ataque al corazón y que estaba en una ambulancia de camino al Edward VII, ella le había dicho que no quería a Vera en el hospital, que no podía lidiar con ella y con Gricey a la vez. Y claro, cuando Vera volvió a casa y Julius le dijo

que su padre había tenido un ataque al corazón y que estaba en el Edward VII, ella quiso ir con él de inmediato. Fue entonces cuando Julius cerró con llave la puerta de la casa y le suplicó que no fuera. Vera intentó salir por la ventana y él la detuvo, y entonces ella perdió los nervios y le tiró un vaso y no le acertó en la cabeza por poco. Le tendría que haber enseñado puntería, pensó Joan.

Julius seguía preocupado por ella, dijo entonces Vera, mirándose las manos, girando los dedos para examinarse las uñas, que se había pintado de color escarlata. Joan no dijo nada, pero oh, esta hija mía tan brillante, pensó, ¿viviendo en el *desván*? ¿Qué habría dicho Gricey? De forma que le ofreció la habitación vacía del piso, la que había sido de su padre. Le dio la sensación de que tenía que hacerlo.

—No, no puedo —dijo Vera.

—No veo por qué no, cariño.

—No puedo, simplemente. Es la habitación de papá. Y además...

—¿Además qué?

—Quiero vivir en esta casa.

Y no quiso decir más. ¿Cómo podía interpretar aquello su madre? Presumiblemente quería estar cerca de Julius porque lo amaba. Pero ¿acaso no lo veía como una humillación?

—Mamá, tienes que entenderlo —dijo—. Es mi marido.

—Sí —dijo Joan—. Supongo que *lo es*.

—Y además, quiero dormir en el *desván*.

Igual que tu padre, pensó Joan, prefieres dormir sola. Se sintió aliviada. Mejor así, pensó. Necesitaba estar sola en el piso para cuando él llegara a casa.

Después de tomarse el té, Vera se llevó a su madre arriba y le enseñó la habitación. De madrugada se oían los trenes, le contó, el traqueteo y los cambios de vía cada vez que los ferroviarios desacoplaban los vagones. La intimidad podía ser asfixiante, pensó Joan, cuando lo que una quería era distancia de su marido, sobre todo de un marido como el puñetero Julius Glass. Gricey y ella nunca habían tenido problemas de intimidad, pensó a continuación, daba igual dónde durmiera cada uno. Oh, no, ni mucho menos.

Pero en el piso de arriba de aquella casa alta, estrecha, amarilla y fea, situada al final de un callejón lúgubre, en un *desván*... ¿Ahí es donde quiere vivir mi hija ahora? Eso fue lo que pensó Joan. El *desván* tenía un viejo cuarto de baño, con un vetusto retrete con asiento de madera que hacía un estruendo ensordecedor al vaciar la cisterna, lo bastante como para despertar a la casa entera —pobre tía Gustl—, y una bañera con patas terminadas en garras y manchas de color ocre en la porcelana que rodeaba el desagüe. Ahí era donde Vera lavaba su ropa interior ahora. El agua salía sucia de herrumbre del grifo y tibia en el mejor de los casos, porque la caldera estaba en el

sótano, muchos pisos más abajo, ¿y quién tenía carbón últimamente para darse un buen baño? La bañera era pequeña y Vera, alta. Le contó a su madre que era como meterse en un ataúd infantil.

—No digas eso, amor.

El último ataúd que había visto Joan era el de Gricey, por supuesto. Vera le puso una mano en el brazo y le dijo: mamá, no seas tonta.

—Pero ¿dónde cuelgas los vestidos?

—Aquí dentro.

Había una puerta entre las vigas y cuando Joan la abrió solo vio oscuridad. Vera encendió la luz, una bombilla macilenta que colgaba de una viga. No servía de gran cosa. Aquello era el desván en sí, un espacio angosto e inclinado que recorría la casa a lo largo por debajo de las alas del tejado. Joan entró husmeando y con la cabeza gacha. En la oscuridad vio varios baúles y maletas amontonados con etiquetas de embarque, telarañas reluciendo en la poca luz invernal que entraba por los tragaluces y polvo por todos lados. También había una pila de pinturas en la pared del fondo, en sus bastidores y con una sábana echada encima. Eran de Gustl, casi todos autorretratos. El desván no estaba aislado contra el frío y el aire de dentro era gélido y olía un poco mal; como si hubiera una rata muerta en algún lado. Colgados de una serie de clavos en un altillo que quedaba entre las vigas, los vestidos de Vera susurraban ligeramente en sus perchas de madera. Joan se quedó horrorizada. ¿Acaso su hija no había aprendido nada?

—¿Qué pasa con las polillas, cariño? ¿Y con la humedad? Antes de que te des cuenta habrá moho. Y la luz del sol te comerá los colores de estos vestidos enseguida. Oh, cielos, no, no los puedes estropear así.

—No hace mucho sol últimamente, mamá.

—Te voy a tener que traer unas bolsas de muselina. Oh, cielos.

Estaba genuinamente consternada. Pero la cuestión era que Vera había decidido quedarse en casa de su marido a pesar de que ahora al parecer prefería vivir en el desván como una sirvienta y poner en peligro todo su guardarropa. Y él lo permitía. Debía de tomarla por loca, esa fue la conclusión de Joan; por eso la dejaba mudarse allí arriba, porque es donde se mete a las locas. Pero oh, no; que no estuviera loca, por favor, pensó, Dios bendito, pobre Vera...

Pero confusa, sí; dividida, insegura de quién era cuando no estaba en el escenario, y por supuesto, todo se había vuelto crítico cuando su padre estaba agonizando y Julius había intentado impedirle que fuera al hospital. Y eso, pensó Joan, había sido totalmente obra mía, menuda puñetera egoísta estoy hecha.

Cuando llegó a casa no se tomó otra copa ni tampoco se acostó. Lo que hizo fue ponerse con una labor que llevaba semanas intentando terminar. Quería hacerle unos retoques al abrigo de Gricey. No le gustaba cómo le quedaba. Lo había comprado casi regalado en el mercado de Ridley Street, el primer año de la guerra. A Gricey le había quedado perfecto de talla, pero a Joan no le gustaba que le quedara grande a ella, no de largo, sino en el pecho y los hombros. El abrigo le daba la sensación de tener a su marido cerca, y notaba su olor en el forro. Pero quería llevarlo como si fuera de ella, para que nadie viera lo cerca que tenía realmente a Gricey.

Pobre Joan. Porque mientras cosía y arrancaba un trozo de hilo con los dientes, levantó la vista y se preguntó si su marido estaría enfadado con ella por permitir que hubiera pasado esto. Su muerte. La idea atormentaba a Joan. Pero ¿qué podría haber hecho ella? ¡No había estado presente! Oh, pero no paraba de darle vueltas al asunto, y de emprender interminables reconstrucciones de los acontecimientos que habían llevado a la —¿a la qué?— a la *tragedia*, si es que era eso, aunque ella estaba empezando a pensar que era otra cosa, porque a la *tragedia*, a la idea de *tragedia* tal como ella la entendía, le faltaba el elemento *agente*; la *tragedia* *sucedía*, no era algo que alguien te hiciera, ¿verdad? A menos que ese alguien fuera el destino, o la fatalidad. Y sin embargo, era ese elemento *agente* el que Joan vislumbraba ahora en el contorno de aquel asunto, que iba aclarándose lentamente.

Se acordaba de un día de diciembre, pocas semanas antes, con un clima ya muy frío. Había una zona de altas presiones encima de Arcángel, atravesando Escandinavia —o eso oíamos por la radio— rumbo a Inglaterra y trayendo consigo el aire de Siberia. Los londinenses apenas podían hablar de otra cosa. De hecho, podíamos hablar de muchas otras cosas, pero siempre empezábamos con el tiempo para romper el hielo. Ese era un chiste típico. Porque eso justamente fue lo que hicimos aquel invierno, romper el hielo. O bien resbalar sobre el hielo, rompemos un brazo o una pierna y soportar los apagones, la lentitud de los tranvías, el carbón de mala calidad y un viento del este que estuvo soplando sin parar durante un mes. El peor clima que se haya recordado jamás.

Joan se acordaba de una pareja alta y bastante elegante, el hombre en la sesentena y enfundado en un abrigo negro que tenía cuero en los puños y solapas y piel en el cuello, la mujer unos cuantos años más joven y vestida con más sobriedad; eran ellos dos, claro, el señor Charlie Grice y señora, caminando en una fría y gris tarde de sábado por Charing Cross Road. ¡Qué apuestos y

distinguidos! Cuando doblaron la esquina para coger el Strand, Joan dijo en voz baja, como si hablara consigo misma —que es algo que les pasa a las parejas que llevan mucho tiempo casadas, que hablan sin preámbulos, dando por sentado que el otro ha seguido el hilo de sus pensamientos —, que quizá Vera estuviera volviendo a tener algún que otro problema de nervios.

—Sí —dijo Gricey.

Él también había estado con la mente en otra parte. Joan se giró hacia su marido, como si acabara de despertarse de la ensoñación que había estado teniendo con su hija.

—¿Tú crees?

—Estoy preocupado por ella.

—Siempre estás preocupado por ella.

—Esta vez es distinto.

—Me gustaría que le dijeras algo.

Así era como ella quería recordarlo. Pero sabía que no era eso lo que había dicho, que había usado un tono muchísimo más duro, porque a veces le salía una lengua afilada. Por el amor de Dios, Gricey, ¿pero qué te pasa? *¡Habla con él!* ¿O lo tengo que hacer yo por ti?

Y habían seguido caminando en silencio. Ahora Joan pensó: ojalá pudiera decirle que nunca tuvo intención de ser tan fría. A continuación lo había cogido del brazo. Pero era una preocupación que llevaban años expresándose el uno al otro, la preocupación por Vera, aunque esta vez todo era distinto porque había mucho más en juego, porque a ella le estaba yendo muy bien. Era algo que le corría por las venas, claro, la interpretación, ¿pero de dónde le venían aquellas venas? Pues de ellos dos, de lo que le habían dado, del hecho de haberse visto expuesta toda su vida a los actores, a los teatros y el vestuario, y además Gricey la había animado, los dos la habían animado. Y también del hecho de haberle inculcado buen gusto, sin el cual, por supuesto, no hay nada.

Cómo se distrae la mente. Pensar en Vera la hizo acordarse de Julius Glass y de la noche del estreno de Vera en *Casa de muñecas*. La mejor de su generación, había dicho uno de ellos. Una presencia escénica luminosa. Luego, durante una temporada, había dado la impresión de que Vera era capaz de todo. Interpretó a Nina en *La gaviota*. Durante la guerra la gente estaba hambrienta de teatro, en fin, les levantaba la moral. Los teatros solo estuvieron a oscuras unas semanas, cuando empezó el Blitz propiamente dicho, a finales de 1940, luego volvieron a abrir, la primera función a la hora del almuerzo y la segunda a las cinco para poder dejar salir a la gente antes de que se hiciera oscuro, que era cuando volvían los bombarderos. El público entero de uniforme. ¿Cómo has visto al público?, le preguntaba algún actor al regidor, y este contestaba: de caqui. Un mar de color caqui.

Julius era el hombre que había perdido el Swinburne's. Una bomba de gran tamaño había

demolido por completo el edificio de delante de su teatro y la explosión había alcanzado a su local. Él no se había quedado menos destrozado que su teatro, el pobre. Siempre había tenido las localidades baratas, y en el Swinburne's no había ni pajaritas blancas ni vestidos de noche de espalda descubierta, era el teatro del pueblo. Programaba a Shakespeare, a Sheridan, a los jacobeos y las comedias de la Restauración. Los buenos actores iban allí para poder interpretar los papeles clásicos. No era el Old Vic, pero pertenecía a la misma tradición. Y luego, de la noche a la mañana, ya no existía. Nunca se olvidaría de cómo había quedado: la fachada de la planta baja más o menos intacta, pero sin nada encima más que trozos de paredes y vigas calcinadas. Lo que quedaba del escenario estaba cubierto de decorados rotos y de escombros negros caídos de más arriba. Se acordaba también de que había encontrado un sobre revoloteando por el aire, y de que en el dorso del sobre ponía a lápiz: TOM EL LOCO, PANTALONES NUEVOS PARA LA PELEA. GLOUCESTER, BOTAS INCÓMODAS. Y había pensado: Tom el Loco y Gloucester no volverán a pisar esta tarima. Al cabo de un mes asistió al estreno de *Casa de muñecas* y conoció a Vera Grice. Era el peor mes de su vida, pero de pronto —y dando la impresión de haber salido de la nada— apareció aquella chica gloriosa y volvió a haber una esperanza de futuro.

Joan dijo, aunque sin que la oyera su hija, que no era la primera vez que un hombre se enamoraba de una actriz desde un buen asiento de la platea, ni tampoco desde un asiento barato del gallinero, de hecho. Estaba con unas cuantas amigas nuestras, Hattie y Delphie y un par más, en el cómodo salón de un pub de Greek Street. No confiaba en aquella relación, dijo. No confiaba en él. Le hacía regalos caros a Vera, dijo, porque había tenido dinero antes de que la Luftwaffe lo dejara sin trabajo, y siempre daba la impresión de que todavía le quedaba suficiente. Por supuesto, invertía con sagacidad en obras teatrales ajenas. Y le gustaba ver a Vera vestida con la ropa que él le compraba, con aquellos vestidos elegantes y demás.

Una vez en la que habían salido los cuatro juntos —mucho antes de que las cosas se agriaran entre los dos hombres—, Joan hizo un comentario sobre el atuendo de Vera. Era un vestido de cóctel negro de corpiño ajustado que le marcaba el busto y le formaba un escote encantador y luego se abría como un paracaídas de cintura para abajo. Estaban en el lavabo de señoras, madre e hija, empolvándose las narices. Al parecer Julius le había propuesto matrimonio pero Vera se estaba tomando un tiempcito para pensárselo. Él era mucho mayor que ella, por supuesto. A algunas eso nos parecía bueno.

—Lo odio —dijo Vera, inclinándose hacia el espejo de encima del lavabo para retocarse el pintalabios—. Seguro que le termino derramando algo encima y Dios sabe cuánto dinero le habrá costado.

—Un ojo de la cara, te lo digo yo —contestó Joan—. A menos que lo haya conseguido de estraperlo. O en París.

Era un chiste. París estaba lleno de nazis.

—Es lo que ha hecho, seguro.

—Es lo que ha hecho, seguro.

Porque se murmuraba que Julius había ido allí más de una vez. Por *asuntos gubernamentales*, se rumoreaba misteriosamente. Y que de uno de aquellos viajes había regresado con Gustl Herzfeld: robada delante de las mismas narices de la Gestapo, oímos decir.

Joan se acordó de esto mientras se sentaba en una silla junto a la puerta del baño de señoras y observaba cómo su hija se miraba en el espejo, con el ceño fruncido y recolocándose las tetas.

—Lo voy a regalar. Se lo voy a dar a la puta beneficencia.

Así era Vera. Luego entraron varias mujeres y Joan y Vera se marcharon y pronto estuvieron de vuelta en su mesa, donde ya no pudieron seguir con la conversación. Más tarde Julius les contó que habían ido a una fiesta y que cuando habían entrado por la puerta Vera, llevando aquel mismo vestido, había recibido una ovación.

—¿Por qué te aplaudieron, cielo? —dijo Joan.

—Oh, quién sabe. Fue ridículo.

La fama, qué cansina era. Joan echó un vistazo a Gricey, que soltó un pequeño soprido de burla. Julius puso las manos amarillas en alto.

—¡Pues porque es una estrella! —exclamó.

El Teatro Irving estaba dirigido por Edwin Herbert, un hombre corpulento. El edificio había sufrido algunos desperfectos por las bombas pero había permanecido abierto toda la guerra, con los pósters de la fachada proclamando con orgullo: ¡SEGUIMOS ABIERTOS AL PÚBLICO! El vestíbulo estaba dedicado a la venta de entradas y de bolsas de patatas fritas, pero eso no era lo importante. Tampoco el auditorio del Irving era lo importante. Era un auditorio destartalado. Peor que destartalado, era un riesgo para la salud pública. Los asientos estaban desvencijados, los apoyabrazos rotos, los muelles desencajados, la tapicería andrajosa y el telón caído. Pero Edwin Herbert decía que el telón tampoco era lo importante. Lo que importaba era lo que había detrás del telón. Y habitualmente era Shakespeare.

Para consternación de Joan, todo el mundo que había asistido al funeral de Gricey se presentó también a la función en su memoria. Los viejos amigos acudieron en bloque, Hattie, Delphie, Rupert y compañía, estaba la vieja Mabel Hatch, y el Coro, claro, que somos nosotras. Ni rastro de los grandes, pero sí que había suficientes ciudadanos del Teatro de Londres como para

convertir aquello en una especie de reunión familiar, y ahora Joan se alegró de tener a Vera con ella, aunque se alegró menos de tener a Julius. La tía Gustl había venido con un vestido de terciopelo verde largo hasta el suelo y con un loro en la parte de delante. Había gente pululando por el vestíbulo pero nada para beber, solo bolsas de patatas fritas. Joan iba de negro pero Vera llevaba una blusa de color crema por debajo de la chaqueta de color burdeos, pantalones de tela negros y el pelo moldeado y secado al aire. Iba muy maquillada y Joan entendió por qué: había estado llorando. La alivió llegar a su butaca. Por fin se apagaron las luces.

Pasó casi de inmediato, en su primera entrada en escena. Acto I, escena V. ¿Qué ha pasado de momento? El duque Orsino, interpretado por Ed Colefax, viejo amigo de Gricey, abre con el monólogo de «Si la música alimenta al amor», ¡qué cadencias!, y con qué habilidad eludía los varios puntos muertos acústicos del famoso auditorio de Edwin Herbert: «Repetid esa tonada, tenía una cadencia... Basta, no más / ya no es tan grata como antaño».

No, pensó Joan, está puñeteramente claro que ya no es tan grata como antaño. Presa de una tristeza furiosa, se hundió más todavía en la raída butaca de su localidad del palco, en el centro de la primera fila, con Vera a su lado, mientras salían a escena los marineros naufragados y la encantadora Viola y la trama se desplegaba velozmente ante nosotras. Hay una hermosa viuda que vive cerca, una tal Olivia, y oh, ironía, piensa Joan, que nunca se había planteado ni por un segundo que pudiera acabar en el mismo barco que Olivia, aunque sin su fortuna, claro, ni su juventud. Unas cuantas escenas breves más adelante, conocemos a la dama en cuestión y a su mayordomo, Malvolio. El mismo. El papel de Gricey, pero ahora interpretado por un actor que anteriormente había sido un lord con dos líneas de diálogo pero que se había tomado la molestia de aprenderse el papel de Malvolio y de hacerlo público el mismo día de la muerte de Gricey. Y aquella misma noche había subido a escena. Se llamaba Daniel Francis. Y llevaba interpretando a Malvolio desde entonces.

Al servicio de la encantadora Olivia (Miriam Atkins con sus piernas largas, mal elegida para el papel, pensaba Joan), el nuevo Malvolio entró en escena dando los mismos pasos curiosamente delicados que había inventado Gricey; dijo sus primeras líneas de texto —«La vejez, que menoscaba al sabio, siempre mejora al necio»— ¡y soltó la risa de Gricey! Vera puso la espalda recta y frunció el ceño, obviamente perturbada. Era igual de alto que su padre, el actor aquel, aunque mucho más joven, pero levantaba la cabeza despeinada, extendía un brazo lánguido y entonaba la frase *exactamente igual*. De manera que sí, Vera estaba perturbada. Pero Joan no; Joan no estaba perturbada: al contrario. Estaba inclinada hacia delante y a duras penas se lo podía creer. Porque era su Gricey, visibilizado de alguna forma bajo la guisa de Malvolio. ¡Y ella podía verlo! ¡Gricey estaba allí, estaba allí! Estaba allí *detrás de aquella mirada*.

Bajó la vista para mirar el escenario, vio que el telón de fondo se agitaba un poco cada vez que alguien entraba en escena por la izquierda y allí, pavoneándose, vio a Malvolio con su Olivia y se

quedó muda de asombro. No quería creerse lo que estaba viendo; al cabo de un momento se lo creyó, sin embargo. Luego empezó a comérselo con los ojos, pero como Vera estaba perturbada se lo guardó para sí misma. No fue fácil, cuando lo que realmente quería era ponerse a aplaudir por encima de su cabeza y hacer un bailecito mientras gritaba de alegría. ¿Era posible? ¿Había vuelto?

Luego se tranquilizó y mantuvo el recato durante el resto de la función; solo su mirada resplandeciente traicionaba la emoción que había despertado en ella la producción. Incluso en los momentos de alta comedia, como las absurdas medias amarillas de ligas cruzadas y las cartas de amor falsificadas y todo lo demás, aquel era el Malvolio de Gricey hasta la médula, tan enamorado de Olivia (que ni siquiera se da cuenta) que interpretaba su papel con una especie de ternura eréctil extasiada, igual que lo había interpretado Gricey: era un pene andante. Oh, pero cuando después lo arrojaban a la habitación a oscuras, encarcelándolo como si fuera un lunático, y él suplicaba piedad en un tono tan patético —«Mi buen don Topacio, no creáis que estoy loco. Me han encerrado en la horrible tiniebla»—, conseguía sacarle al público exactamente la misma mezcla de risa e incomodidad que Gricey, calculando astutamente que las burlas crueles de sus oyentes no carecían de una inflexión de compasión hacia un hombre cuerdo injustamente condenado por lunático.

Porque ¿quién de nosotras no se había preocupado alguna vez por *aquello*? Pero sí, lo conseguía sin perder las risas, y en cuanto a su salida dramática de escena —«Me vengaré de toda vuestra banda»—, provocaba escalofríos. Oh, una interpretación inspirada, todos lo pensamos, y cuando por fin cayó el telón y volvió a subir para que salieran los actores, Joan no fue la primera en ponerse de pie pero tampoco se demoró en hacerlo.

Después el director llevó a Joan y a Vera a la entrada de artistas y las acompañó por un tramo de escaleras que bajaban hasta la sala de descanso. Allí estaban todos los detritos habituales, plafones y cuerdas, pasillos malolientes con paredes húmedas de ladrillo, rollos de cable eléctrico colgados de clavos e imágenes fugaces de ayudantes de camerino agarrando montones de atuendos sudados y corriendo hacia los fregaderos de vestuario. Los actores sabían que habían venido, claro, y enseguida empezaron a aparecer, en grupos de dos y de tres, algunos después de limpiarse más o menos el maquillaje y otros con la cara grasienta y todavía caracterizados, del todo o en parte. Todos se conocían entre sí y el encuentro resultó conmovedor. Echaban de menos a Gricey, lo amaban. Todo el mundo amaba a Gricey. Ed Colefax estaba llorando.

Y entonces llegó Malvolio.

Joan había estado buscándolo con la vista. Daniel Francis. Entró con timidez. Habían desaparecido sus pasos medidos, la arrogancia, la afectación, la languidez. Era más delgado que Gricey, con una sombra azulada en el mentón alargado, tenía una frente pálida y escarpada por

encima de unos ojos tristes y hundidos de los que todavía no se había quitado la pintura, y se le veía una pizca de aire *décadent*. El cabello muy negro y ni tan tupido ni tan untado de ámbar como la mata de pelo de Gricey, más bien caído, obligándolo a quitárselo de la frente con dedos nerviosos. Tenía un toque de extravagancia, era necesario para hacer de Malvolio, pero ahora lo mantuvo bajo control, porque entendía el significado peculiar de su situación cuando les estrechó las manos y les dio el pésame en voz baja: «La acompaño en el sentimiento, señora Grice». A Joan le pareció —al menos de entrada— un poco *resentido*, por alguna razón, o quizá simplemente susceptible, como si le resultara cargante tener que acompañarlas en el sentimiento, como si ellas pudieran pensar que todo era culpa de él (porque de hecho había salido muy beneficiado), aunque eso *tampoco* era culpa de él y aunque él deseara que no fuera así.

Todo esto lo leyó Joan en el acercamiento ceñudo y vacilante del tipo. Por supuesto, estaba en una situación incómoda, siendo como era la encarnación de un muerto por el que aquellas mujeres estaban activamente de luto, y al mismo tiempo muy vivo, aunque enmascarado y disfrazado de un personaje extraño que hasta hacía muy poco había sido asumido por el propio Gricey. Era la primera vez que Joan lo veía, pero entendía su incomodidad y sintió una clara compasión por él. En voz baja le dijo que le había gustado mucho su interpretación.

Ella vio un toque de rubor extenderse brevemente por las mejillas del hombre.

—Gracias.

Hizo una ligera reverencia y sonrió un poco, aunque sin dejar de fruncir el ceño. Debía de haberle estado carcomiendo por dentro, pensó ella, cómo iba a reaccionar la viuda de Gricey, y todavía más su hija, ya que Vera Grice era una actriz muy admirada y estaba de camino a convertirse en estrella, eso pensábamos todos. Él todavía estaba estrechando la mano de Joan.

—Sí, me ha gustado —dijo Joan—. De corazón te lo digo, querido.

Ella le cogió la mano entre las suyas y creemos que entre ellos debió de circular alguna clase de entendimiento. Quizá Joan se imaginara que aquel hombre entendía lo que ella sentía, dado que él también vivía a la sombra de Gricey. Joan sabía con cuánto detenimiento debía de haber estudiado la interpretación de su marido. Debía de haber estado entre bastidores cada noche con el resto de actores, todos viendo al maestro en acción. Y debía de haberse preguntado cuándo —o más bien, *si acaso*— conseguiría el papel, dado que se había molestado en aprendérselo a base de imitar servilmente los ritmos e inflexiones exactos de Gricey; cada una de sus entradas y salidas, cada gesto, cada pausa, cada pavoneo, mueca de burla, reproche...

«¿Queréis hacer una taberna de la casa de mi ama, berreando esos cantares de remendones con voz inmisericorde? ¿No tenéis sentido del lugar, del prójimo o del tiempo?»

Esto llega en el acto II, escena III, cuando Tobías Regüeldo y sus amigos están armando demasiado ruido en la cocina de madrugada. Su indignación por el hecho de que estuvieran abusando así de la hospitalidad de su amada, de su Olivia, a la que servía en calidad de

mayordomo, oh, estaba exactamente tan bien calibrada como si fuera Gricey, era un placer oírlo, y arrancó muchas risas en el auditorio.

Pero el corazón roto, el dolor que rompía la superficie como un delfín agonizante cuando en el último acto él decía: «Señora, me habéis hecho un agravio / un notorio agravio». Solo aquello ya valía el precio de la entrada.

Gricey había inventado aquello, pensó Joan, y aquel hombre conocía su valor. Era consciente del tesoro que había recibido y aunque solo fuera por aquello Joan le siguió cogiendo la mano entre las suyas.

Luego Miriam Atkins, con las lágrimas aflorando a los ojos, le preguntó cómo lo llevaba, y Joan fue consciente, como si se despertara de un trance, de una serie de movimientos familiares entre bastidores. Gente recogiendo el decorado, colgando los atuendos en perchas y percheros, dando las buenas noches a gritos mientras el reparto se dispersaba, ansioso por llegar a casa, o al pub, o adonde fuera que tenían que estar. Vera besó a su madre y se fue con Miriam, dejando solo a Daniel Francis.

—Márchese, pues —le dijo Joan, después de sonarse la nariz con un pañuelito que llevaba en el bolso—. Alguien va a necesitar esa ropa mojada.

Se refería a la encargada de vestuario. Él llevaba toda la noche sudando aquella ropa.

—¿Ha estado bien, señora Grice? ¿No ha sido demasiado para usted?

—Ha estado muy bien. Venga, váyase, querido.

—Gracias.

Él giró sobre sus talones y la dejó allí, sin detenerse en la puerta para echarle un vistazo por encima del hombro, que era lo que ella había pensado que iba a hacer. Era una nimiedad, pensó Joan, aquel destello de sentimiento entre viuda y sustituto, pero aun así ella se llevó consigo la calidez del momento mientras salía por la entrada de artistas y doblaba la esquina hasta Saint Martin's Lane.

Más tarde, de pie junto a la ventana de su piso vacío, viendo caer la nieve, decidió que volvería a ver la obra. Y esta vez prestaría mucha más atención, con un ojo más clínico, y extraería debidamente de ella lo que de momento solo había entrevisto en la interpretación de Daniel Francis. Lo saborearía con mayor deliberación, porque aquella primera noche no se había esperado ver a Gricey, no se le había ocurrido que pudiera estar allí. Pero por supuesto que estaba, no en casa pero sí en el escenario. Típico de él, aparecerse primero en un teatro. Y es que claro, ella todavía no le había dado permiso para marcharse.

Entró en el cuarto de coser, apagando la luz de la cocina al salir. Siempre había tenido un cuarto de coser donde pudiera cerrar la puerta para que nadie la molestara, pero ¿quién la iba a molestar ahora?, pensó. Estaba sola. Sola en un cuartito oscuro, igual que el pobre Malvolio en el acto IV, sí, y además un cuarto oscuro donde hacía mucho frío, con una máquina de coser y todas sus telas

y tijeras, canillas y dedales y carretes de hilo. Su mundo en miniatura. Se sentó frente a la máquina, tocó el pedal apáticamente con la puntera del pie y oyó la familiar tonada entrecortada, el golpeteo de la aguja vacía contra la chapa: tap tap tap tap. Una uña frenética dentro de un ataúd, pensó. Entró en el cuarto una corriente de aire helado. El piso había dejado de ser su casa. Era una cripta, pensó, aunque ahora Gricey —¡Gricey!— parecía haber regresado de entre los muertos. Sí, había vuelto a la vida, por medio de Malvolio, y qué típico de él era esto...

Oyó el tañido de la hora, remoto y débil. Faltaban un par de semanas para que los engranajes y ruedas dentadas del viejo reloj se congelaran y dejaran de moverse. Ah, Gricey, pensó Joan. ¿Quién podía olvidarte en el Watford Palace? La respuesta era que la mayoría del mundo podía, y de hecho la mayoría del mundo se había olvidado, porque solo actuaste allí tres semanas ante un público escaso y poco amigable, y era una obra espantosa, fuera la que fuera, igual de aburrida que Chéjov, salvo para ti. Joan había trabajado de empleada de vestuario, su primer trabajo, y sabía que nunca olvidaría la interpretación de él.

Se lo había dicho a Gricey y por supuesto una cosa había llevado a la otra.

Ahora no quería acordarse de aquello.

Pero Malvolio, víctima de las mentes mezquinas. Sacado de quicio y encerrado en un cuarto oscuro por unos idiotas borrachos que habían abusado de la hospitalidad de la pobre mujer afligida a la que él vivía entregado en cuerpo y alma. Él le ordenaba las plumas sobre su escritorio, atendía a todas sus necesidades, creía ser el único capaz de protegerla, a aquella joven viuda sola en el mundo, y sin esperar en ningún momento recompensa alguna. Joan le explicaría a aquel actor lo que Gricey le había contado del amor de Malvolio hacia Olivia cuando habían hablado del tema, los dos solos, tomando un par de copas después de la función...

Ah, no. No, lo que ella quería —lo único que ella quería— era ayudar a Gricey a manifestarse. Así de simple.

Y se quedó sentada en su silla frente a la máquina de coser mientras avanzaba la madrugada, riendo y sollozando, acordándose del hombre al que había perdido.

Volvió. Se compró una localidad barata en la grada del palco y entró en el teatro a hurtadillas, sin ser vista, esta vez llevando uno de los abrigos de Gricey con el cuello subido y el sombrero calado sobre la frente, el de fieltro blando que ella le había comprado en el Lock's de Saint James. No quería que nadie la reconociera. Quería contemplar a aquel Daniel Francis sin ser molestada. Recordaba que en su primera visita cada vez que había reconocido a Gricey en su actuación había sentido un momento de intensidad emocional para el que no tenía nombre. Y quería más de aquella emoción.

Y la obtuvo. Sí. Ya estaba presente la primera vez que él salió a escena y fue menospreciado con aspereza por Olivia, que le dijo que padecía de egoísmo y que no probaba «nada con sano apetito». Pero a Malvolio no le importaba, porque estaba ciego y sordo de amor. Joan se acordaba de que aquellos insultos le provocaban a Gricey una expresión de indulgencia bobalicona y llena de cariño hacia su señora que arrancaba las risas del público. Miriam Atkins era en parte responsable de esto. Con una casa tan grande, por supuesto que necesitaba un mayordomo. Malvolio le resultaba indispensable. Quizá a fin de cuentas no estuviera tan mal elegida para el papel. Él siempre había sido un memo pomposo, pero Gricey creía que era algo más, quizá el representante de un orden más antiguo. Era un gran amante de la tradición, Gricey. Siempre orgulloso de ser inglés.

Para cuando oyó la última canción de Feste, Joan ya estaba llorando. Se quedó sentada muy quieta, con la cabeza gacha y el sombrero bien calado, y dejó que el público saliera a su alrededor. Luego se quedó a solas en el auditorio. El acomodador se acercó por el pasillo, apareció una mujer de la limpieza, el telón subió y un tramoyista se puso a barrer el suelo. Ella se puso de pie y bajó por las escaleras mientras se apagaban las luces del teatro.

Salió a Sain Martin's Lane.

—¿Señora Grice?

Ella se giró. ¡Malvolio! O no: ¡Gricey! O no: era Daniel Francis.

Se quedó perpleja. Contestó con sorpresa genuina.

—Oh, es usted —dijo ella—, señor Francis.

—¿Ha venido otra vez, señora Grice?

Oh, venga, díselo, pensó ella.

—He venido a verlo a usted, señor Francis.

Joan le vio el destello repentino en la mirada, el placer lobuno y la sorpresa. Llevaba el abrigo desabotonado y una bufanda raída en torno al cuello. Su pelo negro como el carbón apenas conocía peine. Le quedaba una mancha de polvos de maquillaje en la sien y volvía a tener los ojos pintados, esta vez con un toque como de cine mudo, un fantasma de Valentino. A ella le vinieron ganas de escupirse en el pañuelo y limpiárselos, que es lo que habría hecho si fuera Gricey. Era un hombre delgado, desgarrado, intenso y desaseado con pintura de ojos y un jersey remendado y unos pantalones holgados de pana con las rodillas desgastadas como si se pasara media vida arrodillado y rezando, y sabe Dios, pensó Joan, que la mayoría de los actores rezaban para conseguir trabajo.

Sus zapatos eran de buena calidad, o lo habían sido antaño, pero ahora estaban todos gastados, necesitados de empeines nuevos, necesitados de suelas nuevas, tenían agujeros por donde entraba la nieve y ella se imaginaba el estado de sus calcetines. Si es que llevaba calcetines. Pobre como una rata de iglesia, pero una clase de actor que ella conocía bien, y se sentía un poco incómoda con él, teniendo en cuenta quién era, o a quién *contenía* mejor dicho, y al mismo tiempo sentía curiosidad. Tenía, por supuesto, aquel fuego intenso y feroz en la mirada, aquellos actores siempre lo tenían cuando terminaban su actuación al final de la noche, cuando estaban llenos de vida y de orgullo por quienes eran.

Oh, y Joan se acordaba de Gricey, de cómo solía sentarse en el pub después de la función, empezaba a contar una historia y al cabo de unos segundos la gente de la mesa de al lado se ponía a escuchar, de forma que él los incluía, y luego la gente que estaba en la barra se giraba para escucharlo y él también los incluía a ellos, y pronto el pub entero estaba escuchando a Gricey contar aquella historia, y al terminar todos prorrumpían en carcajadas y aplausos.

—¿Qué le ha parecido esta noche, señora Grice?

—Has estado muy bien —le dijo ella.

Le tocó la manga y sí, el abrigo era tan barato como ella había creído. Pero Joan necesitaba ir con mucho cuidado, con aquel vehículo tan delicado.

—Señora Grice, ¿la puedo invitar a una copa?

Qué tipo tan atrevido. ¿Podía invitarla a una copa? Ella se había abotonado el abrigo, se había subido el cuello y estaba planeando volverse a Mile End en bicicleta para tomarse una copa en casa, pero sabía lo que pasaría si bebía sola después de ver *Noche de reyes*. En cambio, una copa con aquel actor harapiento dentro del cual moraba como si fuera un dibbuk el espíritu de su marido muerto...

—¿Por qué no, señor Francis?

De manera que entraron en el pub de la esquina y Joan se sentó a una mesa cerca del fuego

mientras Daniel Francis iba a la barra. El local no estaba en silencio ni mucho menos. Había tres surtidores de cerveza, un grupo de hombres y mujeres en un extremo de la barra y un grupo más grande sentado a una mesa, muchos de cuyos integrantes trabajaban en los teatros cercanos. Unas cuantas lámparas en el techo, la sala en penumbra y fría. Era un viejo pub, todo cristal y latón, que había visto días mejores. El grupo de la mesa saludó al nuevo amigo de Joan y ella se alegró de ver cómo elogiaban su actuación mientras él pagaba las copas. Le habría gustado darle dinero, pero todavía no lo conocía lo suficiente.

Daniel Francis regresó a la mesa con una ginebra pequeña y un vaso de cerveza ligera. Estuvo un momento sin hablar y pareció que no le disgustaba el silencio, a diferencia de a la mayoría de los actores. De forma que Joan lo observó, al *vehículo*, tal como ahora lo llamaba para sí misma, y se preguntó por qué lo habría elegido Gricey. Era por el Malvolio que compartían, por supuesto. Ahora parecía un hombre serio, grave, dueño de sí, introvertido, quizá uno de aquellos actores solitarios, pensó. Existían. Él levantó su vaso e inclinó la cabeza. Joan fue consciente de que la gente de la mesa estaba hablando de él. Uno de ellos se había girado en su silla y lo estaba mirando fijamente. Parecía menos amistoso que los demás, quizá por culpa de la pintura de ojos. Pero estaba lejos de ser el hombre más exótico del local.

—¿Qué hacía usted antes? —dijo Joan.

—¿Antes de *Noche de reyes*?

—No.

Ella aceptó un Woodbine y acercó la cara a la cerilla.

—Antes de empezar a actuar —le dijo.

—Era actor de repertorio, y antes estaba en la orquesta de un teatro de Hampstead, tercer violín. Recién salido de la escuela, señora Grice.

—Sabía usted lo que quería, señor Francis.

—Supongo que sí.

—¿Cómo se llama de verdad, querido?

—Frank Stone.

Bajó la vista. Guardó silencio una vez más. Era uno de aquellos. Lo único que quería era trabajar en el teatro, que Dios lo asistiera, pobre desgraciado iluso. Por eso lo había elegido Gricey. Un vehículo *vacío*.

—¿Casado?

—No. Antes vivía con mi madre, señora Grice.

Pero no era marica, pensó. Su acento tenía un ligerísimo matiz que ella no conseguía ubicar.

—Pero ya no. No le gustaba verlo a usted subido a las tablas. ¿Es eso, señor Stone?

—No, no es eso. Murió.

Por supuesto. Ahora lo reconocía. Era obvio. Había estado ahí, en el apretón de manos de la

sala de descanso. El dolor de ella era demasiado reciente y la había cegado. Le había impedido ver el sufrimiento ajeno. Pero por supuesto, ahora no estaba sola, y la invadió una especie de alivio.

—¿La echa usted de menos, señor Stone?

—Ya lo creo.

Él la estaba mirando. Pobre inocente, ella nunca podría contárselo, claro.

—La ve por la calle, ¿verdad?

Ahora él se rio. Le gustaba la idea. Lo ayudaba a imaginársela viva.

—No, señora Grice, no la he visto por la calle. Usted sí que ha visto a Gricey, ¿verdad que sí?

—He oído su voz.

Observándolo ahora con atención, se llevó la ginebra a los labios. Sintió el dolor familiar, porque Gricey no había hablado con ella desde el día del funeral. ¿Por qué no iba a hablar con ella otra vez? *¿O acaso estaba pasando ahora?*

—Sí, yo también. No la de Gricey, claro.

—¿Cómo se llamaba?

—Rosa.

—¿Rose?

—Rosa.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—No —dijo él, y por alguna razón frunció el ceño.

¿De dónde era? Ella todavía no conseguía ubicar el acento. No lo tenía en escena.

—Mejor.

—No lo sé.

—Que el teatro sea su familia, señor Stone.

—Eso es verdad, señora Grice —dijo, y volvió a sacar aquella sonrisa, la que le dividía las mejillas como si fueran dos tiras finas de cuero, oh, aquel tipo era capaz de encandilar a los pájaros de los árboles.

Luego el dueño avisó de que iba a cerrar y Joan dijo que tenía que ir yéndose a casa. Su corazón ya estaba satisfecho. Quería estar sola. Se quedaron un momento delante del pub y se estrecharon la mano sobre la fría acera. Vino una ráfaga de viento de Trafalgar Square y Joan se estremeció. Había un perro ladrando y unas nubes altas cruzando a toda velocidad el pálido cielo nocturno. Viene más nieve, dijo Joan. Habían llegado a su bicicleta, aparcada al lado de un cubo de basura en el callejón junto al teatro. Hacía un rato alguien había tirado un cubo de agua que se había congelado y había formado un pequeño glaciar en miniatura que ahora relucía a la luz de la luna.

—Abróchese el abrigo, señor Stone, o va a coger un resfriado de muerte.

—Vivo bastante cerca.

Ella se había puesto los guantes y se había subido el cuello del abrigo. Se montó en su bicicleta.

—Yo no. Vivo en Mile End.

Y a punto estuvo de decirle: pero usted ya lo sabe, claro.

—Buenas noches, pues.

Pero cuando la vio en el sillín, quiso decirle algo más.

—Espere, señora Grice...

Pero Joan ya había levantado la vista, había mirado a un lado y al otro, había empujado los pedales y se había alejado a toda vela por la calle vacía, mientras él la miraba con una mano en alto.

Joan pedaleó a casa como si su bicicleta no se apoyara en la calzada sino que planeara varias pulgadas por encima de ella, con alas en los ejes. Ni tampoco sintió el frío a pesar del descenso de la temperatura y del viento que iba refrescando a medida que se acercaba al río. Le pasaría a menudo, cuando iba a toda velocidad en bicicleta, durante las semanas siguientes, en lo que llegaría a ver como el primer acto de una comedia de errores, el primero de cuyos errores estaba en la mente de quienes creían que Gricey estaba muerto.

Era ciertamente lo que pensábamos nosotras, y pensar lo contrario era una locura, francamente, y también resultaba desgarrador, pobre Joan. Pero parecía que ella podía pensar ambas cosas al mismo tiempo, que estaba muerto y también vivo, en el cuerpo de otro hombre.

Al cabo de unos días volvió a visitar a Vera. Mientras cruzaba la ciudad en bicicleta a media tarde, se fue desanimando. El hecho de que su hija siguiera ocupando el desván de Julius Glass la deprimía y también la distraía del prodigio silencioso de aquel hombre que había entrado en su vida y que en virtud de algún milagro había traído al mundo el espíritu de su difunto marido y —si nadie lo ahuyentaba ni lo alienaba de otra forma— se lo podía convencer para permitir que ese espíritu se manifestara. Joan todavía no tenía ni idea de qué aspecto tendría. Pero estaba segura de que lo reconocería cuando lo viera. Y con esto en mente llamó a la puerta de la estrecha casa de Pimlico.

Cerca de la casa de Julius había una placita pública. Durante el siglo pasado se habían plantado allí olmos y fresnos, y en la otra punta había una vieja sinagoga donde algún fascista había pintarrajeado una esvástica. El cementerio con sus lápidas dispersas tenía un origen todavía más antiguo. Cerca había una hilera estrecha de casas adosadas y una tapia de ladrillo alto con los patios de vías al otro lado y un pequeño pub en la esquina llamado The Builder Arms. Todas las casas salvo una habían escapado a las bombas y en verano era un sitio bastante agradable, aunque en esta época del año resultaba lúgubre. Los niños no entraban en la plaza por mucho que hubiera unos columpios colgando de una estructura herrumbrosa, como una horca con cadenas. Se decía que en el cementerio judío rondaba el fantasma de un soldado alemán. Quizá fuera por eso.

Joan y Vera habían salido a pasear. Vera le había dicho que necesitaba desesperadamente aire fresco. Y todavía más desesperadamente, pensó Joan, salir de aquella casa. Julius y ella se habían acostado tarde, aunque Joan no le preguntó si era porque habían estado de juerga o qué. Madre e hija ya habían llegado a la placita. Se habían traído unas cuantas rebanadas de aquel pan gris y horrible que teníamos aquel invierno y ahora les estaban tirando migas a las palomas. Caían flotando unos pocos copos de nieve.

Hacía demasiado frío para sentarse en un banco, de forma que las dos mujeres pasearon por la plaza cogidas del brazo. Vera iba enfundada en su abrigo de piel negro y le estaba contando a su madre que hacía unas cuantas noches había ido al teatro y había vuelto tarde a casa. Aquí viene, pensó Joan. No era tanto lo que Vera le estaba contando como su forma de contarlo. Su tono era febril. Tenía los ojos demasiado luminosos y se estaba aferrando con demasiada fuerza al brazo de

su madre. Nada más entrar en la cocina, le siguió contando, vio que allí había habido gente. Las sillas estaban apartadas de la mesa alargada de la cocina. Había tazas de té vacías, unas cuantas botellas de cerveza y, oh, un montón de humo de cigarrillo, parecía que hubiera niebla allí dentro. Estaba a punto de abrir la puerta de atrás para que entrara un poco de aire cuando oyó a alguien bajar las escaleras. Era una casa vieja y las escaleras crujían, y Vera le contó que por alguna razón se había sentido amedrentada. Julius no le había dicho que fuera a invitar a nadie.

—Continúa, cielo —le dijo Joan, con una sensación de temor fatigado formándosele en el pecho.

Pues de golpe la puerta se abrió, le contó Vera, y con un clic del interruptor la cocina quedó iluminada, pero tenuemente, solo por la bombilla solitaria con su pantalla amarilla. Vera no había podido refrenar un chillido. Pero no era más que Julius, y ni siquiera pareció oír el chillido. Oh, eres *tú*, le dijo él, bostezando. ¿Por qué no me contestabas? ¿Y qué estás haciendo aquí abajo a oscuras, cariño?

Vera, sin soltar a su madre, guardó silencio.

—¿Qué le dijiste? —dijo Joan.

—Le dije que se fuera. Pensé que era otra persona.

—¿Quién?

—No sé.

Al parecer Julius se sentó de todas formas a la mesa y apoyó la cara entre sus manos. No hagas tanto ruido, dijo, Gustl está durmiendo. Él también había estado dormido, le dijo, y Vera se disculpó por haberlo despertado, no era su intención hacer ruido, pero ¿podía marcharse, por favor? Julius le contestó que no lo había despertado ella, que había estado soñando y que el sueño lo había despertado.

—¿Y te contó qué había estado soñando?

—Con el Blitz. Y con el Swinburne's.

—¿Y luego qué?

Luego volvió a bostezar. Vera seguía allí de espaldas a la puerta de atrás, con el abrigo todavía puesto. Julius la aterraba por razones que era incapaz de explicar.

Ahora Vera estaba más trastornada. Para Joan era un misterio por qué llevaba tacones altos, porque incluso con el apoyo de su madre iba tambaleándose sobre la grava. Pero eso no era importante.

—Tranquilízate, cielo —le dijo Joan—. Quiero entender todo esto.

Estaba convencida de que solo eran los nervios de su hija jugándole una mala pasada.

—¡Julius, por favor, vuelve a la cama!

—Ya veo que no soy bienvenido aquí abajo —dijo él.

Vera lo oyó volver a subir las escaleras. Luego las nubes se abrieron y vio salir la luna al otro

lado de la ventana de la cocina. Durante unos minutos se quedó quieta, dijo, porque estaba intentando asimilar una idea que se le había ocurrido con un destello alarmante de claridad la primera vez que ella le había oído llamarla por su nombre. Julius había estado esperando a otra persona. Y luego pensó —y se giró para agarrar todavía más fuerte el brazo de su madre—: Sé que es una tontería.

—Oh, no —dijo Joan, que no estaba sorprendida.

Vera se la quedó mirando.

—Hay más —dijo.

Vera había estado de pie a oscuras en la cocina. Luego abrió la puerta de atrás, salió y se plantó en lo alto de los escalones. En la otra punta del estrecho jardín de Julius, las ramas de un sauce llorón de la callejuela colgaban desnudas y flacas como sogas sobre la tapia trasera, meciéndose un poco, dijo Vera, y por el suelo de debajo se movían un poco unas manchas de luz de luna. Vera se estaba viniendo abajo. Había veces en que no era fuerte, sobre todo cuando no estaba trabajando. Y por supuesto, había perdido a su padre. Ahora levantó una mirada de ojos asombrados. Vi que se movía algo, dijo en voz baja, junto a la tapia. Era como una sombra agachada, o eso parecía, ¡y luego se puso a reptar a lo largo de la tapia!

—Espacio, cielo. ¿Dónde la viste?

—Cerca de la tapia de atrás, debajo del árbol. Y luego desapareció.

—¿Qué era, un gato?

Vera seguía agarrada con fuerza del brazo de su madre mientras las dos caminaban con dificultad por la plaza vacía; iba prácticamente dando tumbos con su abrigo de piel enorme y sus tacones altos, como si estuviera un poco borracha, pero obviamente sin poder quitarse de la cabeza horrorizada lo que fuera que había visto aquella noche. No, dijo, no era un gato, era demasiado grande. Ni tampoco un perro. Era un hombre.

—¿Un hombre?

—Sí.

Vera se detuvo. Se volvió a girar hacia su madre. Ahora tenía una mirada frenética y la cara tan pálida como la cera.

—Mamá, ¿quién podía estar en el jardín a esa hora de la noche?

—¿Qué hiciste? —le dijo Joan.

—Bajé los escalones, muy despacio —dijo—, y crucé el jardín hasta ponerme debajo de las ramas del árbol, y no me moví, mamá, me quedé allí, sin moverme, pero lo único que oí fue la nieve caer, y del callejón no vinieron pasos, nada. ¡Fuera quien fuese, se había alejado, deprisa y con sigilo, al verme salir de la cocina!

—¿Y te metiste en el callejón?

—Ya se había marchado.

—Vera.

—¿Qué, mamá?

—¿Estás segura de que era un hombre?

—¿Crees que era una mujer?

—¡No, cielo, yo no estaba! Puede que fuera un perro.

—Yo también pensé que era una mujer.

Sonaba muy asustada. Joan le había oído aquel miedo en la voz muy pocas veces. Había un banco junto a los columpios. Se sentaron. Joan estaba temblando. No podía pasar mucho más tiempo fuera con aquel frío. Al lado del pub estaba la única casa de la plaza que había sido alcanzada por una bomba. Le faltaba la mayor parte de la fachada y tenía el tejado combado, pero no se había venido abajo, de forma que era medio tejado sostenido por media pared, y aquella casa rota se había pasado la guerra entera allí plantada, aunque ahora se estaba haciendo un esfuerzo para apuntalarla. La estructura estaba recubierta de tubos metálicos y pasarelas de tablones y escaleras de mano, de forma que de la casa solo se veía un vago contorno, como a través de un telón de gasa, prisionera de sus propios andamios. Joan pensaba que si se venían abajo los andamios, la casa no tardaría en desplomarse después.

Estaba anocheciendo y la oscuridad se fue metiendo como si fuera una especie de niebla por los espacios de detrás de los árboles desnudos y las farolas y los columpios colgantes. También trajo más frío y Joan lo sintió de inmediato. Se levantó del banco. Vera levantó la vista, con aquellos ojos luminosos todavía muy abiertos de perplejidad atemorizada y ahora llenos de lágrimas. Hubo un movimiento repentino de pena cálida en el corazón de su madre, que se volvió a sentar y le cogió las manos a su hija.

—Déjalo ya, amor —le susurró—. No pasa nada. Escúchame, escucha, Vera, no pasa nada. Mírame, Vera. Cariño...

Mirándola, acariciándole las manos temblorosas, haciendo lo que había hecho tan a menudo cuando Vera era niña, diciéndole que daba igual el dolor que tuviera, un arañazo en la rodilla o una pesadilla —habitualmente una pesadilla—, ya estaba todo bien, que no pasaba nada, de esa forma había aplacado su angustia infantil, a base de decirle que no era nada. Y seguía funcionando, hasta cierto punto. Ahora tenía a Vera en brazos, sollozando, y qué placer tan poco habitual, pensó Joan, era hundir la cara en toda aquella piel mullida y cálida. Luego vio por encima del hombro tembloroso de la chica, al otro lado de la plaza, en la penumbra del anochecer, que se estaban encendiendo las luces del Builders Arms.

—Vamos a tomar una copa, anda, cielo —le dijo en voz baja—. El pub está abierto.

Estaban sentadas junto a la chimenea de carbón de la pequeña taberna. No había nadie más en el

local. Cada una de ellas tenía una ginebra grande. Joan sabía que aquello les iría bien. Querido Tío Alcohol, pensó, ¿por qué eres tan bueno con nosotras? Vera sacó sus pitillos. Un reloj hacía tic tac. Había un gato pequeño y negro ronroneando y roncando en la alfombra de delante del fuego. Vera todavía llevaba puesto el abrigo de piel y Joan su abrigo negro. Se inclinó y le acarició la mejilla al gato justo por debajo de la oreja. Pero salvo por el reloj y el ronroneo del gato, todo estaba en silencio. El ánimo de las mujeres se había apagado; casi apaciguado. Entonces Vera se puso a hablar otra vez.

—Volví a entrar en la casa —dijo en voz baja—. Ya no estaba tan nerviosa como antes y me quité los zapatos en la cocina y apagué la luz. Subí al piso de arriba en medias pero despacio, y deteniéndome cada vez que las escaleras crujían. Tenía que saberlo, ¿me entiendes?

—Saber ¿el qué?

Ahora Joan no quería mirar a su hija. Con cada peldaño que subía de aquellas escaleras chirriantes la veía adentrarse más en algún sitio del que quizá no volviera a salir con facilidad.

Vera se detuvo en la puerta del dormitorio y la entreabrió un poco. Estaba muy oscuro dentro, apenas había una ranura minúscula y alargada de luz de luna allí donde la cortina opaca no llegaba del todo a la pared. Unos ronquidos apagados. Vera distinguió la forma de la cama y el montículo del hombre que había en ella. Estaba solo. ¡Pero ella lo podía oler!

—¡Mamá, lo podía oler!

—¿El qué, cielo?

—El perfume.

—¿De la persona del jardín?

—Sí.

Joan solo tenía una cosa en la cabeza. Que aquella chica necesitaba volver a trabajar. La dejabas a su aire y sin nada que hacer, con la mente ociosa, atrapada en un desván y con un marido frío dos pisos más abajo... y esto era lo que pasaba. Que se imaginaba a mujeres en el jardín. ¿O acaso era la misma Joan la que le había metido aquella idea en la cabeza?

—Lo siento mucho, amor, y espero que te equivoques.

—Apeataba allí dentro. No me equivoco, mamá.

—¿Apeataba a qué?

—A perfume. A Jicky.

Ahora su tono era de certidumbre serena. No tenía sentido discutir con ella. El hombre reptante era una mujer y había estado en la cama de Julius. Había estado allí al llegar Vera a casa aquella noche y había salido al jardín por el sótano. Aquello lo explicaba todo. O eso pensaba Vera.

Salieron del pub poco después. Vera se había olvidado las llaves, de forma que tuvieron que llamar al timbre. Fue la tía Gustl quien les abrió.

—¡Estáis heladas! —exclamó—. ¡Entrad en la cocina, que se está más caliente!

Pero Joan no quiso entrar. No sabía a ciencia cierta qué estaba pasando en casa de Julius, pero fuera lo que fuese estaba trastornando a Vera. Tenía que esperar. Tenía un trozo de lengua guardado para la cena y un poco de repollo. Le gustaba comer un poco de repollo cuando lo podía conseguir.

Solo quedaban siete funciones de *Noche de reyes* y Joan ya había empezado a prepararse para otra muerte: el final de Malvolio. Necesitaba estar allí. La noche siguiente compró una entrada, nuevamente en la grada del palco, y se volvió a poner el sombrero de fieltro bien calado y el abrigo negro que ahora le quedaba como un guante y seguía reteniendo el aroma de Gricey en el forro.

La vemos inclinarse hacia delante, contemplando como una niña a los actores que tiene debajo, y a uno en concreto, claro. Durante el intermedio se quedó en su asiento y se preparó para el horror del acto IV. Porque es entonces cuando se ve a un hombre cuerdo encarcelado como si fuera un lunático, y ese hombre cuerdo es Malvolio. Qué deprisa solía implicar Gricey a su público en aquella situación de pesadilla, estar encerrado en un manicomio y que cada una de tus alegaciones sobre tu cordura solo te sirva para convencer a tus carceleros de que estás ciertamente loco; no era de extrañar que cuando lo soltaran estuviera furioso por la cruel jugarreta que le habían hecho, y saliera en tromba, oh, en tamaña furia, prometiendo vengarse. En aquella escena Gricey infligía una siniestra conmoción a su público y al mismo tiempo le hacía reír. Extraordinario.

Y así termina la historia. Con la reunión de un hermano y una hermana, gemelos, separados por un naufragio y ambos convencidos de que el otro estaba muerto. Y ahora los dos encuentran su amor verdadero. ¿A quién le importa el viejo *Malvol*? Son Viola y Orsino los que importan, y Olivia y Sebastián. ¿Acaso no son los amantes? ¿Y no es cierto que todo el mundo ama a los amantes?

*Y el pájaro cantando pío pi,
de amor se llena el abril.*

Era lo peor del invierno, pero Joan esperó en su asiento hasta que el público hubo salido arrastrando los pies y solo entonces se puso a bajar las escaleras. Se subió el cuello del abrigo. Otra noche fría. Frank Stone estaba apoyado en la pared de ladrillo de al lado de la entrada para actores. Estaba escondido, hundido en las sombras y cabizbajo, igual que la otra vez. Al ver a Joan, salió a la luz que emanaba de la farola.

—Señora Grice.

Ella había confiado en que estaría allí. Y qué bien había encontrado él su luz.

—Hola, querido. Esta noche pago yo, y no me lo discuta.

Él se le acercó y ella lo cogió del brazo. Más tarde Frank Stone contaría que le había gustado que Joan lo tratara con familiaridad desde el primer momento, porque por entonces todavía no sabía muy bien qué pensar de ella. Pero siempre existirá un puñado escaso de hombres capaces de ver en las mujeres como Joan Grice cosas ante las que los demás están ciegos. A Frank Stone le traía sin cuidado que se llevaran unos cuantos años, y tampoco la encontraba amargada ni fría. Sabía que ella estaba en pleno duelo y que nunca lo demostraría, y también sospechaba que no le faltaban ni mucho menos el sentido del humor ni, oh, sí, la pasión que otra gente de imaginación mucho más limitada jamás adivinaría que tenía.

Estuvieron hablando hasta que se anunció que iban a servir las últimas rondas. Joan le preguntó cómo era interpretar a Malvolio después de ver hacerlo a Gricey. Era una pregunta atrevida, considerando lo que ella creía saber de él, pero tenía curiosidad. Stone la sorprendió contestando que no tenía ninguna idea sobre Malvolio, y que lo único que se pedía de él era que hiciera exactamente lo mismo que Gricey. Empezando por su postura, por su forma de estar de pie, a veces como un palo de escoba inestable. De forma que se plantaba igual que Gricey y se movía igual que Gricey, y lentamente, o quizá no tan lentamente, empezó a suceder algo curioso. Empezó a adquirir su *memoria corporal*. Sí. Empezó a saber, sin tener que pensar en ello, no cómo hacer de Malvolio, sino cómo hacer de Charlie Grice haciendo de Malvolio.

—¿En serio?

—Sí. Pero cuando lo conté en los camerinos, me dijeron que tendría que haberlo sabido. Que pasa todo el tiempo.

Ladeó la cabeza y levantó su vaso de cerveza. ¿Qué era aquel deje en su voz? Por fin Joan lo captó. Un atisbo de efe en vez de las uves... ¡Aleman! Ahora Frank Stone le estaba sonriendo, con un ligero matiz lobuno en la cara otra vez. Ella no supo qué decir. Enarcó una ceja y negó con la cabeza. Se sentía confusa y un poco desasosegada.

—Sí. De forma que salí a escena y lo interpreté exactamente igual que él. Y los demás lo apreciaron.

—¿Ah, sí? ¿Los actores?

Joan había recuperado la compostura.

—No los obligué a cambiar su interpretación, ya sabe.

—¿No?

—No, porque seguía siendo Gricey.

—Hace usted que parezca fácil, señor Stone.

—La gente vino a ver la obra otra vez. A ver si el nuevo podía hacerlo. Si podía conseguir todas las risas que conseguía Gricey.

—Y por supuesto, usted pudo.

Frank Stone estuvo unos segundos sin decir nada y por fin asintió con la cabeza con bastante solemnidad.

Se despidieron como la otra vez en la acera de delante del pub. No quedaron en volver a verse. Pero se daba por sentado que Joan volvería a ver la obra una vez más antes de que desapareciera del cartel. Se dieron la mano y se fueron cada cual por su lado. Los dos estaban calladamente satisfechos por el hecho de que, fuera lo que fuese que estaba pasando allí, por lo menos se estaba convirtiendo en una amistad.

Al día siguiente el buen humor de Joan no pasó desapercibido en el taller de vestuario. Las chicas la llamaban santa Juana. Vivían con miedo a su descontento.

—Buenos días, señora Grice —gorjearon, todas menos las dos de mayor edad, que tenían relaciones más complicadas con ella.

—Buenos días, chicas. ¡Esther!

—Sí, señora Grice.

—¿Dónde has encontrado esa falda?

—La he hecho yo, señora Grice, con tela de una cortina vieja.

—Bueno, querida, por fin estás mostrando un poco de gusto.

Aquello en el taller de vestuario contaba como humor excelente. Las mujeres mayores se miraron entre ellas, como diciendo: vaya, vaya. Pero Joan había dormido bien y no había tocado para nada la botella de ginebra del estante de arriba del armario de la cocina.

Decidió no asistir a la última noche de la obra, sino a la penúltima. Y nuevamente esperó a que el teatro se vaciara antes de bajar las escaleras y salir a la calle. Aquella noche nevaba. Caía una nevada abundante, impulsada por un viento fuerte, y ella tuvo que forcejear con su paraguas, que era grande y difícil de manejar en aquellas condiciones.

Luego aparecieron sobre la vara los dedos fuertes y seguros de un hombre. El dosel batiente quedó bajo control. Según hemos observado, en las amistades como la que nos ocupa sucede que unos días después del segundo o el tercer encuentro, cuando ambas partes tienen claro que algo se avecina, durante el tiempo que pasan separadas tienen lugar cambios en la imaginación de cada uno y se alcanza un nivel nuevo de familiaridad, o incluso de intimidad. Era el caso entre aquellos dos. Frank le ofreció la mano y Joan la aceptó y, con los cuerpos pegados bajo el resguardo del paraguas enorme, y con las cabezas gachas, los dos correataron bajo la ventisca los pocos metros que los separaban de la calidez y la luz del pub de la esquina de la calle.

Con qué alivio se volvió a sentar Joan en silencio y en compañía de aquel hombre frente a su ginebra. Tampoco esta vez le dejó pagar. Frank dijo que estaba claro que le tocaba a él, y que en cualquier caso el que tenía que pagar las copas era el hombre, pero ella le dijo que no fuera tonto, se sacó media corona del bolso y se la dio, y aquello, aquella transacción, dijo tanto sobre su relación como habría dicho cualquier intercambio franco de sentimientos. De hecho, su interacción apenas era verbal, era más bien el reconocimiento gradual de una comodidad en compañía del otro que se parecía mucho al inicio de la confianza. Se sentaron codo con codo a su mesa, de espaldas a la pared, ella con la espalda recta como siempre y él con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones y las largas piernas extendidas y cruzadas a la altura de los tobillos. Tenía el abrigo echado hacia atrás y casi en el suelo y un cigarrillo colgando de los labios. El pelo despeinado y el sombrero en la silla a su lado. El espectador casual habría visto en él a un bohemio, quizá pintor o músico, pero ¿qué estaba haciendo con aquella mujer elegante y bastante atractiva, de modales gélidos y que nunca sonreía?

Y así era como veían el mundo desde la misma perspectiva. Joan necesitaba aquello; lo necesitaba a él. Y en cuanto a Frank, ahora estaba sentado con Joan Grice, encandilado por la mujer a la que veía emerger con humor silencioso del interior de su caparazón de dolor.

—Ha estado usted muy bien esta noche, señor Stone —le dijo ella—. A lo mejor sacaremos a un actor de usted. Y ahora tengo una sugerencia.

—¿Ah, sí?

Él se giró hacia ella, puso la espalda recta y se sacó las manos de los bolsillos.

—Pues sí. Me gustaría invitarlo a cenar en mi piso. Mañana por la noche. Quiero alimentarlo un poco, está usted en los huesos.

Él la contempló. Aunque no se había quedado sin palabras, sí fue consciente de una alegría que le crecía lentamente por dentro.

—Pero no salimos hasta las diez.

—Ya lo sé.

—Entonces gracias, señora Grice. Me encantará ir.

Aquel fue el atrevido acercamiento que hizo Joan, dado que no veía razón para no hacerlo. Aquella nueva amistad le parecía una llamita delicada y sabía que había que cuidarla. No necesariamente para que creciera, sino para que continuara existiendo.

Se despidieron al cabo de poco. Joan se fue pedaleando a casa. Se pasó una hora despierta pensando en esto y aquello, principalmente en Vera, y por fin se quedó dormida. Al día siguiente fue consciente, mientras iba en bicicleta al trabajo —hacía frío pero por lo menos era un frío seco, y la nieve acumulada en el suelo no era tan profunda como ella había esperado, y además se había puesto una bufanda negra de buena calidad tejida por ella misma que estuvo ondeando a su alrededor mientras pedaleaba por las calles ajetreadas, Holborn, Aldgate, Shaftesbury Avenue y luego entraba planeando, *volando*, en Piccadilly Circus y pasaba junto a la estatua de Eros—, fue consciente de que, a pesar de todo, a pesar de la ansiedad que le causaban el hundimiento del matrimonio de Vera y el estado mental de la pobre chica, estaba de mejor humor que nunca desde la muerte de Gricey.

Era gracias a la perspectiva de la cena que tenía después, claro. Había planeado el menú con detalle, incluyendo aquella preciada y largo tiempo anhelada lata de salchichas de cerdo que había entrado en la despensa antes de la guerra. La cartilla de racionamiento le iba a quedar hecha un colador por culpa de aquel festín, pero ciertamente iba a alimentar a aquel saco de huesos. Era una cena simple, pero que Gricey siempre agradecía cuando regresaba del teatro. Cena de actor, solía llamarla, mientras se ponía a comer entre exclamaciones de placer. El querido Gricey. Volvieron las punzadas de dolor, pero ahora templadas por la idea de que a fin de cuentas él no estaba tan lejos.

Ya eran pasadas las once cuando oyó el timbre y bajó a abrir. Daniel Francis —o llamémoslo Frank Stone, era así como lo llamaba Joan ahora—, Frank Stone estaba de pie en la calle, frotándose entre sí las manos enfundadas en mitones y expulsando bocanadas de vapor frío a la noche.

—Entre, por favor.

Él la siguió por las escaleras angostas y mal iluminadas. Joan le cogió el abrigo, el sombrero y

la bufanda y se los colgó en el armario del pasillo anexo a la puerta de entrada. Frank vio que era un piso austero, destartado y necesitado de reparaciones, pero aun así limpio y ordenado. El cuarto de coser de Joan quedaba detrás de la cocina, y al otro lado del pasillo estaba el cuarto de Gricey con su ropero enorme. Al final de un pasillo corto se encontraba el dormitorio principal, tristemente ocupado solo a medias, porque ahora Joan era la única que dormía en la amplia cama. Y justo al lado estaba la sala de estar. Pero la cocina era la habitación más cálida del piso y era básicamente allí donde hacía su vida Joan.

Cerca del armario del recibidor había una mesilla con varias cartas encima que Frank vio que estaban todas dirigidas a Charles Grice. Debajo de aquella mesilla vislumbró un par de zapatos de caballero y dio por sentado que también eran de Gricey. Joan lo acompañó a la cocina. Hacía más de un mes que no entraba ningún hombre en aquella cocina. Sobre la mesa había desplegado un mantel blanco almidonado con dos cubiertos. Joan llevaba un collar de perlas que había sido de su madre. Le ofreció algo de beber a Frank y él le preguntó si tenía cerveza. Por supuesto que sí. Joan cogió del estante la botella de cerveza pálida y le sirvió un vaso. Él estaba en silencio. Sentía con mucha fuerza la presencia del hombre que hasta hacía poco había sido el amo de la casa, y cuya personalidad todavía era palpable.

—¿Cómo ha ido esta noche, querido?

—Ah —dijo él—. Todo el mundo estaba triste.

Joan no contestó. Estaba ocupándose de los fogones, de espaldas a él. Sabía por qué estaban tristes. No era solo por el final de las representaciones, ese momento en que todos los actores sienten la tristeza de colgar su atuendo por última vez y despedirse de su personaje. Era como despedirse de un fantasma, solía decir Gricey, ¿pero quién es el fantasma, eh? ¿Él o yo?

«Yo me marcho —decía Gricey—, y la ropa se va al baúl y el fantasma se queda dentro. Pero cuando *yo* esté muerto, el viejo Malvol seguirá ahí.»

Joan se acordó del almacén donde todo el vestuario de los hombres colgaba apiñado como una colección de jinetes sin cabeza, fantasmas todos ellos. Mientras añadía sal a la sopa, se acordó de Gricey plantado en la puerta de la cocina, liando un cigarrillo y disfrutando de su propio chiste. Oh, y esta noche aquella cuestión estaba dotada de una trascendencia peculiar, porque —al menos en la mente de Joan— el fantasma de Gricey estaba presente. Ahora estaba inclinada sobre los fogones, de espaldas a la mesa, y experimentó una pequeña convulsión de tristeza. Oyó que su invitado echaba su silla hacia atrás y mientras le caía una lágrima en la sopa sintió una mano en el hombro.

—Nos hemos acordado de él, señora Grice.

Ella levantó la cabeza y la giró para mirarlo.

—Estábamos todos en la sala de descanso y el señor Gordon ha dicho unas palabras.

Albert Gordon era el gerente de la compañía.

—Albert lo ha hecho bien, seguro —dijo Joan.

Se secó los ojos en el delantal y reanudó su tarea con brío.

—Ahora siéntese, por favor, señor Stone. —Hizo una pausa y dijo—: *Frank*. Y puede usted contarme qué va a hacer ahora.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó él, con las cejas enarcadas y una media sonrisa, sentado una vez más a la mesilla de debajo del perchero.

La ventana de la cocina seguía con la cortina corrida. El puesto de Frank en la compañía no estaba asegurado, tal como Joan sabía bien, y él no tenía ni idea de qué iba a hacer a continuación. Más trabajos de mensajero, o cargar con una lanza. Para los actores como él, el final de un trabajo podía significar una etapa de inactividad sin nada más que días vacíos con alguna audición de vez en cuando de cara a un papel para el que no estaba cualificado y que de todas maneras no le iban a ofrecer, así como un agente malhumorado que se olvidaba de su nombre y que le decía encogiéndose de hombros que *ahora mismo no había nada*. No tenía dinero y, lo que era peor, no tenía ropa decente, y tal como Joan sabía bien, en el teatro, y en los castings, las primeras impresiones eran importantes. A Joan se le había ocurrido una idea. Pero primero, la cena.

—Esto es sopa de repollo, señor Stone. Puede que le haga falta más sal.

No, no le hacía falta más sal. Aquella única lágrima ya había bastado para la olla entera. Hacía meses que nadie daba de comer a Frank. Y no le importaba a qué supiera la comida, porque el hecho de estar invitado a la mesa de una mujer ya era banquete suficiente. Y le dijo todo esto.

—Más vale comer invitado que pasar hambre —contestó Joan en tono ausente—. Coma más.

—Tiene que comer usted también, señora Grice.

—No tengo hambre. Usted ha estado trabajando. Gricey siempre vuelve a casa muerto de hambre, parece que se haya pasado la noche en la mina.

Estaba intentando mostrarse risueña. Se tocó las perlas. Ya casi nunca las llevaba. Pero le resaltaban la delicadeza de la piel de la garganta, y aquella noche Frank Stone no era insensible a la triste belleza de Joan.

—Uno se puede sentir así a veces, señora Grice.

—Ciertamente sudáis como mineros. Él apesta cuando viene a casa. Hay noches en que los dos vuelven tarde a casa, él de un teatro y Vera de otro...

Se quedó callada. Aquellos días se habían terminado.

—¿Cómo está Vera?

—Oh, señor Stone. Estoy preocupada por ella.

Pensó en Vera en su habitación del desván, con el tejado inclinado y el tragaluz, sus vestidos colgados entre las vigas y su espejo apoyado contra la pared, obligándola a agacharse y acercar la cabeza solo para poder pintarse los labios como era debido.

—Señor Stone, creo que voy a unirme a usted. ¿Le importa alcanzarme la ginebra de ahí arriba?

Apenas he probado gota desde que murió Gricey; aunque bueno, era a él a quien le gustaba tomarse una copa después de la función.

De manera que Frank le bajó la ginebra y Joan se bebió un vaso bien cargado mientras él se comía sus salchichas enlatadas y una ensalada de patata con un pedazo de lengua de guarnición. Ella no le formuló su sugerencia hasta que él se estaba terminando la sémola.

—Señor Stone.

—Señora Grice.

—Señor Stone... Frank. Es posible que yo tenga algo de ropa para usted.

Joan estaba de pie junto a los fogones, mirándolo con cariño.

—La ropa de mi marido —le dijo—. ¿Qué voy a hacer con ella?

—Creo que no puedo aceptarla, señora Grice.

Frank se había quedado perplejo. Estaba preocupado, y por lo siguiente. Le resultaba inquietante haber asumido el rol de Malvolio gracias a la muerte de un hombre. A veces sospechaba que había obtenido el papel de forma deshonesto, o por medio de falsedades. Era una idea irracional, pero así se sentía, y también creía que otros miembros de la compañía recelaban de él por aquella razón. Y ahora encima le estaban ofreciendo la ropa del muerto.

—Pero ¿por qué no?

Joan se sentó a la mesa y se lo quedó mirando. Le volvió a dedicar aquella cálida sonrisa, luego se inclinó hacia él y le ofreció su mano. Le estaba transmitiendo toda la carga eléctrica femenina, todo lo que tenía, y Frank se sintió inmediatamente excitado. Con los dedos apoyados en su brazo, Joan le dijo que tenía un montón de trajes de Gricey y que si se quedaban en el ropero, lo único que ella iba a hacer era emborracharse de madrugada, sepultar la cara en ellos para captar su fragancia y llorar. ¡Deshazte de ellos! ¡Sácalos del piso!, esa era su idea, le contó Joan, una intimidad diseñada únicamente para conseguir lo que ella quería.

—No sé.

Qué indefenso pareció él durante un par de segundos. Como un colegial, pensó ella. Joan se puso de pie y dio la vuelta a la mesa. Le cogió las manos y se quedó de pie, mirándolo. Solo se había tomado una ginebra, pero muy cargada y con el estómago vacío. Llevaba un cárdigan de lana de cachemir de color gris pálido que Gricey le había comprado antes de la guerra, cuando le sobraba el dinero. También llevaba lencería blanca.

—No, no lo sabe usted, ni yo tampoco. Siento haberlo sugerido, señor Stone. Frank. Ha sido una idea ridícula. Déjeme que le llene el vaso.

—Gracias.

Ella se giró para sacar la cerveza del armario. Frank se sintió aliviado pero también avergonzado. Le preocupaba que ella primero lo hubiera llamado por su apellido y después lo hubiera tuteado. Era tarde. Tenía que irse a casa. Y así lo dijo.

—Bébase la cerveza antes de irse —dijo Joan—. Por lo menos tenemos que brindar por que se haya acabado la obra.

Joan le sirvió más cerveza y un chorrito más de ginebra para ella. Levantaron los vasos y bebieron. Sintió que le afloraban las lágrimas de inmediato. Él se quedó alarmado.

—¿Qué pasa, señora Grice?

Frank se puso de pie pero Joan ya había salido de la cocina. Cuando volvió al cabo de unos minutos, recuperada, él le dijo que había cambiado de opinión.

—¿Sobre qué, señor Stone?

—Sobre el traje.

Ella no se esperaba aquello, después de lo que él le había dicho. Su arranque repentino de llanto no había sido ninguna farsa.

—¿Sobre qué, señor Stone?

—Sobre el traje.

—¿Está seguro, querido?

—Míreme, señora Grice. Soy un espantajo.

—Oh, no es un espantajo *ni mucho menos*, señor Stone.

Ella no se tendría que haber tomado aquel segundo trago. De pronto se sentía locuaz.

—Pero Gricey tenía ropa bastante bonita y sería una pena tener que tirarla, y a fin de cuentas usted ya ha estado en su piel, si me entiende usted...

—Si esa piel es de mi talla, señora Grice... —dijo Frank, abatido.

—Si esa piel no es de su talla, señor Stone, yo se la retoco.

De manera que lo llevó a la habitación de Gricey y abrió con llave el ropero.

Oh, aquel ropero. Nos ponía la carne de gallina, ya lo creo. Era un mueble gigantesco de color verde pálido con la pintura descolorida y descascarillada, colores óxido y marrón vetustos asomando bajo una lividez verde azulada, un frontón roto y dos paneles en las puertas con parras labradas retorciéndose y entrelazándose entre ellas como si estuvieran enmarcando sendas obras de arte. Ya nunca resultaba fácil abrir aquel ropero. A Joan le temblaba la llave en los dedos. Había algo, algo inconfesable, en aquel ropero, porque ella había oído ruidos. Ruidos que no podía explicar. Ratones, había pensado al principio, o no, ratas. Algo demasiado grande para ser un ratón, pero luego había pensado que no, que había sido su imaginación. Lo que estaba sucediendo ahora, sin embargo, parecía el acto de traición más atroz que uno pudiera imaginar, a menos, por supuesto —y esto no se le había ocurrido antes a Joan— que ella solo le estuviera

regalando a Frank algo que ya le pertenecía. Metió la llave en la cerradura y abrió las puertas de par en par. Iban muy duras y chirriaron. En una punta estaban los estantes y los cajones y en la otra un baúl con maletas amontonadas encima. Y encima de las maletas, el bote de debajo de la cama, el que contenía las cenizas, el que le había estado provocando pesadillas. Por el medio discurría un riel lleno de perchas, con trajes, abrigos, chaquetas, pantalones, ordenados de color claro a color oscuro, de verano a invierno...

Joan eligió un traje de negocios oscuro que a ella siempre le había gustado que Gricey se pusiera. Lo había tenido desde antes de la guerra, desde antes de que se racionara la tela y no se pudiera conseguir nada a menos que lo pillaras de estraperlo. Era de color azul marino, cruzado por delante y de solapas anchas. Después de que empezara el racionamiento, la Cámara de Comercio ya no había permitido los trajes cruzados, ni tampoco los dobladillos en los pantalones. ¿Cuándo lo había llevado por última vez? Habían ido al oeste por alguna razón y en el taxi de vuelta a casa él le había metido la mano por debajo de la falda, ella había visto que el conductor los estaba mirando por el retrovisor y Gricey le había dicho: Sid, límitate a mirar la puta carretera; ella no lo había podido evitar y se había echado a reír, bueno, llevaba alguna copa en el cuerpo, los dos la llevaban...

—Pruébese este, señor Stone —le dijo—. Para llevarlo a diario. Le puede quedar muy bien.

Joan dejó el traje sobre la cama y salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de sí. Entró en la cocina. Se sentó con los codos apoyados en la mesa y la cara sobre las manos. ¿Qué estoy haciendo? Eso se preguntó a sí misma, deseando ahora, no, *suplicando* a Gricey que le volviera a hablar. ¡Dime qué hacer! ¡Dime que esto es lo correcto! El corazón le latía muy deprisa. No estaba segura de qué estaba pasando. ¿Más ginebra? No. No. Muy, muy mala idea. Se sirvió un poco más, de todas formas.

Cuando Frank abrió la puerta de la habitación de Gricey para llamarla, Joan volvió a entrar y vio de inmediato que el traje no le quedaba mal pero tampoco perfecto. Los pantalones le iban un poco cortos y había que estrechar la cintura y también darle algún retoque al cuerpo de la chaqueta. Un día de trabajo.

—¿Qué cree usted, señor Stone?

—Es un buen traje, señora Grice. Es usted muy generosa.

Ahora que había recobrado más o menos el control, decidió ponerse a trabajar sin demora. Lo miró con ojo crítico y se imaginó el aspecto que tendría cuando el traje le quedara como era debido. Y sí, por un segundo nada más cerró los ojos y Gricey estaba allí.

Luego se puso manos a la obra. Sacó el jabón de sastre porque la chaqueta le iba ancha en los hombros y larga de pecho. Un alfiler aquí, un alfiler allá, acortar el pantalón por detrás, estrecharle un poco el trasero y añadir una pulgada a los bajos. Cuando tenía delante a un hombre con una prenda que necesitaba retoques, sabía lo que hacía. Se ocupó de él con modales fríos e

impersonales, apartándose cada pocos segundos para echarle un vistazo. Frank no había sentido unas manos de mujer sobre él desde que le habían probado el vestuario de Malvolio y no quería que ella parara nunca. Arrodillada delante de él, trabajando en los bajos de sus pantalones, ella levantó la vista un momento y captó la expresión de su cara. Anhelante, pensó. Estaba anhelando algo. Joan le dejó la mano posada un momento largo en el tobillo mientras le sostenía la mirada evocadora y le aplicó una presión breve y firme mientras le sostenía el tobillo como si fuera la pata de una mesa. Y qué sólido era él, era la carne cálida y dura de un hombre lo que tenía en la mano, ¿y cuándo era la última vez que había sentido aquello?

Luego se incorporó frente a él, muy cerca, aquella mujer alta, delgada, elegante y fragante, con los dedos en su cintura y agarrando los alfileres con los dientes. Por supuesto, ahora ambos eran intensamente conscientes del otro. Nunca habían estado tan físicamente cerca entre sí. Joan se había visto a menudo en la situación de poner alfileres en la ropa de un hombre, pero nunca a medianoche y nunca a solas los dos en un dormitorio de su casa, y luchando contra esa levedad descabellada que despierta la ginebra...

Asumió sus modales más profesionales.

—Quédese quieto, por favor —le gruñó entre los dientes llenos de alfileres—, enseguida termino.

—Tómese el tiempo que le haga falta, señora Grice —dijo Frank con voz ronca.

Ya era pasada la medianoche. Al otro lado de la ventana reinaba un silencio mortal en las calles de la ciudad. Viuda, sola, sin lazos ni responsabilidades, Joan estaba de pie muy cerca de aquel hombre solitario en un dormitorio... ¿y acaso a alguno de los dos se le ocurrió qué podía pasar si la electricidad se marchaba, como pasaba a menudo en aquella época de cortes frecuentes y repentinos de suministro, y los dejaba en pleno apagón...?

Pero no sucedió, y el momento pasó. Y luego Joan terminó. Lo dejó a solas para que se vistiera y cuando él salió volvía a ser un espantajo. El traje estaba sobre la cama, lleno de alfileres y de marcas de jabón y listo para ir al sastre, que era ella.

Frank se marchó al cabo de poco.

Cuando se desarrolla una amistad entre un hombre y una mujer, suceden muchas cosas durante los periodos en que están separados. ¿Ya lo hemos dicho? Da igual. Es importante. Sí. Porque entonces se ponen en marcha las imaginaciones de ambos. Las situaciones cobran vida en la mente, la narración avanza y cuando se vuelven a ver es con cierta emoción pero también con una especie de reserva, porque el encuentro ahora tiene cierto aire de transgresión, sobre todo para el hombre; una apropiación del otro que todavía no ha sido admitida ni condonada. Ciertamente esto se podía aplicar a Frank Stone. Quería volver a sentir encima las manos de Joan, como cuando

ella le había cogido el tobillo y había levantado la vista para mirarlo desde el suelo, donde estaba de rodillas.

Luego, cuando la había tenido de pie y pegada a él, cara a cara, inhalando su aroma, con sus pechos enfundados en suave lana y a una sola pulgada de los latidos de su corazón, solo con dificultad había podido refrenarse de sacarle los alfileres de entre los dientes, sí, con sus propios dientes, uno a uno, como si cada uno de ellos fuera una prenda de la ropa de ella, de su ropa interior, para luego escupirlos al suelo y apartarlos de una patada.

Ella le había pedido que volviera el domingo siguiente a las seis. El traje estaría listo, le había dicho.

Vera estaba en el piso de su madre la noche en que Frank Stone volvió para probarse el traje. Ella lo conocía como Dan Francis, el actor que había interpretado a Malvolio después de la muerte de su padre. Se había fijado en su disciplina. Los actores que sustituían a otros actores eran famosos por inventarse cosas nuevas, que era algo que confundía a todo el mundo sobre el escenario. Pero no había sido el caso en *Noche de reyes*. Dan Francis interpretaba a Malvolio exactamente igual que su padre.

Se había venido a vivir con su madre aquel mismo día. Había pasado más de una semana desde la conversación que habían tenido en el parque infantil, Joan y ella. La noche anterior, en casa de Julius, en su desván, Vera se había dado cuenta de cuál era el problema. Estaba tumbada en su cama del desván con su abrigo de pieles, mirando las estrellas por el tragaluz. Había gritado. Se había levantado de un salto de la cama, tirando el cenicero, había bajado estrepitosamente las escaleras, despertando a la casa entera, había parado un taxi, le había dicho al taxista que la llevara a Archibald Street, al lado de Saint Clement, y después de llamar al timbre de su madre se había puesto a aporrear la puerta con ambas manos. Cuando su madre la dejó entrar, subió las escaleras temblando y berreando, oh, bañada en lágrimas, y Joan no tenía ni idea de qué le pasaba. Vera apenas había empezado a hablar, entre sollozos e hipidos, cuando su madre la detuvo, la abrazó, le dijo que guardara silencio, se tranquilizara y entonces hablara despacio.

—Mi pobre niña querida, hazme caso. Siéntate. ¿Quieres una taza de té? ¿O prefieres una copa?

—¡Traición!

—Pero si nadie te ha traicionado...

—¡Que sí!

—Mejor tómate una copa.

Y entonces hablaron. Vera siguió sollozando mientras Joan le recordaba lo que Julius había hecho, cómo había salvado a la tía Gustl de la Gestapo, se la había llevado a Londres y la había acogido en su casa. Todo esto era de dominio público. Al terminar vio que su hija levantaba la cabeza. Reconoció la resistencia que a veces aquella chica podía oponer incluso cuando parecía inminente un total colapso nervioso.

—Por fin entiendo cómo se siente una —susurró.

Se secó las lágrimas y los mocos de la cara con un pañuelo. Echó la elegante cabeza hacia atrás y se pasó los dedos por el pelo. De repente estaba tranquila, llorosa pero tranquila.

—¿De qué hablas, cielo?

—De cuando te traicionan. Así se siente una.

—Lo siento mucho...

—No lo sientas, mamá.

Ahora estaba sentada con la espalda muy recta.

—¿Que no lo sienta? Pero ¿por qué no? —dijo Joan.

Vera se la quedó mirando, asombrada de que no lo entendiera.

—No ha sido en balde. ¿No lo ves?

Su hija casi nunca sorprendía a Joan Grice, pero ahora sí lo había conseguido. Consumida toda la pasión, y mentalmente apaciguada, Vera se quedó sentada en la cocina de su madre, tamborileando con los dedos en la mesa mientras contemplaba la noche al otro lado de la ventana. A su madre el ruido le recordó a una máquina de coser sin tela debajo de la aguja, el mismo tap tap tap, el mismo traca traca traca. A Joan le sonaba a funeral. Vera estaba en otra parte, a mil millas de distancia, y Joan tuvo ocasión de examinarla en aquel estado tan poco frecuente de abstracción. La chica estaba pensando, pero no en su matrimonio. Joan le intentó explicar otra vez lo que Julius había hecho, y por qué no tenía que sentirse traicionada, pero fue inútil, porque lo que le importaba a Vera ahora no era si había sido traicionada o no, sino el hecho de que se sentía traicionada y de que eso le podía resultar útil. Había veces, y esta era una de ellas, en las que Joan deseaba que su hija poseyera un talento más ordinario. ¿Pero qué estaba haciendo, defendiendo a Julius Glass ante su propia hija, el mismo hombre que había empujado a Gricey por las escaleras, si ella conseguía demostrarlo? Pues intentar evitar que la chica descarrilara.

—Tenía que salir de esa casa —dijo entonces Vera.

Era media tarde. Joan se movía en silencio por la cocina, intentando no interferir con aquella ensoñación en la que Vera estaba sumida. Luego la chica pareció despertarse de golpe y se sacó del bolso las gafas y una edición ajada de Samuel French de una obra que le habían pedido que leyera. Joan vio que tenía los diálogos de su personaje subrayados en rojo y en negro y notas a lápiz escritas en los márgenes. Vera estaba pasando páginas deprisa mientras alguna nueva idea elucidaba algo que al parecer no había visto hasta entonces. Levantó la vista.

—Tienes todo lo que necesitas, ¿verdad, mamá?

—¿Y tú, cielo?

—Yo necesitaba saber cómo era perder algo, y después necesitaba sentirme traicionada, y por fin lo he conseguido.

¿Era para eso para lo que había muerto Gricey, para que Vera pudiera experimentar la pérdida? ¿Para representar el papel de mujer trágica? No se atrevió a formular la pregunta. Tenía miedo de

lo que le pudiera contestar su hija.

A la mañana siguiente las dos mujeres estaba entrando en taxi por Lupus Mews.

—Aquí están —dijo Julius cuando Vera entró solemnemente por la puerta con su madre detrás.

—Hemos terminado —dijo Vera, empezando a subir las escaleras—. No intentes detenerme.

Julius se giró hacia Joan, como diciendo ¿qué es esto? Joan puso los ojos en blanco, hizo una mueca de resignación fatigada con la boca y sacó un cigarrillo.

—A mí no me preguntes —murmuró—. ¿Todavía está aquí?

—¿Quién?

—Tu refugiada.

—¿Gustl? Está durmiendo.

Mientras Vera subía las escaleras, su voz bajó flotando:

—¡Hemos terminado, Julius!

Joan la siguió escaleras arriba, deteniéndose solo un momento para echar un vistazo a la cara cetrina y perpleja de Julius. En el desván, Vera cogió rápidamente unos cuantos vestidos que estaban colgados con perchas en el altillo y los tiró dentro de una maleta. Parecía traerle sin cuidado qué elegía llevarse y qué dejaba atrás. Nada de hombres sudorosos bajando su baúl a cuestras por las escaleras; o al menos no todavía. Estaba claro que la mente de Vera iba a cien y que no tenía espacio para pensar en posesiones. Cuando volvieron a bajar, Julius estaba al pie de las escaleras. Mientras Vera descendía enfundada en su abrigo de piel negro, con los tacones altos y poniendo los pies un poco ladeados sobre los peldaños, Julius le preguntó qué estaba pasando. No parecía furioso, sino claramente molesto y genuinamente asombrado.

—Hemos terminado —dijo Vera por tercera vez.

—¿Por qué, por el amor de Dios, cariño? ¿Qué ha pasado?

A Vera le brilló una luz en los ojazos enormes, que por un segundo parecieron lagos negros en llamas.

—¡No finjas que no lo sabes!

Julius no lo sabía y se giró hacia Joan con la boca abierta, los hombros encogidos y las manos extendidas. ¿Se ha vuelto loca?, parecía estar diciendo, pero Joan no tenía intención de involucrarse en aquello. Entretanto, Vera había llegado al pie de las escaleras y se encaminó a la puerta con la barbilla muy alta y maleta en mano.

—¡Dímelo, Vera!

Parecía a punto de tirarse contra la puerta para impedirle que saliera de la casa. Vera se detuvo un momento con la mano sobre el pomo de la puerta y se giró hacia él. Aquí viene, pensó Joan.

—Hay muchas injusticias que estoy dispuesta a tolerar, Julius —dijo—, pero la traición no es

una de ellas.

Y salió hecha una furia. A Joan le pareció que era de recibo una ronda de aplausos. Siguió a su hija imitando sus andares y echó un vistazo a Julius al salir. Tenía la mano en la cabeza y los labios retraídos de los dientes en un rictus de incompreensión exasperada. Lo que más le preocupaba ahora a Joan era Frank. Tenía que venir a las seis para probarse el traje.

Más tarde madre e hija estaban sentadas en la cocina del piso de Archibald Street pero Vera volvía a estar con la cabeza en otra parte y sin ganas de hablar. Había venido a vivir al piso sin consideración alguna por lo que Joan sintiera al respecto. Había dado por sentada su aquiescencia. Necesitaba refugio. Pero querida, pensó Joan, ¿no podrías haberme preguntado, por lo menos?

La habitación de Gricey tenía la cama hecha, y aunque a Joan la inquietaba instalarla allí, durante una época había sido también la habitación de Vera, y hasta seguía habiendo unos cuantos libros suyos en la estantería. El ropero estaba cerrado con llave, para sorpresa de Vera, pero Joan se mostró firme acerca de esto al menos: Vera tendría que colgar su ropa en el armario del pasillo. Sigue estando lleno, le explicó, dentro están todas las cosas de papá. Faltaba un traje pero Joan no pensaba decirle nada al respecto, porque todavía quedaban horas para que viniera Frank. Por lo menos en la parte de atrás de la puerta había un espejo decente. Pero ahora estaban de vuelta en la cocina, donde tuvo lugar un pequeño momento de gracia cuando Vera levantó la vista de la obra que estaba leyendo.

—Gracias, mamá —dijo, inclinándose por encima de la mesa para tocarle la mejilla a Joan.

Joan seguía preocupada. Por una vez en su vida no estaba segura de qué era lo mejor.

—Oh, por supuesto, cielo.

—Voy a necesitar tranquilidad mientras esté aquí.

—Ya lo sé.

¿Qué pensaba? ¿Qué iba a haber fiestas locas, bailes, vino, canciones? Aunque quizá estuviera Frank Stone, claro.

Eran las cinco en punto y Frank tenía que llegar a las seis. Joan se había imaginado una situación posible que la preocupaba. Tenía miedo de cómo reaccionaría Vera al hecho de que le diera el traje de su padre a un desconocido.

«Cariño, es un desconocido para ti pero no para mí.»

«Ya sé quién es, mamá, es el sustituto de papá.»

Claro, el sustituto de papá. Su hija se burlaría en el mejor de los casos. Iban a necesitar tener aquella conversación antes de que llegara Frank, porque no pensaba permitir que el pobre se viera avergonzado. Y Joan no era de esas mujeres que postergan una tarea desagradable con la

esperanza de que desaparezca de alguna manera, de forma que se sentó a la mesa delante de Vera, que seguía leyendo su obra teatral.

—Tengo que decirte una cosa, cielo.

Vera levantó la vista y se quitó las gafas.

—¿Qué pasa?

Estaba alarmada. Estaba demasiado excitada, demasiado alerta, demasiado viva en líneas generales. Era por la obra. Ahora presentía peligro, o malas noticias. Joan conocía bien aquel estado de ánimo.

—Le voy a regalar uno de los trajes de papá a un actor.

—Ah, ¿eso es todo? Me habías asustado.

—Viene a probárselo dentro de una hora.

—¿Lo conozco?

—Es el que sustituyó a papá en *Noche de reyes*.

—Ah, *ese*.

Sí, «ah, ese», y durante un segundo Joan estuvo en otra parte, plantada en una acera mojada después de que cerrara el pub y empezara a caer una nieve húmeda, y después pedaleando en mitad de la calle y girándose en el sillín para mirar atrás y sí, allí estaba, «ah, ese», debajo de una farola y con la mano levantada para despedirse y una expresión en la cara de, oh, ¿qué? De anhelo. ¿Y cuánto tiempo hacía que a ella no la anhelaba nadie?

—Entonces ¿no te importa?

—Mamá, ¿por qué me iba a importar?

Al cabo de una hora llegó Frank. Vera seguía en la cocina leyendo su texto. Se había recogido el pelo usando un lápiz para sujetarlo y tenía las gafas en la punta de la nariz. Llevaba jersey negro, falda negra, medias tupidas y zapatillas deportivas. En la mesa tenía desparramadas sus cosas del té, su tabaco de liar, cenicero, lápices, el texto de la obra y un zapato de tacón alto. Un zapato encima de la mesa. Joan podría haber protestado pero decidió que cuando llegara Frank se irían directamente a la sala de estar. Todavía estaba en la cocina con Vera cuando oyeron el timbre. Llegaba temprano.

Frank traía un botellín de ginebra. Joan se sintió avergonzada y un poco molesta. Lo llevó a la cocina. Vera se mostró educada con él. No tenía ni idea de por qué Joan le iba a regalar la ropa de su padre a aquel hombre, pero como no le afectaba para nada, no pensó más en el tema. Frank le dijo que la había visto en *Casa de muñecas* y que le había gustado mucho.

Joan los miró con expresión fría mientras hablaban, Vera sentada a la mesa y él de pie, bajo la penumbra tenue y amarillenta que daba la única bombilla dentro de su pantalla en el techo, con el fino abrigo negro puesto. Frank le contó a Vera que el actor que había interpretado al doctor Rank cuando ella era Nora ahora estaba trabajando en una obra en el Wyndham y se había roto el dedo

al recoger una ratonera entre bastidores.

—¿Cuál? —dijo Vera.

—*Medida por medida.*

—No, que qué dedo.

Él levantó el dedo corazón. Todo sugería que Frank Stone se movía en los mismos círculos que ella y que conocía a la misma gente. Joan se sintió irritada; más que irritada, porque su hija era mucho más atractiva para él, bueno, mucho más atractiva para cualquiera, todos estábamos de acuerdo, con su piel cremosa y aquellas tetas espléndidas, menuda chica con suerte, y por supuesto la dentadura, una dentadura como el marfil, nada que ver con las lápidas que tenía en la boca su pobre madre. Oh, pero entonces Joan se dio cuenta de que era todo irracional, aquella ráfaga enorme de celos, una bobada, porque la premisa misma de la que surgía era irracional, la idea de que él le pertenecía de alguna forma *a ella*. Pero al mismo tiempo quería sacarlo de la cocina. Consideraba su amistad un asunto privado.

El radiador borboteó y la válvula escupió un chorro de vapor acuoso.

—Cielo, tienes que trabajar. Me llevo a Frank.

—¿Quién es Frank? Ah, ya veo.

Se alejaron por el pasillo. Joan había colgado el traje de un gancho en la parte de atrás de la puerta. Le hizo entrar en la sala y luego lo siguió, cerrando la puerta y apoyando la espalda en ella.

—No deberías haber traído ginebra —dijo—. Escúchame, Frank. No quiero que te gastes tu dinero en mí. O sea que basta de regalos, por favor.

Cómo le gustaba a él que ella lo llamara por el nombre de pila y que fuera estricta con él. Quería más reprimendas de Joan.

—No me gusta venir con las manos vacías —dijo él—, cuando usted está haciendo tanto por mí.

—No estoy haciendo nada por ti, es al revés.

Él todavía no se había quitado el abrigo. La pequeña sala de estar tenía un papel de pared de diseño floral verde con unas volutas de color amarillo intenso que reflejaban la escasa luz, y encima de la repisa de la chimenea colgaba un espejo ovalado con incrustaciones en el marco en forma de hojas de acanto. En el hogar ardía un pequeño fuego de carbón. Frank se arrodilló frente a él para remover las brasas con un atizador. A continuación se puso de pie y se giró para mirar a Joan, que estaba de espaldas a la ventana con las manos en la repisa.

—No, no me des las gracias, simplemente no quiero los trajes de Gricey aquí. Me disgusta cuando los miro. Me hacen pensar que va a volver.

Ya ha vuelto.

Frank se había preguntado a sí mismo si era posible que le estuviera haciendo un favor a

aquella mujer al llevarse la ropa de su marido muerto. Y ahora le dijo eso mismo a Joan. Ella se rio y se le acercó, señalándolo con el dedo.

—¿Puede usted limitarse a aceptar mi palabra? No sea difícil, señor Stone.

—No estoy seguro de poder evitarlo, señora Grice.

Y volvió a aparecer la sonrisa tímida y nerviosa.

—Está usted siendo difícil. Vaya a ponérselo. Use mi cuarto de coser.

Frank se fue con el traje y Joan se quedó deambulando por la sala, retorciéndose las manos. Vera estaba en la cocina y su presencia irritaba a Joan, la hacía sentirse constreñida. Cada vez que Frank y ella se encontraban, ella tenía la sensación de que se producía un avance, pero con Vera cerca Joan no era completamente ella misma. Frank debía de ser consciente de eso. Era un hombre perceptivo, pensó. Seguro que no se le escapaba nada. Era muy buen actor. Necesitaba encontrar más trabajo. Y ella tenía que ayudarlo. Se puso a pensar a quién se lo podía recomendar y se le ocurrió un nombre.

Pero no, demasiado pronto.

Luego, en silencio y de repente, él se materializó en la penumbra del pasillo y se plantó en la entrada de la sala. Ella no lo había oído. Se giró y sufrió un shock violento. El parecido se había magnificado mil veces; Joan nunca lo había visto tan claro.

—¡Venga donde yo lo pueda ver!

De pronto estaba sobrecogida y muy asustada.

Se acercó al interruptor de la pared y encendió la luz del techo. Mejor. Pero qué chocante, qué extraño era verlo allí plantado en la puerta, con el mismo porte que antaño había tenido él...

—Parece que haya visto usted un...

Frank se lo pensó mejor.

—Cielos —dijo ella, con una mano en el pecho agitado—, me ha dado usted un buen susto. ¡Por un segundo me ha parecido que era él!

—Señora Grice, me queda perfecto.

—Oh, Joan, por favor, por el amor de Dios, llámeme Joan. Déjeme que lo vea bien. Venga aquí a la luz.

Más tarde, después de que Frank se marchara y de que Vera se fuera a la cama, Joan se sentó en la cocina con un vaso de la ginebra que él le había traído y lo volvió a ver con el traje de Gricey. Sí que le quedaba perfecto, claro que sí, ella misma le había hecho los retoques. Y claro que había sido una impresión tremenda vérselo puesto a Frank Stone, pero la sensación era la misma, y sí, él tenía razón. *Había sido* como ver a un fantasma.

—Siéntese —le había dicho Joan— y cruce las piernas.

Ella había mirado cómo la pernera del pantalón subía un poco por encima del calcetín desgastado y mojado de Frank Stone. Qué bien le quedaba la chaqueta. Qué elegante estaba ahora, su espantajo, qué oscuramente apuesto se lo veía de azul marino con camisa blanca y una vieja corbata azul a topos. Y el pelo azabache alborotado, claro. Pelo de pícaro, pensó. Un galán.

—Levántese y camine.

Él se levantó y caminó. Sí, le sentaban bien a su complexión larguirucha, los pantalones ondeándole como lona en torno a las piernas. Había hecho bien en solo estrechárselos una pulgada en el trasero. Le quedaban muy bien.

—Camine como Malvolio.

—Oh, señora Grice —dijo.

Él se negaba a usar su nombre de pila.

—¿Qué pasa?

Frank le estaba sonriendo otra vez, con la cara alargada dividida en aquellas encantadoras tiras de cuero. Los ojos se le convirtieron en cálidas ranuras de las que salían unas arrugas finas como pequeñas flechas. No pasaba a menudo. El pelo le caía sobre la frente y él se lo apartó con unos dedos esbeltos y fuertes como de músico. A Joan le pareció que era demasiado guapo para describirlo con palabras.

—¿Qué? —dijo ella.

—Que no soy Malvolio.

—Da igual. Hágalo.

De forma que fingió ser él mismo interpretando a Malvolio a la manera de Charlie Grice. Hizo de Gricey cuando entraba en escena en el primer acto, y Joan no pudo esconder un rubor de placer.

—¿No le va estrecho en el trasero?

Frank se sentó y volvió a cruzar las piernas. Con un brazo echado sobre el respaldo del sillón, se giró a medias hacia la puerta, donde ella estaba de pie. Fingió ser un tipo sofisticado. Puso cara de galán de cine, de tórrido Valentino. Joan se lo quedó mirando con los brazos en jarras y la cara un poco ladeada.

—Perfecto en el trasero, señora Grice —dijo.

Pero en aquel momento de agradable intimidad se abrió la puerta y Vera, con una taza de té, el texto de su obra y su tabaco, entró para desearles buenas noches y ver qué tal le quedaba el traje.

—Oh, le queda bien —dijo—. Se ve usted igual que mi padre. —Bostezó—. En fin, me voy a la cama. Buenas noches, mamá. Buenas noches, Dan.

Frank se había marchado poco después. Joan lo había despedido siendo ya noche avanzada con el traje azul marino cruzado y la ropa que había traído puesta dentro de una bolsa de papel marrón. Luego se había sentado a la mesa de la cocina y se había sentido aliviada de que todo hubiera salido tan bien como había salido, es decir, de que Vera se hubiera comportado.

Frank se bajó del autobús en The Strand, subió por Saint-Martin-in-the-Fields para coger Charing Cross Road hasta donde le gustaba doblar la esquina del callejón y pasó de largo de la entrada de actores del Teatro Irving, que le recordaba a sus breves encuentros con la señora Grice y sus visitas al pub cercano. Esta noche, en cambio... venía de su piso, donde ella le había regalado el traje que llevaba puesto ahora.

En el piso de Joan se sentía en casa. La dos mujeres, madre e hija, y el padre desaparecido. Se hizo una fantasía nostálgica. Necesitaba no poseer a aquellas mujeres, sino ocupar el lugar del hombre al que habían perdido. Hizo una pausa de un segundo mientras la idea cobraba forma, brevemente, pero la pausa no se dilató. Hacía demasiado frío. Continuó hasta Seven Dials convencido de que si caminaba lo bastante deprisa el corazón acelerado le calentaría la sangre de las venas y mantendría a raya lo peor del frío. Pasó por delante del callejón y de un par de prostitutas que le preguntaron si quería ir a una fiesta. Se detuvo frente a la entrada angosta de una casa y metió la llave en la cerradura. Entró en el pasillo estrecho y húmedo y empezó a subir las escaleras. Oyó un grito procedente de la parte de atrás del edificio. No había luz. Había algo desagradable en las escaleras y a punto estuvo de pisarlo. Siguió subiendo hasta el piso de arriba.

Aquella misma noche se acordó de que ahora era un hombre en posesión de un traje azul marino. Estaba desplomado en un sillón. Se levantó de un salto y se puso a dar vueltas a la habitación, y fue una sensación agradable, porque hacía mucho tiempo que no llevaba nada así, y ojalá tuviera un espejo, uno alto, del suelo al techo, en el que pudiera verse como era debido, porque el traje lo cambiaba todo. Traje nuevo, hombre nuevo; esa era la sensación que le daba. Cogió su violín, que estaba encima del piano, y tras asegurarse de que ella y el niño, es decir, su madre y el hijo de su hermana, estaban dormidos, tocó un poco de Mendelssohn, y luego, sí, un poco del Schumann tardío y loco.

No tardó en olvidarse del frío que hacía allí arriba. Tocó como ya casi nunca tocaba, es decir, con sentimiento verdadero, porque en aquel momento se sentía tan inspirado como en sus mejores momentos, y al otro lado de la ventana resquebrajada, con los tejados y chimeneas de Londres recortándose contra el pálido cielo nocturno, vio a su público, y era enorme, sí: ¡todo Londres estaba allí fuera escuchándolo! Y en el centro de la primera fila estaba Joan, la querida Joan, la querida señora Grice, con su hija Vera al lado.

Por fin se cansó. Guardó el violín. Colgó el traje con cuidado de una percha de madera, pellizcando los pliegues tal como le había visto hacer a Joan, y por fin se metió debajo de las mantas del sofá. Se quedó dormido imaginando el momento en que abriría los ojos a la luz del día y vería el traje colgado en su percha del gancho del interior de la puerta descascarillada y astillada del piso.

A Joan no le estaba resultando fácil vivir con Vera. Su hija tenía un horario impredecible. Dejaba ropa y calzado por todo el piso, y hasta la última taza y vaso terminaba en la habitación de Gricey, que ahora volvía a ser de ella, por supuesto. No era la primera vez que Joan veía los omnipresentes desperdicios de una actriz en plenos ensayos, pero el hecho de haberlos visto antes no facilitaba las cosas. Luego pasó algo extraño y, oh, bastante ominoso. Al cabo de unos días la visitó Gustl Herzfeld. Al parecer Gustl se había enterado de las sospechas de Vera y quería aclarar cualquier malentendido.

La tía Gustl estaba un poco venida a menos, un poco *marchita*, hasta el punto de que costaba saber si estaba más cerca de la treintena o de la cuarentena, y había días en que se la veía todavía mayor. Era rubia, igual que Julius, pero ahí se terminaba todo el parecido. Tenía unos rasgos bonitos pero a veces abotargados, incluso inflados, como si fuera una bebedora empedernida. Quizá lo fuera, pensó Joan, aunque nunca había visto indicios de ello. Lo cual no quería decir que no fuera el caso. Hay mujeres que solo beben solas y ya entrada la noche.

No era tan tarde la noche en que Gustl vino a verla, pero sí que hacía frío, aunque por supuesto por aquella época hacía frío todas las noches. Joan oyó el timbre y fue a la ventana del cuarto de Gricey, desde donde se podía ver la calle. Gustl estaba allí abajo, mirándola. No llevaba paraguas y estaba nevando otra vez. Joan Grice no carecía por completo de compasión hacia la tía Gustl, porque a pesar de todo reconocía que fueran cuales fuesen sus errores, aquella mujer no era responsable del hundimiento del matrimonio de Vera. Vera era perfectamente capaz de hundir un matrimonio ella sola.

Y allí estaba, la tía Gustl, dándole las gracias, tropezándose un poco con el felpudo, disculpándose y subiendo como podía las escaleras. Llevaba el abrigo bueno de franela negra, de espaldas anchas y con flecos de fieltro negro, y un pañuelo en la cabeza con estampados de colores, anudado como si fuera un turbante y húmedo de nieve. Olía a humo de carbón y de cigarrillos y Joan notó que había estado en un pub. Se la llevó a la cocina, donde los fogones daban calor, le cogió el abrigo y lo colgó del tendedero para que se le evaporara el agua. En la mesa había una lata de galletas y el juego de té. Joan pensó: estoy de duelo, de luto, soy una sombra de la mujer que era. ¿Y ahora encima tengo que cuidar de Gustl Herzfeld?

—Dios bendito —dijo—, pero mira cómo estás. ¿Qué te ha pasado, querida? ¿Quieres que haga té? ¿O prefieres algo un poco más fuerte?

Oh, Gustl prefería algo un poco más fuerte, por supuesto.

—Yo también —dijo Joan, porque a pesar de sus sentimientos ambiguos hacia aquella andrajosa refugiada de Julius, a fin de cuentas *era* una mujer, y *despertaba* la compasión de Joan, y también su admiración, cuando pensaba en lo que Gustl había sobrevivido, a juzgar por lo poco que ella sabía. Gricey siempre había dejado claro que no tenía mucho tiempo para la tía Gustl, y le encantaba hacer comentarios mordaces sobre lo que debía de estar haciendo Julius con una refugiada judía en la casa. Teniendo en cuenta que Vera aseguraba que había visto a una mujer en el jardín, y que había olido perfume en el dormitorio, Joan no sabía muy bien qué pensar. Pero era una mujer astuta, Joan, y no se creía realmente que aquella mujer desaliñada fuera una robamaridos. Si aquel era el único hogar que Gustl tenía, ¿para qué romperlo? Por mucho que fuera el hogar de un puerco como Julius Glass. Pobre Gustl, las cosas que debía de aguantar en aquella casa. Y durante unos segundos Joan sintió que volvía a emerger la vieja leona que tenía dentro. Los dedos le temblaron cuando sirvió la ginebra en un par de vasos largos, y no precisamente con parsimonia. Yo tenía a un buen hombre, pensó, y Julius Glass lo destruyó.

—Bébetela toda, querida, luego nos tomamos otra y después me lo cuentas todo.

Pero Gustl no era una mujer que fuera rápidamente al grano. Se quedó allí sentada con su cárdigan, moviéndose nerviosamente en la silla, con el ceño fruncido. Avanzaba entrecortadamente, se acercaba a la valla y luego vacilaba. Daba sorbos de ginebra. A veces su inglés no era bueno, y a Joan le parecía que estaba tan absorta en encontrar las palabras adecuadas como en darle forma a lo que tenía en mente. Lo volvió a intentar. Julius no era un mal hombre, le dijo por fin —*er ist kein schlechter Mensch*—, no como pensaba la gente. Era cierto que no era su *Schwester*, pero tampoco era su *Schickse*. No, no.

—*Schwester?*

—Hermana.

—Ah, hermana. No eres su hermana ni tampoco su *Schickse*. Entonces ¿qué eres?

Ahora Gustl habló con el aplomo frenético de una mujer embarcada en contar la verdad, con la barbilla alta y las palmas de las manos sobre la mesa. Lo que emergió fue una declaración de que Julius la había salvado de los fascistas en París, y de que ahora —y esto era nuevo—, ahora estaban luchando contra los fascistas en Londres.

—Pero ¿y lo del perfume qué?

—*Was is mit dem Parfum?*

—En su dormitorio. Tu perfume, el Jicky. Vera lo olió.

Gustl se infló de indignación.

—*Ich gehe in sein Schlafzimmer, aber ich gehe nicht mit ihm ins Bett!*

—¡No hablo alemán, querida!

Gustl admitió que iba al dormitorio de Julius, pero no a su cama.

—Vaya, me creo que no te metes en su cama, pero ¿qué hacéis entonces?

—Hablamos.

—¿De qué habláis?

—Eso no te lo puedo decir. Luchamos contra los fascistas. *Es ist ein wenig gefährlich, Liebste.*
Peligroso.

Estiró el brazo por encima de la mesa como si fuera a cogerle la mano a Joan, pero Joan no estaba para aquello. ¿Conque lucháis contra los fascistas, eh? Ahora estaban fumando las dos. Joan se acordó de la desaseada de su hija, que la noche antes había estado en aquella misma mesa comiendo tarta de cerdo con los dedos y bebiendo cerveza directamente de la botella. Había tenido delante el texto de la obra, pero ningún otro indicio de a qué se dedicaba ni de lo bien que se le daba. Por fin le dijo a Gustl que lo que le preocupaba a ella era Vera, no los fascistas.

—¿Le dije a ella que es un buen hombre! —exclamó Gustl—. *Dass er ein guter Mensch sei!*

—¿Y ella qué dijo?

—Dijo: «No soy tonta».

—¿Por qué fingiste que eras hermana de Julius?

Gustl soltó un bufido de burla y dijo que era una tontería que se le había ocurrido a ella, pero que ahora pensaba que deberían haber dicho la verdad. Se avergonzaba de sí misma.

—¿Y en el funeral de mi marido?

Hubo un largo silencio. La nieve golpeaba suavemente la ventana de la cocina. Un despertador de gran tamaño hacía tic tac y de pronto pareció que hacía un ruido tremendo.

—Lo siento. *Es tut mir leid.*

Joan no tuvo ánimos para continuar. Se pasaron un momento largo sentadas en silencio. Gustl estaba mirando fijamente la mesa. Luego levantó aquellos ojos de color azul porcelana, un poco anegados de lágrimas y ginebra, con la pintura de ojos corrida por culpa de las que ya le caían por la cara.

—Tu marido...

Le salió de golpe. Luego estiró una mano blanca y suave, manchada de pintura, con un anillo fino de plata y con una gema diminuta en el meñique, buscando la mano de Joan pero sin encontrarla.

—¿Sí?

—Creo que era malo.

Silencio. Joan se quedó mirando a Gustl como un basilisco, sin pestañear.

—Continúa —dijo en voz baja pero acerada.

—Ya lo sabes todo. *Alles.*

—Pues no. No sé nada.

Se puso de pie y cogió otra vez la botella de ginebra. Oh, mierda. ¿De qué demonios estaba

hablando aquella mujer?

—No sé nada, y tampoco quiero saber lo que sea que tú crees saber, tía.

Pero de todas formas Gustl no sabía cómo explicarlo. O si lo sabía decir, era en alemán. Estaba confundida, abrió la boca y la volvió a cerrar, luego cerró los ojos y se llevó las manos a la cara. Soltó un gemido por lo bajo. Ahora Joan no estaba enfadada, aunque un momento antes había sentido una llamarada brusca de cólera. Más bien exasperada, pero conocía bien las rarezas de Gustl.

—Muy bien, tía —le dijo—. Acábate la copa, querida, y puedes irte. Más te vale coger un taxi porque está nevando bastante.

Gustl la miró un momento. Oh, *sabía* que Joan lo sabía.

—¡Ah, no! *Aber ich habe kein Geld. Nichts.*

—*Nichts Geld?* ¿No tienes dinero?

—No tengo dinero.

Gustl no era tan mala, pensó Joan. No era una furcia, a diferencia de lo que parecían pensar Gricey y Vera. Era una mujer desorganizada, claro. Pero se había pasado dos años escapando de los nazis y Julius le había salvado la vida. Había que hacer concesiones. ¡Pero echarla sin un penique...! Aquello la escandalizaba un poco. Gricey nunca lo habría hecho, pensó.

—Termináte la copa, querida —le dijo—, luego te daré lo que tengo en la billetera y por lo menos te alcanzará para llegar a casa. En el pub de la esquina te servirán una copa.

Gustl estaba llorando otra vez. No sentía que hubiera mostrado ninguna amabilidad, después de decirle a Joan que su marido era un mal hombre. Pero era eso lo que había venido a decirle, en parte. Era consciente de haber fracasado. El inglés le resultaba incomprensible.

—Acábate la copa, querida, ya tendría que estar en la cama.

Cinco minutos más tarde Gustl salió de escena con su abrigo mojado de franela, dos ginebras largas en el cuerpo y algo alterada. Caminó con pasos un poco tambaleantes hasta el pub de la esquina. Su alma estaba contaminada pero ahora mismo no se podía hacer nada al respecto. Es agua pasada, pensó. Era una expresión que había aprendido hacía poco y le resultaba útil. Lo que importa es sobrevivir. Todo lo demás es agua pasada. *Wasser unter den Damm.*

Estaba aparcada en un taburete de la pequeña taberna con una ginebra con limón delante. Fue consciente de que un hombre estaba buscando su mirada desde la otra punta de la barra. Y oh, sí, aquí viene, está moviendo ficha. Se puso cómodo en el taburete contiguo al de ella.

—¿Te apetece una copa, cielo?

—No me vendría mal.

Aquella expresión también la había aprendido hacía poco.

—¿Y cómo te llamas?

Gustl había asumido una voz retumbante de barítono para aquel encuentro, junto con un fuerte

acento berlinés.

—Tía Fensterputzer.

Vera todavía no había vuelto y Joan aprovechó para hurgar en el ropero de Gricey. La había trastornado su conversación con Gustl. Intentó quitársela de la cabeza, considerar que eran las simples divagaciones de una mujer triste y ebria. Quería echar un vistazo a los abrigos de su marido. El abrigo negro con el que había muerto ahora era de ella, por supuesto. Oh, Joan. Era un impulso generoso, se dijo a sí misma: lo único que quería era regalarle a un hombre pobre una prenda de abrigo que llevar en aquel invierno interminable. Pero lo que no podía vaticinar — aunque nosotras sí, ya lo creo, nosotras ya nos lo esperábamos — era que estaba a punto de venirse abajo la frágil estructura que había mantenido durante tanto tiempo para compensar por la pérdida que había sufrido. Y sin sospecharlo para nada, la tía Gustl la había llevado al borde mismo de la desintegración.

Guardaba la llave en el dormitorio, en un cajón de la pequeña cómoda de debajo de la ventana. La llave del baúl estaba en un llavero que llevaba en el bolso. Apagó la luz de la cocina y, cerrando la puerta detrás de ella para evitar que se fuera el calor y pegando la alfombra contra ella, se alejó por el pasillo y entró en el cuarto de Gricey. Hacía un frío glacial afuera y las cortinas estaban cerradas.

Pegada a la pared estaba la mole enorme del gran ropero descascarillado, coronado por su frontón roto. Joan se acercó a él con cautela. Estaba en silencio pero eso no disminuía su poder. Las prendas de Gricey colgaban clasificadas a lo largo del riel de dentro. Joan inhaló con ansia los aromas del brezo y la naftalina. ¿Cuántas veces había descolgado ya aquella ropa de sus percheros y luego se había tumbado encima de ella en la cama como si fuera su amante?

Esta noche era distinto. Le murmuró a Gricey en voz alta, preguntándole por qué negarle a un actor pobre el uso de un abrigo. Necesitaba pedirle permiso porque en cierta forma seguía vivo, en la mente de ella, en aquel ropero, y por supuesto, coexistía con Frank Stone, las dos entidades a veces permanecían separadas pero a menudo eran una misma presencia entramada, que se movía de un lado para otro en tándem fantasmal, bailando una especie de minué existencial. O al menos esa era la sensación que le daba a Joan.

Pero aun así no resultaba fácil plantarse delante de la ropa de Gricey y no sentirse afectada. Valor, querida, susurró. Tenía un abrigo concreto en mente. Primero palpó una chaqueta hecha a medida, de mezcla de algodón y lino, que él había llevado el verano anterior. El verano anterior... Ella se alejó y se desplomó en la cama, llevándose las manos al rostro...

Levantó la mirada de ojos llorosos al techo. Cuando se acordaba de todas las ilusiones que había tenido el verano anterior... Ya todas perdidas. Canceladas. Carentes de significado.

Simple días vacíos, poco por lo que valiera la pena despertarse por la mañana más que recuerdos y ropa vieja. Y al pensar esto se dijo a sí misma, tal como se había dicho mil veces antes, recobra la compostura, querida, tonta de las narices, tienes una misión en la vida. Pero a veces no se acordaba de cuál era aquella misión.

Con lo que le pareció un esfuerzo de voluntad terriblemente arduo, se levantó de la cama, se secó la cara y se acercó al armario para encontrar el abrigo que ayudaría a aquel pobre desgraciado a sobrevivir aquel invierno espantoso.

Volvió a plantarse delante. Volvió a mover las perchas por el riel. Luego puso la mano en el hombro del abrigo que Gricey había llevado a veces cuando hacía sus rondas en tiempos de guerra, con casco de latón y brazaletes. Había algo más; aquel abrigo tenía algo extraño, y ella lo sabía desde hacía tiempo pero nunca le había hecho frente. Hasta ahora. Mientras lo sacaba del riel volvió a notar algo duro y plano detrás de la solapa. ¿Qué es esto?, dijo en voz alta, como si tuviera público, y le dio la vuelta.

Estaba de pie entre las puertas del ropero, sosteniendo la solapa entre los dedos, y el abrigo en sí se le escurrió de las manos y cayó al suelo. Se lo quedó mirando, sin creérselo y creyéndoselo al mismo tiempo. Por fin desprendió la aguja de la insignia de latón que había encontrado debajo de la solapa. Se la puso en la palma de la mano y se la volvió a quedar mirando. Luego oyó que giraba una llave en la puerta del piso. Se metió la insignia en el bolsillo del cárdigan. La puerta del dormitorio se abrió de golpe.

—He visto la luz desde la calle y pensaba que la había apagado, pero quizá no, y eso es prácticamente traición.

—Estaba cogiendo algo del ropero de tu padre...

—¡Oh, mamá, qué noche hemos tenido!

—Ve a la cocina, cielo, mientras guardo estas cosas.

—Una taza de té y luego quiero dormir mil años seguidos.

Joan se quedó sola con el ropero abierto, el abrigo en las manos y la insignia en el bolsillo. La sacó y le echó otro vistazo. Cerró los dedos en torno a ella. Se giró hacia la puerta para encontrarse su reflejo en el espejo alto y vio que estaba cenicienta. Nosotras sabíamos qué significaba aquel relámpago blanco reluciente sobre fondo azul, ¿verdad, señoras? Ya lo creo, y Joan también.

Al día siguiente, al volver en bicicleta a casa al anochecer, se desvió y se paró en un cine. Quería ver los noticiarios. Hasta entonces había pensado que nunca sería capaz de verlos, que no tenía agallas. Pero ahora había cambiado de opinión. Estaba sentada en una sala a oscuras mirando imágenes de cadáveres y excavadoras y fosas de cal. Gente demacrada con pijamas mugrientos al otro lado de unas verjas. «Refugiados.» «Personas desplazadas.» «Victimas de los nazis.» Eran judíos, claro. ¿Por qué nadie lo decía claramente? Salió del cine sintiéndose enferma. Aquella noche se sentó a solas en su cocina mirando fijamente los fogones. No se le ocurrió bajar la ginebra del estante. Eran pasadas las nueve cuando se obligó a sí misma a hacerse un bocadillo y luego no se lo pudo comer.

Gricey. Aquella noche el nombre no le transmitió calidez ni suavidad al corazón de Joan, y durante los días siguientes tampoco consiguió pensar en nada más. Gricey el hipócrita, Gricey el impostor. El insidioso. El charlatán, el *traidor*. Oh, era todo un personaje, estaba claro, volvía a casa y a su lado con sus historias y Joan se sentaba a escucharlo, mientras cosía o remendaba, con un vaso a mano, o una taza de té, pero él nunca le mencionaba la insignia que llevaba por dentro de la solapa. Ni tampoco qué pensaba del hecho de estar casado con una judía. O de tener una hija judía, la pobre Vera, con la sangre contaminada por la de su madre. ¿Conque somos subhumanas, eh?, pensó Joan. Y luego pensó: Vera no debe enterarse nunca, le rompería el corazón. No, había que dejarle unas cuantas ilusiones sobre su padre. Ahora se imaginaba aquellas tardes de sábado en las que él no tenía matiné y se iba al fútbol, *o eso decía*. Y aquellas noches en las que no volvía a casa después de la función hasta altas horas de la noche. ¿Acaso estaba por ahí con un cubo lleno de cal? ¿Pintando esvásticas en las paredes? Debería haber pintado una en nuestra pared, pensó. O en las paredes de los vecinos: los Berg o los Silver. Quizá lo había hecho. Ciertamente ella les había ayudado a borrar las putas pintadas.

Intentó no pensar en ello, pero ahora todo le venía de golpe a la cabeza. Oh, ¿y acaso salía a desfilas también con todos ellos por las calles, sí, en fila de a tres, orgullosos de su odio, pidiendo a gritos el exterminio de los hombres y mujeres con los que ella hablaba a diario en las tiendas y en los cafés y en los pubs de Mile End, y de Dalston, y de Hackney y Limehouse y Whitechapel y Bow, acaso salía a pedir a gritos que les quemaran las sinagogas? Por lo menos no le podía quemar la sinagoga a ella, porque no tenía ninguna. Nunca había sido practicante, no le veía sentido. Pero ¿qué más daba? Aun así, él la habría exterminado. ¿Por qué no se lo había

dicho nadie? Debían de haberlo sabido. Ella los oía en su cabeza, cuchicheando.

—Oooh, ¿no lo sabías, querida? Sí, odiaba a tu gente. Estaba hecho todo un camisa negra, tu Gricey.

Y la tarea que había desempeñado durante la guerra, en calidad de agente especial de policía, patrullando por las calles del West End con su casco de latón durante todo el Blitz. ¿Acaso había levantado la vista para mirar el cielo nocturno, y los bombarderos que zumbaban por entre las nubes, y había dicho para sus adentros: adelante, amigo, tíralas todas, joder, tíranoslas encima? Y todo el dolor que le había causado a ella al morir de aquella manera y luego intentar regresar otra vez como si no pudiera soportar abandonarla, y después de lo que había hecho...

No podía parar de pensar en ello. Ahora le daba la sensación de que no había sabido absolutamente nada de su marido. Le resultaba un completo desconocido. ¿Y acaso había peleado cuando las reuniones se ponían feas, cuando todo se salía de madre, caos y violencia en las calles, hombres gritando de dolor y policías cargando con sus porras, siempre del lado de los fascistas? Y aquellos hombres cubiertos de sangre y con los dientes rotos, ¿acaso no había uno que incluso había perdido un ojo? Y su Gricey estaba metido en todo aquello, ¿verdad? *En el bando incorrecto*. ¿Y lo que había pasado en Cable Street? En otoño del 36, cuando Mosley había intentado llevarse a tres mil fascistas al East End y se habían encontrado barricadas y detrás de ellas a veinte mil londinenses, quizá más, judíos, irlandeses, comunistas, de todo, gente que no quería saber *absolutamente nada* de ellos, y los habían combatido hasta frenarlos con palos, patas de sillas y piedras, y les habían arrojado encima desde las ventanas de sus dormitorios todas las verduras podridas y la basura de las cocinas que habían podido reunir, y *también* el contenido de sus orinales. Mosley se había visto obligado a llevarse de vuelta a aquellos fascistas al sitio de donde habían venido. Había sido maravilloso, emocionante, verlos dar media vuelta, como de costumbre sin ayuda alguna de la pasma, al contrario: *apoyaban aquello*. Qué orgullo sentimos entonces, y algunas de nosotras incluso pensamos: en fin, aquí se termina todo. Ja. Pero ¿acaso él había estado allí, Gricey, en las filas de los fascistas?

Pues no. Él no acudía a las luchas callejeras. Lo suyo era más bien entretener a las tropas, por así decirlo. Subirles la moral.

Por aquella época la vimos en el pub. Se nos ocurrió que teníamos que sacarla y animarla un poco. Había unas cuantas de nosotras a quienes conocía, viejas amigas; Hattie, por supuesto, y Delphie Dix, con su silla de ruedas, la pobre, y dos o tres más. Oh, pero ella se limitaba a quedarse allí sentada mirando a la nada mientras la conversación iba y venía a su alrededor. Tómate otra copa, querida, que te nos vas a congelar, le decía Delphie. Y Joan se quedaba mirando a la nada, con la mente a mil millas de distancia. Sabíamos en qué estaba pensando, en Gricey, claro, que durante todo aquel tiempo había tenido un secreto y ella había sido prácticamente la única que no lo sabía porque nadie había querido ser la que se lo contara. ¿Y por

qué se lo íbamos a contar? Ella se lo contaría a él.

—¿Quién ha dicho eso? —gritaría él.

Y Joan le habría tenido que decir quién había sido.

—¡Esa zorra se va a enterar de quién soy!

Un domingo a media mañana Frank Stone llamó al timbre de Joan. Vera había salido, eso al menos era una suerte. Joan bajó y le abrió la puerta. Un viento ártico se coló en el edificio, les pegó la ropa a los brazos y piernas y subió las escaleras aullando como un fantasma irlandés. Frank se la quedó mirando durante un rato y una vez más había tenido lugar el curioso efecto del tiempo separados, porque ahora la vio bañada en luz. Seguía plantado en la acera azotada por el viento, aparentemente incapaz de moverse.

—Señor Stone, ¿va a entrar usted o no?

Frank cruzó el umbral y cerró la puerta tras de sí. El aullido continuó en la calle; dentro todo estaba en silencio. Joan se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras. Él siempre era consciente del cuerpo de ella, y ahora pudo observar con impunidad el ascenso de sus talones, las tensas pantorrillas enfundadas en medias de seda fina con costura —¿y de dónde sacaba medias de seda, nos gustaría saber, en 1947?—, oh, y el balanceo de sus caderas y de su trasero dentro de la falda ajustada, y también le encantaban sus muñecas largas y delgadas y cómo se deslizaban los dedos blancos sobre la barandilla mientras subía. Joan notó que él la estaba mirando y se detuvo en mitad del ascenso, se giró y, en mitad de la angosta escalera, sobre su fina moqueta y bajo la luz tenue de la bombilla del rellano de arriba, se lo quedó mirando allí donde se había detenido, tres escalones por debajo de ella.

—No lleva usted su traje.

—Lo guardo para las mejores ocasiones.

Ella se giró y reanudó el ascenso. Luego se detuvo otra vez.

—¿Y esta no es de las mejores?

—Oh, de las mejores, ya lo creo —dijo él.

—No soy de la realeza, ya sabe, Frank.

Él la estaba mirando fijamente pero Joan no lo vio, porque estaba subiendo otra vez las escaleras.

—Para mí sí lo es, señora Grice.

—¿Qué soy? —Todavía dándole la espalda.

—De la realeza.

Ella sonrió con expresión sombría, pero Frank no lo vio. Casi nunca se mostraba frívola con él. Cuando lo hacía, a Frank le cantaba el corazón. Le parecía un flirteo descarado cualquier asomo

de humor que descubriría en aquella mujer circunspecta, altiva e inmensamente deseable. Esto se debía en parte a lo que había pasado cuando ella le había probado el traje azul antes de darle los retoques. Él no estaba acostumbrado a ser objeto de la atención física próxima de una mujer así, con lo cual, suponemos, se refería a una mujer hermosa que lo impresionaba y lo excitaba tanto. De manera que sí, cada vez que Frank la veía Joan adquiría más glamour a sus ojos. Estaba, para decirlo llanamente, enamorándose.

—Entre aquí, por favor —dijo.

Ella lo llevó a la habitación de Gricey. Hacía frío. Era una mañana luminosa pero gélida. Había vuelto a nevar. La ropa de Vera estaba tirada por la cama y la silla, sus medias, su ropa interior, su *chemise de nuit*, su *peignoir* ligeramente raído. Aroma fragante a Fleur d'Oranger en el frío aire matinal. Joan soltó un suspiro breve y exasperado, caminó rápidamente hasta la cama y metió toda aquella lencería indecente debajo de una manta caída. Llevaba la llave del ropero en el bolsillo. Abrió la cerradura mirando para otro lado. Había ordenado y reorganizado su contenido hacía tiempo, y ahora había tres trajes colgados del raíl bajo la luz del sol de invierno, el resto habían sido apartados de la vista.

—Tiene que elegir usted uno, señor Stone.

Con qué tono tan frío y formal se dirigía a él hoy. Oh, pero se le estaba rompiendo el corazón. Frank se acercó a los trajes y los ojeó rápidamente. Se decidió enseguida.

—Me gusta este, señora Grice.

Era de tweed ligero de Donegal de color mostaza con motas, una sola hilera de botones en la chaqueta y chaleco de solapas estrechas.

—Era uno de sus favoritos. En realidad es un traje de invierno, pero él lo llevaba todo el año.

Qué difícil le resultaba ahora hablar de él. Pero era necesario.

—¿Ah, sí? ¿Todo el año?

—Pruébeselo, por favor.

Salió de la habitación y se quedó con la espalda pegada a la puerta y los brazos caídos a los costados. Respiró hondo varias veces. Ya había pasado una vez por lo mismo, de forma que ahora se esperaba el shock de volver a ver a su marido, esta vez con temor. Y no se vio decepcionada. Cuando Frank apareció, se le volvió a caer el mundo encima. Le vinieron las lágrimas. Dio un paso adelante y le pegó la cabeza al hombro, pero ahora era Frank y nadie más. Él le puso las manos en mitad de la espalda, por debajo de los hombros, y ella volvía a llevar cachemir. Se frotó la mejilla contra la áspera lanilla del tweed y dejó que le raspara la piel como antaño. Oh, ¿qué estaba haciendo? ¿Cómo podía estar pasando algo así? Retrocedió un paso y los dos se miraron con solemnidad.

—¿Le gusta?

—Sí, me gusta —dijo—. ¿Y a usted?

La sensación del cuerpo de ella, cálido y pegado al suyo, casi le había hecho venirse abajo.

—Venga al cuarto de coser, señor Stone.

Igual que la otra vez, hubo un momento de intimidad física mientras Joan tiraba de la tela y le ponía alfileres y la marcaba con jabón de sastre, en el sentido de que ella estaba casi pegada a él. Frank ya le había puesto las manos en la espalda durante unos segundos, y tenía la sensación de que iba a volver a pasar, pero quería que ella le hiciera una señal. Y la señal vino después de que ella terminara con los hombros y se volviera a frotar la mejilla contra la textura ligeramente vellosa del tweed. De manera que la volvió a abrazar, esta vez con más confianza, con los dedos extendidos por su baja espalda, y ella cambió de postura y levantó los brazos para rodearle el cuello, el cuello de Frank Stone, todavía con la cara pegada a su hombro, donde podía detectar un susurro lejano del aroma de Gricey. Lo extraño fue que esto no la disgustó. Luego, con un gemido, Frank Stone sepultó de repente la cara en el pelo de ella y la atrajo contra sí.

Al cabo de unos segundos Joan levantó la cabeza y se apartó un poco para poder mirarlo a los ojos, ahora con el ceño fruncido. Era casi igual de alta que él. El mundo se quedó inmóvil.

—Eres tú —le susurró.

—Soy yo.

Pero el beso que debería haberse producido entonces no llegó. Mirando hacia otro lado, Joan le dijo que fuera a cambiarse para que ella pudiera hacer los retoques. Los dos tenían claro que pronto llegaría el día en que se besarían, y este convencimiento aligeraba una tensión determinada y ponía otra en su lugar.

Más tarde, después de que Frank se fuera, Joan intentó trabajar en su cuarto de coser pero no pudo. Tuvo que acostarse. Con la cara sepultada en la almohada, se pasó varios minutos llorando. Luego oyó que entraba alguien en el dormitorio. Se incorporó de golpe hasta sentarse, tirándose hacia abajo de la falda para alisarla.

—Oh, mamá.

Joan casi nunca dejaba que Vera viera su dolor. Durante unos minutos de aquel día de febrero, sin embargo, se dejó reconfortar por su hija, porque aquel no era un dolor ordinario, aquel era un dolor compuesto. Las dos acostadas en la cama mirando el techo. Pasaron un rato en silencio, sin que llegaran ruidos de la calle. Vera habló.

—Ahora ese hombre está reemplazando a Harry.

—¿Qué hombre, cariño?

Estaba pensando en los olores del ropero de Gricey.

—Dan Francis. El que se quedó con el papel de papá.

Joan se apoyó en el codo para sentarse.

—¿Por qué lo mencionas a él ahora?

—Él te ha mencionado a ti.

Joan estaba mirando a Vera, que tenía los ojos cerrados. Y de repente se abrieron como platos.

—Tú le dijiste que su Malvolio es tan bueno como el de papá.

—¿Eso ha dicho?

Joan se volvió a acostar y miró una vez más el techo. Resultaba difícil de creer. Ahora fue Vera quien se apoyó en un codo.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

Ella no quería hablar de Frank con Vera. No tenía intención de hacerlo. Vera se dio la vuelta como una foca enorme y cálida.

—¿Se lo dijiste?

—Oh, no lo sé, cielo. Fue justo después de que muriera tu padre, es posible que le dijera cualquier cosa.

—Creo que le gustas.

Joan no dijo nada.

—¿No te parece gracioso? —dijo Vera.

Ahora estaba sentada y liando un cigarrillo.

—¿Por qué gracioso? ¿Dónde está la gracia?

Y empezó a levantarse de la cama. Vera no entendió por qué su madre estaba irritada de repente. Un momento antes había habido intimidad entre ellas y lágrimas compartidas.

—No es gracioso —dijo Vera—, claro que no; me refería al hecho de que el sustituto de papá sea así.

—¿Así cómo?

Llegado este punto Joan estaba sentada en su tocador, mirándose la cara en el espejo y mirando también a Vera, que estaba detrás de ella, sentada en la cama y enderezándose la costura de la media con un cigarrillo de liar entre los labios.

—No importa —dijo Vera.

Ahora estaba huraña. Joan se estaba poniendo crema en la cara.

—¿Vas a salir? —dijo Vera—. ¿Qué pasa? ¿Por qué te has puesto tan rara? ¿Es porque he mencionado a ese actor?

Silencio de Joan.

—¡Mamá!

—¡Oh, por favor, no hables de él! ¿Puedes hacerme ese favor?

Joan hizo girar su taburete. La crema facial blanca le hacía relucir las mejillas y la frente. Vera lo atribuyó todo al recuerdo de Gricey, pero se le quedó en la cabeza en cualquier caso, y al día

siguiente, cuando vio a Frank Stone —o a Dan Francis, como ella lo seguía llamando— en el teatro, se acordó del extraño estado de ánimo de su madre y ambas cosas quedaron asociadas en su mente: aquel hombre y aquel estado de ánimo. Además, Frank llevaba otro de los trajes de su padre. No el traje cruzado azul sino el de tweed de color mostaza claro que a ella siempre le había gustado. Vera se dijo que le producía una sensación bastante peculiar ver a otro hombre llevando la ropa de su padre.

Joan oyó las noticias de Frank y le dijo que estaba muy contenta de que volviera a tener trabajo, y tan poco tiempo después de que terminara de representarse *Noche de reyes*. Estaban en un ajetreado Lyons Corner House situado junto a Piccadilly Circus. Él salía de ensayar y ella estaba en la pausa del almuerzo.

—Me han dado el papel de Primer Loco —dijo.

Se la quedó mirando, buscando algún indicio de que le hiciera gracia. Joan tenía las manos juntas sobre la mesa, blancas y finas, junto a su taza de té. Frank se fijó en que no llevaba su anillo de boda. Una ceja enarcada y los labios un poco entreabiertos. Él le cubrió la mano con la suya durante un par de segundos. Aquel gesto de afecto en público era algo muy desacostumbrado para ellos; de hecho, era la primera vez que sucedía en público, pero ella lo permitió, aunque al mirar a Frank se le marcó una pequeña arruga en la piel casi traslúcida de la frente. Luego abrió su bolso. Sacó una polvera y se examinó brevemente la cara en el espejo. Él nunca la había visto hacer aquello. Solo se habían encontrado de noche, en pubs y tres veces en el piso de ella. Joan cerró la polvera con un ligero chasquido.

Le dedicó una breve sonrisa sin enseñar los dientes.

—También voy a interpretar a un verdugo. Y me voy a aprender el papel de Antonio por si acaso.

—Señor Stone, ya lo sé. Me lo ha contado Vera. ¿Y cuándo tiene usted que volver al teatro?

Él se lo dijo.

—Entonces debería irse.

Frank se marchó poco después. Estaba decepcionado de que Joan no compartiera su alegría. Ella no le permitió pagarse el té, ni tampoco el bollo ligeramente rancio cortado por la mitad y untado de mermelada. Miró cómo se alejaba abriéndose paso por entre la gente que llenaba el salón de té, aquel joven alto y de pasos arrastrados con traje de tweed, sin sombrero, ceñudo y con el abrigo echado sobre el brazo, una pena de abrigo, la verdad. Tenía que regalarle uno de los de Gricey...

La fatigó la situación entera. Tenía que mantenerlo a raya. Era consciente de que a Frank le había emocionado tocarle la mano, pero con aquello bastaba. De momento. Y por supuesto, había

otra complicación, que era el hecho de que ahora trabajaba en la misma compañía que Vera. Solo iba a hacer de Loco, pero era consciente de que aquello podía inquietarla.

—¿Les digo que no quiero el papel? —le había preguntado.

Ella se sintió conmovida por el ofrecimiento.

—¿Lo has aceptado?

—Lo he aceptado, pero hace solo dos días.

—Entonces tienes que hacerlo, claro.

Pero después de que él se marchara, fue el problema del abrigo lo que la preocupó. No quería pensar en lo otro, en Gricey. El invierno no daba señales de aflojar. Venía más nieve. Y Frank también andaba muy necesitado de calzado.

Joan descubrió que cuando estaba con Frank Stone se volvía a ver reflejada en los ojos de un hombre, tal como se había visto reflejada durante muchos años en los de Gricey. Como si ser amada fuera el hábito de aquella mujer distante. Y Joan habría esperado al amor todo el tiempo que hiciera falta. Su buena fortuna, o quizá mala, pensó, había sido encontrarlo tan poco tiempo después de perderlo, y de perderlo tan de golpe, de forma tan atrozmente definitiva. Puede que sus relaciones con Frank Stone estuvieran marcadas por la reserva, pero eso no tenía nada que ver con el decoro. ¿Porque acaso Frank no era el *vehículo* de Gricey?

No, no lo era. Joan ya no era capaz de mantener vivo el recuerdo de Gricey en una cámara de su corazón y de admitir a aquel desconocido en otra, y de considerarlos a ambos la misma persona. Quizá a algunas de nosotras nos resulte difícil entender que una mujer que está de luto pueda descubrir en un hombre el espíritu vivo de otro, y sin embargo Joan lo había hecho. Pero ahora estaba desapareciendo deprisa aquella sensación de que ambos eran lo mismo. O dicho en términos más llanos, había aparecido un desgarrón en la tela, una *rotura*. Ella había pensado que Gricey se iba a manifestar por medio del vehículo que era Frank Stone. Pero era *Frank* el que estaba apareciendo, mientras que *Gricey*, en fin, Gricey se estaba alejando...

En cuanto a Frank, era un hombre embrujado por una mujer mayor, ella misma, en cuya fría conducta y refinado atractivo físico él había descubierto la belleza, aunque no tenía forma de saber si ella se sentía igual de frustrada y de impaciente que él, y en caso de que sí, si la lealtad o la discreción u otra cosa, él no sabía qué, le impedían decírselo. Lo habría apaciguado el hecho de que ella se lo pudiera decir. De que ella le pusiera la mano sobre la suya y le susurrara: sí, mi queridísimo, lo sé, y es tan difícil para mí como para ti. U otras palabras semejantes.

Pero como tantas otras cosas, aquello se quedó en el tintero. Cuando Frank caminaba por su habitación a altas horas de la noche, o bien repasaba sus diálogos, o estaba de pie frente al espejo, sentía el ansia crecer, la feroz *necesidad* codiciosa de ella, y se veía obligado a refrenarse

mientras las emociones lo recorrían igual que el flujo de agua que se va por un desagüe.

Fue Delphie quien nos había juntado a todas aquella vez en el pub, y fue Delphie con quien Joan fue a hablar cuando ya no se lo pudo seguir guardando dentro. La pobre Delphie, había estado muy solicitada en el teatro de Londres hasta perder su belleza. Los papeles para actrices de mediana edad siempre escaseaban y empezó a pasar largas temporadas sin trabajo. Joan solía visitarla en el pisito que tenía en la zona de Fulham Road. Seguía vistiendo con estilo, nuestra Delph, porque tenía buen ojo para las gangas y entendía de telas, y Joan y ella siempre tenían mucho que decirse sobre este tema.

—Mi padre —le contó Delphie, que se había vuelto rubicunda con la edad— era clérigo. Siempre iba de negro salvo por el alzacuellos, y lo llevaba del revés. Digo yo que son los pantalones lo que debería haber llevado del revés, por el hecho de ser vicario y tal.

Las dos mujeres soltaron risillas jadeantes mientras fumaban. Era un chiste viejo pero todavía les gustaba. Dios sabe que las demás lo habíamos oído muchas veces.

—Para él yo era una golfa. Si actúas en un escenario debes de ser una golfa.

Joan se sentó con su taza de té.

—Delph, ¿alguna vez has tenido la sensación de que la ropa interior te traía suerte?

—Mala suerte, oh, sí.

Delphie estaba apoltronada en el silloncito de su sala de estar. Igual que el resto de Londres aquel año, la sala estaba helada a pesar de la chimenea eléctrica y del aislante en torno a las ventanas y por debajo de la puerta. Ahora pareció que Delphie perdía el hilo, pensando quizá en la mala suerte que le había traído su ropa interior.

—Yo siempre la llevo blanca —dijo Joan—, cuando necesito que algo vaya bien.

—¿Y qué llevabas para Gricey?

Joan se puso a servir el té.

—Gricey —dijo en voz baja— me quería sin nada encima.

—No me sorprendes, querida. Eres una mujer muy atractiva. Cualquiera hombre querría lo mismo.

—Ya no soy tan joven.

—¿Y quién lo es, querida?

Su «Venus de Mile End», solía llamarla Gricey. Los hombres irían a la guerra por una mujer como tú, le decía.

Oh, cielos. Solo hizo falta pensar aquello y ya se vio obligada a apartar la vista. Delphie lo entendió, o pensó que lo entendía. Ella también había enterrado a varios maridos. Y a dos incluso los había querido.

—Has tenido muy mala suerte, cielo.

Las viudas se bebieron su té en silencio cordial. No había prisa ninguna, pensó Joan. A Delphie se le había muerto el gato. Garganta séptica. Se había quedado muy flaco y débil, muy *chupado*, dijo Delphie. No quería comer. Cerró con fuerza la boca cansada. Ni una lágrima. Dura como el pedernal, aquella vieja, pensó Joan.

—Olía horrible.

—Lo siento mucho, querida.

El sillón de Delphie estaba junto a la ventana. El cenicero estaba en el brazo del sillón, al lado de los cigarrillos Senior Service y de una caja de cerillas. Ahora los cogió. Tenía los dedos temblorosos cargados de voluminosos anillos.

—He tenido el fuego encendido en el dormitorio toda la noche —dijo.

Joan examinó la salita de estar. Las fotos enmarcadas de Delphie en sus años mozos, acompañada de estrellas del escenario y del music hall, muchas de ellas anteriores a los tiempos de Joan. El piano vertical pegado a la pared. ¿Cuándo era la última vez que su dueña había abierto la tapa? Hacía un año más o menos, ¿no?, cuando unas cuantas viejas amistades se habían reunido en aquella sala para celebrar el Día de la Victoria Aliada. Gricey había estado presente, por supuesto. Se cantaron canciones, con Delphie al piano y Gricey cantando con buena voz.

—Había tenido una hemorragia, dijo el veterinario. Algún problemilla de pulmones.

Joan quería saber si Delphie también tenía problemas de pulmones, pero no dijo nada. También quería saber qué clase de fascista había sido Gricey, pero tampoco lo preguntó, todavía no al menos. Lo que le dijo a Delphie fue que había encontrado una insignia en uno de sus abrigo. Se la sacó del bolso. Delphie le echó un vistazo y cogió sus gafas. Si alguien lo sabía —si alguien estaba dispuesto a decirle la verdad—, sería ella.

—¿Era uno de ellos? —dijo Joan.

Sí, había mucho de aquello en el East End, en los años treinta. A Joan la llenaba de odio que el objeto del hostigamiento fuera su gente. No es que nunca hubiera pensado mucho en el tema, ¿pero qué les hemos hecho nosotros? Y Vera, tenía miedo por Vera, Dios no quisiera que cayera nunca en manos de aquellos matones en una noche oscura. Se acordaba de las noches de los viernes, de la gente mayor que salía de la sinagoga y de los fascistas que los esperaban a la vuelta de la esquina para pegarles una paliza. Luego estaban el mercado de Ridley Street los sábados por mañana, y el canal, el viejo camino de sirga que pasaba por debajo de la fábrica de gas, los

arrabales, y Oswald Mosley y sus camisas negras siempre andaban montando puñeteros jaleos, y siempre en las zonas donde vivían judíos. ¿Por qué? Joan no lo entendía; bueno, claro que lo entendía. Cuando corrían malos tiempos siempre les tocaba pagar a los judíos, solo había que mirar a la puñetera Alemania. Joan los veía a veces en los pubs, por entonces eran la Unión Británica de Fascistas, la BUF, funcionarios, algunos, maestros de escuela, trabajadores de las fábricas, hombres de toda clase pero sobre todo ex soldados de caras severas y jóvenes patanes empleados en tiendas y bancos, repartiendo folletos, intentando vender sus periódicos u obtener donativos. También había mujeres, señoras de edad incierta y de buena familia, sin lazos y nostálgicamente atraídas por la idea de un glorioso pasado alemán. La mitad de los Mitford eran fascistas, y también sus amistades. Gricey nunca hablaba mucho del tema, algo que por entonces ella no había entendido. Ahora sí lo entendía.

Por aquella época se había celebrado Olympia, un evento gigantesco en Earls Court organizado por Mosley y al que habían acudido quince mil asistentes para escucharlo perorar con su intensidad dramática, tanto la gente rica e importante como el resto. Ah, y los camisas negras arrastrando a gente a pasadizos y callejones, arrastrando a cualquiera que se atreviera a molestar a su precioso líder, y dándoles de patadas hasta dejarlos medio muertos. Primero te tiraban por las escaleras y luego te pegaban una paliza, veinte o treinta contra uno, ya lo creo. Al pueblo británico no le gustan esas cosas. Putos matones. A Joan le entraban escalofríos solo de pensarlo.

Pero ¿acaso no debió de ser todo una simple broma que habían gastado una noche en el pub, una pequeña obrita humorística que habían montado y en la que Gricey había interpretado a un camisa negra, o quizá al mismo sir Oswald? Después de que se le pasara el shock inicial, Joan había intentado pensar en algo que no fuera aquella insignia pero no lo había conseguido. Nunca había considerado a su marido un hombre politizado, por mucho que hablara un poco de política cuando se tomaba unas copas. Era un buen laborista, había votado a Attlee después de la guerra, o eso le había dicho a ella. Por eso Joan había pensado que no le importaría que Frank Stone se quedara su abrigo.

Más adelante, en una tarde de domingo, después de su encuentro con Delphie, Joan estaba en mitad del puente de Battersea, contemplando el río. Menudo río viejo, sucio y abotargado había aquel día, lleno de nieve derretida y de todos los detritos que trae la nieve, pedazos de hielo gris, ramas y hojas y basura. El Támesis en invierno, pensó, y en su peor versión. La idea repentina e inesperada de ahogarse en él estuvo a punto de hacerla chillar. En las últimas semanas le había pasado por la cabeza más de una vez la idea de suicidarse, y hasta se había planteado cómo hacerlo. Era por todas esas muertes. El gato, y Delphie, que estaba en las últimas. Delphie le había contado lo que le había dicho el médico: que tenía que dejar de fumar.

—Demasiado tarde, le he dicho yo. Es mi único placer.

Tuvo un espasmo de aquella tos seca completamente espantosa y se le escaparon unas pocas

lágrimas. Todo era muy deprimente, de manera que Joan hizo lo que había venido a hacer al río: tiró la insignia a las aguas turbias de abajo, y a punto estuvo de tirar también su alianza, pero cambió de opinión en el último momento.

—¿Era uno de ellos? —le había preguntado a Delphie.

—Sí, querida —le contestó Delphie—. Ya lo creo.

Una pausa, silencio.

—No era de los malos —dijo Delphie.

—¿No era de los malos? —preguntó Joan, que tenía las ideas claras en materia de fascistas—. ¿Estás diciendo que los hay buenos?

—Te estoy diciendo que no era como algunos. Estaban orgullosos de él. ¿Un actor famoso en sus filas? Lo puedes entender.

A Joan no le estaba resultando fácil aceptar el hecho de que el hombre con el que se había pasado casi treinta años casada le hubiera escondido una verdad sobre sí mismo que, con franqueza, le parecía una abominación. Ahora le daba la impresión de que a Delphie no la molestaba demasiado nada de aquello, y eso que las dos habían sido amigas desde que Joan se encargaba de su vestuario cuando Delphie actuaba en los music halls. Había asistido a la boda de Vera. Cielos, si no podía confiar en Delphie...

—Ya sabes cómo son los ingleses, cielo. ¿Te acuerdas de cómo era todo después de la Primera Guerra?

—¿Cómo era todo, Delphie?

Delphie suspiró. Pareció que el tema la fatigaba. Estiró el brazo para coger sus cigarrillos. Joan estaba al borde de las lágrimas. Tenía una rabia feroz que apenas era capaz de contener.

—Pero ¿por qué no me lo dijo a mí? —gritó.

—Creo que le daba miedo, querida.

—No le daba miedo nada.

—Le dabas miedo tú.

¿Le daba miedo yo?, pensó. ¿Yo? ¿A él? ¿Por qué? ¿Porque soy judía? ¿Por eso? Esto sí que es bueno. Y se acordó de una vez, yendo por la calle un sábado por la mañana, en la que Vera iba con ellos, tenía catorce años, y un idiota le puso en la mano un folleto de la BUF. Oh, Joan le arreó una bofetada, sí, y fuerte de verdad. ¡Menuda rabia le entró! ¡A una niña! Le dieron ganas de pegarle otra vez, de atizarle una buena paliza, pero Gricey la detuvo. Claro, cómo no. Era uno de ellos. Le caía bien Mosley, debía de haberlo votado a él, ¿y cómo le iba a explicar Joan *eso* algún día a Vera? Y lo que era más importante, ¿cómo la iba a proteger de ello?

Estaba sentada en la cocina con la cabeza gacha y llorando. Ya no podía negar todo lo que se

había estado escondiendo a sí misma. Menuda boba estaba hecha. ¿Cómo podía haber estado tan deliberadamente ciega? Pero durante toda la guerra y los años que habían llevado a ella, Gricey no había dicho jamás que quisiera una victoria de los alemanes. Pero debía de haberla querido, porque creía lo mismo que ellos, ¿por qué si no iba a llevar aquella puñetera insignia sujeta por detrás de la solapa, donde no pudiera verla nadie a menos que él lo quisiera? ¿Y cuántas veces había apoyado Joan la cabeza en ella sin saberlo? En un momento de cariño, por ejemplo. Rodeándole el cuello con los brazos... Apoyándose en aquel cabrón, amándolo y confiando en él... Y a una simple cuestión de pulgadas, *pulgadas* respecto a la mejilla de ella, estaba aquella horrible chapita de maldad. Pero ella la había palpado antes y nunca le había preguntado qué era. ¿Y por qué? Pues porque no lo quería saber. Y ahora por lo menos él estaba muerto, y muerto también para ella, por lo que hacía a Joan. Antes había deseado que él regresara bajo cualquier condición, aunque fuera en el cuerpo de otro hombre, pero ahora no, ni hablar. Ahora había terminado con él. Que se pudriera en el infierno.

Levantó la cabeza. Se secó las lágrimas. Se había sorprendido a sí misma. Jamás se habría imaginado que pensaría algo así. Pero las creencias de aquella gente la asqueaban.

Aquella misma noche Vera estaba profundamente dormida en la cama y Joan estaba sentada otra vez a la mesa de la cocina. Bebiendo. Intentando poner en orden sus pensamientos. Llamar alimañas a personas, a personas decentes como ella... Y lo que era peor, él había *sabido* que ella se sentiría así, y esa era la razón de que nunca le hubiera dicho nada. Pero engañarla de aquella manera... Vivir una doble vida, sin decirle nunca con sinceridad lo que pensaba a su mujer, guardando el secreto durante todo aquel tiempo y aquellos pensamientos odiosos que le bullían dentro del cráneo como escarabajos necrófagos en un ataúd, y fingir a diario que era un hombre de fiar, un marido y padre de corazón cálido, amigo de todos —«el viejo Gricey», «el bueno de Gricey»— y ni una vez, ni una *sola* vez decirle lo que pensaba en realidad. Se rellenó la copa. Gracias, tío Alcohol.

Así pues, ¿acaso podía ella confiar en nada de lo que él le había dicho? Ahora su vida juntos no le parecía nada más que una elaborada pantomima de fingimiento y disfraces, sí, la vida entera de su marido había sido una interpretación, nunca había dejado de actuar, el hombre de verdad solo era visible cuando se juntaban los fascistas, eso era lo que ella creía ahora, aunque no lo había visto nunca y quienes lo habían sabido jamás habían hablado del tema, al menos con ella. De repente se acordó de los hombres del funeral a los que no había reconocido y a quienes no conocía. ¡Fascistas! Y actores. Fascistas y actores, todos reunidos hoy aquí a los ojos de Dios; ¿acaso todo actor era un fascista, entonces? ¿Y todo fascista un actor? No, basta, por ahí solo acecha la locura...

Oh, Dios. Gracias, tío.

Igual que su madre, por aquella época Vera Grice no estaba tranquila ni mentalmente estable ni tenía las ideas claras acerca de nada, aunque sí que tenía trabajo. Se estaba sumergiendo tan completamente en la obra cuyos ensayos iba a empezar dentro de poco que el mundo real se alejó, y ella solo lo experimentaba con inmediatez cuando coincidía con la obra. Pero a una cosa sí que prestaba atención: al convencimiento de que su madre no solo estaba regalándole al actor Dan Francis la ropa de su padre, sino que estaba teniendo *citas* con él. Y él llevaba el traje del padre de ella, el padre por el que ella todavía estaba de luto, y por el que su madre todavía debería estarlo también, a menos que careciera de todo sentimiento humano, ¡y con qué egoísmo frío e insensible se había juntado con aquel actor desconocido que sin duda representaba el papel de su padre en la cama de su madre, igual que lo había representado sobre el escenario del Teatro Irving! Había cierta tendencia jacobea en aquella forma retorcida de pensar, pero es que lo que estaba ensayando por entonces Vera era una tragedia jacobea. Porque había aceptado el papel protagonista de una obra que resumaba traición, locura, lujuria incestuosa y sangre. Y una mujer que se negaba a comportarse como deberían comportarse las viudas. Iba a interpretar a la protagonista de *La duquesa de Amalfi*.

Cuando aquella noche regresó al piso, Vera se encontró a su madre sentada en la cocina. Había comida calentándose en el fogón. Joan había estado llorando. Se levantó de la mesa y fue hasta los fogones, dándole la espalda.

—Siéntate, cielo —dijo—, mientras pongo la tetera al fuego. Cuéntame qué has hecho hoy.

Pero Vera no estaba de humor para nada de aquello, y tampoco se iba a dejar persuadir con lágrimas ni con tazas de té. Se sentó a fumar y a poner mala cara, alimentando su rencor. Era un mal humor que Joan le había conocido a su hija durante toda su vida. Gricey y ella solían burlarse de él, lo llamaban «los berrinches» de Vera. Estaba en uno de sus berrinches, decían con susurro teatral. La pequeña Hamlet, la llamaban. Vera lo oía y lo odiaba. Estaba a punto de dar voz a su rabia cuando su madre se le adelantó.

—No estarás teniendo uno de tus berrinches, ¿verdad? —preguntó.

Era consciente de que aquello era una provocación, pero estaba harta de satisfacer las necesidades de su hija cuando las de ella misma se estaban volviendo tan urgentes. Vera se pasó unos segundos sumida en un estado de indignación crispada. Su madre también estaba familiarizada con aquello.

—He abierto una lata de salmón rosado —le dijo, todavía de espaldas a la mesa—. Solo ha costado nueve peniques, y queda un poco de repollo del domingo.

El silencio duró unos segundos más, luego Vera apartó de golpe su silla de la mesa y salió de la cocina, y la puerta de la habitación que antaño había sido de Gricey pero ahora era de ella se cerró de un portazo. Y con todo lo que me está pasando ahora, pensó Joan. Y dijo entre dientes: se va a tener que marchar.

El domingo siguiente por la tarde cogió su bicicleta y se fue a visitar a Julius en Lupus Mews. No era un encuentro que le apeteciera, pero no lo podía seguir evitando. Tenían que hablar de Vera y también de Gricey. Era una conversación que había postergado demasiado tiempo y por supuesto ahora todo había cambiado, después de encontrar la insignia. Lo encontró sumido en un estado de ánimo melancólico. Había más gente sentada a la mesa de la cocina, el tal Karsh y también Peter Ryder. Ryder había pilotado un Spitfire en la guerra. Joan lo conocía. El héroe cojo, con el espíritu roto después de ser abatido sobre el canal de la Mancha. La mano derecha completamente quemada y la cadera rota por dos lugares. La guerra se había terminado pero Peter Ryder todavía se despertaba gritando por las noches. Al aparecer Joan, se puso de pie con dificultad. Ella lo vio hacer una mueca de dolor cuando apoyó el peso en la pierna.

—Peter, no tienes que levantarte por mí.

Peter se sentó. Joan sospechaba que había venido a pedir prestado dinero para beber. También creía que tenía simpatías fascistas. Lo había visto en uno de los pubs que aquellos hombres usaban, el Two Eagles. Peter Ryder bebía en aquel pub, aunque, para ser justos, uno podía preguntarse —y no sería ninguna exageración—: ¿en qué pub no bebía Peter Ryder?

Habló un momento con Gustl, que parecía triste como siempre, apagada pero afectuosa. Luego se giró hacia el taciturno Julius. Pudo ver de inmediato que echaba mucho de menos a Vera y que todavía no entendía por qué se había marchado.

—Julius —le dijo—. Tenemos que hablar.

Julius levantó la cabeza. Ella estaba siendo completamente cortés, ¿qué problema había? Se había pasado semanas gruñéndole. Ahora en cambio su tono era callado; incluso conciliador. Oh, pero solo había que mirarlo. Tenía los párpados caídos, la piel más amarillenta que nunca y el pelo rubio que antaño había brillado bajo el sol invernal ahora se veía lacio y apagado. Se estaba fumando un puro con desgana.

—Tengo que hablar contigo en privado —le dijo.

Él se puso de pie.

—¿Hace demasiado frío para ti en el jardín?

Todavía acalorada por el trayecto en bicicleta, ella le contestó que no, que el jardín estaba bien.

Bajaron los escalones de la puerta de atrás y se sentaron en un banco. Echaron un vistazo a las ramas desnudas y colgantes del sauce llorón del fondo del jardín, donde Vera había visto gatear a un hombre. Julius se había echado un abrigo largo y gris por encima de los hombros, pero ni se lo abotonó ni metió los brazos en las mangas. Seamos breves, pensó Joan.

—La quieres de vuelta, ¿verdad, Julius?

Él la miró a los ojos un segundo. Asintió con la cabeza.

—¿Cómo la vas a convencer?

—Dímelo tú.

—Llévale flores. Sé humilde. Dile que no puedes vivir sin ella.

De repente un gato negro y pequeño echó a andar por encima de la tapia del jardín. Tenía la cola enhiesta como un palo.

—No puedo.

—¿No puedes qué?

—Vivir sin ella.

Él se giró hacia ella, aquel hombre inteligente, sutil y complicado, y lo único que Joan vio fue indefensión y drama. Se asombró ligeramente de tenerle un poco de lástima. ¿Qué ha cambiado?, pensó, pero conocía la respuesta.

—No será fácil. Está metida en los ensayos. La trastornarás. No te envidio.

Joan vio a un tordo dando picotazos en vano al suelo de tierra dura. El gato se detuvo sobre la tapia y se quedó mirando al pájaro. El cielo era gris y la tierra parecía de hierro. Julius se puso de pie y se encendió el puro, que se le había apagado; a continuación echó a andar de un lado para otro con la cabeza gacha, como si estuviera planteándose una campaña militar. Joan le dijo que hacía demasiado frío y que necesitaba entrar.

—Solo una pregunta. ¿Todavía le gusto?

—Oh, qué bobo —dijo ella—. Está loca por ti.

Estaba anocheciendo cuando se marchó de Lupus Mews. Se estaba levantando niebla y un frío húmedo. Joan montó en la bicicleta. No le había preguntado a Julius por aquella última conversación que había tenido con Gricey, y él tampoco le había dicho nada por iniciativa propia, y ahora, mientras pedaleaba hacia Mile End, pensó en dar media vuelta y volver. Pero no. Aquello podía esperar. Y Gustl, la pobre Gustl, que casi había sido asesinada por la Gestapo, sabía que Gricey era fascista. ¿Qué debían de pensar de ella, entonces? ¿Que lo había sabido también y que era *cómplice*? Eso la angustió considerablemente. Cuando llegó a Archibald Street, se metió con la bicicleta por el vestíbulo y luego subió las escaleras. Oh, tío, esta noche voy a necesitar el placer de tu compañía.

En Victoria Street había un pub llamado Prince of Wales. Había sido sugerencia de Frank. Era lo mejor que se le había ocurrido. Los vemos entonces, durante aquel breve periodo en que se juntaban en el Prince of Wales, vemos una isla de intimidad silenciosa dentro de una multitud ruidosa, y ¿acaso no es extraño pensar en el silencio como conducto del amor, sobre todo teniendo en cuenta que eran gente del teatro? Joan estaba un poco más tranquila. Aquella primera vez que había enfilado Victoria Street con la bicicleta lo vio plantado delante del pub en medio del frío, esperándola. Frank no quería que ella tuviera que entrar sin acompañante. Joan supo de inmediato que sus miedos carecían de fundamento, que dentro de aquel hombre no residía ningún espíritu oscuro, y fue una especie de despertar, tal como nos contaría mucho después, porque ahora que ya no tenía dentro a Gricey, solo era Frank Stone.

Pero al cabo de una hora, y con aquella nueva proximidad entre ambos, se dieron cuenta de que no funcionaba. No funcionaba aquello de estar sentados en un pub cuando se estaba volviendo completamente obvio para los dos que necesitaban estar a solas en una habitación, y no en cualquier habitación, sino en una habitación con una cama y una puerta que se pudiera cerrar con llave desde dentro. Era la única opción. ¿Por qué no la habitación de Frank Stone y su cama? Joan se lo había planteado a menudo pero no se lo podía decir, y él tampoco lo sugería. A Joan le resultó evidente lo absurdo de su posición cuando se separaron en una fría acera después de que el pub cerrara.

Un día de aquella misma semana volvió a Lupus Mews y Gustl le abrió la puerta. Entra, querida, le dijo, ¿quieres una copa, verdad? Te aseguro que yo sí. *Trink doch einen, dann wird dir warm, Liebste.* Adelante, querida, te quitará el frío. Gustl sabía que nadie la entendía cuando hablaba alemán, pero la hacía sentirse como lo que era: una berlinesa. No es que quedara gran cosa de Berlín, era todo escombros, peor todavía que Londres. Joan se alegró de poder sentarse con la querida Gustl, las dos solas, en la cálida cocina de Julius. Le facilitaba todo. De forma que en cuanto estuvieron aposentadas y se hubieron encendido los cigarrillos, Joan le contó el shock que había experimentado.

Gustl llevaba su bata de pintar. Estaba en la sala cuando llamó Joan a la puerta. Era allí donde había puesto una mesa y un caballete para poder pintar tranquilamente con la luz propicia de la mañana. Julius había quitado la moqueta y había instalado una chimenea eléctrica, y también había colgado cortinas tupidas en la ventana para evitar que entrara corriente de aire por las noches. En la única ocasión en que Gustl le había pedido a Joan que visitara su estudio, ella le había puesto una mano en el brazo y le había explicado que no tenía «mucho ojo para el arte».

—*Ich habe einen Sinn für Kunst, aber das ist auch alles, was ich habe.*

—No he entendido una palabra, querida.

—Digo que es lo único que tengo yo.

—Sí —admitió Joan—, creo que es verdad.

—Me gustaría retratarte —dijo Gustl, y añadió en voz baja—. *Ich würde dich auch gern...*

Joan se lo había pensado, lo de que le hiciera su retrato, pero se lo había guardado para sí y nadie había vuelto a hablar del tema. Ahora estaban sentadas las dos a la mesa de la cocina y Joan se puso a hablarle de la insignia y de lo que le había dicho Delphie, y le contó que había tirado aquella porquería al río desde el puente de Battersea.

—¿Tú lo sabías, querida? —dijo Joan.

Gustl asintió solemnemente con la cabeza.

—¿No lo sabías tú, *Liebste*?

—No, lo siento mucho.

—No es necesario.

—Me avergüenzo de mí misma. Y después de lo que tú has...

Gustl le puso la mano encima de la suya y le repitió que no era necesario.

—No era uno de los malos, es lo que me dijo Delphie, pero no sé si la puedo creer.

Gustl negó con la cabeza. Tampoco ella creía se que pudiera «no ser uno de los malos». Ahora parecía que se hubiera metido en la habitación un olor desagradable.

—¿Tenía muchos amigos? —dijo Gustl.

—¿Gricey? Conocía a todo el mundo. Podías entrar en cualquier pub de Londres y él siempre conocía alguien. Hola, decía, este es Tommy el Cuervo. Hola, Tommy, sigues siendo un gilipollas, ¿verdad? Conocía a Oswald Mosley. Se trajo a su mujer a ver *Noche de reyes*. Se sentaron en un palco.

Joan guardó silencio. Por entonces había pensado que a Gricey simplemente le hacía gracia que al gran fascista le gustara Shakespeare. Ahora resultaba siniestro; más que siniestro, era un indicio incriminador. Habían querido visitarlos después de la función pero por alguna razón no había podido ser. Algún problema con su señoría. Era una puñetera Mitford.

—¿Visitaros en vuestra casa?

—En los camerinos, querida.

Gustl dijo que se lo tenían que contar a Julius.

—No quiero que él se lo cuente a Vera.

—No se lo contará a Vera. De momento es secreto, *warum*?

—*Warum*?

—¿Por qué? ¿Por qué contárselo ahora?

Joan apoyó los codos en la mesa y sepultó la cabeza en las manos.

Julius estaba en su estudio. No era una sala grande y los libros la hacían parecer todavía más pequeña. Libros del suelo al techo, libros amontonados en el suelo, y una sola ventana encima del escritorio con vistas al jardín de atrás. Tenía los pies encima del escritorio y estaba leyendo una obra nueva que no le estaba gustando, cuando apareció Gustl. Ella le pidió que fuera a la cocina y

le dijo que estaba allí Joan. Julius bajó los pies de la mesa, se puso de pie y tiró el libreto de la obra a la papelera. Se desperezó y carraspeó. Se encendió un cigarrillo con una colilla que quedaba todavía encendida en el cenicero y se puso la chaqueta por encima del jersey. Se frotó las manos.

—Qué frío, ¿eh?

Fueron por el pasillo hasta la cocina y se encontraron a Joan de pie frente a la ventana, contemplando el jardín.

—Hola, Julius —dijo.

—Hola, querida.

—Díselo —dijo Gustl.

Julius se sentó a la mesa, cabizbajo. Tenía las manos extendidas delante de sí. Asintió con la cabeza un par de veces. A Joan no le tomó mucho tiempo contarle lo que sabía. Incluyó también los comentarios de Delphie. Delphie sabía que Gricey había asistido a unas cuantas reuniones pero no le daba demasiada importancia, le contó Joan. Me dijo que no me preocupara por el tema. Que no eran más que hombres haciendo el idiota y metiéndose otra vez con los judíos. Causándoles algún problema, pero bueno, tú no eres como nosotros o sea que no les parece tan mal.

Julius levantó la cabeza.

—¿Quién dijo eso?

—Delphie Dix —contestó Joan, un poco incómoda.

—«No eres como nosotros o sea que no les parece tan mal.»

Julius repitió la frase en tono sombrío e inexpresivo. Joan echó un vistazo a Gustl, que la estaba mirando a ella con cierta preocupación. Se inclinó por encima de la mesa y volvió a cubrirle la mano a Joan con la suya durante unos segundos. De pronto, y sin razón aparente, Joan se acordó de Frank Stone sentado a la mesa de su cocina, comiendo salmón enlatado y lengua y haciendo exactamente lo mismo, cubriéndole la mano con la suya. Pero Gricey era un fascista y Delphie no tenía razón en lo que había dicho, no era cierto que «no fuera tan raro» ni que «no fuera tan malo». Todos sabían cómo había acabado la cosa en Alemania. Te llamaban a la puerta en plena noche, te llevaban rápidamente al camión del ganado y nadie lo sabía mejor que Gustl.

—Se lo tendrías que contar todo —dijo Gustl.

De manera que Julius se lo contó. Sí, Gricey había sido uno de ellos. Un camisa negra. Y tenido en muy alta estima por los suyos. Y ahora habían vuelto a empezar. El gobierno los había tenido que soltar después de la guerra y habían vuelto a las andadas. Y él, Julius, junto con Gustl y otros, estaba en el bando contrario, combatiendo contra ellos.

—Pero quizá tenga razón —dijo entonces Julius, de golpe—, tu amiga. Quizá tenga razón y no sea tan malo que esas... opiniones se vuelvan a expresar otra vez. Quizá se agoten por sí solas. Y

no es probable que esa gente obtenga una influencia real en el país, por lo menos ahora. ¡Bah! Su momento ya ha pasado.

Ahora hablaba con algo que parecía despreocupación jovial. Su tono era templado y reflexivo, y sus conjeturas y especulaciones resultaban casi académicas. Las mujeres se lo quedaron mirando.

—¡Si les prestas atención, los estás ayudando! Y, por supuesto, se trata de mantener un punto de vista equilibrado. La libertad de expresión, las cosas por las que hemos estado luchando. Esa parece ser la postura del gobierno, y quizá tengan razón.

Se encogió de hombros. Ahora se estaba mirando las manos, que tenía extendidas sobre la mesa. Entonces levantó la vista y de golpe estaba furioso. Levantó una mano y dio un puñetazo en la mesa, ¡pam!

—Pero sí que *importa* —gritó—. ¡Importa para esos hombres que arriesgaron la vida, que en algunos casos *murieron* luchando contra el fascismo, y volvieron a casa de la guerra, hombres como Karsh —ahora tenía los ojos inflamados—, que volvieron a sus vidas en el East End, y a sus familias, para encontrarse a gente pidiendo a gritos su destrucción *porque son judíos!*

Había emergido un sol invernal de entre unos densos bancos de nubes.

—Y fue Karsh quien empezó a presentar batalla. Ya lo creo.

Joan estaba asombrada. Se había empezado a despertar dentro de ella una especie de excitación que no conocía.

—¿Qué hizo?

—¿Qué *hizo*? —exclamó Julius, inclinándose hacia delante—. Oh, yo te diré lo que hizo. Él y otros tres hombres boicotearon un mitin.

—¿Qué mitin?

—Un mitin fascista en la calle.

—No los tendrían que permitir —dijo Joan.

—Ya lo puedes creer, *Liebste* —dijo Gustl.

Gustl miró a Julius, que ahora guardaba silencio. Se estaba mirando otra vez las manos, que tenían manchas de tabaco de color marrón oscuro en las puntas de los dedos. La tenue luz del sol que entraba del jardín se reflejaba en su cabello de pálido color dorado. Le volvía a resplandecer. Le contó a Joan que cuatro exsoldados judíos habían escuchado a un fascista subido a un estrado y habían decidido que ya era suficiente, de forma que fueron allí y golpearon unas cuantas cabezas de fascistas y les volcaron el estrado. Les dieron una buena tunda, oh, sí, les arrearon de lo lindo. Oh, estaban furiosos. Y terminaron con aquel mitin del todo.

—Y tú estabas ahí —dijo Joan.

—Yo era el conductor. Y supe lo que habíamos hecho.

—¿Qué habíais hecho, Julius?

—Darle la vuelta a la situación. Empezar una pelea. Dar a entender discretamente que en este país no hay sitio para los fascistas.

Hizo una pausa.

—Y luego les dimos una paliza que no olvidarían.

—¿Y lo sabía Gricey?

¿Que si lo sabía Gricey? Oh, Gricey. Oh, el puto Gricey. La cuestión —y Julius solo había hablado del tema con Gustl—, la cuestión es que al final Gricey estaba loco. Había enloquecido. No como un perro rabioso, sino como un partidario rabioso del *exterminio*. Había que matarlos a todos, decía, era aterrador. Era como si llevara aquella máscara cosida tan fuerte que ya no se la pudiera quitar nunca. Joan tenía que haberse dado cuenta, pensaba él. ¿Acaso no lo había visto? ¿No había tenido ni idea hasta que había encontrado aquella insignia? Él recordaba la última discusión encarnizada que habían tenido Gricey y él, aquel día gélido de enero, al otro lado de la puerta de atrás, en lo alto de los escalones del jardín. Cada uno de ellos era mortalmente peligroso para el otro, porque Gricey había visto a Julius entre los fascistas, haciéndose pasar por uno de ellos. Y Julius había oído a Gricey hablar del exterminio. Más hornos, más gas, cosas espeluznantes. Pero cuando empezaron los empujones, fue Gricey quien cayó.

—Oh, sí, Gricey lo sabía. Ya lo creo que lo sabía.

Se hizo un silencio interesante, lleno de interrogantes. Y de pronto alguien se puso a llamar a golpes a la puerta de la casa. ¡Pam, pam, pam, pam! El ruido los sobresaltó a los tres, una sacudida de temor colectiva. Joan se levantó de la mesa; Gustl abrió mucho los ojos, tapándose la boca con la mano. Julius se alejó por el pasillo, cerrando la puerta de la cocina tras de sí. Las mujeres oyeron voces y al cabo de un segundo entró Peter Ryder, cojeando, seguido de Karsh en persona. Oh, Karsh. El querido Karsh. Era un hombre bajito con el traje arrugado, boina en mano, sin cuello de camisa ni corbata, y era feo, tenía un aspecto insalubre, con manchas en la piel, ojos azules y una cara gris y picada de viruelas, y al parecer no tenía más nombre que aquel, y Joan lo observó con cierta fascinación. Él la saludó con la cabeza. Se inclinó sobre la mesa para estrecharle la mano, y la mano que le ofreció era grande, fuerte y seca, y Joan se sintió extrañamente reconfortada por su presencia, y hasta un poco excitada. Le caía bien aquel hombre. Se quedó al borde de las lágrimas, nos contaría, y no tenía ni idea de por qué. Nosotras sí sabíamos por qué. Luego los tres hombres se pusieron a hablar en voz baja en una punta de la mesa, mientras las dos mujeres se quedaban sentadas en la otra punta.

Aquel día tía Gustl llevaba un chal sobre los hombros, de seda azul claro y con borlas. Tenía el pelo rubio recogido y eso le resaltaba las feas mejillas voluminosas y untadas de colorete. Ahora estaba sirviendo el té. Tenía un rubí pequeño y bonito en el dedo. Joan lo admiró distraídamente, todavía absorta en la peculiar atmósfera, en el clima o lo que fuera, en la excitación que Karsh había traído a la sala.

—Sí, es bonito, ¿verdad? —dijo Gustl, levantando la mano.

—¿De dónde lo sacaste?

—Oh, de un hombre.

Estiró el brazo y tocó con gesto ausente la mano de Joan. Estaba mirando cómo Julius seguía hablando en voz baja al otro lado de la mesa, sobre todo con Karsh, mientras Peter Ryder echaba vistazos a las mujeres, y Joan pensó: preferiría estar hablando con nosotras, o por lo menos con Gustl.

—¿Qué clase de hombre?

—Solo hay dos clases...

—Gustl —la llamó Julius—, ¿quién es el tipo que tiene el camión?

La mirada triste de Gustl siguió clavada en Joan un momento y por fin se volvió hacia Julius.

—Phil el Limpiador.

—No, creo que es Bill Bagshaw.

—Julius, Bill Bagshaw no tiene un camión.

—Me tengo que ir a casa —dijo Joan.

—No, quédate un poco, por favor —le dijo Gustl.

Joan ya estaba de pie y con las manos en el respaldo de la silla. Se volvió a sentar. No tenía ningún sitio al que ir, más que a su piso vacío.

—¿Cuáles son las dos clases de hombre? —preguntó en voz baja.

—¿Qué? Oh, ahora no me acuerdo.

—¿Fue en Berlín?

—*Nein! Es war Paris!*

De pronto estaba animada. París, donde Julius la había encontrado y se la había llevado para ponerla a salvo. ¿Qué sabía Joan de París? ¿O de Berlín, ya puestos? Casi nada.

—Los fascistas y todos los demás.

—¿Qué, querida?

—Los dos tipos.

—Quiero ayudar.

—Es peligroso, querida.

Joan no tenía nada que decir. Claro que era peligroso, carajo. Solo había que mirar a Karsh para saberlo.

—*Wir müssen Informationen haben.*

—¡No te entiendo!

—Información. Necesitamos información. Lo que están pensando, lo que están planeando. Quiénes son...

Joan le agarró el brazo.

—¡Dime qué puedo hacer!

Ahora vemos a Joan y a Frank, sentados en el Prince of Wales de Victoria Street. Ella venía del Beaumont, donde se estaba ensayando *La casa de las penas*. Él venía del local de ensayo de *La duquesa de Amalfi*, que estaba en Waterloo. Los dos estaban cansados. Habían pasado casi cuatro días. Llegado aquel punto ella le había permitido ya que pusiera su mano sobre la suya en público en varias ocasiones, a veces durante casi quince segundos. Pobre hombre: su abrigo, su traje, la bufanda y todo lo que llevaba había sido propiedad de Charlie Grice. A Frank Stone aquellas prendas le daban aire de apuesto caballero de recursos escasos, de hombre pobre intentando aparentar más medios de los que tenía en realidad.

—¿Me permite que le pregunte algo, señor Stone? —le dijo.

Era jueves por la noche. La luz era tenue, como siempre, la cerveza estaba racionada, ¿y quién se podía permitir whisky en los tiempos que corrían? Pero el local estaba atiborrado de humo y había una agradable aglomeración de gente en torno a la barra, y las risas estridentes de los hombres entre las voces más ligeras de las mujeres sugerían un cambio de tono en el aire. ¿Acaso un leve presagio de la primavera? Joan lo había oído en el taller de vestuario, una ligera animación en las voces de las chicas. La oscuridad de aquel invierno en apariencia interminable se veía ligeramente salpicada ahora por aquellos finos rayos de esperanza. Se acercaban días mejores, o por lo menos más cálidos, esta era la sensación desde fuera. Joan era consciente de ella pero todavía incapaz de disfrutarla, porque la suya era una clase distinta de excitación.

El querido Frank: su atención, su afecto y su devoción no flaqueaban nunca. No le había provocado ni un solo momento de duda.

—Sí, señora Grice.

Ya no le suponía ninguna molestia la reticencia de Frank a llamarla por su nombre de pila; ella hacía lo mismo. Lo hacían así porque les apetecía, y en labios de Frank el apellido de ella estaba investido de calidez, sí, y de añoranza.

—¿Por qué no me invita usted nunca a ir a su casa?

Frank se había temido aquello. Había estado temiendo la pregunta. Y había decidido cómo la contestaría cuando llegara.

—Porque vivo con mi madre.

—Pero yo creía que estaba muerta.

Él negó con la cabeza.

—Pero no entiendo por qué no quiso usted decírmelo —dijo Joan, preguntándose tanto a sí misma como a él.

Casi nunca fumaba, pero ahora le entraron ganas de fumar.

—¿Está enferma?

—Muy enferma.

—Entiendo.

Estaba inquieta y no quería estarlo.

—Pero tengo buenas noticias.

—Señora Grice —dijo Frank, inclinándose hacia delante—. ¿Qué pasa?

No se molestó en disculparse por no haberle contado la verdad sobre su madre. Dio por sentada la confianza de ella.

—Vera se va de casa.

—¡Oh!

Frank se reclinó en el respaldo de su asiento, o mejor dicho, se meció hacia atrás en su silla. No se atrevió a decir lo que aquellas palabras habían despertado de inmediato en él. Joan sonrió, y como era una mujer que no estaba acostumbrada a los despliegues de calidez, fue una sonrisa disimulada, aunque encendió un fuego en la sangre de Frank. Él entendía lo que Joan le estaba diciendo. Ella apartó la cara para expulsar el humo. Levantó la barbilla. Volvió a mirarle la cara ansiosa.

—Pare de hacer eso ahora mismo —le dijo—. No quiero que me monte ningún lío.

Había muchas cosas de Vera Grice que resultaban un misterio para sus allegados. No había nada predecible en ella. Ahora le había dicho a Julius que volvería a su casa, pero que quería seguir viviendo en el desván, y aunque a Julius no le gustaba la idea, la aceptó, convencido de que era preferible que viviera bajo su techo, en las circunstancias que fueran, a que viviera en ninguna otra parte. De forma que condujo el enorme Wolseley hasta el East End y se la llevó de vuelta a casa con aire silenciosamente triunfal.

Vemos a Joan deambulando por el piso esa misma noche, y descubriendo que la breve estancia de Vera ha producido un cambio. Joan ha llegado a considerar la cocina la única habitación en la que está a salvo, y la habitación de Gricey como la de los fantasmas, porque contiene el enorme ropero donde perdura el residuo mórbido del hombre. La presencia de Vera ha tenido el efecto de reducir la de Gricey. Es como si lo hubiera empujado a los recovecos más profundos del ropero, o incluso al tejido mismo del edificio; sigue estando ahí, piensa ella, pero ahora más debilitado y mucho menos peligroso. Se sienta en la cama, donde por culpa de las prisas Vera se ha dejado una bufanda, que ahora Joan toquetea con expresión ausente.

Un poco más tarde está sentada en la cocina. Se cubre la cara con las manos porque la situación la supera. Y sí, es demasiado pronto para volver a la vida, y aun así quiere hacerlo, y se conoce a sí misma lo bastante como para estar segura de que lo va a intentar aunque él no lo quiera.

A Frank Stone no le gustaba engañar a la gente sobre su pasado, pero era consciente de que no podía evitarlo. Quería estar desnudo ante Joan Gricey. Había reconocido en ella una cualidad que él deseaba poseer, y experimentaba su atracción de forma visceral. Quería estar *literalmente* desnudo ante ella, y que ella estuviera desnuda ante él. Era una de las sensaciones más feroces que había experimentado nunca, pensaba. No se imaginaba que fuera a revelarles estos sentimientos en su siguiente encuentro, el domingo, pero de hecho sí lo hizo. Porque fue aquel domingo, una noche sin luna de principios de marzo, con un aire frío que cortaba como un cuchillo, cuando ella se lo llevó a la cama. Sí. No a la cama de la habitación de Gricey, donde había estado durmiendo Vera, sino a la cama grande que solían compartir Gricey y Joan.

Lo extraño del caso es que fue el sombrero de Gricey lo que desencadenó la situación. Joan se quedó pasmada al encontrárselo colgado del gancho de detrás de la puerta de la cocina. Lo había visto por última vez en el ropero, que estaba cerrado con llave. Y ahora, en cambio, colgaba del gancho de detrás de la puerta de la cocina. La encolerizó verlo allí porque significaba que él había estado en la cocina. Y ese fue el desencadenante. Se llevó a Frank por el pasillo hasta el dormitorio. Y luego volvió a oír la voz de Gricey, pero llegado ese punto, francamente, ya no le importó.

«¿Qué pasa, que no tienes bastante?»

¿Y qué había querido decir con eso? ¿No tienes bastante con un fascista muerto en tu ropero? Y la respuesta de ella fue no. No. No. *No*.

Cuando aquella noche se levantó de la cama, se puso rápidamente por encima la bata y se escabulló antes de que Frank Stone pudiera verla bien. Frank se encontró solo. Entrelazó sus dedos por detrás de la cabeza y contempló el techo, sumido en las sombras salvo por un resquicio entre las cortinas que dejaba entrar la luz de las farolas de la calle. No sabía qué significaba para Joan aquel acontecimiento tan anhelado, pero confiaba en que hubiera visitado el cielo junto con él. No concebía que existiera la duda de si en la cama él era un hombre o un fantasma. Entretanto Joan estaba en la cocina. Descolgó el sombrero de Gricey de detrás de la puerta. Era el sombrero de fieltro gris. Lo metió en la estufa. Allí dentro se encogió rápidamente sobre las ascuas adormiladas y se inflamó brevemente antes de desintegrarse con un susurro de fantasma desinflándose.

Se le ocurrió que lo debía de haber colgado allí Vera. Luego se acordó de que Julius había venido con el coche hacía unas horas y se la había llevado a casa. Regresó al dormitorio, con el corazón latiendo vigorosamente de determinación. Frank no se había movido. Ella se sentó en el borde de la cama y se lo quedó mirando. Quería hablar pero tuvo la sensatez de no decir nada. Tenía el pelo suelto y había ternura en sus ojos. Al cabo de unos segundos de aquel escrutinio silencioso dejó que la bata de seda se deslizara por sus hombros y la dejó caer al suelo, Frank vislumbró su garganta larga y los brazos esbeltos mientras ella se volvía a meter bajo las mantas con un pequeño sobresalto, como un espíritu que se zambulle en al agua salada desde una roca. Lo cogió en brazos y no tardaron en entrar en calor otra vez, porque de noche hacía un frío de muerte en el piso. Después de aquello, su dolor ya empezó a remitir.

Hubo un periodo de calma. Joan creía para sus adentros que independientemente del acto de pasión que hubiera tenido lugar, y que tendría lugar más veces, ella debía proceder con total cautela. La vimos poco durante esta época. Ahora que tenía el piso para ella sola, tal como ella lo veía, podía vivir su vida con una discreción casi total. En la práctica desapareció de escena. Desapareció con afán. Todas las mañanas iba en bicicleta hasta el Beaumont y por las noches, a veces tarde, volvía a Mile End, donde estamos convencidas de que la visitaba a diario Frank Stone, que a su vez venía de un local de ensayo en Waterloo, quizá pasando por el piso de Seven Dials. Ya no se veían en público porque ya no les hacía falta. Tampoco querían provocar comentarios en el teatro, que siempre es escenario de los cotilleos más floridos, y donde una historia como la de ellos se propagaría como un incendio descontrolado del taller de vestuario a los camerinos, y de los bastidores a los telares. No era de extrañar que Joan no concediera oportunidades para que Frank Stone y ella fueran vistos y se convirtieran en objeto de los comentarios de aquella peculiar tribu.

Más adelante Joan hablaría de la atmósfera doméstica que habían creado, aquellos *amantes velados*, en los últimos días. Solo entonces fue consciente de lo sola que se había quedado después de la muerte de Gricey. Pero ahora estaban volviendo muchas cosas; ¡la austeridad estaba tocando a su fin! Volvía a tener conversaciones por las noches, alguien prestaba atención al transcurso intrascendente de sus jornadas que, en gran medida, como siempre, consistían en la violencia que se encontraba en el taller de vestuario. Porque era un asalto, lo que sufrían aquellos atuendos con que los actores salían a actuar todas las noches y que luego se quitaban de cualquier modo entre escenas, hasta que Joan y las chicas se hacían cargo de ellos, les aplicaban sus afiladas agujas y, susurrando por lo bajo, los devolvían a su estado original antes de volver a mandarlos a que los hicieran trizas la noche siguiente.

Todo esto se lo contaba a Frank Stone, en tono mordaz, tal como le había gustado oírlo a

Gricey, haciendo pequeños fruncimientos de labios y de cejas para señalar los absurdos del mundo en el que ella trabajaba. Frank la escuchaba con placer, siendo uno de aquellos que hacían trizas el vestuario a la mínima oportunidad.

—Querido —le dijo Joan una noche, sentados los dos en la cocina, tarde, él leyendo un periódico y ella zurciéndole los calcetines.

Frank levantó la vista. Dio la impresión de que se le nublaba la cara de algo que a Joan le gustaba creer que era amor, cuando se volvió hacia ella, y aquello la conmovió. La enterneció. Esto apenas había sucedido con Gricey durante los últimos años, porque a menudo cada cual iba por su lado. Pero Frank sí parecía entender que las decisiones las debía tomar ella, y tenía el buen juicio de mantenerse maleable a cambio de los regalos que ella le hacía todas las noches. Joan le quitaba las ganas de ofrecer resistencia.

—Frank, ¿cómo está tu madre?

Un destello de vergüenza. Ella le clavó una mirada afilada.

—La tengo desatendida.

—Sí, me lo parecía.

Unos segundos de silencio mientras ella seguía remendando con dedos veloces la punta de un calcetín raído.

—¿Y no hay nadie más que la pueda cuidar?

Siguió zurciendo. Frank guardó silencio. Ella levantó la vista.

—¿No hay nadie más?

—Hay un húngaro...

—Un húngaro. Frank, ¿qué vamos a hacer con ella?

Juntó las manos sobre el calcetín a medio remendar y echó un vistazo a su amante. Esperó a que respondiera a su comentario. Se oyó una ráfaga de viento contra la ventana y el reloj de gran tamaño haciendo tic tac en el estante contiguo a los fogones. Joan estaba sentada a la mesa y Frank en el sillón de Gricey. La bombilla daba una luz débil y las sombras se congregaban en los rincones, conspirando. Los dioses susurrantes de la tragedia.

—No sé qué hacer con ella.

De pronto Frank estaba en el suelo frente a Joan, con la cabeza pegada a sus rodillas y rodeándole las piernas con los brazos. Ella le agarró el pelo con los puños y tiró de él, gimiendo un poco, fuertemente conmovida de repente. Frank se sentó como pudo en una silla desde donde la pudiera abrazar y besarle la garganta mientras ella levantaba la cabeza para mirar al techo; luego, chistándole suavemente, Joan lo apartó un poco y le cogió la cara con las manos. Mirándole a los ojos húmedos de muy cerca, negó con la cabeza y lo volvió a atraer hacia sí.

—Vamos a ir a verla juntos, amor mío —le susurró.

—¿Juntos?

—Sí.

Ella se puso a acariciarle la cabeza, después la cara otra vez y por fin le besó los labios; él tiró de su silla hacia delante, haciendo chirriar las patas contra el suelo, intentando acercársele lo bastante para ahogar la idea.

Un poco más tarde Joan lo mandó a casa, diciéndole que si su madre se quedaba sola otra noche iba a ser un cargo de conciencia para ella. Desde la habitación de Gricey miró cómo Frank se alejaba caminando rápidamente hacia el cementerio con el cuello del abrigo subido y el aliento elevándose en forma de nubecillas. Luego se apartó de la ventana. Qué extraño y maravilloso era todo aquello. Ya no la inquietaba nada. No le importaba lo que debería de estar sintiendo, ni tampoco la pesadilla de haber perdido el mundo entero al morir Gricey. Nosotras sabíamos qué hubo en la cama la primera vez que Joan acogió en ella a Frank Stone: Muerte. Luego la Muerte fue expulsada. Ya no había sitio para la Muerte. Ahora el fantasma era Gricey. De los dos, era Gricey el que se negaba a marcharse, y le correspondía a ella echarlo. Más de una vez se lo había imaginado suspendido sobre un vacío, aferrándose a los dedos de ella y suplicándole aterrado que no lo soltara; luego ella decidía abrir las manos sin más; y *luego* se oía el largo aullido, cada vez más débil, mientras él caía en picado a las tinieblas, donde ya no se le oiría más...

¡Nada de dudas cobardes ahora! La asombró su propia resistencia. Regresó a la cocina y encendió el gas de la tetera. Se sentó a la mesa a mirar la llama susurrante. Estiró el brazo para tocar al gato, y quiso fumarse un cigarrillo, pero no le quedaban. Pero seguía habiendo ginebra. Se subió a una silla y bajó la botella del estante de arriba, donde la había escondido detrás del aguarrás. Hola, querido tío.

La siguiente vez que ella lo vio, Frank le dijo que su madre estaba demasiado enferma para ver a nadie, y Joan le dijo que lo sentía. No lo sentía en absoluto porque no le creía.

—De todas maneras, cariño, no está bien dejar sola a una mujer mayor.

Volvían a estar en la cocina. Él caminaba de un lado a otro, tan lejos como le resultaba posible a un hombre alto caminar por aquella habitación.

—Ven a sentarte a mi lado —le dijo ella.

Joan giró su silla para que mirara a la estufa, cuya puertecita había abierto con las pinzas para que el calor de dentro se propagara por la cocina. Un repentino resplandor de un dorado rojizo se le proyectó sobre los rasgos primero a ella y después a él. Los dos se sentaron juntos contemplando las ascuas titilantes, mientras encima de sus cabezas la tenue bombilla crepitaba en su pantalla de lino rígido con venas negras, colgando de un cable retorcido, y el reloj hacía tic tac

tic tac.

En cuanto Vera leyó aquel papel se acordó de que lo había visto interpretado de niña. Una mujer a la que le ofrecen una mano cortada para que la bese. Una familia muerta en efigies de cera. Apetitos incestuosos y locura rampante. Conspiraciones y maquinaciones, monstruosidades abundantes, y la mente de los hombres —de todos menos Antonio— retorcida por las intenciones malignas.

El autor era John Webster. Webster había leído crónicas contemporáneas de la figura histórica de la duquesa, pero decidió no presentarla como todo el mundo, como una viuda disipada que abandona sus obligaciones para satisfacer sus deseos privados. No. Él nos muestra a una mujer que, por haber elegido el amor, encuentra afecto y amistad en el matrimonio secreto con su mayordomo, Antonio. Y al leerla ahora, Vera entendió la tarea enorme que tenía delante.

Porque la duquesa era una mujer, y hasta entonces Vera solo había interpretado a chicas. Nina, Nora, Cordelia, Rosalinda, Julieta. Solo por esta razón estábamos todas llenas de curiosidad por ver qué hacía con aquel papel. Vera veía a una mujer, en primer lugar, a una mujer implacable y llena de lascivia, pero también honorable, valiente, determinada y autocrática, además de astuta. Era sabia y mentirosa (aunque no miente a su marido). Apasionada, más activa que reflexiva. Oscura, como sus hermanos. ¿Sería capaz de interpretarla?, nos preguntábamos las unas a las otras. ¿Tenía la imaginación necesaria? Julius creía que sí. E iba a tener de directora a una mujer de dilatada experiencia, mano de hierro y consumados gustos teatrales. Muchos consideraban que era de la vieja escuela, una mujer de los años treinta, decían, pero Julius discrepaba. La había contratado él. Se llamaba Elizabeth Morton-Stanley. Y estaba de acuerdo con Julius en que no corrían tiempos de sentimentalismo ligero, sino de tragedia, y cuanto más oscura mejor.

*No estamos en lo peor
mientras podamos decir: Estamos en lo peor.*

Ese era el espíritu: la redención por medio del sufrimiento.

En la primera lectura Vera no había estado impresionante; ella misma lo sabía y no se había sentido alarmada, ni tampoco su directora. Del resto del reparto, conocía a su doncella Cariola — Mabel Hatch— y a Ed Colefax, que interpretaba a su hermano gemelo, Fernando, el duque de Calabria, que enloquece, se cree un lobo y ataca a su propia sombra. Lo conocía de un *Lear* que

habían hecho juntos en Stratford. Y el apuesto galán rompecorazones Harry Catermole iba a ser su Antonio, oh, un caballero de lo más perfecto, galante y gentil, que terminaba condenado por casarse con alguien de clase superior a la suya.

Vera sabía que Julius la cuidaría durante los largos días con sus noches del periodo de ensayos. Él esperaba verla ansiosa, a ratos presa del pánico y desesperada, y en otras ocasiones sabía que estaría tranquila, hasta eufórica. Al final de la jornada, agotado, desearía tranquilidad, aunque sin la esperanza real de obtenerla.

La primera mañana se reunió el reparto. A las nueve y media, en un local vacío de Waterloo, se pudo ver a una serie de hombres y mujeres con actitudes cordiales, de pie en grupitos, con los sombreros y abrigos puestos, fumando cigarrillos y conversando en voz baja. La risa estruendosa de Edmund Colefax estallaba a intervalos. No faltaba Elizabeth Morton-Stanley, por supuesto. Estaba de pie junto a la puerta y enzarzada en una discusión en voz baja con Julius acerca del horario de Harry Catermole, y específicamente de su liberación del contrato una tarde a la semana para trabajar de actor radiofónico en la BBC. Elizabeth Morton-Stanley afirmaba que nadie la había informado de aquello. Frank Stone estaba cerca de la puerta en compañía de May Lions, que hacía de doncella pero también se sabía los diálogos de Vera por si tenía que reemplazarla. Frank pudo oír aquella discusión.

Vera estaba sola al otro lado del local. Julius y ella se habían quedado despiertos hasta tarde la noche anterior, hablando en la cocina. Él sabía lo que ella estaba viviendo. Era el nerviosismo del viajero antes de emprender una travesía a lo desconocido. No era verdad que el terror se redujera con cada paso. A menudo sucedía lo contrario. Julius se había mostrado paciente y comprensivo, y lo bastante sabio como para repetir la misma idea una y otra vez.

—Vera, escúchame, cielo. Ya has hecho esto antes.

—Nunca de esta forma.

—Oh, ya lo creo que sí.

—¡Nunca! ¡Cielos, Julius, tú no lo has hecho jamás!

Los dos estaban fumando cigarrillos. Al otro lado de la ventana de la cocina la nieve del jardín trasero solo se había derretido en parte. La pared tenía una veta de hielo y todavía colgaban carámbanos de las ramas del sauce al fondo del jardín. No había luna. Los únicos ruidos venían de los trenes que cambiaban de vía y del chillido de plañidera que hacían las ruedas de hierro sobre los raíles. Julius sabía que iba a ser una noche larga.

—No lo he hecho nunca, pero te he visto hacerlo, y nadie lo hace mejor que tú, ya lo sabes, cielo, pero siempre te pones así al principio hasta que empiezas a recapacitar. ¿No te acuerdas, cariño?

Vera estaba de pie junto a la puerta de atrás, cruzada de brazos, dándole la espalda a medias. Lanzándole miradas por encima del hombro, dardos llameantes de resentimiento, de resistencia...

Julius ya se esperaba la petulancia. Era consciente de que, antes de su matrimonio, aquella había sido la tarea de Gricey: tranquilizarla cuando le entraba el pánico. Se preguntó cómo lo debía hacer, qué le debía decir. Contempló con cautela a su mujer. Cuando observaba petulancia, sabía que ella se estaba empezando a rendir. Ahora llevaba una falda negra y ajustada, tacones altos y un cárdigan de color azul claro, y un pañuelo anudado en torno al cuello para proteger su voz. Tenía la melena suelta y una furia gloriosa en los ojos húmedos de pestañas negras cada vez que le clavaba una de aquellas miradas temibles e insistía con desprecio considerable en que él no sabía nada, nada, de lo que ella estaba a punto de soportar. Luego pareció que alcanzaba una decisión.

—No pienso hacerlo, Julius. Ya te puedes ir olvidando de tu puta duquesa de Amalfi ahora mismo.

—¿Y qué pasa con Elizabeth?

Se refería a Elizabeth Morton-Stanley.

—¡Me da igual Elizabeth!

—¿Te da igual *Elizabeth*?

Era un punto débil de su argumentación. Vera tenía miedo de Elizabeth Morton-Stanley; todo el mundo se lo tenía, salvo quizá Julius. Pegó la frente a la pared, dándole la espalda del todo a su marido. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho jadeante, mientras que Julius estaba junto a los fogones, la mesa de la cocina entre ambos. Él la miró con frialdad. Se llevó el vaso a los labios. Esperó.

Más tarde Vera se sentó en la cocina y lloró. Tras la mención a Elizabeth Morton-Stanley se había empezado a entrever la petulancia y había aparecido una niña nerviosa. Ahora estaba sentada a la mesa, con los codos muy juntos y agarrándose la cabeza con las manos largas y pálidas.

—Oh, dame una copa, por el amor de Dios, antes de que me pegue un tiro.

Julius le sirvió una ginebra poco cargada y se la puso delante. Ella dio unos cuantos sorbos rápidos y volvió a sepultar la cabeza en las manos. Se hizo un largo silencio en la cocina. Y por fin se puso a hablar:

—Tienes razón, claro, siempre tienes razón, maldito seas, cielo, esto pasa siempre, pero eso no hace que sea más fácil, porque piensas, oh, esta vez es demasiado para ti y *es* demasiado para mí, es un acto antinatural, ya lo ves. Es simplemente... oh, es *imposible*. ¿Qué se supone que voy a *hacer*? O sea, ¿por qué deja ella que Fernando la destruya, por qué lo provoca? ¡No necesita casarse con Antonio! Nadie necesita casarse con nadie...

Julius dejó escapar un pequeño gemido de placer. Había querido casarse con Vera a los diez

minutos de conocerla. Como mucho. Aquello acabó con el mal humor de ella. Tamborileó brevemente en la mesa con los dos puños y se echó a reír y a llorar al mismo tiempo.

—Menuda tonta estoy hecha —murmuró mientras remitía el arrebato; levantó la cabeza, se pasó una mano por el pelo y cogió un pañuelo.

Para entonces Julius ya estaba sentado frente a ella, inclinado hacia delante.

—Ya has hecho esto otras veces —le repitió.

—Sí, sí, sí, lo sé. Me voy a la cama, Julius.

—¿Dónde vas a dormir?

—En el desván.

Una pausa.

—Oh, en nuestra habitación —dijo Vera, y luego, con inflexión ascendente—. ¿Puedo dormir contigo?

—Sí, cariño.

Así había sido para Julius y Vera la noche víspera de los ensayos. Unas horas más tarde, en aquel frío local de Waterloo con vistas a Saint Paul's, Elizabeth Morton-Stanley congregó a sus actores. Era una mujer robusta, tanto en personalidad como de fisonomía. Una pequeña gigante, de frente ancha y ojos estrechos e incisivos, nariz aguileña, papada recia y una enorme mata de pelo recogida sobre la cabeza, se paseaba por el escenario de Londres como una colosa. Con voz ronca de barítono, les dijo lo que quería. No era mucho. Sed puntuales, les dijo. Manteneos sobrios. Aprendeos vuestros diálogos. Ahora Vera se mostraba serena, porque la cosa había empezado. Estaba emprendiendo su viaje. Delante de ella veía una especie de túnel. Era largo y oscuro y tardaría un tiempo en llegar al final. Pero lo que encontraría al final de aquel túnel era una verdad. Sí. Eso era lo que estaba buscando. La verdad sobre la duquesa. ¿Por qué hace lo que hace y dice lo que dice en cada puñetero momento del drama? Eso era todo.

Frank Stone se dedicó a observarla, por lo menos cuando no estaba vigilando a Harry Catermole. Ya había decidido que se iba a aprender su papel, y también el de Antonio. No iba a ser fácil, pero para Frank no suponía ningún obstáculo. Su apetito era enorme. Se aprendería el papel de Antonio exactamente igual que lo interpretaba Harry, que era lo mismo que había hecho con Malvolio. Había estudiado a Gricey día tras día y sin perderse detalle. Lo había observado y había practicado. Lo había perfeccionado a su propia imagen, tanto que al morir el hombre y asistir por primera vez Joan al teatro, no había podido ver ninguna diferencia.

Y luego, para su asombro, había sentido arcadas. Se había sentido muy extraño, y si alguien lo hubiera estado mirando, habría visto que la cara se le ponía primero gris y después blanca, y hasta los labios se le pusieron blancos, porque había vislumbrado de repente que la persona que era —

su propio *yo*— no equivalía a nada. Era una sombra diminuta de un yo. Agazapada detrás de la persona que él proyectaba hacia fuera. Ciertamente su identificación con Gricey se había mantenido mucho más allá de la puerta de los camerinos, y a menudo, mientras estaba en cartel *Noche de reyes*, salía del teatro convertido en estrella, por lo menos en su imaginación, en un ser de un plano superior al tipo desgarrado y tembloroso que volvía pateando a casa por las calles oscuras de Londres. Sí, y en la cama de Gricey, con Joan, también allí era otro...

Y este es a veces el caso, tal como ya hemos observado, en los actores *genuinos*, los de verdad, es decir, su noción del propio yo es tan débil que resulta incoherente. Sí. Es como funciona la máscara. Y ahora Vera estaba observando a Frank, viendo cómo se ponía de un color de lo más peculiar, y cuando Frank la vio se dio cuenta de que *ella* no lo tomaba por Gricey. No, Joan era la única, la única...

¡Oh, pero qué mujer tan extraña, pensó ahora Frank, con todo su misterio imposible...! Joan absorbía hasta el último instante que él pasaba despierto y que no dedicaba a pensar en la obra. Y qué opaca era, pensó, qué inescrutable. Y aquel día, mientras los actores estaban sentados alrededor de la mesa y leyendo sus papeles en voz alta, y Frank se recuperaba de su... *vaciamiento*, reconoció en los tratos de Antonio con su duquesa, cuyo amor había despertado un reflejo de su propia historia. Porque también él poseía una duquesa. También él, sin merecerlo, se había ganado el amor de una duquesa. Vislumbró la revelación de una simetría, ¿y con qué frecuencia pasa algo así? Nosotras lo consideramos un hombre muy afortunado. Sí, una simetría preciosa entre vida y drama, eso fue lo que vimos; pero todas sabemos lo que pasa cuando aparecen simetrías, ¿verdad, señoras? Siempre son un presagio funesto.

Leyeron la obra entera. Elizabeth Morton-Stanley estaba sentada a la cabecera de la mesa y las severas arrugas apenas se disiparon del enorme páramo baldío de su ceño. Tenía una pipa en el bolsillo de la pechera de su chaquetilla negra sin forma, y de vez en cuando la sacaba para golpear con ella la mesa mientras hablaba con algún actor.

—Querido muchacho, ¿quiere hacer usted el favor de leer la puñetera frase tal como el autor la escribió y dejar de intentar tomarme el pelo? Me da igual lo que usted piense que el personaje está pensando en realidad, límitese a decir la puñetera frase.

Los actores se miraban entre sí y hacían pequeños movimientos indescifrables con los dedos y los labios, porque sabían que uno no puede limitarse a decir la puñetera frase, habría que ser una máquina. Dios sabía lo que quería la vieja, esa era la sensación que flotaba en el ambiente. Por lo menos dentro de un par de días ya lo tendrían por la mano.

Pero cuando lo tuvieron por la mano, la cosa no mejoró mucho. Ed Colefax se llevó una buena bronca sin haber tenido tiempo de dar ni tres pasos en el escenario.

—¡No camine como una *princesita*, hombre!

El grito había venido de las primeras filas, donde Elizabeth Morton-Stanley estaba sentada con su asistente, un homosexual hastiado llamado Sidney Temple que llevaba años a su lado. La idea de Ed Colefax caminando como una *princesita* le hizo gracia a la compañía y la tensión se disipó brevemente. Ed soltó una palabrota audible, aunque no se le oyó desde la primera fila, y luego intentó avanzar otra vez por el escenario.

—¿Quién es usted? —gritó la directora.

Todo volvió a detenerse. Ed sabía que no debía contestar. La pregunta expiró en medio del aire frío del local de ensayo. Elizabeth Morton-Stanley no gritaba a Vera. Parecía entender que, con ella, estaba trabajando con porcelana delicada. De forma que andaba con pies de plomo y se guardaba el palo para las grandes bestias como el Duque Fernando y su hermano el Cardenal, interpretado por el lánguido David Jekyll, un actor muy respetado, y por supuesto para Bosola, el espía melancólico. A los amantes les sacaría con tacto y gentileza las interpretaciones que ella quería.

Vera llegaba a casa exhausta pero no desesperada. Había empezado a vislumbrar las corrientes invisibles, las actitudes, las perspectivas de los demás actores, alrededor de las cuales iba a tener que navegar con su propio trabajo. Llevaba todo el día con el abrigo de piel puesto, de tanto frío que aún hacía, y eso que ya era abril. A Elizabeth Morton-Stanley le gustaba aquel abrigo. El único miembro del reparto al que no dejaba llevar abrigo era Harry Catermole. Decía que Antonio tenía que ser vulnerable en todo momento. Otros pensaban que en realidad lo estaba castigando por ausentarse una vez por semana para hacer sus papeles radiofónicos en la BBC, tal como estipulaba su contrato. Eso obligaba a la directora a usar a otro actor para hacer de Antonio, lo cual la irritaba. Por suerte había otro miembro del reparto que se sabía el papel.

Más tarde, en la cocina, Julius le preguntó a Vera si le apetecía salir, aunque conocía la respuesta. Lo que ella necesitaba ahora era paz y acostarse temprano para poder pensar en el trabajo. Para poder presentarse a los ensayos con la cabeza despejada y cuidar su voz, su piel y su estado de ánimo. Y su vientre. En cuanto la obra empezara a representarse, sería distinto. Para entonces ya habría recorrido el túnel, habría obtenido la verdad de John Webster y habría salido convertida en una mujer distinta. Para entonces supuestamente ya podría ponerse a esa mujer y quitársela como si fuera una prenda de ropa. Pero eso era lo que le resultaba más difícil. Siempre le costaba quitarse aquella prenda, quizá porque le pasaba como a Frank y no tenía gran cosa debajo.

Julius la esperaba cuando ella volvía a casa por las noches igual que Joan recibía en casa a su Frank. Bueno, durante muchos años había tenido a Gricey, claro, pero la cosa había sido distinta

entonces porque Gricey nunca se tomaba aquello en serio. No era un hombre a quien el teatro le importara más allá del hecho de ser su forma de ganarse el pan. El hecho de comprometer su verdadero yo, fuera cual fuera esa entidad escurridiza y probablemente engañosa, o la idea de adentrarse por un túnel y encontrar la verdad al final, eran cosas de las que Gricey se burlaba. El hombre sin ilusiones, así era como se veía a sí mismo. Capaz de interpretar el papel que le pidieran, y de obtener placer de allí donde lo pudiera encontrar, ese era todo el sentido de la vida para Charlie Grice, o por lo menos eso le había hecho creer a su mujer.

Joan se acordaba de cómo Gricey volvía a casa después de las funciones, y de cómo se sentaban a hablar, igual que ahora se sentaba con Frank Stone. Pero ahí estaba la diferencia; ahora tenía a un actor que se tomaba su trabajo en serio, hasta el punto de que a veces Joan se sentía alarmada y no sabía qué decirle. Guardaba silencio cuando él le hablaba de sus ambiciones, y parecía que su silencio lo incentivaba, y entonces Frank se ponía a caminar de un lado para otro por aquella cocina diminuta, y a contarle que Harry Catermole iba a estar ausente de los ensayos y que él iba a ocupar su lugar, porque había hecho saber a todos que se había aprendido su papel. Joan se lo imaginaba trabajando con Vera, y de esto sí que estaba segura, de que no podía regresar a la soledad de aquellas primeras semanas sin Gricey; prefería morir. Frank Stone hacía que el mundo resultara tolerable otra vez. Tenía la fuerte sospecha de que sin él se hundiría.

Frank se había quedado callado. Como de costumbre, Joan tenía una aguja en la mano y tela en la otra.

—¿Cómo está tu madre? —le preguntó.

Frank se la quedó mirando, sentada a la mesa. Joan no tenía ni idea de qué le había estado diciendo.

—Perdona, cielo. ¿Qué me decías?

—Te he preguntado si la conoces.

—¿A quién, cielo?

—A Elizabeth Morton-Stanley.

Joan había trabajado en varias producciones suyas. Le parecía una mujer impaciente y desagradable. Las chicas la odiaban. Abusaba de su poder. Llegaba al almacén y se ponía a rebuscar entre los percheros. Siempre había desacuerdos. Joan le explicaba cuáles eran las posibilidades y a menudo Elizabeth se fiaba más de ella que de su diseñadora de vestuario. Pero esto no hacía que fuera más fácil de tratar.

—He trabajado con ella.

—¿Le puedes hablar de mí?

Joan dejó en la mesa lo que estaba zurciendo y se puso de pie. Tenía el ceño fruncido. Había algo desagradable en el aire. Le cogió a Frank con los dedos la solapa de la chaqueta. Unos días antes él le había preguntado si le podía regalar una chaqueta nueva y ella había buscado en el

ropero de Gricey y le había encontrado una. Ahora estaba enfadada. Examinó la tela durante unos segundos. Luego lo miró a los ojos. Era un hombre adulto hablando como un niño.

—No, señor Stone, no puedo. No sea tan impaciente. Conseguirá usted lo que quiere.

—¿Lo cree usted?

Ella se sentó.

—Sí, señor Stone. Frank. Lo creo.

—¿Por qué?

—Siempre con el por qué. No se lo pienso decir.

Ahora él estaba a su lado, sentado cerca de ella, suplicándole que le dijera por qué iba a conseguir lo que quería. Y sonriendo. Resultaba indigno.

—Porque lo desea usted demasiado. Es una puñetera maldición.

—¿Qué quiere decir?

—Se acabó. Basta de esto.

Él le puso la cara en el pecho y ella le pasó los dedos por el pelo tupido y miró por la ventana, pensando: se va a enamorar de otra, eso es lo siguiente que va a pasar. De otra que pueda hacer más por él que yo. Y entonces me verá como a una gárgola. Tengo que estar preparada. Ahora tengo su confianza. Es por la ropa nueva. De forma que esto lo he provocado yo. ¡Oh, qué *idiota* soy!

Así pues, aquella noche murió algo entre ellos.

Más tarde, mientras él dormía, Joan yació despierta a su lado y lo miró, acordándose de que había habido un momento en que había creído que Frank era un vehículo de su marido y que tenía dentro su espíritu. Lo que ahora veía era solo un hombre, con la cabeza en la almohada de ella y la boca abierta, y el brazo echado por encima de su cuerpo. Ni un vehículo ni un espíritu, solo un hombre, otro hombre vanidoso y ambicioso. Se lo quitó de encima para poder girarse hacia la pared. Por lo menos la cama estaba caliente con otro cuerpo vivo dentro. Ya no sabía qué quería, quizá solo quería llorar la muerte de un hombre bueno y Gricey se lo había negado. Volvió a brotar la furia dentro de ella y se vio obligada a cerrar los puños y los ojos con fuerza para no molestar al otro, cuyo aliento sentía caliente en la espalda. Se pegó un poco a él y eso lo hizo moverse en sueños.

Durante unos minutos se sintió reconfortada por su cercanía. Se estaba quedando adormilada. ¿Qué le iba a contar a Vera de su padre? Nada. No había que molestar a Vera con nada de todo aquello, al menos todavía. Después de que terminaran los ensayos, cuando llevaran una semana más o menos de funciones, entonces se lo contaría. Iba a tener que decírselo antes de que lo hiciera otro. O quizá la dejaría terminar las funciones. ¿Quién estaba cuidando a la madre de Frank Stone? Él no debería estar pasando la noche aquí. ¿Y si su madre enfermaba? ¿Y si se moría y él no estaba presente? ¿Qué dirían? Todo saldría a la luz. Vera se pondría histérica. Se giró en la

cama para zarandearlo y decirle que se tenía que marchar. Pero mientras tenía la mano suspendida a oscuras cerca del hombro de él, pensó: da igual. Déjalo dormir. La vieja dormía. Ella también se quedaría dormida pronto: y así fue. Pero no antes de sopesar una vez más lo que Julius le estaba pidiendo que hiciera. *Es ist ein wenig gefährlich, Liebste*, le había dicho Gustl. Sí, le había contestado Joan, tras conseguir que lo dijera en inglés, ya sabía que era un poco peligroso. Lo último que pensó fue: Todavía no sé qué decirles.

Joan empezó a posar para su retrato. Gustl le había dicho varias veces que la quería «pintar» y Joan no había entendido el porqué. ¿A mí? ¿Por qué a mí? Por fin le había dicho: Si no hay más remedio... Seguía haciendo frío, pero con las cortinas abiertas brillaba una luz clara. Desde que había terminado de representarse *La casa de las penas* a veces tenía las tardes libres. Todavía quedaba mucho por hacer en el teatro vacío. Había máquinas de coser que limpiar y engrasar, un millar de pequeñas tareas necesarias que delegar y supervisar, pero por las tardes podía escaparse y Gustl se lo agradecía, porque prefería pintar con luz natural y Joan era una buena modelo. Tenía unos rasgos fuertes, además de aquella piel impoluta, el pelo azabache y las manos finas.

—No te muevas —dijo Gustl, y Joan sonrió un poco, allí sentada en una silla de madera de respaldo alto, con la espalda recta, la barbilla levantada y las manos juntas sobre el regazo.

Llevaba el vestido negro que se había hecho para el funeral de Gricey. Había querido llevar velo también, pero la petición había sido recibida con risas. Detrás de ella, Gustl había colocado una mesilla redonda de patas largas con un jarrón de porcelana blanca encima, y en el jarrón una rosa de color blanquecino, casi amarillenta. Era la sonrisa lo que Gustl quería. Joan nunca separaba los labios, por las razones ya mencionadas y relacionadas con su dentadura, y los labios en sí solo se curvaban un poco, y siempre hacia abajo. Pero en la palidez marmórea de sus mejillas la sonrisa se hacía brevemente visible en forma de una elevación casi imperceptible de la carne, y debido a lo fugaz que era, a lo *arcano* que resultaba, aquel movimiento había excitado la imaginación de la pintora.

—Qué inquieta —le dijo.

A Gustl le gustaba pintar retratos. Tenía uno amarillo de Julius centrado en sus dedos. Tenía un pequeño estudio inacabado al óleo para el que Vera había posado brevemente, pero luego esta se había impacientado y había abandonado la sala para no volver nunca. Y tenía más almacenados en el piso superior, el desván, incluyendo algunos autorretratos. Una vez le mencionó a Joan que al huir de Alemania había perdido diez años de trabajo.

Luego había una obra de gran tamaño, pintada aquí en Londres y colgada en el pasillo encima de la puerta de la cocina de tal forma que la veías nada más entrar en la casa. Representaba un cielo oscuro y a una mujer huyendo de un terror invisible con un bebé en brazos. Iba mirando por encima de su hombro. La imagen era sombría y temible e impresionaba mucho a Joan, porque

aunque no entendía demasiado la huida de Gustl a Inglaterra, en aquella pintura veía cómo la debía de haber experimentado su amiga. No le preguntó por el bebé. Asociaba aquella pintura con el tumulto que ella misma estaba sufriendo con Gricey. La imagen apelaba a su miedo y también apelaba a su sentimiento de violación y de vergüenza. Y aunque no le gustaba, se aferraba a ella como una especie de confirmación de lo que sentía. Afectaba a su amistad con Gustl. Despertaba confianza.

Su mente divagó. Apoyado en la pared del estudio de Gustl había un lienzo grande que representaba a un grupo de refugiados en un bote de remos, al anochecer. La mujer que huía del terror invisible, la de la pintura de encima de la puerta de la cocina, también estaba en el bote de remos. A Joan se le pasó por la cabeza preguntarle a Gustl quién era, pero decidió esperarse a conocerla mejor. Su mente divagaba pero siempre acababa regresando a Frank Stone y a su patética desesperación por obtener el éxito, y luego a la madre enferma en aquel piso frío que él le había descrito en el callejón de Seven Dials.

Un día Joan fue a visitarla. Conocía Seven Dials y encontró el edificio. Era lo que habría hecho su propia madre: intentar ayudar a una vecina necesitada. Le llevó un bote de té. Era mediodía y las aceras del West End estaban abarrotadas. Había salido el sol pero seguía haciendo mucho frío, y junto a las aceras se levantaban montones congelados de nieve sucia. Fue en bicicleta por Shaftesbury Avenue hasta Cambridge Circus y en medio del denso tráfico giró a la izquierda con el brazo extendido; la enorme bicicleta dobló la esquina trazando un arco amplio y sin pedalear y el bote de té traqueteó en la cesta del guardabarros delantero. El aliento le salió en forma de penachos de niebla cuando pisó con fuerza para coger Charing Cross Road cuesta arriba, con el trasero levantado del sillón y los ojos brillando por el esfuerzo; un rictus feroz en la boca le dejó al descubierto los dientes separados y ennegrecidos.

Vio edificios antiguos e imponentes reducidos a simples fachadas, esqueletos, peligrosos para el que entraba, con la luz invernal saliendo a raudales por las ventanas vacías porque ya no había tejado. Las multitudes a las que veía en las aceras iban mal vestidas y agotadas por aquel duro invierno que todavía no parecía tener un final a la vista: todo era sombrío y austero; todo era frío. No había trabajo, el gobierno era inútil, había decadencia y declive dondequiera que uno mirara. Igual que en el 31, que era cuando había empezado Mosley. Aminó la marcha y se metió en el callejón de Seven Dials, se apeó de la bicicleta y la dejó apoyada en el poste de una farola. Como de costumbre, había unas cuantas prostitutas, se abrazaban los finos abrigos contra los cuerpos esmirriados, temblando. La puerta de entrada del estrecho patio de vecinos se abrió nada más tocarla.

Subió una escalera empinada. A medida que cruzaba los angostos rellanos notó olores de

comidas distintas, algunas de las cuales reconoció y otras no. En el último piso llamó con los nudillos a una puerta, convencida de que aquel era el piso de Frank.

La mujer era pequeña, ajada, desaseada y hablaba un inglés imperfecto con fuerte acento alemán. No debía de tener más de cincuenta años, por mucho que la primera impresión sugiriera lo contrario.

—¿Rosa Stone?

—Soy Rosza Stein.

Joan se quedó allí plantada con su bote de té. Miró a aquella mujer alemana y tuvo la sensación de conocerla de algo. Al cabo de un momento de silencio Rosza Stein le dijo: soy la madre de Franz.

—Yo soy su amiga —explicó Joan.

—Entre, por favor —dijo la mujer.

—Soy Joan Grice.

—Sí.

Llevó a Joan a un cuartucho pobremente amueblado, con unos cuantos objetos y pinturas que a Joan le confirmaron de inmediato que acababa de entrar en un hogar judío. Los candeleros del sabbat, una menorá. Rosza la llevó al sofá y le indicó que se sentara junto a la chimenea de gas apagada. Luego se puso de rodillas, se apartó el pelo de la cara y con dedos temblorosos encendió una cerilla primero y luego el gas. Detrás del sillón había un viejo piano y una silla de cocina, y en la silla un violín.

—Siéntese, señora Grice, esto se calentará pronto. Franz me ha hablado de usted.

Joan se sentó despacio en el sofá. Rosza desapareció. Joan no se quitó el abrigo. Seguía con el bote de té en la mano. Una alfombra raída cubría los tablones desnudos y había unos cuantos muebles destartalados: una mesa, unas cuantas sillas y un sofá desvencijado, y Joan se sobresaltó al ver a un niño en él, durmiendo debajo de una manta. Solo se veía una mata de pelo negro, un tobillo desnudo y un pie calzado con una pequeña sandalia. El marco de la ventana estaba todo deformado y había trapos tapando los resquicios. El techo lleno de manchas, una bombilla desnuda y una puerta que debía de dar a un dormitorio. Aquella era la casa de Frank. Joan experimentó una tristeza repentina y feroz. En los últimos segundos le habían quedado claras muchas cosas, y no lamentó el impulso de haber irrumpido sin avisar en casa de aquella mujer. Si te sentabas lo bastante cerca de él, el fuego aliviaba un poco el frío de la habitación. Había una historia allí que Joan solo conocía por la versión de Frank, que era ciertamente incompleta.

Rosza Stein reapareció con un plato de algo que Joan reconoció de inmediato como *latkes*. Aceptó uno, y oh, el sabor la llevó directamente de vuelta a su infancia. Sobre la repisa de la chimenea, una fotografía enmarcada de una familia numerosa con el padre barbudo sentado en el centro. A su lado había un niño que debía de ser Frank. En la pared, un calendario judío. Le dio a

Rosza el bote de té y ella le dio las gracias. La mujer se la quedó mirando.

—¿Por qué se marcharon de Alemania? —dijo Joan, y se dio cuenta de que era una pregunta estúpida nada más salirle de la boca.

Pero era una persona directa, y Rosza Stein también.

—Porque somos judíos. Igual que usted, señora Grice.

—¿Cómo salieron?

—¿Quiere saberlo?

Joan le dijo que sí, que quería saberlo, y la mujer se puso a hablar y a Joan le dio la sensación de que no había contado aquella historia muy a menudo. No parecía haber sido organizada por medio de la repetición. Requería por parte de ella de una especie de trance, y Joan entendió que no podía interrumpirla o el trance se perdería. Un amigo había ido a hablar con el marido de Rosza y le había dicho que tenían que irse, que cogieran el dinero que tuvieran y se marcharan. Esto pasó un año antes de la guerra. Vivían en Berlín. No, no, no podéis esperar, tenéis que marcharos ahora. La mujer se acordaba de su tono urgente y de cómo la había aterrado. De forma que se fueron a la estación pero surgió un problema porque no tenían visado para viajar, y su marido —el pobre Edvard, dijo, e hizo una pausa— fue a buscar visados al consulado. Pero tenían un pasaporte, en el que estaban los tres, Edvard, Franz y ella...

De forma que tuvieron que volver y esperar al cónsul, que le dijo a Edvard que le traería los visados. Otra gente se estaba marchando porque ya tenía sus visados, pero pasaron semanas y ellos seguían esperando al cónsul. Edvard decía que el cónsul llegaría al día siguiente; todos los días decía que mañana. Vivían atemorizados. Tenían que salir de allí. Ya tenían las maletas hechas. Y parece que finalmente llegó con los visados, el cónsul, pero ya era demasiado tarde para Edvard. El día anterior había entrado en su estudio y se había pegado un tiro.

Rosza contempló el pequeño fuego de gas y se quedó muy quieta, igual que Joan. Era como si aquella muerte, entre todos los millones de muertes, estuviera guardada en un huevo minúsculo de cáscara finísima y hubiera que impedir que se cayera.

Fueron a la estación, Franz y ella, y ahora también tenían al niño, que era el bebé de su hija. ¿Y su hija?; dijo Joan.

Rosza se la quedó mirando con los ojos secos y voz inexpresiva.

—*In den Osten gegangen. Adresse unbekannt.*

—Perdone, no la entiendo, querida.

—Se había ido al Este. Dirección desconocida.

Joan se sintió enferma. Rosza continuó. Sus amigos les dijeron Marchaos, marchaos, nosotros nos ocuparemos de Edvard, lo organizaremos todo. Tenían las maletas hechas, claro, llevaban semanas hechas, y también tenían billetes, pero ahora se estaban cerrando todas las fronteras. Pero fueron a la estación de todas formas y entonces tuvo lugar el apagón. Estaban llevando a cabo el

apagón y todo estaba a oscuras, miles de personas a oscuras. Estaba llegando más gente y se oían rumores, unos rumores terroríficos, pero Franz se portó muy bien, les dijo que no les pasaría nada, porque ahora tenían los documentos necesarios, aunque por supuesto no tenían documentos para el bebé. Luego Franz consiguió meterlos en el tren, ella no sabía cómo, pero llegaron a Colonia y entraron los hombres de las SS y le preguntaron cuánto dinero tenía. Se lo quedaron todo, además de sus joyas, que iban escondidas dentro de su ropa. Les dejaron treinta chelines, que no era nada; luego vino otro y les dijo que cogieran sus maletas porque tenían que irse con él. La criatura iba dentro del abrigo de Franz y se puso a chillar, y ella se dijo a sí misma ahora sí que estamos perdidos. Pero cuando ya estaban a punto de bajarse del tren, el hombre de las SS le dijo ¿es tu hijo? Franz contestó que sí, y el hombre les dijo subid otra vez, y el tren arrancó y ellos se salvaron. ¿Por qué? Rosza no lo sabía.

Le habían quitado todas las joyas pero le habían dejado quedarse su alianza. Y estaban a bordo del tren y un hombre murió y nadie supo qué hacer. Pero nadie quería bajarse del tren. De forma que se pasaron horas sentados con él, la noche entera, hasta que cruzaron la frontera de Bélgica, avisaron a un guardia y alguien se llevó al muerto.

La mujer guardó silencio. Estaba sentada muy quieta, con las manos juntas y la cabeza gacha. El fuego susurraba. El niño seguía durmiendo; se movió una sola vez pero no se despertó.

—¿Y qué pasó entonces?

Se bajaron del tren en Calais y los dejaron entrar en Inglaterra porque tenían los papeles y en Hampstead vivía un primo de Edvard que Franz dijo que los iba a ayudar, y Franz hablaba inglés tan bien que se lo creyeron cuando él les contó que le habían quitado la carta de su primo ofreciéndoles ayuda. Había estudiado inglés durante muchos años, desde que era pequeño. Había ido un año a la *Universität*, y por supuesto era *Musiker*...

Joan siguió escuchando hasta que Rosza pareció quedarse sin nada más que decir y se echó a llorar, aunque no por su marido, le dijo, sino por sus joyas, que le había dado a su madre la madre de *su* madre, y ahora ella lo había perdido todo.

Si hubieran pasado ustedes sobre las diez de la mañana de un frío día de primavera por aquel callejón sin salida de Pimlico —cerca del Builders Arms y de la placita con la sinagoga pintarrajeada y la casa en ruinas donde al parecer rondaba el fantasma de un alemán—, quizá habrían visto salir a dos personas de la última casa de la izquierda. Él con abrigo de pelo de camello, cruzado, con pañuelo de seda y boina negra. Ella con abrigo de tela oscura, de hombros anchos, ajustado en el pecho y la cintura, medias tupidas de lana gris y zapatos de paseo de hombre. En la cabeza, pícaramente ladeado, un sombrero de fieltro de ala inclinada con una pluma desenfadada y sujeto con un alfiler de sombrero de plata con una gema pequeña incrustada en el cabezal. Del cuello le colgaba una estola de piel de zorro rojo. Ella llevaba un bolso voluminoso y él un paraguas plegado. Tuvieron una breve conversación, en tono irritado por ambas partes, acerca de si ella había cerrado o no con llave la puerta de la casa al salir. Luego se alejaron por la acera cogidos del brazo y doblaron calle arriba hacia la parada del autobús. Algo en ellos sugería que no eran marido y mujer, y si lo eran hacían muy mala pareja. Hubo parones, cambios de postura y molestias. Daba la impresión de que caminar de aquella manera les resultaba irritante a ambos.

—Julius, no vayas tan deprisa.

—Por favor, Gustl, no arrastres los pies. Es como caminar con una niña distraída. Tenemos que ser convincentes en todo momento. No debe haber sospechas.

—Sí, sí. *Sag mir nochmals ihren Namen.*

—Hilda Bacon.

—Dios mío. *Frau Speck. Gib mir eine Zigarette.*

Y siguieron dando tumbos, expulsando el humo al aire frío de la mañana, hasta unirse a la cola de un autobús situada junto al cráter de una bomba cerca de Saint George's. Había tres amas de casa con rulos debajo de redecillas para el pelo cubiertas con pañuelos atados por detrás y llevaban bolsas de la compra vacías. Había un señor con bombín, maletín y una cara que parecía un pastel desmoronado. Y dos jóvenes dando pisotones al suelo para combatir el frío. Por fin llegó un autobús. La pareja descoordinada se sentó al frente en el piso de arriba, con destino a una callecita que salía de Fulham Road.

A continuación los vemos en la puerta de entrada de un edificio blanco adosado de tres plantas que tiene una pequeña librería en la planta baja. En el escaparate hay expuestos varios volúmenes

académicos de historia moderna de Europa, la mayoría en alemán. A un lado hay una placa bruñida que identifica el local como sede del Club Brompton. Al cabo de un minuto les abre la puerta una mujer alta y corpulenta con el pelo rubio recogido sobre la coronilla en forma de trenzas enrolladas. Lleva un traje de tweed de color verde oscuro. Tiene unos ojos de párpados caídos. Cuando los ve se le ilumina la cara, porque conoce a Julius y también a Gustl. Son el dueño del teatro al que le cayó una bomba y su hermana, la excéntrica alemana.

—Pasen, por favor —dice, y echa un vistazo a un lado y otro de la calle mientras entran.

Los lleva hasta el piso de arriba y a una sala de estar grande y pintada de color claro con vistas agradables a un jardín cercado. Sobre la repisa de la chimenea cuelga la fotografía enmarcada de un hombre de cara flaca y uniforme negro. Tiene un ojo mal alineado.

Hilda Bacon no necesita decirles, cuando las miradas de ambos invitados se posan en el retrato, que se trata del Líder. Mosley. Parlamentario de alta cuna que lo tiró todo por la borda para fundar la Unión de Fascistas Británicos. Se había pasado la mayor parte de la guerra en la prisión de Holloway. Lo habían soltado en 1943 por razones humanitarias. Flebitis.

Se sientan en sillones bajos frente a la chimenea. Sobre una mesilla hay fotografías en tonos sepia enmarcadas de un hombre con ropa árabe holgada y varios camellos. Hilda Bacon les explica que su marido va con retraso. Julius se reclina en el sillón, mirando a Hilda y fumando un cigarrillo. Hilda Bacon está sentada con placidez majestuosa y solo un momento da señas de intranquilidad al quitarse una pelusa de la falda.

En la mesa de al lado de Gustl hay varios periódicos grapados; el de encima de la pila tiene la cabecera IMPERIAL BRITISH PATRIOT escrita en letras góticas y las iniciales IBP por el resto de la página. El subtítulo es WIR KOMMEN WIEDER. Gustl echa un vistazo a Julius. Volveremos.

Diez incómodos minutos más tarde oyen voces en las escaleras y entran en la habitación cinco hombres hablando ruidosamente, entre ellos el marido de Hilda, Frederic Bacon. Es un hombre ceñudo y medio calvo de cincuenta años con bigotito recortado, traje negro de tres piezas y corbata azul marino sobre camisa gris con un alfiler de corbata de plata en forma de flecha. Cuando al extender los brazos le asoman los puños de la camisa, se deja entrever que lleva gemelos en forma de esvástica. Julius sabe algo de él. Por lo visto, es uno de los oficiales de confianza de Mosley. Sirvió con T. E. Lawrence en Oriente Medio, donde se hizo experto en las enfermedades del camello. Es católico devoto, tiene una concepción religiosa del estado y sus subordinados lo conocen como un rigorista inflexible. Sus cuatro compañeros son hombres de veintimuchos años con impermeables y trencas, todos excamisas negras.

Hilda le coge el abrigo a su marido, que se acerca al fuego frotándose las manos. Hay un intercambio de saludos con la cabeza, porque estos hombres conocen a Julius y a Gustl. Se oye el entrecocar de los tacones y varios *heil* en voz baja. Varios de estos hombres se pasaron la guerra

en la cárcel. Se consideran a sí mismos idealistas irredentos luchando por una causa perdida que quizá todavía llegue a buen puerto. Tienen una intensa fe en sus líderes. Todos son virulentamente antisemitas. Gustl se muestra impávida como el mármol y Julius está impresionado, como siempre, por su serenidad. Frederic Bacon se planta de espaldas al fuego y da una palmada.

—Manos a la obra —ladra—. Hay un problema, caballeros. Tenemos un problema.

Todos saben a qué se refiere. Tiene que ver con la seguridad. Gustl contempla a los hombres dispersos por la sala. Le dan mucho miedo. La aterran. Julius ha juntado las puntas de los dedos por debajo de la barbilla y está mirando al techo. Cambia de postura en su sillón y niega con la cabeza. Se oyen murmullos procedentes del fondo de la sala pero Frederic los silencia.

—¿Qué tienes que decir, Edgar?

Hay un joven con una mata de pelo negro inclinado hacia delante en su asiento con los codos sobre las rodillas. De repente se endereza. Parece furioso.

—No es que hayamos hablado de más en el pub —dice—. Es algo peor.

—¿Qué quieres decir, Edgar?

—Lo saben todo. Incluso llegan a los sitios antes que nosotros. Saben cuántos somos, saben quiénes son los putos oradores...

Gustl echa un vistazo a Hilda con las cejas enarcadas y un mohín en los labios, como diciendo vaya lenguaje para una sala de estar.

—Cállate, Edgar —dice Hilda Bacon—, ahora no estás en la taberna.

Edgar aparta la cabeza. La reprimenda lo hace ruborizarse.

—Aun así, tiene razón —dice Frederic Bacon.

—¿Tiene razón en qué? —dice Julius.

A Gustl la maravilla que Julius agarre el toro por los cuernos con tanta osadía. Alguien está revelando sus planes al enemigo y desbaratando sus actividades. Hay cancelaciones porque alguien avisa a los caseros y a los ayuntamientos de quién está alquilando sus locales y de que habrá jaleo. En las reuniones al aire libre, cuando los hombres de Bacon llegan para montar la tarima, se encuentran con que el enemigo ya se ha adueñado del emplazamiento, de la esquina del East End o del solar vacío o el cráter de bomba que hayan elegido. ¿Quién es el enemigo? Un grupo de exsoldados judíos que al regresar de la guerra se han encontrado con que está floreciendo ahora en sus vecindarios aquello mismo contra lo que estaban combatiendo. Está claro que se han infiltrado en el renaciente movimiento fascista. Se menciona el nombre de Peter Ryder.

—¿En qué tiene razón? —exclama Frederic Bacon—. Pues tiene razón, querido Julius, en señalar la calidad de su información. Edgar tiene razón. No procede solo de las tropas. Y Peter Ryder no es el único.

El personaje que Julius adopta para esta reunión, y que ha mantenido desde que lo presentaron a Frederic Bacon y lo introdujeron en el IBP, se caracteriza por el letargo indolente interrumpido

ocasionalmente por sartas brutales de insultos xenofóbicos, casi siempre relacionados con el padecimiento de los hombres de negocios honrados como él en este país infestado de judíos. En calidad de inglés rubio de apellido germánico y casado con una actriz rutilante, nadie cuestiona sus credenciales. Gustl, su hermana, es una especie menos clara de antisemita. Nadie la escucha, pero a todos les gustan las mujeres corpulentas con estolas de piel que creen en el destino de una Alemania grande.

—¿De dónde viene exactamente, pues? —dice Julius—. ¿De uno de vosotros?

Se sienta con la espalda recta y las manos plantadas en los brazos del sillón, con los codos hacia fuera, y escruta la sala de estar. Somete a su escrutinio incluso a Hilda Bacon.

—Julius, por favor —dice Frederic Bacon.

—¿En esta sala? —dice Gustl—. *Mein Gott!*

Hay animosidad y soplidos de burla. El joven de la esquina, Edgar Cartridge, enfurruñado y resentido, se apoya en una mesa y los mira con los párpados caídos.

—Basta —dice Frederic Bacon—. Me ocuparé de Peter Ryder cuando llegue el momento.

La reunión sigue a la deriva. Se discute acerca de una remesa de literatura fascista que debe trasladarse desde una imprenta de Hammersmith hasta la librería de la planta baja de este edificio. Surgen otros asuntos. Por fin Julius se pone de pie. Su expresión sugiere aburrimiento.

—¿No se quiere quedar a tomar un jerez, señor Glass? —dice Hilda Bacon.

—Me temo que no, querida. Mi hermana y yo tenemos una cita para almorzar en la ciudad.

—¡Esperad! —dice Frederic Bacon, inclinándose para aplastar su cigarrillo en un cenicero. Julius y Gustl se quedan unos segundos sobresaltados.

—¿Qué sabemos de la mujer de Grice?

—Está con nosotros. Quiere ayudar.

Frederic Bacon mira atentamente a los demás.

—La viuda de Charlie Grice está con nosotros. ¿Qué les parece, caballeros?

Hay murmullos de satisfacción. Gricey nunca les contó a ninguno de ellos con qué clase de mujer estaba casado. ¡Oh, no habría sido tan popular si se hubiera sabido! No, lo habrían echado, y con viento fresco. Claro que no había dicho nada de Joan.

—¿Podemos esperarla el día 5, entonces?

—Sí —dice Julius—. La traeremos. Tiene muchas ganas de conocerlo a usted. Pero ahora me temo que...

Mira su reloj.

—Los acompaño a la salida —dice Hilda.

Cuando la puerta se cierra detrás de ellos, Edgar Cartridge mira a Frederic Bacon, que se encoge de hombros.

Julius y Gustl están sentados en el piso de arriba de un autobús de dos pisos en dirección a Pimlico.

—Has estado brillante, *Liebster* —dice Gustl.

—Vaya cabrón mentiroso está hecho. Los folletos no están en Hammersmith. Cuando se pierdan, nos señalarán a nosotros.

Se quedan mirando al frente en sus asientos mientras el autobús enfila Ebury Street entre resuellos. Son conscientes del peligro que están corriendo. Pero esta mañana la cosa ha ido bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Sospechan de nosotros, claro.

—Pero les gusta Joan.

—Es Gricey quien les gusta. Pero si viene Joan tendremos más tiempo. Es nuestra arma secreta. Gustl se ríe por lo bajo, y por debajo de la estola de piel roja sus hombros dan una sacudida.

Llevaban una semana de ensayos y no estaba yendo demasiado bien. Vera tenía dificultades con sus diálogos. La poesía oscura de Webster no resultaba fácil. Cuando no estaba en el local de ensayo se dedicaba a pasearse por el desván de la casa de Pimlico. Estaba decidida a empezar a ensayar sin el texto a finales de la semana siguiente. Julius y Gustl la oían ir de un lado para otro allí arriba, pisando fuerte por los tablones desnudos del suelo, gritando sus diálogos y soltando violentas palabrotas si no se acordaba de inmediato de lo que tenía que decir o si se equivocaba. Se sentaban para intentar leer o, en el caso de Gustl, pintar, pero sus miradas no paraban de ir nerviosamente al techo.

Por fin un día Vera bajó las escaleras con estrépito y se sentó a la mesa alargada de la cocina, soltando bufidos y pasándose las manos por el pelo. Gustl entró en la cocina con la bata de pintar salpicada de pintura y con turbante.

—¿No va bien, querida?

—Es una puta pesadilla.

—Te sale, lo oigo. ¿Un té?

—¿Tú crees?

—Lo creo. Aquí está Julius.

Julius había dejado su trabajo en el pequeño despacho de la parte de atrás para ver qué pasaba.

—¿No va bien, cielo?

—Va saliendo pero muy *despacio*, joder. Nunca estaré lista.

—Oh, lo estarás. ¿Verdad que sí? Dile que estará lista.

—Lo estará, *nicht wahr*. Aquí tienes el té, querida.

Y así iba la cosa en casa. Y en el local de ensayo, aquel gélido centro parroquial de Waterloo, algunos nudos se deshacían y otros simplemente eran empujados hacia delante por la cuerda para desatarlos más adelante. ¿Progresaban? Esa no era la cuestión. La cuestión era: ¿había tiempo?

—Estaría bien en Brighton —dijo Edmund Colefax mientras Vera y él y el actor que interpretaba a Bosola, Freddie Campion, fumaban sentados en cajones de madera durante el descanso.

Le habría gustado hacer el estreno fuera de la ciudad.

—Solo para romper el hielo.

—Odio Brighton —dijo Freddie Campion.

—Yo nací en Brighton —dijo Vera—. Mi padre estaba actuando en el Royal.

—Te traería recuerdos, pues.

Mientras disfrutaban de aquel momento de ocurrencias, Frank Stone pasó por allí pero no lo invitaron a unirse a ellos. Interpretaba al Primer Loco del acto IV. También se había aprendido el papel de Antonio. Luego vino el día en que Harry Catermole libraba para cumplir con sus obligaciones contractuales con la BBC. Vera estaba pidiendo que volvieran a repasar el final del primer acto. Era la escena del cortejo, en la que ella asaltaba románticamente a Antonio.

—Sí, maldita sea, vamos a tener que usar al Primer Loco. ¿Se lo sabe?

Sidney Temple supervisó los papeles secundarios.

—Se lo sabe.

—Vamos a ello, pues.

Por supuesto, Frank era consciente de que Harry no estaría presente y de que aquellas páginas estaban en el programa porque Vera lo quería. También del hecho de que Vera estaba descontenta con cómo habían salido en el primer ensayo. De forma que tenía bastantes papeletas para trabajar con la duquesa, y estaba listo, oh, sí. Solo hacía un centenar de líneas que el duque Fernando le había dicho a Bosola: «Es viuda joven, no quiero que vuelva a desposar». Y un poco más tarde se lo deja claro a la duquesa en persona: «Cásate y morirás».

Pero ella lo desafiaba. Y era en aquella escena donde lo hacía. Se revelaban muchas cosas de la duquesa. Que era valiente. Que sabía lo que quería su corazón, que era una mujer apasionada y que había elegido bien. Y por encima de todo, era decidida. Se hacía con el timón de la situación y Antonio estaba contento de dejarse llevar. Ella le dice que quiere hacer testamento. Él le sugiere que primero encuentre a un marido para que sea el beneficiario. «Ve a jactarte, ve» —le dice—. «Me has dejado sin corazón, lo tienes en tu seno.» Y más adelante ella le ordena: «Arrodíllate». Y con su sirvienta Cariola —es decir, Mabel Hatch, que sale de detrás de un tapiz de Arras— haciendo de testigo, se declaran a sí mismos marido y mujer. En aquella época no hacía falta más. Luego los recién casados se marchan y Cariola dice: «No sé si reina más en ella espíritu de grandeza o de mujer, pero ese espíritu muestra una locura temible. Mucha lástima le debo».

Palabras ominosas. Fin del acto I.

Frank Stone estuvo bien. Nos quedamos todas impresionadas. Elizabeth Morton-Stanley solo lo interrumpió dos veces. La primera para pedirle una reacción más fuerte cuando la duquesa le cerraba los labios con un beso. De forma que volvieron a hacerlo y esta vez ella le rodeó el cuello con el brazo y le metió la otra mano en el bolsillo de la chaqueta. Cuando él oyó un ruido detrás del tapiz y la apartó bruscamente, lo hizo con una urgencia tan apasionada que se le desgarró la costura del bolsillo y le quedó colgando. La segunda vez fue cuando la duquesa le mandó que se

arrodillara y en el mismo momento Cariola salió de detrás del tapiz. La línea de diálogo de Antonio era: «¿Ja?». La directora también quería aquello con más fuerza. Pero eso fue todo.

Cuando terminaron, Vera le puso un momento la mano en el brazo distraídamente a Frank y luego se fue a hablar con la directora. Frank se alejó. Estaba eufórico. Tenía claro que podía interpretar la escena mucho mejor que Harry Catermole. Y todavía notaba el sabor del beso de Vera. Resultó un poco incómodo, más tarde, contarle a Joan lo bien que había ido. Ella lo escuchó mientras hacía la cena. Repollo rallado y picadillo de carne, con sémola fría como postre especial. Frank solo mencionó que la directora había tenido muy poco que decirle.

—¿Qué te ha dicho?

Joan sabía lo cruel que podía ser Elizabeth Morton-Stanley con los actores.

—Oh, en un momento dado, que hiciera más.

—¿En qué momento, cielo?

Joan no estaba prestando mucha atención. Hacía dos días de su conversación con la madre de Frank. Había decidido no decirle nada al respecto todavía, y al parecer Rosza también.

—Cuando la tengo que besar.

—¿A la duquesa?

—Sí.

—¿A Vera?

—Sí.

Joan dejó su vaso en la mesa y aplastó su cigarrillo en el cenicero. Se lo quedó mirando con solemnidad afligida. Frank entendía su preocupación, o creía entenderla.

—¿No debería haberlo dicho?

—No, sí debías decirlo. Estoy muy cansada, cielo. Creo que me tengo que acostar. Y no me gusta que dejes sola a tu madre.

—Estás disgustada conmigo.

La aflicción de Frank fue palpable durante unos segundos y luego se convirtió en resignación. Pero Joan estaba dolida, no podía fingir lo contrario. Estiró el brazo por encima de la mesa y le puso la palma de la mano en la mejilla. Estaba blanco como la cera y tenía los ojos inflamados de ansiedad. Sí, y de culpa, ella se dio cuenta, lo pudo ver ahora. Puede que fuera buen actor pero era un pésimo mentiroso. ¿Cómo era posible?

—No, cariño, no estoy disgustada. Solo estoy cansada.

Tuvo que tranquilizarlo primero y luego mandarlo a su casa. Lloró un poco en la cama. Se pasó despierta una hora y luego se quedó dormida. Casi nunca tenía problemas para conciliar el sueño. Por la mañana estaba triste cuando se sentó frente al espejo. La histeria de Vera no era de tipo temerario. Y en cualquier caso siempre estaba mucho más obsesionada con su trabajo que con el sexo, o eso se dijo Joan a sí misma: aquello no llevaría a nada. Se puso el abrigo, cerró la puerta

con llave, bajó las escaleras y salió al frío de la calle. Luego se montó en la bicicleta y pasó a la carrera por entre los edificios bombardeados de las inmediaciones de los muelles, con sus ventanas altas y vacías y su aire de desolación inefable. Ya habían pasado los días en que todavía humeaban y apestaban, pero aun así dejaron a Joan abrumada de tristeza. Dondequiera que posaba su mirada solo veía ruina y devastación.

Más tarde, en casa de Julius, sentada en la silla de respaldo alto con la pared de yeso blanquecina y descascarillada de fondo y el jarrón detrás, cuya rosa ahora estaba muerta y todos sus pétalos muertos desparramados sobre la mesa, Joan le comunicó a Gustl su decisión.

—Iré con vosotros.

Gustl estaba detrás del caballete, limpiando un pincel con un trapo.

—*Gott sei Dank* —susurró—. Se lo diré a Julius.

No podía contarle nada de aquello a Frank Stone. Él vino a cenar el jueves, una noche fría y lluviosa. Fue una suerte que hubiera surgido la cuestión del bolsillo de su chaqueta, porque les permitió evitar las cuestiones que por primera vez les impedían hablar. En cuanto Frank se quitó el abrigo, Joan vio que lo tenía todo roto y colgando torcido y le dijo que se quitara la chaqueta para poder inspeccionar los daños.

—¿Qué ha pasado, cielo?

—Que tenía un libro en el bolsillo y traté de embutir el guion también. Lo hice sin pensar.

No, pensó Joan. Estabas pensando en mi Vera. Frank se sentó frente a la estufa en mangas de camisa y Joan se puso las gafas.

—Ven al cuarto de coser —le dijo—. Y ponte el abrigo otra vez, cielo, que hace frío.

Joan se llevó la chaqueta rota y Frank la siguió. La había visto trabajar en otras ocasiones con su máquina de coser. Le provocaba un placer curioso. La chaqueta que había roto era una de las de Gricey, claro. Joan la dejó sobre la silla y alcanzó una caja de carretes de hilo del estante. Eligió el que quería y lo hizo llegar a la bobina. Qué rápidos eran sus dedos, pensó él, mirando cómo ella fruncía el ceño por encima de las gafas, elegía una aguja y... ¿qué estaba haciendo ahora? Estaba tarareando mientras pasaba el hilo por la máquina y después por el ojo de la aguja y con un giro de la rueda la dejó preparada para pasar la tela por la placa. Pisó el pedal y empezó a coser. Runrún, pausa. Runrún, pausa.

Terminó enseguida. Cuando la tela empezó a levantarse con la aguja hizo una pausa para aligerar la presión sobre la palanca del tirahilo, y lo hizo murmurando por lo bajo, porque se había olvidado de lo mucho que pesaba; Frank, viéndola, se mostró de acuerdo.

—Sí que pesa —dijo.

Joan hizo otra pausa y se giró para verlo plantado detrás de ella.

—Sí, cielo —dijo—. Pesa, ¿verdad?

Aquello le hizo gracia y se puso a tararear otra vez.

—Estoy usando puntadas cortas en caso de que te quieras meter más libros en el bolsillo.

—Oh, creo que no lo voy a intentar más —dijo Frank Stone.

—Oh, nunca se sabe. La pasión del momento.

Levantó la vista para echarle un vistazo. Las gafas le daban pinta de maestra de escuela. Él no dijo nada. Le puso la mano en el hombro y apartó la cara.

—¡Ya está!

Joan levantó el pie del pedal, retiró la prenda, la levantó y cortó el hilo sobrante con los dientes. Examinó el bolsillo remendado, luego se volvió hacia Frank y le dijo que se pusiera la chaqueta.

—Mete la mano en el bolsillo.

Él obedeció con cuidado.

—Cierra el puño. Muévelo de un lado a otro.

—No quiero volver a romperlo.

—No lo romperás.

Él notó la fuerza de las puntadas.

—Bien —dijo—. Vamos a cenar.

Regresaron a la cocina y al calor, y la incomodidad de antes, cuando sus secretos habían flotado en el aire, se había disipado. Joan fue capaz incluso de preguntarle cómo le había ido el día, y el pobre Frank Stone no tuvo la astucia de ocultar su satisfacción por haber vuelto a interpretar a Antonio en su escena con la duquesa. Hasta fue lo bastante insensato como para sugerir que si Harry no volvía nunca y él, Frank, se quedaba con el papel...

Se detuvo, horrorizado. Daba la impresión de que quería a Harry muerto, tal como quizá hubiera querido a Gricey muerto en el pasado; y aunque no hubiera sido el caso, ahora Joan podía pensar que sí...

Joan vio que todo esto le pasaba por la cabeza y le dijo que todos los actores tenían aquellos pensamientos. Que era natural. Y humano.

—Es humano —dijo Frank, con voz débil.

La reunión fue en domingo. Julius tenía que llevarlas con el coche al East End y una vez allí dejar el coche en una calle secundaria cerca del evento. Era un día nublado. Todo parecía haberse convertido en metal, todo era de color de plomo, de hierro o de acero. Las fuertes ráfagas de

viento levantaban hojas de periódicos de la acera y mandaban latas y botellas repiqueteando por las alcantarillas. Había hombres con abrigos y boinas en grupos de dos y de tres avanzando con dificultad contra el viento; también mujeres y niños. La reunión era a mediodía y tenía que hablar Frederic Bacon. Joan caminaba entre Julius y Gustl, los tres cogidos de los brazos. Su cara parecía de piedra. Estaba ansiosa. Tenía miedo de decepcionar a sus compañeros con algún despliegue de debilidad. Pero se había comprometido a hacer aquello.

Vieron a unas sesenta personas congregadas en un solar donde se había desplomado una casa y solo se había limpiado una parte de los escombros. En las inmediaciones había más edificios con las ventanas vacías y sin tejado. Costaba caminar por aquel terreno y todavía quedaban montones de detritos; el cielo estaba gris y tempestuoso, encapotado de nubes bajas. Había una docena de policías. El estrado era una tarima tosca de madera de un metro de alto, fabricada de cualquier modo con tablones viejos y una pata corta en cada esquina. Sobre ella había cuatro hombres con gabardinas y sombreros. Estaban hablando en voz baja entre ellos y echando vistazos al público.

Frederic Bacon llevaba un abrigo de lana de oveja joven de color claro y un bastón negro y bruñido. Le hizo una breve reverencia a Joan, a quien todavía no había conocido en persona. Luego bajó de la tarima, ayudado por un joven con gabardina de cinturón que se dedicaba a inspeccionar al público desde un lado de la tarima. Julius lo reconoció: era Edgar Cartridge. Más tarde se lo señaló a las dos mujeres, diciéndoles por lo bajo que era un espécimen particularmente maligno. Había unos cuantos hombres más congregados en torno a la tarima, pero el público seguía siendo escaso.

Frederic Bacon se detuvo frente a Joan. Ella le oyó entrechocar los tacones. Esta vez le hizo una profunda reverencia doblando la cintura y después extendió la mano. Joan le dio la suya. Él se inclinó mucho sobre la mano de Joan y le aplicó los labios; por suerte ella llevaba guantes. Se oyeron unos cánticos abigarrados en el público y apareció una furgoneta negra, con el tubo de escape escopeteando, procedente de Ridley Road. Se subió a la acera y se metió traqueteando y dando tumbos por el solar en ruinas hasta detenerse junto al estrado. Salieron dos hombres y bajaron una mesa de la parte de atrás de la furgoneta. Cargaron con ella hasta la tarima.

—Aquí viene la bandera —dijo Julius—. Levantad la voz.

Joan tenía frío. Odiaba aquello. Ahora se arrepentía amargamente de haberse involucrado con aquella gente. Vio cómo echaban una bandera negra con una esvástica sobre la mesa. Cuando una ráfaga de viento la levantó de la mesa, la bandera ondeó aparatosamente, y si los hombres no la hubieran sujetado, se habría alejado revoloteando por el solar, oh, perseguida por una banda de fascistas y pateada hasta la muerte por insubordinación. A continuación pareció que se tomaba la decisión de empezar. Se habían llevado unas sillas a la tarima. Los hombres se sentaron mientras Frederic Bacon daba un paso adelante con un megáfono.

Hubo gritos, un altercado, alguna clase de rencilla entre el público, pero Joan no pudo ver con

claridad qué estaba pasando. Notó que estaba a punto de estallar algo violento y su único deseo fue marcharse. Gustl la volvió a coger del brazo y le murmuró que no se preocupara porque no le iba a pasar nada.

—No estoy tan segura —dijo Joan—. Míralos.

Había un hombre cojo con abrigo largo de la RAF moviéndose por entre el público. Estaba repartiendo panfletos y recaudando monedas en una caja. Era Peter Ryder.

—Conoces a Joan Grice, ¿verdad, Peter? —dijo Julius.

—La conozco —dijo, y se levantó la gorra.

Joan cogió el panfleto que él le ofrecía. En la parte superior había impresa la frase GRAN BRETAÑA PARA LOS BRITÁNICOS. Julius metió unas cuantas monedas en la caja. Peter Ryder se alejó, pero no sin antes intercambiar unas palabras en voz baja con Julius.

—Viene Karsh —les murmuró después Julius a Gustl y a Joan.

—¿Me oís? —gritó Frederic Bacon.

No le funcionaba el megáfono.

Se oyeron gritos del público, muchos de ellos hostiles.

—¡Gran Bretaña nunca ha hecho frente a una crisis como la que afrontamos hoy!

—¡Culpa tuya, joder!

Hubo risas. Los jóvenes que rodeaban la tarima se movieron hacia el responsable de las burlas. Bacon estaba pidiendo orden.

—¡Dejadme hablar! —exclamó—. ¡Escuchadme!

Hubo alguna clase de tumulto pero cesó de golpe cuando empezó a acercarse la policía. El viento trajo las primeras gotas de lluvia.

—¡Inglaterra no se puede permitir ningún despiste! ¡Estamos bajo amenaza como no lo hemos estado nunca! ¡Pero esta vez no procede del cielo, no, sino de dentro! ¡De dentro! *¡Tenemos que deshacernos del parásito extranjero! ¡El poder judío debe ser detenido!*

Y más consignas por el estilo.

—¡Así se habla! —gritó Julius, y Gustl lo imitó. Sus voces atrajeron miradas cortantes de la gente que los rodeaba. Hubo murmullos.

—Grita, querida —le dijo entre dientes a Joan—. Hazles saber en qué bando estás.

¿Era aquello lo que hacía Gricey? ¿Aquella hermosa voz de barítono con la que llenaba teatros, con la que declamaba los mejores versos de la lengua inglesa, había estado al servicio de aquellas chorradas repugnantes? Frederic Bacon estaba gritando hasta perder la voz. Agitaba los brazos como si estuviera dirigiendo el tráfico, aunque estaba claro que era un tráfico de muy baja intensidad. ¡Basura extranjera!, gritaba. ¡Escoria inhumana! ¡Bacterias! ¡Si os cruzáis con ellos por la calle, empujadlos a la cloaca! ¡Si los veis en el autobús, tiradlos del autobús!

Hubo gritos y burlas dispersos. Joan se dio cuenta de que todo aquello era puro teatro y su asco se intensificó. Aquellos tipos eran patéticos, despreciables. ¿Cómo podía Julius considerarlos tan peligrosos? De pronto fue consciente de un movimiento, de que pasaba algo, y al girarse vio a Karsh corriendo por entre el público como si fuera un toro en miniatura, acercándose deprisa, una bomba humana con el abrigo ondeando tras de sí, y a más hombres corriendo con él en dirección a la tarima, un grupo de tres o cuatro... no, dos grupos, porque venía otro corriendo desde el otro lado, y ahora los fascistas salieron corriendo hacia aquellos hombres que se acercaban a la carrera gritando de rabia, y el público se apartó y echó a correr también para salir del medio mientras los dos grupos chocaban y empezaban de inmediato a atizarse puñetazos y patadas...

Luego Karsh y otro hombre agarraron el borde de la tarima y desde el sitio donde estaba plantado precariamente Frederic Bacon intentó golpearlos con su bastón, pero empezó a perder el equilibrio, el bastón salió por los aires y él cayó de espaldas. La tarima se elevó más todavía, inclinada de forma abrupta, y la mesa, las sillas y los demás hombres que había en ella se fueron todos hacia atrás, mientras Frederic Bacon gritaba ¡La bandera! ¡Coged la puñetera bandera!, y los fascistas que estaban abajo se veían asaltados por más y más hombres que emergían del fondo del público, y todo eran gritos y chillidos mientras la gente, presa de un pánico genuino, intentaba alejarse de allí, y luego entró la policía dando porrazos a diestro y siniestro hasta que de golpe, con un estruendo enorme, la tarima entera fue volcada, cayó hacia atrás y hubo más vítores...

Luego la lluvia arreció considerablemente.

Ahora todo el mundo estaba dispersándose rápidamente, como obedeciendo a una señal acordada de antemano. Julius sacó de allí apresuradamente a Joan y a Gustl y los tres cruzaron la calle mezclados con la muchedumbre; se metieron otra vez en el coche y se alejaron por las calles ahora ajetreadas, dedicando bocinazos a la gente que se metía en la calzada, avanzando lentamente, recibiendo burlas; Joan iba sentada en el asiento de atrás, con la espalda recta y temblando, porque la violencia la había aterrado. Julius no tardó en sacarlos de la aglomeración.

—Lo siento, querida —dijo—. A Karsh le ha parecido que era un buen día para armar bronca.

Más tarde estaban los tres sentados en el calor de un pub.

—¿Por qué os los tomáis en serio? —dijo Joan.

—Todo eso no muere por sí solo —respondió Julius.

Pero Joan estaba pensando en Gricey. ¿De dónde había salido todo aquel odio? Ella todavía no se había librado de él, pensó, y mientras lo pensaba oyó a Gustl decir que no podían permitir que volviera a suceder, nunca más, y a sí misma decir en voz baja que sí, que podía volver a pasar, *está* pasando. *Está* pasando otra vez, Gricey todavía está ahí fuera, ella lo había oído.

Frank interpretaba al Primer Loco, que aparece en el acto IV y dice la inmortal frase: «¿Todavía no ha llegado el Juicio Final?». A Vera le había gustado su Antonio, lo poco que había visto de él en los dos días de ensayo de los que Harry Catermole había estado ausente. Había algo en el Antonio de Frank que ella echaba de menos en el de Harry, y entre quienes los habían visto muchos percibían en Frank un elemento de afecto y de ternura y también de urgencia —de pasión contenida— que Harry no le había ofrecido nunca a la Duquesa. La directora estaba preocupada por esto.

—Es lo que falta cuando ella actúa con Harry, ¿te das cuenta, Sidney? Cuando está con el otro...

Sidney lo veía claramente.

—Mierda. Mierda.

Elizabeth Morton-Staley odiaba ese tipo de situaciones. Siempre estaba creando complicaciones, pero las odiaba. A media mañana hicieron un breve descanso y Vera fue a buscar a Frank. Lo encontró en el fondo de la sala, sentado en un cajón.

—Hola —le dijo ella.

—¡Oh, hola!

Él no la había visto venir. Se puso en pie de golpe.

—Siéntese —dijo—. Hágame sitio. ¿Qué está leyendo?

—El acto IV.

—Ah, el acto IV. Tomemos una copa después, ¿quiere?

Vera nunca se iba de copas después de los ensayos. Y Frank Stone tenía planeado ir a Archibald Street, donde Joan le iba a dar de cenar. Pero dijo que sí sin dudarlo.

Cuando aquella noche llegó a casa de Joan, mucho más tarde de lo normal, se la encontró angustiada. Ella le había hecho la cena, pero ya estaba echada a perder en el horno. Seguía atormentada por lo que había oído el domingo en el mitin. Se sentía confusa y afligida y necesitaba a Frank, pero Frank no había venido.

No había sido capaz de decirles a Julius y a Gustl que había oído la voz de Gricey. Pero ¿quién conocía aquella voz mejor que ella? Había resonado con volumen y claridad entre la tosca

batahola de las demás voces, Joan todavía la podía oír. Y ahora además se había convencido a sí misma de que *también lo había visto*.

Varias veces durante aquella noche, al oír pasos en la acera, había entrado en la habitación de Gricey y se había asomado a la calle. Luego había abierto la cerradura del ropero y, oh, qué quietud tan alarmante había allí dentro, entre la ropa que quedaba colgada. Había manoseado brevemente el forro de seda de color claro de un abrigo de lana de calidad y luego había oído un silbido en la calle. Desde la ventana divisó a Frank en la acera, mirando hacia arriba.

Bajó volando las escaleras sin molestarse en cerrar el ropero y abrió de par en par la puerta de la calle. Le dio un fuerte abrazo, susurrando: oh, gracias a Dios, gracias a Dios. Frank tenía una explicación preparada pero ella no se la pidió; le bastaba con que hubiera venido. Subieron juntos las escaleras, entraron en el piso y fueron al calor de la cocina. Por primera vez él la vio llorar. Joan apoyó los codos en la mesa, se cubrió la cara con las manos y Frank se quedó sentado impotente ante las sacudidas de sus hombros y sus sollozos contenidos hasta que, con una mano todavía en la cara, Joan estiró los dedos en busca de la mano de él.

¿Cómo podía Frank contarle lo que le había pasado?

Aquella noche se quedó en el piso porque ella no le dejó marcharse. Joan ya no pensaba en su madre. Nunca se había aferrado a él como se aferró aquella noche, y también fue la primera vez que Frank sintió ambivalencia hacia ella. Quería irse del piso, y no para volverse a casa, no, sino para estar solo. ¿Qué estaba haciendo, interpretando al amante de Vera y después yéndose a la cama de su madre? Ya no tenía ninguna gracia. ¿Se había vuelto loco? ¡Bueno, nosotras nos preguntábamos lo mismo! Solo cuando se hizo visible la primera luz gris del alba por entre el resquicio de las cortinas Frank se escabulló en silencio de la cama, recogió su ropa y se alejó por el pasillo que llevaba a la cocina. Joan no se despertó. Frank se vistió a toda prisa y salió de la casa, pasando frente al cementerio para llegar a la parada de autobuses al amanecer.

Y bueno, Vera lo había besado, ¿y qué? Chico conoce a chica, ¿y qué? A ella le había gustado ensayar con él la escena del cortejo del primer acto. Le gustaba la delicadeza de los flirteos de su Antonio y su seriedad más adelante en la escena cuando le decía que iba a ser el «santuario constante» de su buen nombre. ¿Qué quería decir con aquello? Que prometía discreción. Y luego se habían precipitado de cabeza a formular sus votos matrimoniales, que los dos dijeron al galope, soltando las palabras en tromba ante Cariola y consumando la boda. Eran marido y mujer. Aquello la había excitado, la prisa y el calor de la escena, con su subtexto palpable de lujuria, de forma que lo sacó a tomar una copa y cuando salieron del pub lo llevó hasta un callejón, lo empujó contra la pared y le dio un beso enorme en la boca. Era una chica muy atrevida, Vera, muy lanzada cuando se lo proponía. Abrió la boca y le puso la lengua en los labios y en su lengua, moviéndola

y lamiendo. Aunque asombrado de entrada, Frank se excitó de inmediato y le devolvió el beso, y ella le concedió cierta libertad con las manos, allí en el frío cortante y con sus respiraciones jadeantes elevándose a oscuras en forma de vapor. Frank intentó meterle los dedos por debajo de la falda pero solo consiguió llegar a la parte superior de sus medias y tocar un poco de muslo femenino, nada más. ¿Y por qué no? Estaba sumido en una confusión violenta, en medio de aquella ráfaga de pasión...

Luego Vera se apartó de él.

—Recuerda —le dijo, jadeando un poco y llevando un dedo a los labios de él.

—¿El qué?

Él la miró con ojos frenéticos, duro como la piedra dentro de sus pantalones y desesperado por terminar.

—«Santuario constante.»

Frank asintió con la cabeza, respirando entrecortadamente. Oh, él no tenía deseo alguno de revelar su secreto, ¡y por el amor de Dios, Vera, levántate la falda, por favor, para que podamos tener un puñetero secreto!

—Anímate, cariño —le susurró ella, le volvió a poner los dedos brevemente sobre los labios y se marchó, arrebujaada en su abrigo y repicando con los tacones en los adoquines del callejón.

—Joder —dijo Frank.

Al despertarse Joan vio que ya no estaba en la cama, pero no era la primera vez. Seguía sintiendo que podía confiar en él, aunque nunca le contaría lo que estaba haciendo con Julius y Gustl, no. En cierta manera lo estaba haciendo por Frank, o quizá por su madre. O eso quería creer.

Entretanto los ensayos continuaron y Elizabeth Morton-Stanley le dejó claro a Harry que esperaba más de su Antonio, sobre todo en el primer acto, que es cuando se ponen los cimientos del horror que está por venir. Harry la escuchó sin decir nada y adivinó que Frank Stone debía de haber causado algún efecto que de momento él todavía no había conseguido. Y pensó: si lo que necesitan es pasión y ternura, entonces tendrán pasión y ternura. Frank Stone presenció cómo su rival se volvía más amoroso y táctil, sus miradas se volvieron más ardientes, sus palabras ahora eran suaves y estaban enronquecidas por la emoción. Cualquier actor puede interpretar escenas de amor, el amor es fácil, ya lo sabemos, ¿verdad, señoras? Lo sabemos. El amor sobre el escenario es como el odio, como la rabia, como cualquier cosa que tenga pasión; lo único que hay que hacer es producir esa pasión y si las palabras lo dicen entonces se leerá como amor. Seguramente Harry estaba un poco furioso. Y Frank, al observarlo, sintió un resentimiento instantáneo porque seguía pensando que él podía hacerlo mejor.

Por fin llegó el día en que el reparto abandonó el local de ensayo y entró en el teatro, en el New Apollo. Era un edificio grande, antiguo y cuadrado, mantenido demasiado tiempo a oscuras. Subieron al escenario y echaron su primer vistazo real al decorado, montado la noche antes. Se pasearon por allí con sus abrigos y bufandas, fumando y haciendo bromas y echando vistazos a los telares y al auditorio vacío. Para los actores nunca era un momento sencillo. Porque ahora encontraban paredes reales donde antes las habían atravesado como si fueran invisibles. Y también puertas de verdad, con lo cual nos referimos a endeble oberturas con goznes en paneles verticales, mientras que antes solo había habido marcas de tiza en el suelo. Había *mobiliario*.

—¿Esto va *aquí*? —exclamó el duque Fernando de Calabria, el gemelo de la duquesa de Amalfi, es decir, Ed Colefax, topándose con una mesa allí donde había tenido intención de hacer una vigorosa salida de escena.

Los tramoyistas observaron divertidos cómo se quedaba mirando la mesa, ponía cara de perplejidad y por fin escrutaba el auditorio con una mano en la frente, como si desde el fondo de las gradas alguna voz le fuera a explicar la peculiar presencia de una mesa. Habían visto todo aquello antes. Los actores siempre se quedaban asombrados de encontrar muebles de verdad sobre el escenario. Elizabeth Morton-Stanley dejó que el silencio se prolongara un momento más. Luego se encendió un cigarrillo y se reclinó hacia atrás, cerrando los ojos.

—Siempre ha estado dibujada en el suelo, Edmund.

Más tarde cada uno de los actores proyectó unas palabras hacia el auditorio vacío para oír cómo reverberaban. Luego se fueron a buscar sus camerinos y a averiguar cómo de lejos estaban del escenario.

Frank Stone compartía camerino con cuatro actores más, dos Locos, un Peregrino, todos Verdugos y algunos papeles pequeños más, como Oficiales, Sirvientes y Clérigos. Se encontraban en las entrañas del edificio y resultaba imposible llegar al escenario en menos de tres minutos. Los demás ya estaban allí, poniéndose el maquillaje y armándose con sus patas de conejo y demás, entre ellos un hombre llamado Willy Ogilvie. Frank tenía la silla más alejada de la puerta. La charla entre ellos era cordial; aquellos actores estaban aliviados de haber entrado por fin en el teatro.

En fin, todos conocemos la sensación. Muy cansado de la vida tendría que estar uno para no sentirse excitado hasta la médula por el hecho de entrar en el teatro con un trabajo real que hacer en el escenario, por mucho que sea solo interpretar a una doncella o a una criada o a una puta, o quizá las tres cosas a la vez en el curso de una misma velada. Hacía un calor asfixiante en la parte del camerino donde Frank tenía su silla, junto a la pared del fondo, donde no había ventana pero sí varios tubos de la calefacción muy calientes, sujetos con argollas vetustas a los ladrillos y pintados de color amarillo fangoso. La puerta estaba abierta de par en par para ventilar un poco la habitación, pero a Frank no le parecía que aliviara mucho la situación. No se quejó. No serviría

de nada. Y ahora estaba seguro de que les iba a volver a enseñar cómo había que interpretar a Antonio. Esperaba su oportunidad con una especie de impaciencia reprimida, porque ni por un momento ponía en duda que iba a llegar.

Todo esto le pasaba por la cabeza cuando se sentó frente a su espejo en una silla vieja y destartalada de madera curvada con las patas en forma de aros y asiento de madera redondeado con agujeritos. Se miró la cara bajo el resplandor de las tres bombillas sin fundir que le quedaban. Giró la cabeza a un lado y a otro. Levantó el apuesto mentón y al cabo de unos segundos frunció sombríamente el ceño. Echó hacia atrás la cabeza despeinada. Retrajo los labios con una mueca feroz para enseñar los dientes blancos y fuertes. Luego oyó que alguien lo llamaba por su nombre y se giró para ver nada menos que a Vera Grice asomándose por la puerta del camerino. Llevaba un jersey marrón holgado y una falda negra ajustada. Se estaba comiendo una manzana y sonreía a la hilera de actores, sentados delante de sus espejos respectivos y ahora todos girados en dirección a ella.

—Hola, chicos —les dijo.

—¡Hola, señora Grice! ¿Viene a hacernos compañía?

Frank oyó los gritos lejanos de los tramoyistas mientras la compañía se instalaba y se puso de pie. Caminó como pudo por el espacio estrecho que quedaba entre la pared del fondo, el perchero del vestuario y la larga mesa de los tocadores. Ahora estaba sonriendo. Los demás tenían las sillas muy pegadas a sus espejos, cada espejo con todas las bombillas encendidas. Las charlas se reanudaron. Frank estaba sudoroso y todavía sonriente cuando salió al pasillo. Llevaba uno de los trajes de grueso tweed de invierno de Gricey. Tenía ganas de agarrar a Vera por la cadera, por los hombros, de aplastar su espléndido cuerpo voluptuoso y de senos grandes contra el suyo, porque era consciente de algo nuevo y vigoroso dentro de sus pantalones. Le preguntó qué tal estaba el camerino de ella.

—Frío —dijo Vera—. Puede que me mude aquí con vosotros.

—Nos gustaría.

—No lo dudo. ¿Esto es de mi padre?

Le toqueteó la chaqueta.

—¿El traje? Sí.

Miró con atención cómo reaccionaba ella. De pronto se sintió incómodo. La sonrisa de Vera era extraña, críptica. Oh, estaba perplejo por aquella nueva amistad con la que parecía haberse topado y que era incapaz de controlar. Si Vera Grice decidía jugar con él, en fin, se dejaría usar como juguete. O por lo menos eso sentía en aquel momento, cogido por sorpresa por la visita de ella a lo que él consideraba los mismos *intestinos* del teatro. Le costaba olvidarse de cómo Vera lo había empujado contra la pared de aquel callejón de detrás del pub, un recuerdo que lo excitaba hasta la locura en la misma medida en que lo enloquecía de culpa. ¿Cómo podía amar a la madre y

al mismo tiempo desear a la hija?

—¿Te veré después, temerario mío? —dijo ella.

Le tocó la manga, pellizcó la tela con los dedos y articuló en silencio la palabra: *papá*.

Y qué mirada le clavó, y qué mirada tan indefensa y perdida le devolvió él, y todas nos quedamos conmovidas, solo un poco, pero también divertidas, por supuesto, ¿cómo no? Vera le dedicaba un parpadeo de aquellos ojazos grandes y oscuros, lo llamaba papá y lo reducía instantáneamente a un amasijo de confusión carnal y servidumbre. Y así estaba: con su cara larga, preocupada, feliz, ceñuda, mirándola desde arriba, inclinándose y pasándole los dedos por el pelo... Oh, menudo bobo...

—«Santuario constante» —susurró ella, y se alejó por el pasillo en dirección al escenario.

¿Santuario constante? ¿*Discreción*? ¡Ahora todo el mundo lo sabía! Los demás actores lo miraron con sonrisas de curiosidad dulce e hipócrita cuando volvió al camerino. Cabrones, pensó él.

Se dijo a sí mismo que tomarían una copa pero que luego no volvería a ir con ella al callejón, daba igual lo que le dijera. Era una estupidez, lo que había pasado. ¿Pero qué sabía Vera exactamente de su relación con su madre? ¿Solo que Joan le había dado alguna ropa de Gricey? Estaba claro que no podía saber que él estaba pasando la noche, no todas las noches pero sí algunas, muchas, en la cama de su madre, la misma cama en la que Joan había dormido con Gricey... ¿O quizá sí lo sabía? Pero entonces, ¿cómo iba a decirle que no la podía volver a besar en un callejón? Desde el punto de vista de ella, Frank no tenía razón alguna para no querer besarla en un callejón, porque no estaba con nadie, aparentemente, y es más: la necesitaba, porque quería interpretar a Antonio frente a su duquesa.

Si la volvía a besar en un callejón, ¿acaso Vera se lo diría a su madre?

¿Se enteraría su madre de todas formas?

¿Acaso Frank estaba condenado hiciera lo que hiciera? El juicio final no había llegado, pero estaba a la vuelta de la puñetera esquina, oh, sí. Oh, demonios, pensó Frank Stone, y decidió esperar a ver qué pasaba a continuación.

Cuando encontró a Vera en el pub de la calle del teatro, no estaba sola. Él venía con intención de explicarle que, por el bien de la reputación de ella, tenían que dejar de visitar los callejones. Pero en realidad... ¿quién se iba a enterar? Él sabía que los romances, las rencillas, los engaños y los corazones rotos —los rumores, escándalos y traiciones—, las tragedias de venganza y las altas comedias que tenían lugar entre nosotros, en el seno de cualquier compañía de actores, no eran la

excepción sino la norma. Y que lo que interpretábamos en el escenario palidecía en comparación con lo que hacíamos entre bastidores. De forma que en realidad un par de morreos con la protagonista no significaban nada en absoluto.

Y allí estaba Vera con aquel idiota de Harry Catermole y con su chismoso y odioso regidor, Jasper Speke, y un par más de personas, ¿y en qué clase de flirteo se había convertido aquello? ¿Qué iba a hacer él ahora, con sus partes ansiosas pidiendo a gritos un callejón?

—Hola, Frank, cielo —le dijo Vera—. Tómame algo.

Harry le hizo sitio en la barra y Jasper Speke le tocó suavemente el hombro con la mano.

—Comportaos, vosotros dos —dijo Vera—. Frank Stone es mi amigo.

—Frank Stone es amigo de todo el mundo —dijo Jasper Speke—. ¿Qué tal está tu camerino, Frankie?

—Hace un calor del carajo.

Se rieron. Qué cachondo. Todavía estaba encontrando su lugar en la compañía. Lo habían visto trabajar cuando no estaba Harry y sabían que gozaba del favor de Vera, que tenía fama de ser difícil. Al cabo de unos diez minutos Frank fue consciente de todo esto y empezó a aceptar sin reservas la cordialidad de aquellos tipos. Empezó a pasarlo bien.

—Frankie Stone —dijo Jasper Speke, cuando iban por la segunda ronda—. ¿Es verdad que no naciste en Inglaterra? Nadie parece saber gran cosa de ti.

¿Y cuándo había pasado, pensó Frank, que habían dejado de llamarlo Dan Francis? Pues cuando habían oído que Vera lo llamaba Frank.

—Un hombre de misterios insondables, una figura sombría y llena de intrigas oscuras, ¿verdad, Vera? —dijo Harry, un tipo alto y corpulento con un abrigo enorme, desabotonado y con el cuello subido, plantado con una mano en la barra y la cabeza grande y leonina, con sus espléndidas sienes resplandecientes y su lustrosa melena dorada, echada hacia atrás. Había llegado a ser cabeza de cartel, y de hecho prácticamente un galán, gracias a sus buenas piernas y a su melena, pero como Vera bien sabía, le faltaban un par de tornillos.

—Nací en Alemania —dijo Frank Stone—, y vine a Inglaterra con mi madre antes de la guerra.

—¿Tuviste que huir?

—Sí.

Ya estaba. Por fin lo sabían.

—Tuviste suerte de marcharte a tiempo. Fue con el Comité, ¿no?

—No, llegamos aquí sin ellos.

Le asombraba que su historia les resultara remotamente familiar. Vera le sonrió. ¿Acaso ella ya lo había sabido? ¿Acaso sabía que se había estado morreando con otra judía? Sí, pensó: lo sabía. ¿Importaba? Al parecer no. Menuda suerte.

—¿Te salvó el culo, eh?

—¿Quién?

—Tu madre.

Hubo algunas risas afables, pero Frank detectó poca malicia en ellas. Seguramente Jasper Speke lo sabía todo de él. De pronto toda la cerveza que se había bebido pareció subirle a la cabeza. Se sentía atolondrado, incluso eufórico. Sabían lo suyo y no les importaba. Todavía podía llevarse una sorpresa y descubrirse convertido en miembro respetado de la sociedad del teatro londinense.

Resultaba curioso pensar que en un momento dado le había dado la sensación de que aquel no era su lugar y no lo sería nunca. Se dice a menudo que los ingleses son muy tribales, muy cerrados como pueblo, pero, bien pensado, el único que le había hecho sentirse no querido había sido Gricey. Oh, Gricey se había mostrado seco con él, despectivo, no le había dado nunca los buenos días ni le había mirado a los ojos. Aquello había reforzado su determinación. Pero aquella noche en el pub con Vera y los demás, Frank Stone obtuvo la confirmación de que al teatro no le importaba quién fueras ni de dónde vieras; lo único que importaba era que te esforzaras. Y que no te portaras como un cabrón.

Fue una buena noche, una noche feliz, pero causó problemas en Archibald Street, por supuesto. Porque después del pub no visitó a Joan, pese a que tampoco hubo morreos, dado que Vera necesitaba acostarse temprano, o eso dijo. Volvió a casa caminando. Sus pasos no eran demasiado firmes porque estaba experimentando diversas formas de embriaguez. Rosza dormía, el niño estaba en cama con ella y Frank se echó en el sofá y enseguida cayó dormido como un tronco. Pero al despertarse tuvo la sensación de que se estaba despertando a un nuevo amanecer, como el hombre de la película muda del mismo nombre, con los primeros rayos del sol iluminando una cara antaño desolada pero ahora radiante de esperanza.

Se sentó en el borde del viejo sofá vestido con la misma ropa que había llevado el día anterior y con la que había dormido, y apoyando los codos sobre las rodillas y dejando colgar las manos largas, se miró los zapatos y reflexionó sobre su buena suerte. Pero oh, menudo niño estaba hecho, ¿acaso se había acordado para algo de la pobre viuda de Mile End? ¿Acaso Joan Grice no le tiraba del corazón henchido, acaso su voz no le murmuraba en aquel feliz amanecer: y yo qué? Pues no, todavía no.

Entretanto Joan estaba sentada en su cocina esperando a que hirviera el agua para el té. Nuevamente le había hecho la cena y él no había aparecido. Quizá su madre estuviera enferma. Joan Grice era una mujer orgullosa. No le resultaba fácil aceptar que se había vuelto dependiente de un hombre al que otra mujer ya demandaba antes. Claro que Frank tenía que cuidar de su madre, pero ¿por qué no podía pasar a verla a ella, aunque fueran solo diez minutos? ¿Es que no sabía que eso bastaría para tranquilizarla en aquel momento de tanta ansiedad? No, no podía saberlo: ella no le había explicada nada de su situación, de los riesgos que le estaba pidiendo que

asumiera su amiga Gustl Herzfeld.

Joan no era tan tonta como para imaginarse que podía retener a Frank Stone para siempre. Pero en algún lugar cálido de su corazón creía que sí. ¿Y por qué? *Pues porque seguía aferrándose al oscuro espíritu que residía en él.* No al fascista, no, sino al Gricey que ella había conocido cuando estaban juntos en el Watford Palace, antes de todo aquello. En realidad no se estaba aferrando a un hombre sino a una idea. Su proposición fundamental era la siguiente: tenía que existir algo que ella pudiera amar sin reservas y para siempre, y era el hábito de una vida entera pensar que aquel objeto era Charlie Grice.

¿Cuándo había empezado a cambiar? En 1929. Un año muy malo. Marchas pidiendo empleo, disturbios en las calles, la policía contra los trabajadores, nada nuevo... y un gobierno inútil, completamente incapaz de hacer nada. Fue entonces cuando Oswald Mosley empezó a atraer tanta atención. En 1932 ya existía la BUF y Gricey dejó de hablar de aquellos temas con su mujer judía. Qué ironía pues, pensó ella, que el espíritu estuviera dentro del cuerpo de *Franz Stein...*

Ah, pero ahora Frank también estaba cambiando, pensó Joan, y ella no sabía por qué, *a menos que Gricey lo estuviera cambiando.* Sí, el dibbuk, ella sabía de aquellas cosas, el demonio que Frank tenía en el cuerpo, cuyo único propósito era hacerle daño a ella. No aparecer por la noche cuando había dicho que aparecería, ¡y no una vez sino *dos!* Y la primera vez sin más que una disculpa por lo bajo al aparecer. No era tan boba como para mostrar decepción o enfado, oh, no, no habría servido de nada. No, lo que realmente la inquietaba era que él decidiera maltratarla de aquella forma y tan pronto. ¡Porque ella apenas le había dado su corazón y él ya se lo estaba rompiendo! Oh, cómo se había equivocado con él. De forma que todo había sido una simple ilusión, ¿no? ¿Una simple bobada provocada por el dolor y sin fundamento en el mundo? ¿O acaso era algo peor? Apenas soportaba pensar en ello. Bueno, nuestros corazones estaban con ella, ya lo creo.

Había sido una mala noche, la segunda vez que él no se había presentado. La primera noche había terminado por venir, sí, aunque muy tarde. La segunda simplemente no había aparecido. Y por desesperada que estuviera, con la mente retorciéndose de sospecha, como una *serpiente*, Joan estaba convencida de que Frank vendría *seguro* la noche *siguiente*, y de que le diría que había tenido que cuidar de su madre. Pero nuevamente no apareció; ni rastro de él. Ni una nota, nada. Joan había hecho lo que se había prometido a sí misma que no haría. Había acercado una silla de la cocina al armario, se había subido a ella y había bajado la ginebra. Esa noche necesitaba un poco de consuelo del tío Alcohol, se dijo a sí misma, oh, ¿y por qué no? ¿Por qué no? ¿Quién podía culparla?

No fue el único armario prohibido que abrió aquella noche. Llegó un momento, al cabo de una

hora y media, en que decidió entrar en la habitación de Gricey. Iba haciendo eses y riéndose un poco y también llorando. Llevaba un vaso agarrado en el que se agitaban un par de tragos de ginebra cuando fue caminando desde la cocina. Costaba saber qué tenía en la cabeza exactamente, porque su equilibrio mental estaba trastornado. Puede que sus planes incluyeran la decisión de hablar con Gricey acerca de Frank Stone, porque aunque Gricey solo había hablado con ella dos veces, y ella solo lo había visto una vez, en el mitin al que había asistido —sí, ahora estaba segura de ello—, Joan creía que Gricey le volvería a hablar si ella se dirigía a él *de la forma adecuada*. O por lo menos eso creemos algunas, las que hemos pasado por situaciones parecidas a la de Joan. En las que el fantasma de un marido muerto se negaba a callar.

De forma que entró en el cuarto de Gricey y encendió la luz. Cerró las cortinas tupidas. No se acordaba de dónde había metido la llave del ropero, y es que —cosa curiosa— había decidido esconderla hacía unas cuantas noches, ya tarde, pensando que nada bueno podía venir de la exposición continuada a su influencia; a la influencia del ropero, queremos decir. Había sido después de sacar un traje para que se lo probara Frank. Gricey se había disgustado, de eso Joan no tenía duda, de forma que ella había cerrado el ropero con llave y había escondido la llave y había hecho falta la intervención del tío Alcohol para acceder al recuerdo, porque aquella otra noche había estado en su compañía. Fue al cuarto de baño, se puso de pie encima de la tapa del retrete y abrió la ventanilla. Encontró la llave en la cornisa.

De vuelta en la habitación de Gricey, abrió con la llave la puerta del ropero. Le temblaba la mano. Tenía miedo. Se quedó unos segundos muy quieta. Reinaba un silencio mortal. No tenía ni idea de qué hora era. La bombilla parpadeó mientras ella abría de golpe las puertas del ropero, y le dio la sensación de que había abierto las puertas del infierno, aunque no era más que miedo, se dijo a sí misma. Se bamboleó un poco y se quedó mirando el interior del ropero, sosteniendo las puertas.

El riel de la ropa estaba más vacío que antaño. Ahora Joan estaba familiarizada con el descontento de Gricey y la intimidaba cuando estaba sobria, pero ahora no lo estaba.

—¿Estás ahí dentro, cielo?

Si estaba, no contestó.

—Tengo que hablar contigo.

El silencio no se alteró. El ropero tenía unas patas pequeñas en forma de garras que lo levantaban tres pulgadas por encima del suelo. Joan puso el pie dentro, agarrando las puertas para darse estabilidad. Aquella noche iba calzada con unas botas negras de cordones hasta el tobillo y de tacón bajo. Llevaba falda negra larga y un chal de gran tamaño echado sobre la cabeza y los hombros. Tenía el pelo recogido pero varios mechones sueltos y una expresión salvaje en la fina cara pálida y esculpida, sobre todo en la mirada, y hasta enseñó los dientes, algo raro en ella, todas los comentamos. En alguna parte dentro del ropero se oyó un ruido, pero es posible que solo

fuera el pie de ella contra el suelo.

—¿Hola? ¿Hola?

Se puso una mano sobre el pecho y luego, como barrida hacia delante por un impulso de origen desconocido, aunque seguramente procedente de su interior, metió la mano en el ropero, se agarró de un gancho que había detrás del riel, *se metió dentro* y las puertas se cerraron de golpe detrás con un portazo.

—Oh, Dios —exclamó.

Pero ningún dios la oyó, solo nosotras. En cualquier otro momento habría soltado un grito, pero no estaba sobria. La oscuridad era completa. Solo había sido una corriente de aire, se dijo a sí misma. Sin darse la vuelta, dobló la rodilla y empujó una de las puertas que tenía detrás con la suela de la bota. No se movió, de forma que probó con la otra puerta. Tampoco cedió.

—¿Estás ahí dentro? —dijo, levantando la voz.

Ahora oyó un ruido distinto. La ropa del riel tembló en sus perchas. Durante unos segundos a Joan le pareció que el ropero entero se estremecía cuando las perchas, todas de madera, empezaron a traquetear las unas contra las otras, y también fue consciente del susurro de la tela al agitarse. Se dio la vuelta, perpleja. Había un resquicio de luz debajo de las puertas. Empujó con ambas manos pero las puertas siguieron sin abrirse, de forma que se irguió del todo, con la nuca contra el riel, y trató de mantener la respiración bajo control.

—Gricey, basta. Déjame salir. Déjame salir *ahora*.

Los temblores y traqueteos se apagaron y todo quedó muy quieto en la oscuridad. Luego algo le tocó la garganta y le hizo soltar un pequeño chillido. Le resultó terrible oír su propio grito en aquel espacio constreñido.

—¡No pienso aguantar esto, Gricey! ¿Me oyes?

Silencio.

Luego la volvió a tocar, esta vez en la parte de atrás del muslo.

—¿Qué quieres? —le gritó ella, intentando darle una bofetada.

Durante unos segundos perdió el control. Había dedos por todas partes, tocándole todo el cuerpo; Joan se empezó a dar golpes a sí misma, luego arrancó la ropa de las perchas y se puso a tirarla en todas direcciones, como si así pudiera expulsar aquello que estaba con ella en el ropero cerrado, que por supuesto solo era la ropa, la ropa de Gricey, pero ahora estaba enfurecida, gritando y maldiciendo mientras daba golpes a su alrededor con unos pantalones, luego sacaba un abrigo de su percha y lo arrojaba, gritando: ¡vete a la mierda, Gricey, déjame en paz! ¡Déjame salir de esto!

Y luego lo oyó. Tenía una voz muy distintiva. El sonido traspasó toda la rabia y el pánico y la ginebra, todo. Ella se quedó petrificada mientras la voz se apagaba, y era la voz de Gricey, de eso no tenía ninguna duda, y quién lo iba a saber mejor que ella.

—Putos judíos indeseables del East End.

Luego, cuando volvió a atacarlas, las puertas se abrieron de par en par y golpearon los costados del ropero, y ella salió dando tumbos de aquel cajón tembloroso al dormitorio helado.

Al día siguiente Joan fue a Lupus Mews, tal como habían acordado. Se había acicalado un poco. Decía mucho de la entereza de aquella mujer que no hubiera sufrido un colapso o una crisis nerviosa después de lo sucedido. Al contrario, su determinación, antes vacilante, se reforzó y se reafirmó, y también se volvió pura, y ahora le parecía una suerte tener la posibilidad de trabajar contra los hombres con los que Gricey se había asociado en sus últimos años. No tenía duda alguna de lo que debía hacer.

De forma que, después del trabajo, se fue en bicicleta al puente de Westminster, con el Big Ben silencioso y desdibujado en la penumbra del anochecer, y luego enfiló el Embankment y por todas partes había gente yéndose a casa, las calles humeantes y atestadas, y abatidas, los hombres y mujeres ceñudos con sombreros y gruesos abrigos cruzando en tropel el río, y se adentró en Pimlico hasta llegar a las ruinas de Sutherland Terrace y sus paredes inestables, llenas de agujeros negros y vacíos como dientes perdidos allí donde habían estado las ventanas, y de vigas chamuscadas en las ruinas de los tejados. Llegó a casa de Julius en la esquina de Lupus Mews. La ventana de la sala de estar, el cuarto de Gustl, emitía su luz en el crepúsculo, y dentro se veía una silueta. Joan llevó su bicicleta por el camino y la dejó apoyada en la baranda. Subió las escaleras y usó el llamador de metal. La puerta se abrió de inmediato.

—Hola, cielo —dijo la tía Gustl—. Te esperábamos.

La llevó a la sala de estar, donde la pintura de Joan seguía en el caballete. Joan se detuvo ante ella. Apenas pudo reconocerse. Gustl no le preguntó qué había pasado. Joan se dejó caer en la silla de mimbre que había junto al hogar. Por un segundo hundió la cara entre las manos. Luego levantó la vista.

—Estoy lista —dijo.

—Voy a buscar a Julius.

Poco después llegaron al Wolseley y Julius los condujo hasta la plácida calle de Chelsea donde el Club Brompton ocupaba una primera planta. Julius y Gustl guardaron silencio en el coche y Joan se acordó de la voz de Gricey en la oscuridad del armario tembloroso, y lo volvió a ver tal como lo había visto durante el mitin, entre el público, gritando, con el brazo levantado en el saludo fascista y la cara inflamada de odio y de rabia. Cuánta *rabia*, ¿acaso la *rabia* no se terminaría nunca? El que sentía ahora era un dolor de otra clase, y mucho peor, el dolor que acompañaba lo que ella ahora consideraba una segunda muerte. Ahora su pena era por sí misma,

por el hecho de que Gricey no le hubiera permitido conservar su recuerdo tal como le habría gustado, sino que la había dejado con una simple máscara. Antes solía acordarse de él contando historias en el bar, haciendo sus imitaciones de los grandes actores teatrales de la época. Oh, y rodeado de rostros afables y de risas, y en una mesa cercana estábamos las mujeres, sí, nosotras mismas, Joan incluida, regocijándose en silencio del talento de su marido para divertir a la concurrencia. Pero todo había sido una farsa. El hombre de verdad estaba *siempre en otra parte*. Ella lo veía ahora, y nosotras también.

Y esa *otra parte*, el lugar en el que estaba realmente Gricey... Era la Casa negra. La sede de la BUF, una mole gótica gris situada en Battersea Park Road que Mosley había comprado con dinero italiano en agosto de 1933. Temblamos solo de pensarlo, nos recuerda a un sanatorio, a un teatro vacío. Y él lo llenó de jóvenes camisas negras, de alumnos de fascismo, y de hombres de más edad con pasado militar como Frederic Bacon, todos viviendo juntos bajo la disciplina militar, y todas las noches se oían risas y canciones en los salones de recreo. ¿Y quién los entretenía, a aquellos jóvenes feroces que le habían vuelto a encontrar sentido a la vida? Pues Gricey. Gricey Grice los entretenía. Les contaba historias, les cantaba canciones y hasta estaba dispuesto a bailarles un poco de claqué con bastón y canotier si la situación lo requería. Les consentía sus ideas políticas porque las compartía. Ellos lo amaban. Él los necesitaba. Pero nunca les decía una palabra de Joan, claro.

Hilda Bacon les abrió la puerta y los llevó arriba. Joan estaba tensa y seria cuando entró en la salita y vio de inmediato el retrato de Oswald Mosley. Desde sus varios asientos los fascistas se pusieron de golpe en pie, como cuervos que echan a volar desde una rama. Muchos de ellos iban de uniforme aquella noche, sí, algunos incluso llevaban uniforme completo de oficial nazi, y dieron un paso adelante para entrechocar los tacones, y ella se quedó helada y al mismo tiempo fascinada de ver a aquellos ingleses absurdos tomándose a sí mismos tan en serio, todos inclinándose para besarle la mano y todos murmurando unas palabras de respeto y admiración por su marido, como si todavía estuviera vivo, y a ella se le ocurrió que quizá necesitaran mantener con vida a sus héroes, dado que habían sobrevivido tan pocos. Pero todo era una mascarada, y Joan, ahora un poco aturdida, les dio las gracias en voz baja. Mantuvo la calma; Julius la había avisado de qué se iban a encontrar. Tú interpreta a la viuda en pleno duelo, le había dicho, y habla lo menos posible. Ahora Julius ocupaba su flanco izquierdo y Gustl el derecho un poco por detrás. Al terminar aquellas extravagantes presentaciones, le dedicaron un *heil* al retrato de Mosley y Joan asintió con la cabeza para mostrar su aprobación.

Se hizo el silencio. Todas las miradas estaban posadas en ella. Qué impresionante estaba aquella noche, alta y orgullosa, serena, remota, oh, innegablemente una mujer de lo más

extraordinario. Su voz era clara, firme y suave. Los presentes se esforzaron para oírlo.

—Mi marido habría querido que continuaran ustedes la lucha —dijo—. Con todo su vigor y su resolución. Estaba orgulloso de ustedes.

Las palabras se las había sugerido Julius y fueron bien recibidas. Luego se sentó. Hubo un aplauso prolongado. Joan vio que Julius hablaba por lo bajo con Frederic Bacon y no detectó ninguna señal de recelo ni desconfianza en el otro hombre. De forma que estaba funcionando, pensó, y sintió un nuevo estremecimiento de desprecio hacia aquellos personajes idiotas y disfrazados como para representar una farsa ligera del ejército alemán. De hecho, lo que estaban intentando, lo que estaba intentando Mosley, era resucitar el espíritu fascista, sacarlo de la tumba; si es que *podía* morir, pensó Joan, porque quizá solo dormía, igual que Gricey. Pero estaba fuera del alcance de la imaginación de ninguno de ellos, pensó, que su héroe Gricey pudiera haber estado casado con una judía. Si lo supieran.

Luego Frederic Bacon dijo unas palabras y afirmó que Gricey había caído como un buen soldado. Por lo menos lo de «caído» era cierto, pensó Joan, se había caído por la escalera de atrás de la casa de Julius, un suceso cuya verdad ella todavía desconocía, aunque estaba más convencida que nunca de que no se había caído en absoluto. Más bien había sido empujado. Su único mártir. Y ella sabía quién lo había empujado. Y ahora le parecía lo correcto.

Qué honrados se sentían, dijo a continuación Bacon, de que ahora estuviera con ellos la viuda de Gricey.

Al oír aquello todos los payasos volvieron a aplaudir y a mascullar su aprobación. Jóvenes furiosos y brutales, llenos de envidia vengativa. Llenos de vanidad por aquellas guerreras y bombachos negros, aquellas insignias y sus brazaletes con esvásticas, gorras de visera y botas de montar que no podían llevar en ninguna otra parte. Y había unos cuantos de los de más edad, Peter Ryder, que por lo menos no llevaba uniforme, y tres o cuatro más con pinta de trabajar en un banco o una escuela, con una constitución parecida a la de Hilda Bacon y obviamente excitados en presencia de tantos jóvenes animados por pasiones sucias y furiosas nacidas del fracaso, la frustración y el odio. Sí, y Frederic y Hilda Bacon, ella con blusa negra y falda con cinturón y él con uniforme azul pálido —*Reichsmarschall und Frau*—, el epítome, la suma de todas las partes, reuniendo en sí mismos los rencores diversos de aquellos parias y devolviéndoles su reflejo en forma de una idea política equivocada a la que aquellos hombres pudieran adherirse y así adquirir por lo menos a sus propios ojos una dignidad espuria, una sensación de elevarse por encima de sus congéneres.

Pero era una situación aterradora. Más tarde pensó que prefería pasarse la noche entera dentro de un armario cerrado con llave y en compañía del fantasma de Gricey que pasar un minuto más en una salita llena de ingleses inadaptados y disfrazados de nazis. La idea le subió a la garganta como bilis —el bolo digestivo de algo contaminado y consumido por error—, y tuvo que hacer un

gran esfuerzo para conservar la serenidad. Aquellos jóvenes, oh, qué engatusados estaban, borrachos de mitos de pureza de raza y gloria marcial, sus imaginaciones infectadas, enfermas...

—No está usted impresionada, señora Grice —le murmuró Frederic Bacon, cuando ella se quedó sola junto a la chimenea.

Ella se giró hacia él.

—No somos impresionantes, lo sé —dijo a continuación—. No tenemos lo que tuvieron los alemanes. No, somos una simple coletilla. Nada de todo esto importa. Una atracción de feria, en el mejor de los casos. Intentamos imitar lo que antaño fue a su manera magnífico, pero damos risa, ¿verdad? Pero lo hago por ellos.

Joan se quedó asombrada de su sinceridad. Él levantó el vaso para dedicarle un brindis, hizo una ligera reverencia, un pequeño entrechocar irónico de tacones, y se alejó.

Más tarde, al marcharse, se sintió sucia y le preguntó a Julius si podían parar en algún sitio donde pedir una taza de té y ella pudiera lavarse la cara y recobrar la compostura. ¿No prefería algo más fuerte?, fue la amable sugerencia de Gustl. No, una taza de té, había bebido demasiada ginebra la noche antes, de forma que entraron en un pequeño café donde Joan se pasó unos momentos sentada tapándose la boca con la mano como si tuviera miedo de ir a expectorar algo. Julius la miró con aquella expresión lúgubre suya y le dijo que había averiguado todo lo que necesitaban saber sobre la remesa del impresor y que Peter se encargaría del resto.

—¿Qué remesa? —dijo Joan.

De forma que Julius le contó que una remesa grande de material impreso fascista iba a ser entregada a la librería de la casa de los Bacon para ser distribuida en el mitin de dos semanas más adelante. Él tenía la intención de que aquellos materiales fueran quemados antes de que nadie los leyera. Joan se sintió contenta de que su visita a aquella casa repugnante hubiera hecho algún bien. Estaba claro que la destrucción de literatura fascista era algo fervientemente deseable.

Para entonces, claro, Vera ya estaba sometida a la ansiedad que siente toda actriz al aproximarse su primera aparición delante de un público en el papel que lleva semanas ensayando. Pero tenía otro motivo mucho mayor para estar angustiada. Y era el siguiente: que su padre no la vería actuar. Gricey había visto todas las obras en las que ella había participado. La había apoyado como nadie, en gran medida porque entendía lo que ella estaba haciendo. Invariablemente le decía que lo había asombrado, o que había encontrado en su Nora, o en quien fuera, matices del personaje que nunca había sospechado. ¿Cómo iba a saber Vera que estaba haciendo bien de la duquesa si no estaba Gricey para decírselo? Su padre siempre le había señalado lo que no funcionaba, así como lo que funcionaba. Aquella idea descabellada que había tenido de interpretar a Cordelia en la escena de la cárcel con los ojos vendados... Otra gente no lo había visto claro y había expresado sus dudas con cautela. Pero Gricey no. Hasta que él había asistido a un ensayo general, Vera no había entendido por qué era una mala idea.

—Querida niña —le había dicho él—, si no me enseñas los puñeteros ojos, no tengo ni puñetera idea de qué estás sintiendo.

El dolor la invadía cada vez que se planteaba actuar sin que su padre se presentara después en los camerinos para darle las buenas noticias, porque casi siempre eran buenas noticias. Se pasó dos días sumida en la desesperación. En los ensayos se mostraba apática. La compañía estaba alarmada. Elizabeth Morton-Stanley era una mujer de mente tempestuosa, y fue a Sidney a quien se le ocurrió pedirle a Frank Stone que averiguara qué problema había. Habló con él al final del pasillo donde los Locos tenían su camerino.

Frank Stone vislumbró un momentáneo rayo de esperanza cuando Sidney apareció en la puerta y le pidió hablar en privado. ¿Le iban a dar el Antonio? Pero no.

—Nos gustaría que hablaras con Vera —le dijo Sidney cuando estuvieron en el pasillo, donde no les podían oír los chismosos de los Locos—. Tú le caes bien, ¿verdad?

De la puerta de la otra punta del pasillo emergió un tramoyista cargado de cables eléctricos y Sidney le puso de inmediato el dedo en los labios a Frank.

—¿En qué sentido quiere que hable con ella, señor Temple? —dijo Frank cuando el tramoyista se fue.

—Tranquilízala, Frankie. Entérate de qué problema hay. Tranquilízala, como puedas.

Frank se quedó perplejo.

—No sé —dijo.

Sidney lo miró. Frank tenía el ceño fruncido.

—Elizabeth se lo tomaría como un favor personal.

No era difícil descifrar el significado de estas palabras. Le estaban ofreciendo algo a Frank, o bien prometiéndoselo, él no lo sabía exactamente, aunque sospechaba que tenía alguna conexión con el rol de Antonio. Frank permitió que su ambición se volviera a inflamar, en fin, no lo podía evitar, y en plena oleada momentánea de confianza, dijo: Muy bien, señor Temple. Haré lo que pueda.

—Buen chico —ronroneó Sidney.

Dejó a Frank Stone dando un puntapié a los ladrillos húmedos de aquel pasillo oscuro. La breve euforia de Frank murió. No tenía ni idea de cómo iba a proceder. Había planeado ir a ver a Joan aquella noche. Ahora se las tenía que ingeniar de alguna forma para ver a Vera. Dio otra patada contra la pared y volvió cojeando al camerino. Cómo nos reímos. Oh, siempre se las apañaba para divertirnos, aquel tipo.

En lo más hondo de su ser, Edgar Cartridge sabía que Julius Glass y su supuesta hermana se habían infiltrado en el movimiento para perjudicarlo. No importaba que hubieran llevado a la viuda de Gricey Grice a casa del señor Bacon. Le parecía probable que Joan Grice no fuera más fascista que Julius Glass y su hermana, y manifestó estas sospechas más tarde, después de que se terminara la reunión y Bacon se sentara a deliberar con sus lugartenientes de confianza, Oakeshott y Rhinsfurt. Fascistas kosher, los llamó, escupiendo las palabras. Poder judío, bah.

—Fascistas kosher, muy bueno —dijo Bacon—. Eres muy perceptivo, Edgar. Debería haberme imaginado que no te engañarían.

Edgar Cartridge fue al aparador y se sirvió una medida de whisky en el vaso. Era un hombre bajito y de constitución fuerte, con una cabeza que parecía demasiado grande y una mata de pelo rubio que le crecía en perpendicular a la frente ancha y baja. Tenía la cara cuadrada y huraña, bien afeitada y con un hoyuelo en mitad del feroz mentón. Cuando estaba entre fascistas llevaba invariablemente traje gris con camisa oscura, azul o negra, y corbata gris claro. Aquella noche no se había puesto uniforme, aunque llevaba encima un preciado guante de cuero que había sido propiedad del Líder. Sus movimientos eran pausados pero su aire amenazador se veía suavizado por una voz agradable. De niño había cantado en un coro y había tenido una preciosa voz de soprano. Sin embargo, la combinación de un hogar violento, una serie de reveses en el inicio de su carrera en el ramo de las telas al por mayor, de los que más tarde culparía a algo que había oído denominar «la plutocracia anglo-judía» —todo muy tedioso— y una gruesa veta de ferocidad en su naturaleza, todo esto lo había conducido de forma inexorable a las filas del movimiento de

Mosley. Había llegado a la Casa negra en 1934 siendo un adolescente y allí había prosperado. Durante la guerra había ido a prisión.

—Le has hablado del material impreso —dijo.

Frederic Bacon se encogió de hombros, indiferente.

—¿Y qué puede hacer? Cree que todavía confío en él.

—Hay que vigilarlo —dijo Victor Oakeshott.

Oakeshott era uno de los intelectuales del movimiento. Era larguirucho y miope, desaliñado, desaseado y de higiene personal descuidada. Trabajaba de profesor en la misma universidad de tercera de Paddington donde Bacon daba clases de historia europea moderna. Hablaba alemán con fluidez y había escrito una monografía sobre Schopenhauer que enseguida había caído en el olvido.

—Sobrestimas sus capacidades.

—No lo creo —dijo Edgar Cartridge—. No podemos permitir que interrumpan otro mitin.

—Tiene razón —dijo Hilda, sentada al fondo de la sala con un terso gato blanco en el regazo. Se quitó el gato de encima y fue al aparador, donde Edgar Cartridge le sirvió más ginebra.

—Quizá.

—No, seguro —dijo Hilda Bacon—. ¿Cómo podemos reclutar si no se nos puede oír? Acordaos de lo que nos dijo el Líder.

—Sí, querida —dijo Frederic Bacon en tono sombrío—, me acuerdo de lo que nos dijo el Líder. La respuesta es: más representantes y mejor equipados. Eso es responsabilidad tuya, Piet.

Piet Rhinsfurt era un hombre bajo y fofo con bigote pelirrojo y crespo. Tenía algo raro en los ojos. Eran pequeños y estaban muy juntos, y le brillaban con una luz antinatural. Algunas pensábamos que consumía drogas. Ciertamente bebía, y cuando bebía, el ojo izquierdo se le desviaba, mientras que el derecho se quedaba en su sitio. Lo extraño era que trabajaba en la industria del cine y también afirmaba ser el inventor de la patata con cuchillas de afeitarse. La violencia era su pasión y el fascismo el medio para alcanzarla. Más de una vez había insinuado que había matado a un hombre de una paliza, a sangre fría y con una cadena de bicicleta.

—Habrá más representantes, y estoy descartando en persona a los débiles. No quedará usted decepcionada, señora Bacon.

—Me alegro de oírlo, Piet —dijo Hilda, volviendo a sentarse de forma recatada y al mismo tiempo felina. Siempre se sentía excitada entre los seguidores más peligrosos de su marido. Y en aquellos círculos abundaban los rumores de sus susceptibilidades. Se decía que una vez alguien la había oído hablar con fruición de su preferencia por las pollas fascistas. Risitas aquí, entre las damas del coro.

La única decisión que se alcanzó fue que, en el siguiente mitin, ningún judío indeseable del East End se acercaría a la tarima, y que cualquiera que lo hiciera se arrepentiría de haber nacido.

Frank Stone esperó cerca de la salida de actores y cuando Vera emergió le preguntó si le apetecía ir a tomar una copa. Con cierto pesar se dio cuenta de que eran exactamente las mismas palabras que había pronunciado más de una vez cuando había sido la madre de Vera a quien esperaba en la puerta para actores. Vera nunca se había sentido más sola. Tenía frente a sí el desafío de ser la protagonista de una obra difícil en la que su interpretación iba a ser rigurosamente escrutada por los críticos y por otra gente, que en su imaginación se había convertido en una multitud aullante. No, no quería tomar una copa.

—Pues una taza de té —dijo Frank Stone mientras echaba a andar a su lado.

El viento venía con fuerza del río y al día le quedaba un poco de luz. Los árboles agitaban sus ramas y una nube gris y opresiva se paseaba pesadamente por el cielo como elefantes. Vera se detuvo, se giró hacia él, agarrándose el cuello del abrigo y pegándose a la garganta mientras la brisa le tiraba del pelo recogido sobre la cabeza, y le declaró lo que deseaba su corazón.

—Caracoles de mar, Frank —le dijo—. Quiero caracoles de mar.

Al cabo de veinte minutos, mientras descendía el anochecer, llegaron a un puesto abierto de callos y anguilas del mercado de Borough. Frente a ellos se desplegaban varias losas de mármol cubiertas de montones de callos, patas de cerdo, mejillas de cerdo y anguilas vivas retorciéndose. Detrás de aquellos mostradores, un continente de chicas *cockney* de voces estridentes les vendían sus productos a los londinenses que volvían a casa del trabajo. Era un día ventoso y las chicas tenían las manos azules de frío a pesar del brasero resplandeciente. Vera quería una bolsa de caracoles de mar y Frank Stone se la compró, abriéndose paso a codazos hasta el frente del tenderete.

Se quedaron temblando de frío en la esquina de la calle, mientras Vera engullía caracoles apoyada en una pared y Frank fumaba un Woodbine apáticamente. A su alrededor había hombres y mujeres luchando contra el viento para llegar a la parada del autobús y al metro. Caía oscuridad del aire. Vera se sintió mejor. Se lamió los dedos y por fin prestó atención a su acompañante.

—Ahora quiero una cerveza.

Había un pub cerca. Acababan de dar las seis y entraron en el bar. No estaba abarrotado. Alguien reconoció a Vera y el dueño salió de detrás de la barra y los acompañó a una mesita en la esquina. Frank pidió dos pintas de cerveza amarga y apenas llevaba lo bastante encima para pagarlas. Vera vació la mitad de la suya de un trago, se secó los labios con sabor a caracoles y suspiró.

—Menuda puta pesadilla —dijo.

—¿El qué?

—Oh, todo —dijo—. No hablemos de eso. ¿Qué pasa contigo, Primer Loco?

—Preferiría ser Antonio.

Ella le dedicó una sonrisa maliciosa. Todavía tenía algunas hebras de caracol entre los dientes. Se las hurgó con el dedo, las inspeccionó y luego le puso los dedos un segundo en la mejilla a Frank. Aquel contacto lo emocionó.

—Quizá lo acabes siendo.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, nada.

Vera oyó el breve susurro del ansia en su voz y eso le recordó justamente lo que quería olvidar: el maldito teatro, con todas sus presiones y obligaciones, la obsesión por competir siempre, por triunfar; ¿acaso nunca podría escapar de aquello? La cosa mejoraría cuando estrenaran, pensó, y se publicaran las reseñas y pudieran simplemente dejarlo atrás, con éxito o fracaso, ¿qué más daba?

—¿Conoces a mi marido? —le dijo de pronto.

En el pub nadie les prestaba atención. La habían reconocido, sí, pero el protocolo de Londres decretaba que la dejaran beberse una copa en paz como cualquiera.

—Sé quién es.

—Pobre Julius.

Frank esperó a oír más.

—No le pongo la vida muy fácil, ¿sabes? Te voy a contar una cosa que no le he contado a nadie. No puedes decir ni una palabra de esto.

—No diré nada.

—Duermo en el desván.

Frank Stone no estaba seguro de qué decir.

—¿Cómo, en el piso de arriba de la casa?

—Suele ser ahí donde se pone el desván, Frank. No soporto dormir con nadie cuando estoy en época de ensayos, ¿sabes? Pero lo lleva muy bien. Lo entiende. Bueno, conoce a los actores, claro, pero no todos los hombres serían tan comprensivos.

Se terminó lo que le quedaba de cerveza.

—Tú sí, creo —dijo—. Tú serías así de comprensivo, digo. ¿Me invitas a otra?

Frank frunció el ceño mientras se palpaba el bolsillo del abrigo, que había sido de Gricey y que él sabía perfectamente que estaba vacío de cualquier clase de dinero.

—Estás sin blanca, cariño, ¡oh, pobrecillo! Ten.

Se buscó en el bolso y sacó media corona. Cuando él volvió de la barra, ella se estaba mirando la cara en el espejo de una polvera.

—¡Estoy hecha un cristo! No te importa, ¿verdad, Frank?

—Claro que no, y además no lo estás.

—Qué mono. ¿Tienes novia, Frank?

Frank negó con la cabeza. ¡Ella no lo sabía! Estaba allí sentado con el abrigo de su padre y Vera no tenía ni idea de la relación que estaba teniendo con su madre. Sus primeras sospechas se habían disipado. Se le habían borrado de la cabeza. Frank había estado seguro de que lo sabía. Luego Vera le miró el abrigo. Le cogió la solapa entre los dedos. Se inclinó para oler la tela. Tenía la cabeza cerca de su pecho y él le hundió la cara en el pelo. Ella se apartó.

—Es de papá —dijo, y los ojos se le llenaron al instante de lágrimas.

Volvió a hurgarse en el bolso y sacó un pañuelito. Frank se inclinó hacia ella y le tocó el brazo.

—¿Quieres que me lo quite? —dijo.

Vera levantó la cara y se rio y fue como si su risa le desprendiera las lágrimas de los ojos, porque de pronto rebosaron y le cayeron por las mejillas en forma de sendos riachuelos, y durante unos segundos se quedó allí ruborizada con las mejillas mojadas y los ojos húmedos y relucientes.

—Qué tonto, claro que no. Me gusta que lleves la ropa de papá. Me da la sensación de que todavía está vivo.

Dios bendito, pensó Frank Stone.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo que...

—¿Qué?

—Tu madre dijo lo mismo.

Vera dejó de secarse las lágrimas de la cara y lo miró. Frank fue consciente de que había revelado demasiado, y de que en aquel preciso momento una intuición luminosa y centelleante acababa de penetrar hasta el corazón mismo de su secreto.

—¿Mamá dijo eso?

Él tenía la sensación clara e inequívoca de que se había descubierto, oh, se había...

También nosotras lo vimos, por supuesto. Nos giramos para mirarnos las unas a las otras, negando tristemente con la cabeza, con la risa atascada en la garganta, y dijimos al unísono: ... el pastel.

Se había descubierto el pastel.

Vera se quedó mirando a Frank Stone y estuvo más claro que el agua. Se acordó. Lo adivinó. Si no lo había sabido antes, lo supo ahora.

—¿Te estás tirando a mi madre?

A Frank se le ruborizaron las mejillas. Fue incapaz de decir nada. Abrió y cerró la boca como si fuera una trucha. No se le daba bien mentir. ¡Un actor que no sabía decir mentiras!

—¡Sí! ¡Te estás tirando a mi madre!

Se hizo el silencio en el bar en cuanto la voz de Vera se propagó por entre las conversaciones en voz baja y las risas comedidas de la clientela de media tarde. Vera le arreó una fuerte bofetada y luego le tiró su cerveza a la cara. Todo pasó tan deprisa que él no tuvo tiempo de reaccionar. La bofetada le hizo sangrar la nariz y la cerveza le dio en toda la cara, se le metió por la nariz, le empapó el pelo y empezó a chorrearle del mentón mientras él se asfixiaba y tosía y se secaba los ojos con los dedos e intentaba hablar pero no podía, y todo esto mientras le sangraba la nariz; Vera se había puesto de pie con los ojos llameantes, había agarrado su bolso y había aplastado su cigarrillo en el cenicero. Murmuró unas cuantas palabrotas, lo llamó «braguetero de mierda» y salió hecha una furia.

El dueño volvió a salir de detrás de la barra. Llevaba un trapo, que Frank aceptó mientras los parroquianos volvían a sus conversaciones. Frank se secó la cerveza, la sangre y los mocos de la cara.

—Con que te has tirado a su madre, ¿eh, chaval? —le dijo en voz baja.

Dejando escapar un gemido húmedo y estrangulado, Frank se las apañó para tirar su silla al suelo y salir dando tumbos a la calle. Ya estaba oscuro. Todavía tenía el trapo. Caminó a ciegas hacia el río con la intención incontinente de tirarse a él.

Frank se quedó sentado mirando a la otra orilla del Támesis, donde la cúpula de Saint Paul se alzaba pálida contra la oscuridad del anochecer. Iba a tener que hablar con Joan antes de que lo hiciera Vera. Quizá no sirviera de nada, pero tenía que hacerlo. Olía la cerveza que tenía encima, en el pelo y en la camisa. Echó a andar hacia el Tower Bridge. Tiró el trapo mojado al río. Ni siquiera tenía para un billete de autobús que lo llevara a Mile End porque le había devuelto a Vera el cambio de la media corona. La caminata a Tower Bridge, luego a Aldgate y luego por Whitechapel se le hizo eterna. Cuando llegó a la puerta de Joan, estaba helado y seguía apestando a cerveza. Ella no se alegró de verlo. Lo hizo pasar a la cocina y le cogió el abrigo.

—Le voy a tener que pasar la esponja. Puede que tenga que ir a la tintorería. ¿Qué te ha pasado, Frank?

Frank se lo contó todo. Joan no estaba enfadada con él. Más bien se mostró pragmática. Tenía asuntos más graves en mente.

—Se iba a enterar tarde o temprano, supongo, teniendo en cuenta que llevas el abrigo de Gricey y todo eso. ¿Y has venido andando desde Southwark?

Él le dijo que estaba sin un penique.

Joan lo miró con preocupación. No le hacía ninguna gracia todo aquello, pero tampoco tenía ningún sentimiento maternal hacia Frank. Ya había llegado a la triste conclusión de que no se podía fiar de él. No le preguntó qué estaba haciendo en un pub de Southwark con Vera. Cuando él

intentó disculparse, ella lo hizo callar negando con la cabeza. Estaba pensando en Vera y en si estaría teniendo ahora mismo un colapso nervioso. Era su costumbre.

Un rato antes Joan había estado sentada en aquella misma cocina presa de la ansiedad, hasta el punto de que había tenido que recurrir a la muy mermada botella del estante de arriba del armario de la cocina. Tenía por delante una situación difícil. Porque no solo iba a asistir al mitin de Hackney, sino que también tenía que hablar en él. Se lo habían propuesto primero Julius y después Hilda Bacon. Joan había escuchado a la mujer con creciente consternación, pero había aprendido a no ocultarle todos sus sentimientos a aquella gente.

—Me lo voy a tener que pensar, señora Bacon. No tengo mucha experiencia hablando en público.

—Les dará a los muchachos motivo para levantar el ánimo —dijo Hilda Bacon—. Últimamente andan necesitados de esa clase de motivación.

Estaban en la cocina de Joan. Joan se había sobresaltado al oír el timbre poco después de llegar a casa del trabajo y se había quedado francamente asombrada de encontrar a la robusta y rubia fascista en su puerta. Mientras subía las escaleras recobró rápidamente la compostura. Se acordó del consejo de Julius: mantener la calma y decir lo menos posible.

—¿Quiere un té, señora Bacon? Acabo de poner el agua a hervir.

—O sea que era aquí donde Gricey cenaba y se acostaba —dijo Hilda Bacon en tono distraído—. Es una especie de santuario, ¿sabe? Aunque muy pocos lo llegamos a ver.

Joan, de espaldas, estaba ocupada con la tetera. ¿Gricey los trajo *aquí*?, pensó.

—¿Por qué? —dijo.

—¿Le importa que fume? Bueno, seguro que lo sabe usted. Gricey fue una inspiración muy grande para todos nosotros, sobre todo durante la guerra, cuando los hombres estaban en la cárcel. Fue un gran consuelo.

Joan se giró hacia la mesa y vio a través de una nube de humo de cigarrillo a una mujer fría de ojos entrecerrados y pelo de color amarillo maíz recogido en un moño impecable y rodeado de una trenza. Se estaba fumando su cigarrillo con cara complaciente y aguileña, y Joan la detestó.

—¿Azúcar, señora Bacon?

—No tomo, señora Grice. Ni tampoco leche.

Joan se sentó frente a aquella mujer. Mantén la calma, pensó.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Bacon?

—No hace falta que diga usted mucho, querida. Frederic le escribirá su discurso. Es más bien algo simbólico, ya me entiende. Enseñar que el espíritu de Gricey sigue con nosotros.

—Entiendo.

—La lucha continúa. ¿Tiene un cenicero?

—Claro. ¿Quiere una galleta?

—Qué gran privilegio debió de ser.

Joan se puso de pie para traerle el cenicero y las galletas. Solo le quedaban tres. Las puso en un plato.

—¿Qué fue un privilegio, señora Bacon?

—Vivir con un hombre así. Con todo lo que tenía que hacer. Su trabajo y sus creencias. No es fácil, con todo el mundo en contra. Gricey solía decir: pensad en el Führer, en sus años de juventud. Los años del desierto, decía. Y mirad dónde llegó. Lo que hizo con Alemania.

Joan contempló cómo la mujer sumergía una y después la otra de sus preciadas galletas en el té solo y las devoraba rápidamente. Decidió que no iba a decir nada en absoluto de Gricey. Que pensarán lo que quisiera. Hilda Bacon se marchó poco después. Al cabo de una hora Frank Stone apareció en su puerta, empapado, cubierto de sangre y apestando a cerveza.

Estaban ensayando el acto IV. La duquesa ya está encarcelada. Su hermano gemelo, el duque, la visita por la noche y le ofrece su mano para que se la bese. Ella se la lleva a los labios y al aparecer las antorchas descubre que la mano no es la de su hermano, es de otro hombre y ha sido cortada a la altura de la muñeca. Apenas ha tenido tiempo de asimilar este horror cuando se abre un telón para revelar un *tableau mort*. Las acotaciones de la obra dicen: «Se desvelan al fondo de un transepto las figuras artificiales de Antonio y sus hijos, con apariencia de estar muertos».

Son figuras de cera, pero la duquesa todavía no puede saberlo. Luego, en el acto IV, escena II la visitan los Locos que le manda el duque. Es en esa escena cuando Frank Stone, interpretando al Primer Loco, dice las palabras: «¿Todavía no ha llegado el Juicio final?». El horror de la mano muerta no es nada en comparación con lo que viene a continuación. Es una escena desgarradora, y está dominada por la duquesa. Es la escena en que la estrangulan. Y no sucede deprisa.

Vera estaba bien preparada. Había dormido bien en su estrecha cama del ático y se había despertado lista para llevar a la galante duquesa a su muerte con toda la grandeza de una verdadera heroína trágica. Restregándose los ojos soñolientos y pasándose las manos por el pelo, sabía que poseía aquel espíritu grandioso y se tumbó en la bañera lista y ansiosa para recibir a la muerte con el nombre de su marido en los labios. Cogió el autobús al trabajo, imaginando cómo sus verdugos entraban en su cámara trayéndole un regalo de sus hermanos. Era un ataúd tapado con un paño. Se despediría de Cariola y perdonaría a los hombres que estaban a punto de asesinarla. Les enviaría un mensaje al duque y al cardenal, diciéndoles que aquello era lo mejor a lo que podía aspirar. Al cabo de unos segundos se arrodillaría. «Ven, muerte brutal, diría. Tráeme mandrágora que me ponga a dormir. / Decidle a mis hermanos que cuando esté amortajada / por

fin podrán comer en paz.»

Vera se lo sabía perfectamente. Se acercaba la noche del estreno y durante las semanas de ensayo había descubierto una especie de progresión de sentimientos en aquella última escena, un tránsito que iba del sonido de los Locos al acercarse —«¿Qué ruido hediondo es ese?»— a su último aliento, con el nombre de Antonio en los labios. Y luego, al borde mismo de la muerte: «Piedad».

Era consciente de que seguramente se trataba de la mejor escena de muerte que iba a interpretar nunca. Permitía mostrar terror y, *a la vez*, serenidad. Había llegado a creer que llevaba la vida entera preparándose para interpretarla. Tenía la sensación de que la escena poseía una carga de pasión humana comparable a un licor que fermenta dentro de una botella tapada y que, al descorcharla, es capaz de embriagar al mundo. Pero pensar esto era tentar al destino, y por eso ningún actor se atrevía a albergar aquellos pensamientos durante mucho tiempo. Estaba claro que, si lo hacía, vendría Némesis y la aplastaría por su orgullo y su arrogancia, aunque —*aunque*— en el fondo de su alma creía que el público necesitaría todo el acto V para empezar siquiera a plantearse aceptar la muerte de aquella duquesa. Había urdido un plan con Elizabeth Morton-Stanley.

En la escena anterior, cuando le dan la mano del muerto para que la bese y llegan los sirvientes con las antorchas, la duquesa grita: «¿Eh? ¿Luces? ¡Oh, horror!», y luego camina hasta el centro del escenario y tira la mano cortada al público horrorizado.

Genial.

Frank Stone estaba entre bastidores en compañía de los otros tres Locos y de la mayoría del resto del reparto, y nadie pareció capaz ni siquiera de respirar mientras se representaba la escena. Al terminarse prorrumpieron en aplausos espontáneos. Del auditorio llegó la voz estentórea de Elizabeth Morton-Stanley —¡Espléndido!—, que a continuación subió pesadamente al escenario para llevarse a un lado a Vera, exhausta y débil por el trabajo que acababa de hacer. Qué extraño, pensó Frank, pensar que se trataba de la misma chica que la noche anterior había montado en cólera y lo había llamado braguetero de mierda. Pero luego pensó no, no es extraño; todo formaba parte del mismo registro de tensión dramática intensa. Y al pensarlo reconoció un principio importante del oficio dramático.

Elizabeth Morton-Stanley se pasó unos minutos hablando en voz baja y le secó el sudor de la frente con una toalla. Ahora Vera estaba sonriendo, y al marcharse la directora le puso una mano gordezuela en el trasero y le dio unas palmaditas. Vera deambuló hasta el lado izquierdo del escenario, donde los Locos estaban esperando por si acaso se les volvía a necesitar. Cuando vio a Frank se detuvo. Puso los brazos en jarras y ladeó la cabeza. Frank le devolvió la mirada con las

cejas un poco enarcadas y la boca entreabierta: expectante. Ella negó con la cabeza y se alejó hacia su camerino.

—Alguien está castigado —dijo uno de los Locos, Willy Ogilvie, y luego se pusieron todos a intentar sonsacarle lo que pasaba y a preguntarle qué había hecho para enfadar a la Divina, que era como la llamaban.

Pero Frank no les contó nada, porque todavía estaba manteniendo un santuario constante para la madre de Vera. Oh, pero Joan le había dejado claro que ahora prefería que la dejara en paz. Antes, sin embargo, había buscado en su monedero y le había dejado un billete de una libra sobre la mesa.

—Es demasiado —le había dicho él.

Joan no había contestado y Frank se había sentido todavía más desgraciado que antes, como si no solo lo estuvieran despidiendo sino también liquidándole lo que se le debía. Se había puesto de pie, se había marchado del piso y había bajado las escaleras para salir a Archibald Street, dejando el billete de una libra donde estaba. Joan se había desplomado en su silla, había puesto los brazos sobre la mesa y la cabeza sobre los brazos y se había echado a llorar.

Y luego había vuelto a oír a Gricey.

Empezó con un estrépito, que la hizo levantarse de golpe de la mesa. Venía de la habitación de Gricey.

Abrió la puerta de par en par y el ropero estaba donde siempre. Pero entonces oyó gritar a Gricey en el interior, y tan encolerizado que al principio no lo pudo entender.

—«¡Idos todos al infierno! ¡Sois criaturas vanas y abyectas! ¡No soy como vosotros! ¡No soy como vosotros!, Topacio, nunca fue nadie tan maltratado.»

¡Malvolio!

—«Mi buen don Topacio, no creáis que estoy loco. Me han encerrado en la horrible tiniebla. No estoy loco, don Topacio, os lo digo, este lugar es oscuro...»

Eran los diálogos de Malvolio, gritados desde una cámara oscura en el acto IV, escena II de *Noche de reyes* cuando en connivencia con don Topacio Regüeldo lo declaran loco y lo encierran, y oh, Joan conocía perfectamente aquellos diálogos...

—«Se lo digo, esta casa es oscura como la ignorancia cuando la ignorancia es negra como el infierno y yo digo nadie fue nunca tan maltratado. No estoy más loco que usted...»

Joan se sentó en la cama en las sombras, sin más luz que la que venía de la puerta abierta de la cocina, al otro lado del pasillo, y se puso a escuchar maravillada cómo su difunto marido vociferaba los diálogos de su último papel antes de guardar silencio. Luego se quedó sentada mirando el ropero. Por fin se oyó la voz de nuevo, esta vez baja, temible, cargada de amenaza.

—«Señora, me habéis hecho un agravio, un notorio agravio...»

Y luego más silencio. Joan sintió que se le empezaba a erizar el pelo de la nuca y que un escalofrío le recorría la piel. Se le pusieron los labios blancos. Tuvo la sensación de que no podía moverse, como si estuviera en un sueño. Luego se oyó una voz aguda y estridente, como de mujer, el chillido de una vieja bruja.

—«¡Ha sido escandalosamente agraviado!»

Y regresó el silencio. El ropero volvió a su quietud. El frío mortal pareció disiparse y de repente Joan se dio cuenta de que estaba sola en el dormitorio y de que podía moverse otra vez. Se puso de pie como pudo. Luchando por respirar, se adentró tambaleándose y con la cabeza gacha en el pasillo, cerró la puerta con llave detrás de sí y luego entró en la cocina y cerró la puerta de la cocina. Se sentó a la mesa y con dedos temblorosos se sirvió un vaso de ginebra. Era la voz de Gricey. No sabía quién era la mujer, seguramente era él mismo imitando a Olivia, pero con una voz chirriante e irreconocible, y con el alma a los pies admitió por fin lo que llevaba semanas sospechando aunque no se había atrevido a enfrentar como era debido.

—Estás dentro del puto armario —dijo en voz alta.

Se llevó el vaso a los labios con la mano temblorosa y bebió, luego se giró hacia la ventana. Repitió sus palabras.

—«Lo digo, esta casa es oscura como la ignorancia cuando la ignorancia es negra como el infierno.»

Se quedó un momento tapándose la boca con la mano. Luego volvió a hablar.

—Estás en el infierno.

Gricey estaba en el infierno y a Joan le faltaba poco también. Aquella noche apenas durmió y el poco sueño que pudo conciliar estuvo atiborrado de pesadillas. En un momento dado salió de la cama y se alejó por el pasillo hasta detenerse delante de la habitación de Gricey, pero no se oía nada, reinaba un silencio sepulcral, pensó, y en su imaginación el ropero cerrado con llave se convirtió en un ataúd enorme puesto de pie, y atrapado dentro había un espíritu desolado en un infierno que se había creado él mismo pero que no por eso era menos infernal. Luego murmuró las palabras «has vuelto para atormentarme», y se preguntó a sí misma por qué, y de inmediato encontró un cargamento entero de razones, empezando por Frank Stone y llegando a lo que tenía planeado hacer en el mitin. Mientras pensaba esto sintió que se despertaba dentro de ella un impulso nítido, si es que se le podía llamar impulso, y lo reconoció como algo antiguo y familiar, cierta propensión o tendencia en ella que encontraba su expresión en la *resistencia ciega a los matones*; no sabía de qué otra forma describirlo. Y la estaba sintiendo ahora, en plena noche, plantada delante de la habitación de Gricey, y a punto estuvo de entrar y comunicárselo, pero al

final decidió guardárselo porque no quería que él empezara otra vez. De forma que volvió a la cama y esta vez sí que durmió, porque ya no le tenía miedo.

A ocho kilómetros de allí, en la otra punta de aquella ciudad dormida y silenciosa, Vera Grice estaba inquieta en la estrecha cama del piso de arriba de la casa de su marido en Pimlico. Había entrado en lo que reconocía como el periodo de impaciencia que tenía lugar en los días previos al primer ensayo general, cuando ya tienes el papel aprendido y al personaje tan completamente asimilado que cualquier retraso está cargado del riesgo de perder tu energía vital. Con algunos papeles había experimentado incertidumbre hasta el momento mismo de subir al escenario, y solo entonces había descubierto con alivio feliz lo que tenía que hacer. A veces no pasaba hasta la cuarta, quinta o sexta representación, y a veces, ocasionalmente, no pasaba nunca, y lo único que la ayudaba a llegar al final era su oficio. Pero ahora, con la duquesa, estaba impaciente por salir de entre batidores y ponerse bajo los focos y encontrarse cómoda y dueña de la situación y tan alerta en cada fibra de su ser que sentía una especie de éxtasis, sí, actuar era un éxtasis cuando uno había hecho los deberes, cuando había recorrido todos los callejones oscuros y había asumido todos los riesgos, y ella sabía sin asomo de duda que sí, ¡era *dueña de la situación!*

El momento en el que lo supo había llegado tres días antes, al interpretar la escena de la muerte, y era una tortura tener que esperar y guardárselo todo dentro y evitar preocuparse por ello y no perder una sola fracción de su temblorosa perfección. No dormiría bien hasta que empezara a actuar, aunque en realidad no necesitaba dormir con aquella energía despierta dentro de ella. Ojalá su padre pudiera verla.

Gustl prefería dormir en la sala de estar de la planta baja cuando quería despertarse cerca de su trabajo. Se había preparado un sofá cama y le gustaba tumbarse allí a oscuras junto a una pequeña estufa eléctrica, sintiendo el olor a pintura al óleo y aguarrás. La farola de la acera iluminaba tenuemente la pared sobre la cual proyectaban sus sombras mortecinas las ramas desnudas del olmo de la cancela cada vez que el viento las movía. De vez en cuando oía pasos recorriendo el callejón. En la penumbra se erguía su caballete y sobre él el lienzo en su bastidor del retrato inacabado de Joan. Estaba preocupada por su amiga. A Julius no le había cabido duda de que Joan estaría ansiosa de aprovechar la oportunidad de asestar un golpe a los fascistas, a la luz de la traición de Gricey, pero Gustl vislumbraba aspectos complejos de la situación, y cada vez estaba menos convencida de la determinación de Joan. Gustl también sospechaba que había problemas graves entre Vera y Joan. Aquel mismo día le había preguntado a Vera si había visto a su madre y le había sorprendido la parquedad de su respuesta.

—No tengo tiempo.

—Claro —dijo Gustl—. Durante la función será más fácil.

—Lo dudo.

Vera había llegado tarde de un ensayo técnico y se estaba calentando las alubias de la noche anterior.

—¿Por qué, cariño?

Gustl se sentó a la mesa de la cocina.

—Oh, ahora no, querida —dijo Vera—. Estoy muerta.

Gustl se retiró a la sala de estar. Se quedó tumbada contemplando la piel pálida como el mármol de la mujer de cara seria del lienzo. Su palidez creaba una impresión de frialdad y desapego; había un matiz gélido en la media luz cambiante que se filtraba por encima de las persianas. Iba a tener que hablar con Julius por la mañana. Era un hombre admirable. No había forma de desviarlo de su camino. No descansaría hasta que aquellos hombres y su causa fueran destruidos. Pero esperaba demasiado de Joan. Ella no era tan fuerte como él, ninguno de ellos lo era. Hablaría con él por la mañana. Se sumió en un sueño inquieto y soñó con Joan, cuya imagen invernal la miraba ciegamente desde la otra punta de la habitación.

El letargo de Julius no era inquieto ni tampoco se veía trastornado por sueños. Era un hombre que había perdido un teatro y había encontrado su alma. Había visto destruido su teatro y de esa pérdida había nacido una nueva claridad mental; una rápida reorganización de sus prioridades morales. Ya no podía hacer nada para salvar su teatro, de forma que volvió al trabajo e invirtió con cuidado en obras teatrales ajenas, esperando la oportunidad que estaba seguro de que se presentaría tarde o temprano. Y llegó el día en que vio a los fascistas pidiendo a gritos muertes y asesinatos en Whitestone Pond y a continuación vio cómo Karsh y sus amigos les abrían la cabeza sin titubear y les volcaban el estrado. Él les había hecho de chofer. Había sido muy excitante, no tanto el peligro de la situación como darse cuenta de que había encontrado indudablemente la causa que estaba buscando. Y ahora nadie lo iba a apartar de ella.

Frank Stone estaba frente a la ventana de la buhardilla de Seven Dials que compartía con su madre y el niño, y a veces con el violonchelista Gabor Szirtes. Tocó una melodía con el violín y se asomó a los tejados; era un fragmento del *Liebestod*. Ya se le habían secado las lágrimas. Era su propia debilidad la que le había causado tantos problemas. Su madre yacía en el cuartito contiguo, murmurando en sueños con el niño a su lado. Por fin Frank se dio la vuelta y dejó el violín sobre la mesa. Se estiró en el sofá, entrelazó los dedos detrás de la cabeza y se quedó mirando al techo,

donde colgaba de un cable deshilachado una lámpara amarilla y barata. Le recordó a un ahorcamiento que había presenciado de niño.

A Frank le habían dado otro papel además de su Primer Loco: un cortesano llamado Grisolano. Solo hablaba en la escena IV del último acto, cuando entraba en escena con el cardenal y el conde Malatesta. Le tocaba pronunciar las palabras inmortales: «Qué horrenda tempestad la de esta noche».

—«Qué *horrenda* tempestad la de esta noche» —le dijo Frank a su reflejo en el espejo del camerino compartido en las entrañas del teatro. Probó a decirlo otra vez, esta vez desplazando el énfasis de «horrenda» a «esta noche».

—¿Quieres que te ayude a ensayar? —pregunta Willy Ogilvie, que también hace de Loco.

Sus compañeros eran conscientes de que a Frank Stone se le había ensombrecido el humor en los últimos días y sospechaban que la razón era Vera Grice. Frank no quería hablar del tema. En uno de sus frecuentes devaneos nocturnos, sus pies lo habían vuelto a llevar a Pimlico —¿por azar?, lo dudamos— y allí había encontrado una sinagoga pintarrajeada y cerca una casa deteriorada por las bombas rodeada de andamios, en un pequeño parque yermo con columpios infantiles colgando de una especie de cadalso. Estaba seguro de que allí terminarían encontrándose con un ahorcado, no los niños sino la policía; encontrarían el cuerpo a primera hora de la mañana si el hombre había muerto a medianoche. Ofrecía una pizca de siniestro consuelo, reflexionó, terminar con tu vida mientras tocaban las campanadas de medianoche. Decidió que el énfasis tenía que estar en «horrenda».

—«Qué *horrenda* tempestad la de esta noche» —dijo.

—«¿Qué *horrenda tempestad* la de esta noche?» —dijo Willy Ogilvie—. «¿Qué *horrenda tempestad* la de esta noche?»

Los demás intervinieron también, cada cual con su propia interpretación meditada de la frase.

—Oh, idos a la mierda todos, joder.

Apareció en la puerta Jasper Speke, el regidor.

—Muy bien, chicas, basta. Frankie, te reclaman. Harry está perdiendo la voz y la jefa está haciendo el acto V.

A Frank Stone se le iluminaron los ojos. Cualquier ocasión de interpretar a Antonio era bienvenida, y aunque en aquel acto la duquesa solo estaba en espíritu, en forma de eco fuera de escena, también significaba trabajar con Vera.

Al acercarse por entre los bastidores, la vio sentada en una silla, limándose las uñas, y ella ni

siquiera levantó la vista. Frank entró en escena, donde lo esperaba Philip Herring en el papel de Delio, otro cortesano. Oh, ¡y atención! Se podía entrever vagamente una serie de figuras indistintas en el centro de la primera fila de la galería, muy por encima de las gradas del fondo, ¿y quiénes podían ser aquellas damas en las sombras? ¡Sí, éramos nosotras! En una de nuestras infrecuentes salidas al teatro, y lo estábamos pasando en grande. Entretanto, en el escenario, Sidney Temple les estaba diciendo a los actores que iban a repasar la escena III. Que era la escena de la muerte de Antonio. Frank se la sabía de pe a pa. Éramos todo oídos.

—Muy bien, Delio, empecemos. «Hete allí la ventana del cardenal...»

—«Hete allí la ventana del cardenal. Esta fortificación / creció de las ruinas de una antigua abadía...»

El ambiente gótico le sentaba bien a Frank, y con sus primeras líneas —«Cómo amo estas ancianas ruinas / no pisamos sobre ellas pero sí ponemos / nuestros pies en reverenda historia»— se siente cómodo, como en casa, dueño de la situación. Repasan la breve escena de los ecos —en la que Vera habla fuera de escena como la duquesa muerta— y se adentran en la gratificante decisión de Antonio: «En adelante no me salvaré a medias / lo perderé todo o nada».

Al terminar la escena Frank descubrió que, igual que Antonio, había recobrado los ánimos.

—Buen trabajo, todos —dijo Sidney Temple—. Una pausa de media hora y después la escena IV.

—Gracias, señorita Grice —dijo Frank cuando pasó frente a Vera entre bastidores.

—Ven aquí —le dijo ella.

A Frank se le paró el corazón.

—¡Ven aquí!

Se detuvo ante ella.

—Eres un braguetero de mierda —le dijo, y a él se le cayó el alma a los pies.

—Pero hay cosas peores —dijo entonces.

Él se sintió exultante.

—Aunque ahora no se me ocurre ninguna. ¿Qué haces para comer?

—Comeré un bocadillo, señorita Grice. ¿Y usted?

—Compartir su bocadillo. Vamos a mi camerino.

Cuando la estaba siguiendo a su camerino, su mirada se encontró con la de Willy Ogilvie, que estaba de camino a la salida de artistas y luego al pub. Willy le hizo una mueca como diciendo: parece que la cosa va bien, y Frank abrió mucho los ojos y aplanó los labios, como diciendo, espero que sí, joder.

El camerino de Vera era espacioso y estaba amueblado, a años luz del constreñimiento y la miseria de las simas recónditas del teatro. Ella le señaló un sillón cubierto de un montón de ropa. Se sentó frente al espejo. Frank se sentó en el borde del sillón y se sacó del bolsillo del abrigo un

bocadillo de fiambre y cebolla sobre manteca de cerdo, entre dos gruesas rebanadas de pan gris envueltas en papel de periódico.

—Qué apetitoso —dijo Vera, mirándolo por el espejo.

—Es lo único que tengo —dijo Frank.

Ella se giró en su silla.

—¿Esos pantalones son de papá?

—Me temo que sí.

—Y esa es su camisa.

—Sí.

La triste realidad era que ahora toda la ropa que poseía Frank Stone procedía del ropero de Gricey y le había sido donada por Joan. Después de probar aquellos placeres, había descubierto que no era capaz de volver a las telas baratas, los puños raídos y los parches en los codos y demás.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—¿Qué quieres decir?

—Eres el mejor actor de esta puñetera compañía y no tienes nada que decir.

Frank Stone no se pudo creer lo que oía.

—¿Qué papel quieres?

—¿Antonio?

—No seas tonto.

Pensó deprisa. Grisolano solo tenía tres líneas. El conde Malatesta, en cambio...

—Malatesta.

Pobre Willy Ogilvie, pero Frank no tenía tiempo para ser sentimental.

—A ver qué puedo hacer —dijo Vera.

Y le tiró el guion.

—Échale un vistazo —le dijo.

Frank la miró, con la cara convertida en un borrón ceñudo de esperanza y agradecimiento.

—Dame ese bocadillo de las narices.

Así pues, mientras Frank estudiaba los diálogos de Malatesta de las dos últimas escenas, Vera devoró el asqueroso bocadillo sin dejar de mirarlo. Cuando llegó al final, ella le hizo una sugerencia. Frank empezó a asentir con la cabeza.

—A la directora no le va a gustar.

—Le gustará. Sidney hará que le guste. Venga, largo de aquí, apréndetelo si puedes, tienes diez minutos. Oh, perdón, parece que me he comido tu almuerzo.

Salió del camerino de Vera como si fuera un cortesano de la era isabelina, reacio a darle la espalda a la Divina ni tan solo por un segundo.

A Willy Ogilvie no le hizo ninguna gracia cuando los actores se juntaron después del almuerzo para repasar las escenas IV y V y Sidney Temple le dijo que Frank Stone y él se iban a intercambiar los papeles. Hijoputa, dijo por lo bajo.

—No he sido yo.

—Tenía trece líneas y ahora tengo tres.

—Lo siento, Willy.

—Me debes diez líneas.

Sidney Temple se puso a dar palmadas.

—A sus puestos todo el mundo. Vas a seguir el texto, ¿verdad, Willy?

—Sí, señor Temple.

—¿Frank?

—Creo que lo tengo, señor Temple.

—Oh, ¿en serio? Muy bien. Cardenal, ¿listo?

Y empezaron. En los primeros segundos de la escena IV al pobre Willy Ogilvie le tocó decir la línea de diálogo que había pronunciado antes a modo de burla.

—«Qué horrenda tempestad la de *esta noche*.»

La directora intervino: Acento en *horrenda*, creo, señor Ogilvie.

RODRIGO: Los aposentos de don Fernando se mecían como una cuna.

MALATESTA: Cuánto afecto ha mostrado el diablo / al acunar a su propio hijo.

El chiste hizo gracia en la grada, donde estaban sentados la directora y su ayudante; también a las señoras que estábamos en la galería. Poco más tarde Bosola apuñalaba a Antonio a oscuras, por error, hiriéndolo de muerte.

—Bien. Escena final. ¡Cardenal! —gritó la directora—. ¿Está con nosotros?

—Con ustedes —dijo perezosamente David Jekyll, y entró *con un libro*.

Entrar en escena *con un libro* era una convención que indicaba melancolía. Hamlet entra *con un libro* en la escena segunda de su acto II. Y el Cardenal tenía razones para estar melancólico: Bosola le decía que había venido a matarlo. El cardenal sufría un acceso de pánico; luego «Entran Pescara, Malatesta, Rodrigo y Grisolano arriba». La historia casi se había acabado. El cardenal recibía más heridas y Bosola recibía una mordedura mortal en la garganta del duque Fernando, que sufría licantropía y se creía un lobo. Luego el duque moría, a su vez, a manos del agonizante

Bosola. Así pues, con cuatro cadáveres en escena, entraban ahora los cuatro cortesanos que habían estado mirando desde la galería de arriba. Le correspondía a Malatesta decir las palabras «Oh, triste desastre».

Era sobre estas palabras que Vera le había hecho su sugerencia antes a Frank. «Oh, triste desastre», dijo él ahora, pero no lo dijo en tono trágico, no, sino sardónicamente. Se volvieron a oír risas y Elizabeth Morton-Stanley se tapó la cara con las manos. Sidney no dijo nada. Luego la directora levantó la cabeza. En aquellas risas oyó lo que Sidney había estado intentando explicarle antes: eran risas mordaces y casi vacías, porque obviamente *no era ningún triste desastre* perder a villanos como el duque Fernando y su hermano el cardenal. Nadie estaba ridiculizando a nadie, nadie se regodeaba en trivializar felizmente tanto exceso; al contrario, la provocación de las risas conseguía exactamente lo que Sidney sugería que iba a conseguir: intensificar el horror. Elizabeth Morton-Stanley plantó la mano en la rodilla flaca y gotosa de Sidney y asintió con la cabeza, y los dos contemplaron la resolución, la llegada de Delio con el hijo de Antonio.

La directora quedó satisfecha. Se levantó con esfuerzo, usando la rodilla de Sidney como punto de apoyo para darse impulso y se dirigió al escenario. Frank Stone se giró hacia los bastidores y vio que la Divina seguía allí, apoyada en una pared de detrás del escenario, con los tobillos cruzados, pantalones holgados de tela, jersey ceñido y pañuelo en la cabeza. Tenía los brazos cruzados debajo de los pechos y los párpados caídos, los ojos entrecerrados para resguardarlos del humo del cigarrillo de liar que le colgaba de los labios. Levantó la mano y se tocó la yema del pulgar con el índice para formar un pequeño círculo, una O.

Era con tristeza rayana en el patetismo que Edgar Cartridge se despojaba del uniforme en su dormitorio por las noches. Tenía el hábito de dedicar una hora de éxtasis o a veces dos a cuadrarse, hacer el saludo militar, desfilarse de lado a lado de su dormitorio o bien tumbarse en la cama mirando al techo con la mano enfundada en un guante de cuero negro y sostenida en alto para poderlo admirar. Pero hacía poco, un sábado por la noche, había vuelto a casa del pub, se había puesto el uniforme y había bajado estrepitosamente las escaleras como el joven héroe de las camisas negras que se sabía. Y oh, qué agradable había sido sentarse a medianoche con las botas sobre la mesa de la cocina y un vaso de whisky en la mano, con su madre y su hermano pequeño durmiendo en el piso de arriba y sin tener que ir a trabajar al matadero por la mañana. Qué agradable.

Luego se había puesto a cantar la «Canción de Horst Wessel» y había despertado a su madre. La mujer había bajado las escaleras en camisón y rulos.

—Oh, Edgar, has estado bebiendo. Pero qué bien te queda el uniforme.

Edgar intentó levantarse con elegancia de la mesa y cuadrarse ante su madre, pero se las apañó para volcar la silla y caerse encima de ella.

—Oh, qué tonto. Vas a despertar a tu hermano.

Demasiado tarde. Su hermano, Hughie Cartridge, de quince años, ya estaba despierto y acababa de aparecer en la puerta de la cocina en camisa de dormir y pantuflas. Le hizo gracia ver a Edgar claramente borracho y vestido de fascista.

—¿De dónde has sacado el disfraz, Edgar?

—Cierra la boca.

—Vuélvete a la cama, hijo —le ordenó la señora Cartridge—. Tu hermano no se encuentra bien.

—Está borracho —dijo Hughie.

Edgar no tenía mucho aguante para el alcohol. El whisky había podido con él. Levantó el puño pero Hughie se rio.

—*Sieg heil*, ¿verdad, Edgar?

—¡Hughie! —exclamó su madre.

Por la mañana Edgar solo se acordaba de que alguien se había reído de él y de que se había derramado whisky por encima del uniforme. Pero lo que no olvidaba era el placer que le había producido llevar el uniforme fuera de su dormitorio, bajar las escaleras ruidosamente, sentarse

con las botas encima de la mesa de la cocina, como el joven y apuesto camisa negra que se sabía. Él era el futuro, ¿verdad?

Pocas semanas después, ya sobrio, Edgar Cartridge salió una noche a hurtadillas de la pequeña casa adosada de Inkerman Street, Hackney, llevando el atuendo completo de camisa negra por debajo del abrigo. Caminó hasta el Regent's Canal. Era tarde y no había nadie por la calle. Un camino de sirga discurría al margen del canal por debajo de la fábrica de gas y la luz de la luna resplandecía sobre la superficie oleosa. Fue allí donde se quitó el abrigo y lo dejó sobre un banco.

Luego se puso a desfilarse de arriba abajo en medio del frío cortante de la noche y volvió a experimentar el sencillo placer de representar el papel del joven fascista que había sido antes de la guerra. Desfiló a un lado y otro, feliz. Anhelaba aplausos, y los recibió. Había dos chicas un poco bebidas cruzando un puente sobre el canal. Venían del centro, de un pub del Soho. Ahora se detuvieron y se apoyaron en la baranda para mirar cómo Edgar desfilaba con su uniforme. Enseguida estuvieron riendo a más no poder. Se cayeron por el suelo, abrazándose. Aplaudieron y vitorearon, y Edgar tuvo la elegancia de ponerse firme y cuadrarse ante ellas. El brazo derecho al nivel de los ojos, con el codo bien recto, la mano recta y los tacones juntos, tal como le habían enseñado, mientras pensaba: par de zorras. Luego se puso el abrigo y volvió a casa; la risa de las chicas se fue apagando en plena noche hasta extinguirse del todo. Ya no se encontró a nadie más. Entró en casa y subió las escaleras hasta su habitación sin más incidentes. Se quedó ante su espejo, jadeando, eufórico. Aquella noche durmió profundamente. Era una actuación que merecía repetirse. Solo desearía no tener que hacerlo solo.

No estamos seguras exactamente de cuándo Joan volvió a abrir las puertas del enorme ropero de Gricey. Creemos, sin embargo, que fue hacia finales de marzo, un domingo por la mañana, sí, de finales de marzo o principios de abril. Habían subido las temperaturas, pero con el deshielo habían llegado las inundaciones. Muchas emergencias en las partes rurales del país, y después de la breve ráfaga de optimismo experimentada al aflojar en apariencia su presa los fríos dedos del invierno, llegó ahora la atroz secuela pasada por agua: la crecida de las aguas que inundó casas y ahogó el ganado, echó a perder cosechas y reventó diques en los grandes ríos, nuevas penurias que esta vez no llevaban el rostro del hielo, sino el del agua. Así pues, en una mañana de domingo despejada y húmeda, mientras tañían las campanas en Saint Clement, Joan abrió la puerta del ropero y dejó que la luz inundara el enorme ataúd donde yacían los restos descompuestos del espíritu de Gricey.

Había un baúl allí dentro. Trabajó sin pausa, sacando las prendas de dentro para inspeccionarlas, hacer inventario y desplegarlas sobre la cama en una serie de montones. Toda

ropa de buena calidad. Era extraordinario cuánta había. Gricey no había tirado nada.

Regresó a la cocina para sentarse a tomar un té y repasar su lista. ¿Acaso sospechó entonces que había alguna extraña *omisión*, algo escondido, una ausencia? ¿Algo que debería estar presente pero no lo estaba? Con tantos recuerdos, es posible que le pasara por alto la vocecilla que le decía que no dejara de buscar, o que buscara en sitios más recónditos, pero independientemente de que la oyera o no, fue al regresar y sacar de allí el baúl vacío cuando vio una maleta marrón arrumbada contra la esquina del fondo del todo del ropero.

La había ablandado un poco lo que había encontrado dentro del baúl de Gricey, y su inicua falsedad, no descubierta hasta más tarde, no podía arruinar aquello, ni tampoco el recuerdo de la reciente furia de su espíritu atrapado y condenado. Las noches en que ella se había paseado cogida de su brazo por el mundo del teatro londinense, sí, aquellas primeras noches, las cenas, las fiestas, tantas fiestas en las que ella había estado a su lado entre sus amistades mientras él hablaba y hablaba y hablaba...

Más tarde, de vuelta en el piso, Gricey se desvestía, se desabotonaba la camisa, se quitaba el broche del cuello y los gemelos y los dejaba sobre el tocador. Se soltaba los tirantes de los hombros y se quedaba en camiseta blanca con los tirantes colgando a la altura de los muslos, iluminado solo por la lámpara de la mesilla de Joan. Era esbelto y duro. Se había mantenido en forma. Hacía ejercicio, vigilaba lo que comía, de forma que no había grasa en Charlie Grice cuando se sentaba al pie de la cama, se desanudaba los zapatos y se los sacaba con los pies, y luego se quitaba los calcetines de ligas. Volvía a incorporarse al pie de la cama, sin quitarle el ojo de encima a Joan, y se desabotonaba los pantalones, dejándolos caer al suelo. Daba un par de pasos para salir de ellos. Los colgaba sobre una silla. Por fin se quedaba a un lado de la cama, en ropa interior, y se metía entre las sábanas. Joan se giraba hacia él.

—Apaga la luz, cariño —le susurraba.

Apaga la luz. Pero ahora había aparecido la maleta. Estaba raspada y ajada; tenía dos correas con hebilla y remaches de latón a lo largo de las costuras. Estaba cerrada con llave. Se la llevó a la cocina y la dejó sobre la mesa. Usando un par de pequeñas tijeras y sus gruesas cizallas, las de acero con hojas grandes en punta, muy afiladas, deshizo las puntadas, soltó los remaches y cortó la costura. Se quedó sentada a la mesa, contemplando la maleta descosida. Luego se puso de pie y la abrió. Era lo que ya se esperaba. Todo fascista tiene un uniforme en alguna parte de su ropero.

Fuera cual fuera su título, y estuviera quien estuviera en el reparto, *toda obra tenía su noche de estreno*, y siempre era una noche para el recuerdo, aunque este se encontrara teñido de desazón. La producción de 1947 de *La duquesa de Amalfi* de John Webster, protagonizada por Vera Grice, Harry Catermole, Edmund Colefax y David Jekyll, dirigida por Elizabeth Morton-Stanley y producida por Julius Glass y asociados en el teatro New Apollo de Charing Cross Road, no era ninguna excepción. Para Joan era una noche que, en su imaginación, tenía poco del glamour y la emoción que había sentido la última vez que Vera había estrenado una obra, cuando Gricey todavía estaba con vida. ¿Había sido *Como gustéis*? No podía ser. Daba la sensación de haber pasado una eternidad. ¿Era posible que tantas cosas hubieran cambiado en un solo invierno? Pero qué invierno. La de descubrimientos que había llevado a cabo después de la muerte de Gricey, y ahora, la última de la que parecía una concatenación sin fin de pesadillas: el uniforme en la maleta. Había sacado la camisa doblada y los bombachos, el cinturón, las botas y la gorra, lo había llevado todo de la cocina al dormitorio de él y lo había dejado sobre la cama igual que había hecho antes con el resto de su ropa. Las prendas formaban un todo. La suma de sus partes.

Luego se había desabotonado la blusa, después la falda, por fin se había sacado los zapatos con los pies y se había despojado de la combinación hasta quedarse de pie frente al espejo del interior de la puerta, en corsé y ropa interior. Dejó un brazo colgando en el costado y con el otro se sujetó el pelo recogido contra la nuca, consciente, dolorosamente, de cuánto había cambiado desde la primera vez que había estado desnuda delante de su marido, cuando con dedos delicados él le había apartado el pelo de la cara, se lo había sujetado tal como ella se lo estaba sujetando ahora, se lo había recogido detrás de la cabeza y la había llamado su Venus de Mile End. No, ahora era una mujer flaca y dura, se había encargado de ello un largo invierno de dolor y mala alimentación. No tenía carne ni en las caderas ni en los muslos, y de eso se había encargado la bicicleta; era más muchacho que mujer, pensó: demacrada. Cogió de la cama la camisa negra, la sacudió y, vacilante ahora, con la vista todavía clavada en el espejo del interior de la puerta, introdujo el brazo en una manga...

En aquellos momentos Frank Stone estaba concentrado en el conde Malatesta. Al principio había creído que solo tenía trece líneas de texto, sin acordarse de las ocho del acto III. Willy Ogilvie

también tenía más líneas de las que al principio había pensado: en el acto I, su nuevo personaje, Grisolano, tenía tres. Ciertamente, no eran líneas *muy largas*, y tampoco iban a añadir nada significativo al encanto de Willy. La primera, que compartía con Rodrigo en la escena I decía: «¡Ja ja ja!». Poco más tarde decía: «Sí, mi señor». Y en la escena III: «Lo haré sin dilación». El rencor de Willy seguía vivo, y en los bajíos de su corazón había tomado la decisión de vengarse de Frank Stone.

A Frank lo había animado mucho que Vera le dijera que era el mejor actor de su compañía, y también el éxito de su «Oh, triste desastre». Estaba decidido a conseguir que su Malatesta no pasara desapercibido. Le habían vuelto a retocar el atuendo que originalmente se había probado Willy. Frank estaba contento con él. Tenía seda negra en la túnica, también en el gorro blando, y estaba decidido a darle a su cara un matiz de palidez fantasmal, con maquillaje negro en torno a los ojos y la boca. De esa forma estaba convencido de que Malatesta sería un conde de la corte y también algo más: una figura pálida impávida a las tragedias que se habían cernido sobre la casa de Amalfi y sobre aquellos a quienes esta mantenía. Sería al mismo tiempo actor y comentarista del drama. La suya sería la voz de lo que él consideraba el humor negro de la ironía que coloreaba aquella pieza de horror continuo.

Fue con aquella postura adoptada de desdén altivo y burlón, pues, como abandonó el teatro al terminar el segundo ensayo general, después de interpretar por primera vez el personaje del conde Malatesta. Nadie había sugerido que su maquillaje blanco y negro fuera excesivo, y cuando regresó a su espejo después del ensayo se quitó la mayor parte, pero no todo. De hecho, sacó el lápiz negro de su estuche de maquillaje y se retocó los labios y los ojos, dejando la suficiente palidez en los pómulos y en el ceño para sugerir la mera sombra del personaje que cada vez lo estaba suplantando más en aquellos tensos últimos días. No estaba muy lejos del callejón de Seven Dials y de los dos cuartitos que compartía con Rosza y el niño, pero todavía no podía irse a casa. Estaba demasiado pletórico de su trabajo. Tenía el cerebro en llamas. Igual que Vera, estaba impaciente por tener un público.

Ahora se acordó de Vera. Cuando por fin estuviera en cartel la vería más a menudo, pero pensar en Vera era pensar en su madre. Frank Stone no carecía por completo de conciencia. Tenía la bastante lucidez como para saberse responsable del dolor que Joan había sufrido y que él había empeorado por el hecho de no estar con ella. Se dijo a sí mismo que estaba pasando por un momento difícil, pero era mentira y lo sabía.

Se quedó entre las luces de Cambridge Circus, sopesando lo enorme de su crueldad hacia una mujer que lo había acogido cuando era él quien se había sentido sin amigos. Consiguió provocarse con éxito un pequeño shock de consternación moral. Sin darse cuenta del todo, había dirigido sus pasos hacia Piccadilly Circus y el Beaumont, donde Joan llevaba el vestuario, por supuesto. Solo eran las nueve de la noche. La obra no se habría terminado todavía, pensó, sin saber que hacía

diez días que se habían acabado las funciones y que el teatro estaba cerrado. De manera que Frank Stone, ferozmente decidido a enmendarse con la mujer a la que había hecho daño, volvió a desviar sus pasos, esta vez hacia Mile End.

Joan seguía llevando el uniforme de Gricey. No se había molestado en prepararse una cena caliente. Podría haberlo hecho. Tenía un huevo. Tenía medio bollo de pan. Hasta tenía un poco de mantequilla, aunque era posible que estuviera pasada. Lo que hizo fue abrir una lata de picadillo, ponerle un poco al gato en su cuenco y luego llevarse un trozo a la boca con el tenedor. Lo hizo bajar con una taza de té llena de ginebra. El querido tío consuelo había bajado del estante de arriba y ahora vivía detrás de los platos de la cena. Joan estaba sentada a la mesa de la cocina, contemplando la noche a través de la ventana junto a los fogones. Siempre era sobre esta hora cuando se alejaba lentamente por el pasillo y abría la puerta de la habitación de Gricey, solo para estar segura de... ¿de qué? No lo sabía exactamente. De que él no hubiera vuelto, suponía. Encendió la luz. No desveló nada más que la penumbra en una habitación que contenía una cama con el colchón enrollado; amontonadas sobre los muelles desnudos estaban las cajas de cartón que ella había llenado de zapatos y sombreros, y en el baúl la ropa que quedaba, envuelta en papel de seda y con bolas de naftalina.

Al otro lado de los tablones desnudos del suelo, pegado a la pared de delante, estaba el ropero con las puertas abiertas de par en par, como dando la bienvenida a los incautos, como diciendo: no tenemos nada que esconder.

Joan se había traído consigo su silla de la cocina. La colocó entre la cama y el ropero, donde pudiera contemplar lo que ahora ya consideraba el ataúd de su marido, y regodearse en unos sentimientos que se volvían más confusos e inevitablemente más sensibleros con cada nueva taza de ginebra. Llegaría el momento en que empezaría a hablar con el ropero. Pero cuando de repente oyó un grito familiar procedente de la calle, aquel momento quedó postergado.

Fue hasta la ventana. Era él. Aquel hombre odioso. Y luego pensó: ha *vuelto*. Apagó la luz, fue junto a la ventana y su cara quedó completamente en la sombra, porque no había más fuente de luz que la farola al principio de la calle. Frank Stone levantó la vista para mirarla y apenas pudo ver nada porque Joan era como una estatua de jade, toda de negro, negro fascista, inmóvil y silenciosa al otro lado de la ventana a oscuras; la volvió a llamar. No se podía imaginar la pugna que estaba teniendo lugar en el corazón de aquella mujer, ni los estragos que todavía estaba causando en ella. Joan fue incapaz de abrirle la puerta. Frank Stone no pudo ver las lágrimas que le caían por las mejillas, pero abrió los brazos, con la cara pálida vuelta hacia arriba, los ojos emnegrecidos y unos labios como el carbón, y le suplicó que lo dejara entrar; ella miró a otro lado.

«¡Pero silencio! ¿Qué luz asoma por aquella ventana?

Es mi señora, oh, es mi amor.

¡Ojalá supiera que lo es!»

Pero aquella noche no asomó ninguna luz por la ventana, y Frank se quedó un rato allí antes de dar media vuelta y echar a andar hacia Saint Clement y el cementerio.

Al cabo de diez minutos, la puerta de la casa se abrió y la consternada Joan salió corriendo a la calle, todavía con el uniforme fascista de Gricey puesto, mirando a su alrededor frenéticamente, a un lado y al otro. Pero ya no había nadie a la vista. La calle estaba desierta.

Más tarde dobló el uniforme y lo volvió a meter en la misma maleta de la que había salido. Volvía a necesitar el consuelo del tío. Todavía no sabía qué iba a hacer con la maleta, pero estaba claro que tenía que sacarla de allí. Sosegada por la ginebra, se sentía horriblemente fascinada por lo ocurrido, por el hecho de haber sentido que se convertía en una nada temblorosa y por el pánico que había experimentado a continuación. ¿Era eso lo que le había pasado a Gricey, pensó, que se había probado aquel uniforme y se había perdido?

Veámosla ahora montada en su bicicleta negra, en una tranquila mañana de domingo en Londres, pedaleando con determinación calmada hacia los muelles y hasta Wapping Stairs, con el trasero levantado del sillín, sí, y resuelta, con el viento del río contra la cara. La maleta iba atada con correas al portaequipajes de detrás de la silla. Frenó al llegar a los almacenes, o a los pocos que quedaban en pie. Se mantuvo alerta por si veía algún sitio tranquilo donde deshacerse de aquella cosa odiosa sin ser vista. No le hizo falta ir muy lejos. Un tramo solitario del muro de contención del río con un paseo adoquinado al otro lado, pensó, levantando la cabeza para oler el aire; los nubarrones cruzaban rápidamente las alturas; el viento arreció cuando se apeó junto al muro y bajó el soporte de la bicicleta. Desamarró la maleta y la llevó a los escalones resbaladizos y cubiertos de limo tallados en la piedra del vetusto dique de contención. El Támesis venía crecido aquel día, torrencial y revuelto como resultado de las aguas nuevas que bajaban caudalosamente de las nieves fundidas de Gloucestershire, Berkshire, Surrey y todos aquellos lugares.

Bajó unos peldaños hasta llegar donde el río azotaba las piedras y levantó de golpe la maleta con las dos manos por encima de la cabeza. Pensando que aquello era seguramente lo último que le quedaba de Gricey, vaciló... y luego la tiró con todas sus fuerzas y la maleta se alejó llevada por el viento, con la tapa abriéndose y las prendas escapando como si fueran banderas negras, revoloteando y dando vueltas y por fin posándose brevemente en la superficie del río antes de ser barridas por la corriente. La maleta se meció en las aguas crecidas y por fin se hundió hasta desaparecer. Una gaviota cercana se elevó del río chillando y se alejó cortando la brisa.

Un escalofrío repentino acometió a Joan, que se dio la vuelta y se puso a subir los escalones de vuelta al callejón adoquinado que discurría entre los almacenes. Luego se montó en su bicicleta y se alejó.

Entretanto, en Pimlico, Julius y Gustl estaban teniendo una fuerte discusión sobre Joan. En alemán. Estaban en el estudio de él. Gustl sentada en el sillón con la espalda muy recta, los ojos claros clavados en su amigo y señalándolo con el dedo. Gustl le había dicho que le preocupaba que Joan no fuera lo bastante fuerte como para hacer lo que él quería que hiciera: hablar en un mitin, con una voz que no era la suya sino la de una fascista. O la esposa de un fascista; la *viuda* de un fascista. Estaba en los huesos, le dijo: *Haut und Knochen!* Julius le dijo que Joan era una de las mujeres más fuertes que conocía. Gustl seguía sin estar convencida. Confiaba en que él tuviera razón.

—*Ich hoffe du hast Recht, Julius.*

Él le dijo que la tenía.

—*Ich habe Recht, nicht wahr.*

Gustl no era ninguna materialista. Era alemana. Por sus venas supuestamente impuras fluían corrientes profundas de pensamiento y sentimiento germánicos. Había leído a Kant y a Schiller de niña, creía en los ideales progresistas del romanticismo, y a veces, cuando era muy joven, había tenido la sensación de que caminaba con la belleza de la noche. Luego había llegado la doctrina del Hombre superior y de su Voluntad irreductible. Y pisando los talones de esa doctrina había llegado la destrucción de las instituciones, seguida de más destrucción, y de algo aún peor: una espiral vertiginosa, horror sobre más horror, y tenía que existir un camino mejor, pensó, pero a duras penas había empezado a formularse la alternativa cuando las puertas empezaron a cerrarse y se quedó atrapada en su ciudad natal, que ahora solo quería destruirla. Ya no entendía qué le había pasado a Alemania.

Gustl no lo decía, pero ahora pensaba que, por mucho que Julius creyera conocer la fuerza de Joan, él no la veía tan bien como ella, Gustl. Julius no había sobrevivido dos años a base de ir siempre un paso por delante de la Gestapo. No había vivido con miedo a que cualquier persona que lo ayudara pudiera ser un confidente ansioso por traicionarlo para poder garantizarse su propia seguridad. Oh, y había cometido equivocaciones, y hasta la última de ellas había estado a punto de costarle la vida. La vez que se alojó con una familia, el padre siempre venía a su lado en mitad de la noche y Gustl no podía negarse. De día, en algunas calles, se arrancaba la estrella. Al llegar a otras calles se escondía en un portal y se la volvía a coser. ¿Acaso podía confiar en la

afligida Joan, cuando Joan no se comportaba con su habitual autocontrol férreo sino con temeridad y con histeria...? No, ni hablar.

—*Ich habe Recht, nicht wahr*—repitió Julius.

Gustl no dijo nada.

Más tarde yació en su cama sin poder dormir. No era tan extraño, durante aquel invierno, ver a tus vecinos quedarse flacos, más flacos todavía que en los años de la guerra, aquellos tristes londinenses. Pero Gustl había observado un cambio más pronunciado en Joan, y no eran los simples efectos de las raciones reducidas, era una especie de *agostamiento*. Y había otros cambios: a veces una especie de rapidez brusca de movimientos, casi febril, y una luz nueva en los ojos, una persistencia de la mirada. Estaba bebiendo, pensó Gustl, y no estaba comiendo como era debido, ni siquiera en la medida en que se podía comer durante aquellos días. Aquello no era un dolor ordinario, pensó, aunque sabía perfectamente que el dolor podía adoptar un millar de rostros y durar tanto como fuera necesario. Pero a Joan le estaba pasando algo más, y era algo que ella no había visto nunca. ¿Acaso podía confiar en que hiciera lo que le estaban pidiendo? Ahora mismo no, para nada.

Oh, pero era tarde. La casa ya estaba en silencio. Vera estaba agotada y se había ido al desván. Julius también se había retirado. Con su camisón de color escarlata, Gustl descendió sin hacer ruido la escalera a oscuras que llevaba a su estudio. Encendió la luz y se sentó frente al retrato inacabado que tenía en el caballete. Se quedó mirando la cara de su amiga y por fin vio el fantasma. *Sie war besessen*. Estaba poseída.

Por la mañana Vera se levantó temprano y bajó las escaleras con más tranquilidad de la que Julius le había visto nunca. Era lo que él había confiado en ver, y ahora que lo veía sintió un alivio enorme.

—Siéntate, cielo, déjame que te haga el desayuno. ¿Quieres un huevo? Tengo arenques ahumados.

Vera se quedó mirando a su marido con expresión de cariño. Era muy curioso cuando aquello pasaba, pensó Julius. Jamás la entendería. Su mujer se acercó a los fogones, donde él estaba cocinando con el delantal puesto, y lo rodeó con los brazos, pegándose a su cuerpo y besándole el cuello.

—Eres muy bueno conmigo.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—Puede que no lo estés.

Julius le puso las manos en las mejillas. Le dijo que sí, que lo iba a estar. Ella lo abrazó.

—Esto se acabará pronto —le susurró ella.

Quería decir que se iría pronto del desván.

—Lo sé —dijo Julius.

Más tarde Vera reunió las tarjetas que había escrito a los demás miembros del reparto y los regalos que repartiría cuando llegara al teatro y lo metió todo en una bolsa de la compra grande. Se bañó en la pequeña bañera de patas del desván, se puso un jersey y pantalones de tela y llevó a cabo sus rituales supersticiosos de cada Primera Noche. En el pasillo de la planta baja sacó su abrigo del armario. Gustl salió de su estudio.

—¿Te marchas ya, querida?

—Más me vale.

—*Du wirst heute Abend glänzend sein!* Lo sé.

Las dos mujeres se besaron. Julius apareció procedente de la parte de atrás de la casa. No había nada que decir, la verdad. Después de la función se reunirían en el camerino, donde Vera había dejado su vestido para las ocasiones especiales y saldrían a cenar todos. Julius no dijo «para celebrarlo»; solo podría haber traído mala suerte. La acompañó a la calle, donde estaba Gustl con la puerta abierta. Pasó un taxi y Julius lo paró. Ayudó a Vera a ocupar el asiento trasero y le dio la bolsa de la compra con las tarjetas y los regalos. Se volvió a subir a la acera y el taxi se alejó. Julius se volvió hacia la casa y Gustl y él entraron juntos. Los dos estaban impresionados por la serena valentía que mostraba Vera y los dos pensaron en lo que aquella joven iba a tener que llevar a cabo en las próximas horas.

El taxista supo quién era su pasajera y adónde iba sin que Vera tuviera que decirle una palabra. Cuando llegaron al teatro salió y le abrió la portezuela.

—Mucha suerte esta noche, señorita Grice —le dijo.

Vera se mostró cortés. Le dio las gracias y se alejó hacia la entrada de actores, donde William Pettifer, que llevaba medio siglo vigilando aquella puerta, la saludó con calidez.

—¿Quién hay dentro, Bill? —preguntó Vera.

—Usted es la primera, señorita.

Vera entró en el teatro.

Vera estaba sentada en su camerino, nerviosa, sola y echando de menos a su padre. Cuando Gricey había estado presente, todo *importaba*, de alguna manera. Todo se convertía en un acontecimiento teatral genuino y real. Vera recordaba haber asistido de niña a aquel mismo teatro para verlo actuar en *Macbeth*, y haber visitado después con su madre los camerinos, donde le habían permitido beberse una copita de champán, la primera. Y recordaba a Gricey frente a su espejo, limpiándose la cara, con la sala llena de las amistades de sus padres, y botellas y tarjetas por todas partes, risas...

Sus ensueños quedaron rotos por la ruidosa llegada de su ayudante de camerino. Vera se giró hacia ella y se preparó para ponerse manos a la obra. Se puso el vestido, sacó su estuche de utensilios, las barras de maquillaje teatral Leichner, los polvos y el kohl, y los recuerdos de su padre se disiparon porque había mucho que hacer. Pronto empezarían a aparecer actores con tarjetas y regalos y buenos deseos, y el teatro sería como un organismo vivo que reuniría sus energías diversas y avanzaría hasta el momento de acomodarse el público y apagarse las luces.

El teatro ya había abierto sus puertas y los primeros miembros del público del estreno ya se habían despojado de sus abrigos y sombreros y habían procedido a alguno de los diversos bares del teatro, donde entre cócteles y champán comentaban en voz baja lo que recordaban de la obra y de la última vez que habían visto a Vera Grice sobre un escenario; fuera cual fuera el tema de conversación que surgiera, sin embargo, todos sentían esa feroz expectación que siempre acompaña a los estrenos en los teatros grandes del West End. Los bares se empezaron a llenar y, lentamente al principio y más deprisa después, aumentó el volumen de las conversaciones y el volumen de humo que las acompañaba, mientras que detrás del telón Jasper Speke pululaba en torno a la mesa del atrezzo, una ayudante de camerino se alejaba corriendo por un pasillo con una peluca en las manos y un actor se daba cuenta de que no se acordaba de ninguna de sus líneas de diálogo, de *ninguna*. Entretanto, un carpintero reemplazaba una baranda rota de la galería de los artesanos que de otra forma se vendría abajo en la última escena de la obra.

A Joan la estaban acompañando al teatro Julius y Gustl. La habían recogido con el Wolseley, y de Mile End fueron al West End pasando por Aldgate y The Strand. Julius llevaba esmoquin, por supuesto, y su pañuelo de seda blanca. Gustl se había puesto su mejor vestido, el de terciopelo verde con el loro, y también un viejo abrigo de piel plateada de espaldas anchas, al que había dedicado una hora de trabajo cepillo en ristre, así como el sombrero de fieltro oscuro con dos

plumas que le recordaba al Tirol. Joan iba de negro.

No se le había ocurrido no ir de negro. No era consciente de ninguna asociación funeraria, y si alguien se lo hubiera preguntado, ella habría contestado que estaba asistiendo a la representación de una tragedia, pero nadie se lo preguntó. El coche avanzaba lentamente hacia el New Apollo; Julius conducía el enorme Wolseley con aplomo, con un puro entre los dientes y Gustl a su lado, que se giraba de vez en cuando para dirigirse a Joan, toda de negro en el asiento de atrás como una huérfana o una tía soltera; oh, una figura patética, ciertamente, y todas nos sentíamos conmovidas, algunas incluso experimentamos una *premonición*, sí, un ligero temor. Nada más bajarse en medio de la multitud curiosa e inquieta, vio el nombre de su hija en letras luminosas encima de la marquesina. Se le ocurrió que Gricey habría estado allí en la calle, contemplándolo, llamando la atención de los demás hacia el cartel, y durante un par de segundos se emocionó. Gricey se habría secado una lagrimita del ojo, pensó; luego la habría cogido del brazo y habrían entrado los dos en el vestíbulo, mientras él representaba una vez más a su personaje: el viejo Gricey.

Pero aquella noche no iba cogida del brazo de Gricey sino del de Julius, y Gustl la llevaba del otro brazo, y no estaba mal que así fuera, porque si no, ¿cómo iba a hacer frente a los minutos siguientes? Todo era un revuelo de caras, besos, abrazos, fragmentos de conversaciones, luces potentes, humo y risas. Había entrado en miles de vestíbulos parecidos en miles de noches como aquella. Y sin embargo, ahora estaba consternada, y un poco aterrada, distraída e incapaz de concentrarse, incapaz de lidiar con una erupción de recuerdos inquietantes.

Gustl sabía que su amiga lo estaba pasando mal. La guio por entre el tumulto como si fuera ciega, hasta una pequeña banqueta del fondo del vestíbulo donde pudieran sentarse apartadas del resto.

—¿Estás bien? —le susurró.

—Necesito una copa, querida —dijo Joan.

Gustl vio a un camarero y las dos pidieron cócteles.

—No sé qué me ha entrado. Ya estoy mejor.

—Hay muchísima gente —dijo Gustl, agitando una mano delante de la cara. *Es ist sehr heiss, wir hätten unsere Fächer mitbringen sollen.*

—No te entiendo, querida.

—Mucho calor. Deberíamos haber traído abanicos. Dentro se estará mejor.

—Lo dudo —dijo Joan.

Se bebió el cóctel en un plis plas. Puso la mano en el brazo de Gustl.

—Pídeme otro igual, cariño, por favor, y se me pasará.

De manera que Gustl le pidió otro.

Luego Julius se unió a ellas y les sugirió que fueran a sus asientos. Al levantarse de la banqueta,

Joan se tambaleó un poco. Julius y Gustl entendían la presión que estaba sufriendo, o eso creían. Era la primera vez sin Gricey.

Julius no había pedido asientos en platea, sino en mitad de una fila central del teatro. Encontraron sus localidades sin problema y se acomodaron, con Joan sentada entre ellos dos. Tuvo ocasión entonces de examinar el auditorio y de ver quiénes estaban presentes y qué llevaban puesto. De hecho, la concurrencia desplegaba cierta elegancia. Los sombreros de las mujeres estaban mejorando, ciertamente. El resto del público también estaba en plena inspección, y Joan, que era la madre de la protagonista y conocida de muchos de los presentes, era una figura de interés. Pocos la habían visto desde el funeral de Gricey en enero, y algunos se quedaron escandalizados por su aspecto. Su cara demacrada, y oh, el hecho de que siguiera de pleno luto, y justamente aquella noche, una noche que claramente pertenecía a Vera. Y no pocos de ellos se dijeron que si no era capaz de aparcarse su dolor por el bien de su hija, ni aunque fuera por una noche, ¿por qué había venido? Esas cosas no se hacían. La cara valiente, la sonrisa risueña, la barbilla en alto, así era como la gente afrontaba los infortunios y las tragedias, ¿y acaso todos ellos no llevaban años haciendo justamente eso? La función *tenía* que seguir adelante. En cambio, Joan Grice, todavía hermosa pero flaca y con cara de palo, más pálida que nunca y vestida como si fuera al crematorio... no, así no se hacían las cosas, para nada.

Se habían cerrado las puertas del auditorio. Se atenuaron imperceptiblemente las luces del teatro. La audiencia guardó silencio al instante. Luego vino aquel momento tan largo en que las luces se apagaban por fin —estaba a punto de subir el telón—, y la tensión era palpable, tanto en el auditorio como entre bambalinas. Se oyó una última tos. Jasper Speke echó un vistazo a su gente. Los actores esperaban listos entre bastidores.

Joan se había quedado absorta en un recuerdo. Estaba en un refugio antiaéreo en la cripta de una iglesia, era diciembre de 1940, una de aquellas noches de ruido y fuego y peligro, y reinaba una sensación generalizada de vulnerabilidad física. En momentos así la gente se sentía muy cerca de la muerte, en noches como aquella, y tenía miedo de morir y también de mostrar que tenía miedo. De pronto se oyó una explosión gigantesca que le dejó un pitido en los oídos, y al disiparse el polvo descubrió a una criatura, una niña, tirada frente a ella en el suelo de losas de la cripta. Estaba muy quieta, la criatura, con su abrigo abotonado, y tenía los ojos abiertos. Estaba ileso salvo por una ligera hinchazón rosada en las mejillas.

Pero estaba muerta. La explosión había reventado sus pequeños pulmones. Su madre estaba chillando en alguna parte.

Levantando la cabeza, y parpadeando para disipar el recuerdo de la niña muerta, y de los chillidos de su madre, Joan lo vio entonces: ¡estaba allí! Se quedó indignada. Se puso de pie en el auditorio a oscuras, y con el brazo extendido y tembloroso, señaló con el dedo a una figura situada al final de los asientos de la primera fila, mientras un acomodador se fundía con las sombras

cercanas a la salida de más allá.

—¡Gricey! —exclamó.

Hubo murmullos a su alrededor.

—Oh, pero ¿qué quieres, Gricey? ¿Por qué *ahora*?

Su voz resonó en el silencio del teatro y a nadie le pasó por alto el temblor de histeria que había en ella. Otro segundo de silencio. Jasper Speke ladró una orden por lo bajo —¡No lo subáis todavía!— y el telón se quedó como estaba. Se encendieron las luces del auditorio. Los murmullos arreciaron mientras los ocupantes de las primeras filas giraban el cuello para ver quién estaba gritando —¿formaba parte de la obra?—, en las gradas del fondo la gente se inclinaba hacia delante y Joan se ponía de pie en mitad de su fila mirando a alguien a quien solo ella podría ver, con los dos brazos ahora extendidos, las palmas abiertas, implorándole como una amante abandonada...

Los actores se miraron entre sí perplejos entre bastidores, mientras los acomodadores caminaban a toda prisa por los pasillos. Luego Gustl ayudó a Joan, que estaba confusa pero empezaba a ser consciente de que había estado gritando en un teatro a oscuras, aunque no sabía a ciencia cierta por qué, y en su angustia se sentía ansiosa por marcharse inmediatamente. Se alejó dando tumbos, cabizbaja y temblorosa, hacia la salida, con Gustl al lado, cogiéndole el brazo, y los acomodadores pegados a ellas. Las luces volvieron a apagarse y por fin se levantó el telón. El cortesano, Delio, pronunció la primera frase de la obra, igual que dentro de un rato pronunciaría la última:

—Bienvenido seas a tu tierra, querido Antonio...

Mientras las palabras resonaban claras y poderosas, Gustl ayudó a Joan a salir del auditorio. El gerente de la compañía se les acercó pero Gustl le hizo un gesto para que las dejara solas. Le murmuró algo a Joan, pero en alemán.

—¿Qué?

—Creo que has visto a un fantasma, *Liebste*.

Entraron en el bar y se sentaron en la misma banqueta de antes.

—¿Es eso lo que ha pasado? —susurró Joan.

—Estás de duelo por su muerte y no has terminado.

—No he empezado.

Gustl se dio cuenta de que era verdad.

—No puedo volver a entrar ahí.

—¿Y qué hacemos entonces, querida?

Joan se giró una vez más para mirar a su amiga, le cogió las manos y le dijo que ella, Gustl, tenía que ver la obra por mucho que ella, Joan, no la viera. Gustl le dijo que ni hablar. Le sugirió que volvieran a casa de Julius pero, oh, no, Joan se quería ir a su casa. Gustl insistió en ir con

ella.

Llovía cuando salieron a Charing Cross Road. No tenían paraguas. Tardaron unos minutos en ver un taxi. Joan se subió y, antes de que Gustl la pudiera detener, cerró la portezuela de golpe. Gustl le dio unos golpecitos en la ventana pero Joan se quedó sentada mirando al frente y le dijo al taxista que arrancara, dejando a Gustl con su abrigo de piel mojado y sin más opción que volver a entrar en el teatro.

La función terminó siendo, a pesar del curioso incidente inicial, un éxito. Era una obra oscura, pero corrían tiempos oscuros. Se había venido abajo un mundo, pero había promesas de renovación, de esperanza política, de continuidad de la vida colectiva, y Elizabeth Morton-Stanley se había asegurado de que la obra transmitiera esto con volumen y claridad. Con la aparición del hijo de Antonio en el último momento se encendía una llama de *esperanza* en la corte de Amalfi, y aquel momento era compartido por todos los presentes en el teatro que habían sobrevivido a los años de la guerra y habían emergido de una pieza. También se trataba de una obra teatral emocionante, y en esto se mostraron todos de acuerdo, porque el reparto era soberbio, especialmente Vera Grice.

Sí, nuestra Vera. Cuando estaba en escena dominaba el drama, y su ausencia del escenario únicamente intensificaba la ansiedad del público por volver a verla. Por turnos se mostraba juguetona, seductora, altiva y tierna, y sin miedo frente a la muerte: el terror estaba ahí, tal como Vera había visto, pero también la serenidad. Era amante, madre y hermana trágica de un gemelo decidido a destruirla. Carecía de paciencia con la autoridad, sobre todo con la autoridad de aquellos empeñados en decirle a quién tenía que amar. Era una heroína de guerra para una audiencia fatigada por la guerra.

Cuando la esperanza desaparecía, veían en ella la idea de aquello con lo que llevaban conviviendo desde septiembre de 1939 pero que habían sido reacios a llamar por su nombre, porque no era así como se comportaban los británicos. Pero aquí y ahora, en un escenario de Londres, y en una obra escrita hacía más de trescientos años, lo veían desplegado frente a ellos, y en las simas inarticuladas de sus almas exhaustas se sintieron exultantes. ¿Qué otro país europeo se había mantenido firme frente a los nazis? ¿Qué otro país no había cedido ni un centímetro, no había colaborado en absoluto, nunca había sido ocupado, había luchado hasta las últimas consecuencias y había emergido victorioso de las ruinas? La duquesa de Amalfi era la antagonista desafiante de un megalómano demente con poder absoluto sobre la vida y la muerte. En ella el público se veía a sí mismo.

Y nada más terminarse la obra, el público se puso en pie como un solo hombre e hizo salir a los actores de vuelta, no una vez, ni dos veces, sino una y otra vez, y es posible que no hubieran

dejado de salir de no haber estado tan ansiosos por tener una copa en la mano y contarse sus impresiones. Ninguno de los presentes aquella noche olvidaría a Vera Grice, sudorosa, exhausta, eufórica, con el pelo negro cayéndole sobre el vestido blanco diáfano con el que había sido asesinada en el acto IV, cogiendo las manos de Harry Catermole a su derecha y de Ed Colefax a su izquierda, en medio de la fila de actores que llegaba de una punta del escenario a la otra, y con una segunda fila detrás de ellos. Los demás miraron a Vera para hacer la reverencia y cuando ella agachó la cabeza ellos agacharon las suyas.

Más tarde, en el camerino de Vera, el ambiente era de euforia. La sala estaba abarrotada. Elizabeth Morton-Stanley servía copas de champán y en su cara había una expresión casi nunca antes vista, ni siquiera por Sidney Temple, que había estado llorando. Julius y Gustl estaban juntos en la otra punta del camerino, disfrutando de la gloria de Vera y decididos a que no se enterara todavía de las extrañas lamentaciones de su madre. En cuanto a Frank Stone, también estaba decidido a guardar silencio sobre aquel asunto. La culpa que sentía por lo sucedido con Joan era la mera sombra de una mancha en lo que por lo demás estaba siendo, para él, una noche de éxito, porque su Malatesta había tenido una acogida cálida, sobre todo su «oh, triste desastre».

Y esa misma noche de gloria, en el Congreve's Grill de Covent Garden, Vera le preguntó a Julius dónde estaba su madre y él le explicó que se había sentido cansada pero que le mandaba muchos besos, y que hablaría con ella por la mañana. Ahora ocupaban una mesa enorme y feliz, y el restaurante entero se había puesto de pie al entrar majestuosamente la compañía. Vera mostraba una tranquilidad extraña, y Julius, mirándola, vio algo en su mujer que no había visto nunca, un estado de ánimo, una actitud, visible en su conducta atemperada en medio del jolgorio ruidoso de los actores que la rodeaban, y le pareció que por primera vez estaba asumiendo la responsabilidad de su genialidad. Frank Stone lo vio también y no lo olvidó. A su debido tiempo él experimentaría lo mismo.

Cuando a la mañana siguiente Gustl llamó al timbre de Archibald Street, Joan bajó a abrirle la puerta. La pregunta cuya respuesta exigió de inmediato era si Vera lo sabía.

—No —dijo Gustl—. No lo sabe.

—Gracias a Dios.

Llevó a su amiga escaleras arriba y a la cocina. Ahora quería saber cómo había ido, porque no había salido a comprar la prensa. Gustl le contó cuántas ovaciones finales había habido y Joan se llevó las manos a la boca.

—No puede ser...

—*Sieben* —dijo, enseñando siete dedos.

Joan se desplomó en su silla.

—Entonces va a ir bien.

—Ahora tú tienes que contarme, querida —dijo Gustl—, qué pasó anoche.

Joan se puso a preparar el té. Gustl, que había visto el fantasma que Joan tenía detrás de la mirada, se preguntó ahora por qué haber descubierto que Gricey estaba involucrado con los fascistas no había destruido las ilusiones de Joan; por qué no lo había expuesto a ojos de su mujer como un hombre distinto al que ella había amado durante tantos años, distinto al hombre cuyo espíritu, en pleno engaño descabellado causado por su dolor, ella intentaba con tanto ahínco mantener en el mundo. ¿Por qué no se había desplomado todo aquel edificio destartado? ¿Por qué *la rondaba* el fantasma?

Ah, pero a fin de cuentas, pensó entonces Gustl, observando cómo su amiga preparaba el té, y captando el aroma del dolor, oh, qué dolor tan desesperado —nosotras lo olíamos, ¿verdad, señoras?—, pensó Gustl: ¿qué importaba a fin de cuentas? ¿Por qué no podía amar a un fascista? Muchas mujeres amaban a fascistas. Ella misma había amado brevemente a uno en 1937. ¿Quién nos va a decir a quién podemos amar? A fin de cuentas era de eso de lo que trataba *La duquesa de Amalfi*.

Dejó a Joan una hora después, preocupada por el hecho de que lo que ahora parecía importarles más a Joan era que Vera no se enterara de lo sucedido en el teatro, de lo que ella había hecho.

—Va a creer que estoy loca.

—*Für einige Zeit macht der Tod Wahnsinnige aus uns allen.*

—¡Basta de alemán! ¡Por el amor de Dios, tía!

—La muerte nos enloquece temporalmente a todos —dijo Gustl.

Estaban sentadas a ambos lados de la mesa de la cocina y Joan le cogió las manos a su amiga y le dijo que aquello no cambiaba nada, que iría de todas formas al mitin y que subiría al estrado para hablar; tenían que continuar. Gustl se quedó sorprendida. No se había esperado aquello. No entendía por qué su conversación había producido aquella insistencia repentina en mantener la promesa que Joan le había hecho a Julius de hablar en el mitin, pero se alegró de todas maneras.

De hecho, Vera oyó el rumor de que la primera noche había habido un incidente en el teatro. No le prestó atención. Tres días más tarde, sin embargo, a su ayudante de camerino se le escapó la verdad, cuando le dijo que confiaba en que su madre estuviera mejor.

—¿Cómo?

Vera estaba semidesnuda ante el espejo. Ya iba maquillada para salir a escena. Le habían sujetado una media ceñida con alfileres a la cabeza a modo de preparación para la peluca. La ayudante de camerino le estaba atando el corsé y se dio cuenta inmediatamente de que Vera no lo sabía.

—¿Qué quieres decir con encontrarse mejor, Janet?

Y ya no hubo forma de esconderlo.

Frank Stone había intentado hacer las paces con Willy Ogilvie, pero Willy no se dejaba aplacar. No se le había escapado el hecho de que Frank estaba recibiendo menciones favorables en las espléndidas reseñas que se estaban publicando sobre la obra. Willy sabía que él podía haber hecho lo mismo que estaba haciendo Frank con Malatesta y estaba resentido. Ese tipo de rencores pueden clavarse hasta el fondo en el blando tejido del corazón de un actor. Ahora, sin embargo, Frank estaba libre de preocupaciones. Porque se acordaban de su Malvolio, aquellos cuyo trabajo era ser conscientes de aquellas cosas, y ahora le estaban viendo hacer algo nuevo con el conde Malatesta. Un actor al que prestar atención, lo llamaban. Y también entre bastidores sentía un respeto renovado, y lo más gratificante era la calidez que le llegaba de Vera. Hasta el viernes.

El viernes, en el camerino de ella, Vera se enteró de que su madre casi había arruinado la primera subida de telón. Después de la función mandó a buscar a Frank y al marcharse sus visitas le pidió que se quedara. Le preguntó qué sabía de lo que había pasado con su madre en la noche del estreno y Frank fingió no saber nada. Vera se puso furiosa al instante. Le dijo que no la tratara como a una idiota y que por favor se limitara a contestar la pregunta.

Frank estaba sentado como de costumbre en el borde del sillón, con las manos entrelazadas entre las rodillas. Tenía los pies muy separados y la cabeza colgando. Vera se estaba limpiando la cara y lo miraba por el espejo. Ahora se giró en su silla para mirarlo directamente. Se había puesto un jersey sobre el vestido que llevaba en su estrangulamiento. Hacía mucho frío en el teatro después de la función.

—La pregunta es: Frank, ¿por qué se puso a gritar mi madre antes de la primera función?

—No lo sé.

—Inténtalo.

—Creo que está furiosa con tu padre.

—¿Por qué? Mi padre está muerto.

—Creo que es por eso.

Frank estaba dando palos de ciego, pero Vera también. Ella tuvo que admitir que seguramente él tenía razón. Pero no tenía intención de dejarlo en paz.

—Tú tampoco has ayudado mucho a la situación, ¿verdad?

Frank era consciente de que se merecía aquello.

—¡Acababan de enterrar a mi padre!

—Lo incineraron.

—Tiene casi edad para ser tu madre.

—Lo sé.

—¿Y entonces por qué lo hiciste?

—Simplemente pasó. Son cosas que pasan, Vera. Un hombre, una mujer...

Vera se puso de pie y fue a cambiarse al otro lado de la mampara que había en la otra punta del camerino. Su voz, cuando llegó hasta Frank, era incorpórea, aunque mientras se quitaba el vestido él pudo verle varias partes del cuerpo en el espejo.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—¡Nada! Siento mucho que haya pasado.

—Con eso no basta, Frank.

Vera emergió de detrás de la mampara abotonándose la blusa por encima del sujetador y Frank no apartó la vista.

—Quiero que la consueles.

Frank no supo qué decir.

—Es lo que necesita, ¿y quién más lo va a hacer?

—¿Por qué no tú?

—No seas memo, joder, necesita un hombre. Y además yo estoy ocupada ahora mismo, por si no te has dado cuenta.

Frank no quiso decirle que él también estaba ocupado. Aceptó ir a ver a Joan y consolarla.

—Vas a tener que contarme lo que pase. Todo.

—Sí, Vera.

—Muy bien. ¿El pub todavía está abierto?

—Puede que nos dé tiempo a tomar una ronda rápida.

—Vamos, pues.

Sucedió durante la que llamaban la escena del cementerio del acto V. Antonio y Delio estaban bajo los muros de una antigua abadía en ruinas. El escenario estaba a oscuras y la atmósfera era especialmente fantasmal, porque la duquesa, que sin saberlo Antonio ya había sido asesinada, iba a ser oída en forma de eco. En un momento dado Antonio decía: «Eco, no pienso hablar contigo / porque eres cosa muerta».

Y el Eco le contestaba: «Eres cosa muerta».

Antonio, exasperado, se giró, dio unos pasos —demasiados, de hecho— y se cayó del escenario. Aterrizó sobre la orquesta y a punto estuvo de hacer trizas el fagot. Bajó el telón sobre la escena del cementerio y se encendieron las luces del teatro.

Hubo una rápida discusión entre bastidores. Harry Catermole no podía apoyarse en la pierna, de forma que Frank reemplazó a Antonio y fue apuñalado en la escena siguiente por Bosola, que le revelaba durante su agonía que su mujer la duquesa y dos de sus hijos habían sido asesinados. Frank pronunció un último discurso y al cabo de unos segundos su cuerpo fue transportado con el acompañamiento de una marcha fúnebre de la sección de percusión de la orquesta, con profusión de bombos. Se hizo un silencio profundo y solemne en el auditorio.

En la escena final Willy Ogilvie se hizo cargo del conde Malatesta y Grisolano fue interpretado por un Loco desempleado. Frank, plantado entre bastidores, oyó cómo Willy imitaba su «Oh, triste desastre», pero no conseguía la languidez sardónica que él había perfeccionado, de manera que las risas fueron vacilantes. No importaba. La obra terminaba con la llegada del hijo de Antonio. El público se puso en pie, arrebatado.

Entretanto, habían hecho venir a un médico a los camerinos. La cosa no tenía buena pinta. Frank Stone estaba entre los miembros del reparto congregados en la puerta del camerino de Harry. Harry estaba sentado sin los leotardos y con la pierna desnuda extendida sobre una silla. La inflamación ya era visible. El médico se giró hacia el gerente de la compañía y le dijo que aquel hombre iba a pasarse varias semanas fuera de la obra. Tenía suerte de no haberse roto la pierna.

Se oyó una especie de gemido procedente de los actores que estaban en la puerta. Hubo manifestaciones de condolencia. Harry se giró hacia ellos y habló con cadencia trágica.

—Ya les dije yo que estaba demasiado oscuro —se lamentó—, pero ¿acaso me escucharon?

Pero la indignación se disipó pronto. No había nada que hacer. Un par de actores echaron vistazos a Frank, que negó tristemente con la cabeza, aunque por dentro estaba exultante. Los

demás lo sabían. Eran iguales que él.

Ojalá Gricey se fuera a morir. Pero Gricey no se iba a morir nunca, de esto Joan estaba más segura cada día que lo oía dentro del ropero, y ahora lo oía a menudo. Cómo debía de haberla odiado, fue lo que pensó, y no por primera vez. Era un pensamiento intolerable. Era lo que le rompía el corazón, y cuando lo pensaba necesitaba sentarse, o tumbarse en el sofá, o en su cama, y los sollozos le sacudían el cuerpo hasta dejarla exhausta. Luego se levantaba y volvía a sus tareas, y se preguntaba cuánto tiempo sería capaz de soportar aquella carga, saber que lo que fuera que le había hecho a Gricey, sin saberlo, había despertado semejante odio en él. Pobre Joan, jamás se le ocurrió que no tenía nada que ver con ella. Él la odiaba porque podía. Habría odiado a cualquiera. Era la manera fascista.

Asistió a *La duquesa de Amalfi* por segunda vez. Fingió que era una anciana. Fue encorvada y demacrada, con los dedos enfundados en mitones y agarrándose el cuello subido del abrigo contra la garganta. Ocupó su asiento en la galería y al apagarse las luces escrutó el auditorio, pero no, Gricey no estaba presente, o al menos no todavía. Observó a su hija con placer verdadero, y también con tristeza, y ansiedad, y aplaudió con entusiasmo al final de cada acto.

No se sintió alarmada hasta que Antonio sufrió su accidente imprevisto en el foso de la orquesta. Se había vuelto sensible a lo insospechado. Había empezado a creer que ya no existían accidentes. El descubrimiento de la insignia fascista solo había sido el comienzo. Ahora reconoció a Frank Stone cuando salió a escena, lo vio reemplazar al otro hombre, al lesionado. Miró con frialdad cómo representaba el papel de Antonio, y al principio le produjo amargura el hecho de que fuera a interpretar al marido de Vera, igual que antaño había interpretado a su padre, es decir, cuando se había hecho con el papel de Malvolio que había tenido Gricey.

Al acabar la función no pasó a ver a Vera. Lo que hizo fue escabullirse y pedalear a casa por las calles oscuras con peor compostura de la que había mostrado antaño en el sillín, manejando aquella bicicleta de gran tamaño de forma tan descuidada que atrajo la atención de dos policías, aunque no la detuvieron. Cruzó pedaleando con furia el East End hasta dejar atrás el cementerio y Saint Clement y llegó a Archibald Street, donde fue traqueteando por los adoquines mojados hasta su misma puerta. La abrió rápidamente, metió la bicicleta y la dejó apoyada de costado en el vestíbulo, debajo de la escalera.

Pronto estaba en su cocina y antes incluso de quitarse el abrigo ya había sacado la botella del armario, y solo después de un robusto fortalecimiento se sintió capaz de entrar en la habitación de Gricey, darle una patada al odiado ropero y gritarle unas cuantas veces, aunque aquella noche él no se quiso despertar, debía de estar fuera, supuso ella, y con una especie de tono triunfal en la voz le deseó que tuviera pesadillas y luego apagó la luz, cerró la puerta con llave y regresó a la

cocina.

Frank le había prometido a Vera que visitaría a su madre y lo hizo a la mañana siguiente. Ella se quedó sorprendida de verlo; incluso impactada.

—¿Señor Stone? —le dijo cuando le abrió la puerta—. ¿Qué está usted haciendo aquí? No importa, entre, está lloviendo.

Llevaba varios días lloviendo. Frank no tenía paraguas pero sí que tenía un impermeable decente, cortesía de Gricey, así como su sombrero de fieltro negro. Entró y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para no contarle la buena noticia de inmediato. Ella ya lo sabía, claro.

Joan subió las escaleras, seguida de Frank. Él se había inclinado el sombrero hacia atrás para darse un aire ligeramente desenfadado, en concordancia con su estado de ánimo, y se había desabotonado el abrigo de manera que le ondeaba en torno a las piernas. Había habido veces, y no hacía tanto tiempo, en que solo tenía ojos para las esbeltas curvas y contornos de las caderas y el trasero de Joan, el vislumbre de los dedos largos y pálidos sobre la barandilla y el moño más bien severo que se le aferraba al cuello blanco de cisne, del que solo se escapaban unos mechones sueltos, de tal manera que para cuando coronaban la escalera y llegaban al rellano de la primera planta, algo en él se había levantado ya...

Pero no fue el caso aquel día. Frank había venido a enmendarse. Había venido ensayado su discurso en el autobús. No le cabía duda de que sería bien recibido. Luego volvería con Vera y le contaría que había hecho lo que ella le había pedido.

—Supongo que quiere una taza de té.

Él no reconoció de inmediato su tono de voz. Conocía su actitud cariñosa, conocía su actitud afectuosa y maternal, y había experimentado también la intensidad silenciosa e insistente que le había mostrado en la oscuridad de su lecho aquella mujer reservada como ninguna. La había visto llorosa y había visto el humor seco al que se entregaba cuando se entregaba a la ginebra. Pero no reconoció aquel ofrecimiento de una taza de té.

—Señora Grice, he venido a decirle...

—Oh, no se moleste, en serio, señor Stone, no tengo tiempo para eso, francamente. No necesito que se me disculpe. Me imagino que lo ha hecho venir mi hija, ¿verdad?

—Ella ha pensado que usted estaría...

—Enfadada. Oh, sí. Oh, sí, señor Stone. *Frank. Francis. Estoy enfadada. Estoy furiosa de verdad.*

Dio la espalda a los fogones y miró al actor, que estaba sentado a la mesa de su cocina. Se había quedado boquiabierto. No sabía qué decir. De hecho, estaba vislumbrando por primera vez lo que más tarde reconocería como una mujer en las primeras fases de alguna clase de colapso

nervioso, y un pensamiento inesperado le pasó por la cabeza, sin que él supiera de dónde venía: que todos nacemos locos y algunos nos quedamos así; no importa, esto solo pretende mostrar que al ver a Joan aquella mañana en su cocina, la idea de la locura se insinuó a sí misma y lo dejó perplejo.

—¿Está usted enfadada conmigo?

Joan se dejó caer riendo en una silla de la cocina.

—Pobrecito bobo mío. No, *Franz*, no estoy enfadada *con usted*.

—¿Con quién, entonces?

Pero ella se había hartado de él. Hablaba en jerigonza.

—No pienso darle una taza de té. Quiero que se marche.

—Pero Joan...

Ella se puso de pie y se inclinó hacia delante, con las manos extendidas sobre la mesa, lo miró con un odio feroz y al mismo tiempo estiró la mano para coger la tabla de cortar el pan, que estaba en la punta de la mesa, y entonces, cuando los dedos de Joan se cerraron en torno al cuchillo del pan, Frank Stone supo sin lugar a dudas que lo estaba amenazando, y se sintió en peligro, porque ahora Joan lo asustaba. Nunca supo a ciencia cierta qué pasó a continuación, porque lo siguiente que recordaba era estar plantado bajo la lluvia en medio de Archibald Street y luego caminar rápidamente en dirección al cementerio y la parada del autobús. Se había dejado el sombrero.

Aquella noche Frank se mostró silencioso en el teatro. Había trasladado sus cosas al camerino que Harry había estado compartiendo con Ed Colefax y ahora se sentó frente a su espejo, distraído. Solo cuando Jasper anunció que faltaba media hora se despertó de su ensueño y empezó a prepararse para la función vespertina. No le contó a Vera el extraño encuentro que había tenido con su madre. No sabía qué decir al respecto.

Sabía qué decir sobre el escenario del teatro New Apollo, sin embargo. Desde su primera entrada en escena ya fue un Antonio apasionado, dedicado únicamente al bienestar de la mujer a la que adoraba. Vera y él nunca habían actuado delante de un público juntos, y a nadie que estuviera familiarizado con la producción cuando el papel lo había interpretado Harry Catermole le pasó por alto el hecho de que la temperatura había subido unos cuantos grados. Aun así, para quienes entendemos de esas cosas, la interpretación de Frank, aunque tenía espíritu, carecía de disciplina, y a Vera también se lo pareció.

Entretanto, Julius Glass estaba distraído por otros temas, pero no hasta el punto de olvidar el éxito teatral de su mujer. Estaba igualmente contento de que su inversión en aquella producción

estuviera demostrando ser juiciosa, porque los adelantos iban muy bien. Fue Gustl quien le mencionó el poder de la química sobre el escenario.

—Julius —le dijo, en tono ominoso—, se están gustando entre ellos.

Estaban los dos en la barra circular durante el intermedio, unas cuantas noches después de que Frank asumiera el papel de Antonio, el sábado por la noche, de hecho. Habían venido a ver qué tal lo hacía el sustituto de Harry. Pero a Julius nunca le preocupaba lo que hiciera su mujer sobre el escenario.

Se despertó con un sobresalto. Era una mañana lluviosa de domingo, el día del mitin, y Joan había pasado mala noche. Había vuelto a soñar con Gricey y ahora sabía dónde estaba escondido. Oh, qué *tonta* has sido, se dijo; ¿tendrías que haberte imaginado que estaría ahí! Pero hasta entonces no se le había ocurrido. Era terrible. Tenía que ir allí y plantarle cara, decirle que *dejara en paz a Vera*. Pero todavía no. Se sentó frente a su máquina de coser y trabajó en un trozo de tela de paracaídas que había caído en sus manos. Le estaba haciendo unos pantalones a Vera. Oh, aquella chica... ni siquiera sabía el peligro que corría. Claro que no bastaba con unos pantalones de seda, pero eran menos que nada. Joan no necesitaba patrón, se limitó a cortar la seda con sus largas cizallas de mercera. Sabía que a Vera le gustaban holgados, o sea que les iba a añadir retales en las costuras; había que hacerlo siempre con la seda, de todas formas. Usaría una aguja bien afilada e hilo de seda, y qué bien le quedarían a Vera, y qué susurro estridente tan agradable harían cuando se le frotaran los muslos entre sí. Se hacía extraño que ya no estuvieran en vigor las reglas de la austeridad, pensó, como por ejemplo los límites de cuántos pliegues de tabla podías tener, cuántos botones y demás. Pero ya no. Ahora podía hacer lo que quisiera con los pantalones de Vera, y qué agradables le resultarían al tacto, porque el nylon era muy pegajoso, y mucho más difícil de coser. La seda era resbaladiza, pero si solo los llevaba en el dormitorio no importaría. No, tenía que usar seda.

Aquellos eran los pensamientos inquietos, ansiosos y distraídos de Joan mientras le cosía a Vera aquellos pantalones de seda para llevarlos en el dormitorio, y a cada momento que pasaba el peligro le resultaba más real. Hacía tiempo que no le cosía ropa a su hija, y hacerlo ahora le produjo un consuelo extraño e incómodo. Más tarde los teñiría en el fregadero de la cocina. Hojas de té usadas en bolsas de muselina, funcionaban muy bien...

Luego se impacientó de pronto, porque necesitaba hacer algo y no lo podía postergar ni un segundo más. Tiró a un lado los pantalones, salió de golpe del cuarto de coser y se puso el abrigo y el sombrero. Pronto estaba montada en su bicicleta. Lloviznaba. Eran las diez y media de la mañana cuando llegó a la casa de Lupus Mews. Gustl salió a la puerta.

—Hola, *Liebste*, no sabía que ibas a venir tan temprano. Creo que Julius no está listo.

—No, no, tengo que subir a la habitación de Vera.

Estaban en el recibidor y Gustl intentó cogerle el abrigo y el sombrero mojados pero Joan no le dejó, de tanta prisa que llevaba. Gustl la avisó de que ahora Vera ya no dormía en el desván, sino

con su marido.

Joan se puso a subir las escaleras de la casa con el abrigo mojado hasta el desván y se quedó en la puerta del cuartucho de techo inclinado, vigas vetustas y ventana en buhardilla. Los tablonces del suelo estaban al descubierto salvo por una alfombra de rafia puesta junto a la cama. Ahora también había un ropero, uno viejo y negro arrumbado contra la pared de delante de la cama y con una puerta abierta y colgando. Pero a Joan no le interesaba aquel ropero, lo que buscaba era el altillo de debajo de las vigas. Cruzó la habitación y levantó el pestillo. Se asomó a la oscuridad de dentro y supo de inmediato que tenía razón: residuo espiritual mórbido. Lo olía.

—Voy a entrar *ahora* —dijo, y entró agachando la cabeza.

Cerró la puerta tras de sí. Se pasó un rato allí dentro. Cuando volvió a bajar las escaleras se la veía agotada. No quiso decir nada de lo que había estado haciendo en el desván, y poco después partió rumbo a Hackney acompañada de Gustl y Julius.

Los actores suelen tener libres los domingos pero Vera quería seguir trabajando en la escena del cortejo. Durante los ensayos, Frank Stone solo había hecho de Antonio en aquella escena una vez, de forma que se había perdido todo el trabajo que habían hecho Harry y ella. Vera era consciente de que por eso Frank entraba demasiado fuerte demasiado pronto. Alcanzaba su clímax cuando ella se ponía el anillo en el dedo tembloroso y después no sabía qué hacer durante las últimas tres páginas, que incluían besos, una boda apresurada y la salida de escena. Vera quería que el público supiera que aquellos dos iban a *explotar* si no les daban una cama *ya mismo*.

De forma que le pidió a Frank que fuera a Lupus Mews para trabajar en la escena. Julius y Gustl iban a estar fuera el domingo por la tarde, o sea que tendrían la casa para ellos solos. Frank tardó medio segundo en aceptar el ofrecimiento. Cuando apareció, Vera se lo llevó a la cocina, donde tenía el guion abierto sobre la mesa, en mitad del acto I, escena V. Frank le dijo que se había dedicado a observar entre bastidores a Harry todas las noches, cuando no estaba él también en escena.

—Estoy intentando darte todo lo que hacía él —dijo.

—No —repuso Vera—, no es lo que quiero para nada, Frank. Harry era como un cacho de madera y quiero más de ti.

—¿Más qué?

—Sentimiento, bobo. Puta electricidad, Frank.

A veces a Frank le costaba no reírse cuando Vera se enfadaba con él.

—Necesito que te pongas *lascivo*. Pero no de inmediato. ¿Lo entiendes?

Le cogió la mano y se la llevó a la entrepierna. Sin dejar de mirarlo a la cara. Frank estuvo a punto de tocarla, ¡pero de pronto ella lo apartó! Luego acercó una vez más la mano de él a su

cuerpo —respiración entrecortada, lengua en los labios, boca abierta, mirada clavada en la cara de él— y la volvió a apartar. Solo dejó caer su mano cuando vio que él lo entendía.

—Lascivo —dijo Frank.

—Sí, cariño.

Estaban de pie en la cocina, él después de quitarse el abrigo con dificultades y ella caminando de un lado a otro sin hacer ruido con sus zapatillas de tenis, mallas y jersey gris enorme y el pelo recogido en un moño desmadejado.

—Empecemos cuando Cariola se va detrás del tapiz. Tú entras y yo digo que te he mandado a buscar. Siéntate: coge pluma y papel y escribe.

Levantó la vista. Frank se sentó. Sí, dijo, y cogió una pluma e hizo el gesto de ponerse a escribir. Y se pusieron a ello. Frank captó enseguida el movimiento y el sentimiento de la escena tal como la quería Vera: es decir, el tira y afloja de la electricidad sexual cada vez que la corriente subía y se transmitía entre ellos. En el tercer repaso la escena empezó a parecer una danza, y a quienes los estábamos viendo —que éramos nosotras, claro— nos dio la sensación de que estaban bailando, y aunque habían empezado con un minué, pronto pasaron a un vals más rápido, a medida que desaparecía la formalidad y la escena los empujaba a pegarse más y más entre sí, hasta que terminaron jadeando en la cocina, sudorosos por el esfuerzo y encantados cada uno consigo mismo y con el otro.

Fue entonces cuando oyeron voces en el pasillo.

Vera abrió de golpe la puerta de la cocina y soltó un grito. Al final del pasillo había un hombre alto cubierto de sangre, gimiendo y apoyado en la puerta de entrada. Iba cogido del hombro de Julius. En la otra mano tenía un pañuelo ensangrentado pegado a la cara. Ahora Julius y él fueron dando tumbos hacia la cocina, Julius sosteniendo a aquel hombre herido que estaba claro ahora que no podía apoyarse en una pierna. Frank fue con ellos al instante y entre Julius y él consiguieron meterlo en la cocina y luego sentarlo en una silla, donde el tipo apoyó la cabeza en la mesa, jadeando de dolor.

—Menuda entrada, cariño —dijo Vera, mirando al hombre ensangrentado que estaba en su cocina. Lo conocía, por supuesto, era Peter Ryder, que ahora levantó la cabeza de la mesa y le preguntó si tenía un cigarrillo. Vera ya estaba al teléfono. Le dijo que lo que necesitaba no era un puñetero cigarrillo sino un puñetero médico.

En cuanto hubieron llamado a un médico y Frank le hubo servido a todo el mundo un whisky, Julius les contó lo que había pasado. Se dedicó a mirar al suelo durante gran parte de la crónica. Se había presentado mucha más gente de la que nadie esperaba. Había muchos fascistas y también mucha gente que odiaba a los fascistas, además de otra parte del público que pensaba que todo

aquello era puro teatro, una juerga y poco más. Pero se notaba la tensión en el aire, dijo Julius. A media tarde había salido el sol, dijo, y brillaba una luz extraña después de la lluvia, mientras se avecinaba el crepúsculo, una especie de media luz fantasmagórica y húmeda de llovizna, con una especie de arcoíris al oeste, hacia Hampstead, aunque pequeño, más bien un intento de arcoíris...

Julius titubeó y se detuvo. Sin dejar de mirar al suelo enarcó las cejas, como si estuviera un poco sorprendido. Peter Ryder se terminó su whisky, empujó su vaso sobre la mesa y pidió otro. Fumó, gimiendo.

—¿Dónde está ese médico de las narices? —dijo Vera, y se alejó por el pasillo para ver si estaba ya en el callejón. Cuando regresó, Julius siguió hablando.

—Y entonces ha aparecido ese idiota —dijo.

—¿Qué idiota?

—Edgar Cartridge. Ha llegado en la furgoneta. Con el uniforme puesto.

—¡Dios bendito, eso es ilegal!

—Lo tendrían que haber detenido. Lo tendrían que haber sacado de allí. Eso ha hecho que se le girara la cabeza, la ha puesto furiosa, yo qué sé. Las botas, el cinturón...

—¿Se le ha girado la cabeza a quién?

Julius miró a Vera un par de segundos, con una *lástima* terrible, o eso nos pareció a nosotras.

—A tu madre.

—¿Qué ha hecho, Julius? ¿Julius?

—Tenía unas tijeras.

—Oh, Dios, no...

—En el bolso. Esas largas y afiladas que usa para cortar tela.

—¡Oh, Dios, no, no me lo digas!

Vera se llevó las manos a la cara.

—Estaba de pie junto al escenario, estaba esperando para subir, iba a dirigirse al público pero yo me he dado cuenta de que estaba mal...

Vera se puso de pie y a Julius le afloraron las lágrimas.

—No sé, cielo, estaba... oh, estaba desquiciada, y yo me había alejado un momento y Gustl estaba con ella cuando ha aparecido Edgar Cartridge con el uniforme de camisa negra y la ha dejado en estado de shock...

—¡No lo soporto!

—Quiero decir que la ha zarandeado, ella se ha tropezado y cuando... bueno, se ha sacado las tijeras del bolso y *se las ha clavado*.

—No.

—Así, tal cual. Las ha sacado del bolso y se las ha clavado en el vientre, todo ha pasado muy deprisa y la pobre Gustl no ha tenido tiempo de detenerla...

Julius se sentó. Vera estaba de pie frente al fregadero, mirándolo.

—¿Se las *ha clavado*? Pero...

Frank miró a Julius con la boca abierta. Peter Ryder tenía los codos sobre la mesa y la cara apoyada en las manos. Julius miró a su mujer con las lágrimas cayéndole ahora por las mejillas.

Ridley Road era una calle de mercado ajetreada de Hackney. Daba a Dalston Lane por un lado y a Kingsland High Street por el otro. Por el lado de Kingsland desembocaba en una plaza con capacidad para unas cinco mil personas, y aquella tarde de domingo en que la viuda de Charlie Grice iba a hablar desde el estrado, los fascistas habían llegado temprano para asegurar su cancha. Frederic Bacon esperaba problemas y se había traído a un montón de jóvenes matones. Muchachos de Mosley, en su mayoría, soldados rasos de la BUF que todavía guardaban los uniformes en sus armarios, aunque ahora tenían prohibido por ley ponérselos. Como había mucho público, tenían planeado distribuir su *material impreso*, pero aquella misma mañana había surgido un problema: *no había* material impreso. ¡No había panfletos! Alguien se los había llevado del almacén en mitad de la noche y los había quemado en un cráter de bomba solitario de Dulwich. Había sido obra de Karsh, valiéndose de la información de Julius, suministrada en gran medida por Peter Ryder.

Para el asalto a la tarima se seleccionó a dos docenas de los hombres más duros de Karsh, y treinta más a modo de apoyo. Aparecerían en el mitin en grupos de cinco, y después de que Joan pronunciara su discurso atacarían la tarima en formación de cuñas. A ninguno de ellos le hacía mucha gracia. A todos les daba mala espina, aunque desde su llegada Joan se había mostrado extrañamente tranquila. Pero no era más que miedo, o eso creía Gustl.

Julius dejó el coche en Hackney y fueron caminando desde Sandringham Road. Para cuando llegaron ya había cientos de personas en la plaza. Los fascistas que rodeaban la tarima estaban silenciosos y amedrentados. Se dedicaban a contemplar el cordón de policías uniformados que había desplegados a lo largo de los comercios de la calle. Fascistas y polis, los dos igual de nerviosos. Todos los gritos venían del público.

Unas horas más tarde se habría oído caer un alfiler en la casa de Lupus Mews. Julius estaba paralizado por la masa gravitatoria convulsa del monstruoso acontecimiento trágico que habían presenciado. Vera estaba impaciente.

—¿Qué ha pasado entonces, Julius, por el amor de Dios?

Él levantó la vista, parpadeando y pasándose una mano por la cara.

—Que se ha puesto a vomitar sangre.

Todos los presentes vieron mentalmente al fascista atónito, de rodillas junto a la tarima, agarrándose el vientre y ahogándose.

—Ha venido un médico pero no ha podido hacer nada...

La voz de Julius se volvió a apagar.

—Ha corrido la voz deprisa —dijo—. La policía ha desalojado la plaza. A nadie le apetecía pelearse ni pronunciar discursos...

—¿Dónde estaba mi madre?

Julius miró a su mujer.

—En la parte de atrás de un coche de policía.

—¿Ha venido una ambulancia?

—Oh, sí.

—¿Y dónde está ahora?

—En el calabozo. En Stoke Newington.

—Quiero verla, Julius.

—Sí, por supuesto.

La comisaría estaba en High Street, y mientras Julius y Vera se acercaban a bordo del Wolseley, con Frank sentado detrás, vieron restos de la multitud pululando frente a los pubs, todavía atrapados por el horror de lo que había pasado hacía un rato. Era la primera vez que se producía una muerte. ¿Acaso supondría el final de todo aquello? Por la calle había piedras, ladrillos y cubos de basura volcados. Gustl estaba en la comisaría esperándolos. Hubo gritos de llanto desolado cuando la encontraron allí, pero no les permitieron ver a Joan. El sargento de guardia les pidió que esperaran. Ya eran las ocho de la noche pasadas y había periodistas, pero todavía no querían hablar con la prensa. A Peter Ryder se lo habían llevado a urgencias para ocuparse de sus heridas. Lo peor que tenía era un corte profundo a lo largo de la cara causado por una patata con cuchillas de afeitarse.

Se sentaron en unas sillas duras de una sala de espera mal iluminada. Hacía frío. Por lo menos Vera llevaba el abrigo de piel. El sargento les trajo té. Oyeron gritos procedentes de la calle y solo se les ocurrió que los fascistas seguían deambulando por allí fuera. El tiempo pasaba muy despacio. El sargento de guardia no les decía nada. Vera se imaginó a su madre sentada en una habitación vacía con rejas en la ventana y no pudo contener el llanto. Julius la rodeó de inmediato con el brazo y ella sollozó contra su pecho mientras él le acariciaba la cabeza.

A medianoche les dijeron que Vera y Julius podían bajar a los calabozos. Los esperaba en las angostas escaleras un hombre con barba y traje oscuro que se presentó como el doctor Strathclyde, y les dijo que era psiquiatra.

—Doctor...

—¿Sí?

El hombre estaba impaciente. Era tarde.

—¿Qué le pasa?

—Locura alucinatoria. Está psicótica. No la quiero poner más nerviosa...

Luego se oyó un grito procedente de más abajo. Vera lo apartó de un empujón...

—... de lo que ya está...

Vera bajó corriendo las escaleras a ciegas. Chilló y su chillido arrancó el eco de aquellas celdas policiales húmedas y del hueco de la escalera. Se quedó plantada en la puerta del calabozo de su madre, con las manos en la cara. Julius la alcanzó. En el calabozo vio a Joan Grice despatarrada de costado, reclinada, sobre un banco de madera que había arrumbado contra la pared. Le colgaba un brazo inerte sobre el suelo, con los dedos tocando la piedra. Tenía el pelo alborotado, los ojos abiertos, igual que el abrigo y la pechera de la blusa, varios de cuyos botones estaban desabrochados, y en la cara interna del seno izquierdo se le veía algo que parecía una moneda pequeña y plateada alrededor de la cual la sangre se estaba encharcando, manchando la tela y goteando hasta el suelo. Tenía el sombrero tirado boca abajo cerca de ella.

El médico los apartó para entrar en la celda. Se apoyó en una rodilla y usó el pulgar y el índice para tocar la moneda plateada. Era la cabeza de un alfiler de sombrero. No lo sacó: seguramente sacarlo la habría matado, si es que no estaba muerta ya. El alfiler de sombrero le había atravesado la membrana pericardial del corazón y estaba haciendo de tapón, pero él no sabía hasta dónde se había clavado. Le dio un pequeño cachete en la mejilla, pero los ojos de Joan no se cerraron. Permanecían abiertos, mirando fijamente, cadavéricos.

—¿Me oye, señora Grice?

Se inclinó sobre ella y le pegó la oreja al pecho, con los dedos en la muñeca. Luego se incorporó y se giró hacia Julius y Vera.

No tuvo un funeral enorme en Golders Green como el que había tenido Gricey. No le habría gustado. Y tampoco habría querido un servicio en una sinagoga, pero era lo que Vera quería. Y hasta sabía cuál quería: aquel templo humilde situado en el parque desierto cerca de Lupus Mews por el que Joan y ella habían paseado más de una vez aquel invierno, y donde Vera le había hablado a su madre del hombre al que había visto arrastrarse al fondo del jardín. Desde entonces la sinagoga había sido encalada por algún benefactor anónimo, de forma que ya no tenía pintarrajeadas ni esvásticas ni otras insignias fascistas.

Se trataba de una pequeña estructura con cúpula y arco románico sobre la puerta de entrada. Dentro había unas cuantas banquetas con un pasillo central entre ellas y puestas en paralelo a las paredes laterales, que no tenían decoración. En el muro oriental estaba el arca del santuario, oculta tras una cortina. El suelo era de piedra sin cantar, gris y fría. La congregación judía de Pimlico nunca había sido grande, y en los tiempos que corrían prefería asistir a los servicios de las sinagogas más imponentes del West End. En una de estas Julius había encontrado a un rabino dispuesto a llevar a cabo el servicio fúnebre de Joan. En el templo no cabían más de sesenta personas, pero asistió menos de la mitad de aquella cifra. Era un día húmedo y había niebla en los árboles. El cielo era gris. El funeral estaba programado para las cuatro en punto de una tarde de domingo.

No fue un servicio largo. Julius habló unos minutos. Estaba también Gustl, por supuesto; era ella quien se había quedado levantada por la noche en la sala de estar de Lupus Mews y había preparado el cadáver para el coche fúnebre. Vera y ella habían llegado a la sinagoga con Julius en el Wolseley y allí los había recibido el rabino acompañado por Frank Stone y su madre. También estaban presentes Esther y Eunice del taller de vestuario del Beaumont y otra gente del mundo teatral de Londres. Habían venido Mabel Hatch, Hattie Waterstone, Ed Colefax y Jimmy Urquhart. Sir John había mandado flores, igual que Delphie Dix. Y dos asistentes más de un mundo distinto: Karsh, solemne, con la cara gris, el pelo ralo aplanado con aceite y los ojos pálidos y opacos, casi lechosos. Joan y él se habían hecho íntimos hacia el final de la vida de ella.

A su lado, con una cicatriz lívida tan larga como su cara cetrina, se encontraba sentado Peter Ryder. También estaba presente un húngaro con abrigo de tweed verde, presente para ofrecer sus respetos y dar consuelo: Gabor Szirtes, el violonchelista.

Joan estaba en un ataúd sencillo de pino. Era un ataúd cerrado, y cuando llegó la hora, seis

hombres, incluyendo a Julius y Frank, Peter Ryder y Karsh, lo levantaron sin esfuerzo a hombros y lo llevaron a través de la fría niebla hasta el cementerio invadido de maleza de detrás de la iglesia. Desde que se había fundido la nieve habían brotado unas pocas flores, alguna que otra campanilla de invierno y algún azafrán, aunque apenas había follaje en los viejos olmos cuyas ramas colgaban sobre las lápidas a la luz crepuscular.

Un rato antes había tenido lugar una curiosa conversación. Mientras la familia entraba en la sinagoga, Julius le había murmurado a Vera, que iba apoyada en su brazo, con la cara velada y la cabeza gacha, oh, y un espíritu mucho menos valiente y estoico que el que había tenido tres meses atrás en el funeral de su padre: ¿Y por qué una sinagoga?

Vera no levantó la vista y su respuesta apenas fue audible:

—Para darle una lección a papá.

Vera se agachó para recoger un puñado de tierra del montón que había en la cabecera de la tumba. Todavía sin derramar una lágrima y sin hacer ningún ruido. Cerca de la tapia hubo un movimiento entre los desconocidos allí congregados. Vera arrojó rápidamente la tierra sobre el ataúd y, tropezándose un poco y con un fuerte sollozo, cayó en brazos de su marido.

Luego Gustl se acercó y echó a la fosa un puñado de tierra; a continuación fue Frank Stone, seguido de su madre, que nunca había tenido ocasión de enterrar a su marido, ni tampoco de oír el *kadish* sobre su tumba. Se acercó Karsh y también Peter Ryder, tal como les había pedido Vera, y también ellos echaron tierra sobre el ataúd. El rabino no había dejado de murmurar todo aquel tiempo, y por fin todo se terminó. Familiares y amigos se alejaron de la tumba en dirección a la sinagoga y a los coches.

Junto a la tapia, bajo los árboles, a solas o en parejas, los demás asistentes abandonaron también el cementerio y fueron tragados por la oscuridad creciente. Solo quedó uno. Pasó un minuto y después dos. El lugar estaba vacío, desierto. Todavía no había aparecido ningún trabajador para rellenar la tumba recién cavada. Era un muchacho, el que quedaba allí, y ahora emergió de las sombras más profundas de debajo de los árboles a las últimas luces de la tarde neblinosa. Pero un momento: ¡lo conocíamos! Lo conocíamos. ¡Era el hermano, era Hughie, el hermano pequeño del fascista muerto, Edgar Cartridge! Y atención: se estaba acercando a la tumba. Tenía la mano en la solapa del impermeable; se detuvo al borde de la tumba de Joan y se sacó una insignia que llevaba sujeta a la solapa. La tiró dentro de la tumba, donde aterrizó entre los montoncitos de tierra que había sobre el ataúd.

Y por fin pudimos ver qué era: era *aquella* insignia, la que había causado todos los problemas; Edgar tenía una, Gricey también, todos la tenían. Una centella blanca sobre fondo azul, y ahora estaba en la tumba de Joan, tirada allí en gesto de burla y rabia; ¡y oh, pobre Joan, que tuviera que ver aquello! Oh, cómo nos desesperan, ¿verdad, señoras? ¡Y a ninguna de nosotras más que a la propia Joan! Bueno, ahora está con nosotras, ¿verdad? Pues claro que sí. Le decimos que se ha

terminado, que todo se ha acabado, pero ¿qué sabemos nosotras? Solo somos las mujeres del coro.

El chico se quedó un momento más allí y luego con gesto pausado se inclinó hacia delante... y escupió en la tumba abierta. Vaya cabroncete estaba hecho. Sin dejar de contemplar lo que acababa de hacer, se secó la boca con el dorso de la mano, como si fuera un héroe o algo así. Vaya cretino de mierda. Luego se quedó unos momentos sin moverse. Allí plantado sin más. Por fin se giró para considerable alivio nuestro y se alejó caminando por el cementerio desierto. Sus modales eran sombríos, fúnebres. Llevaba el brazo derecho pegado al costado, de forma extraña, con la mano enfundada en un guante de cuero negro, los dedos rectos y señalando hacia abajo, en un rígido saludo vertical.

Agradecimientos

En primer lugar debo darle las gracias a Nancy Hamann, directora de vestuario del Huntington Theatre de Boston. Durante muchos meses estuvo contestando mis preguntas, siempre con gran calidez y pericia. También me hizo una extensa visita guiada de su departamento, que me resultó enormemente útil. Diana Toman, con buen humor y matices de sentido muy sutiles, me suministró todo el idioma alemán que yo necesitaba para dar voz a mi valiente pintora refugiada, Gustl Herzfeld. Las pinturas de Gustl que se describen en estas páginas están inspiradas por las pinturas de Marie-Louise von Motesiczky, que huyó de los Nazis en 1938 y terminó asentándose en Hampstead. Numerosos actores y directores me echaron una mano, entre ellos Julie Legrand, Giles Havergal, Jefferson Mays, Dame Susan Lyons y Edward Hibbert, a todos los cuales quiero dar gracias. También expolié un ensayo excelente y muy útil acerca de cómo interpretar el papel protagonista de *La duquesa de Amalfi* escrito por mi amiga Harriet Walter, ¡así que muchas gracias, Harriet! Aprendí mucho sobre el papel de Malvolio gracias a John Lithgow, a través de Neil Bartlett, que también me enseñó todo lo que sé sobre los actores suplentes. Muchas gracias, Neil.

Gracias a Peter Carey del Hunter College, mi instructor en materia de realidad, y por medio de él a la Hertog Fellowship, he disfrutado de un suministro anual de brillantes ayudantes en mi investigación: Brian Harkin, Jack Austin, Danny Lorberbaum y Josh Krigman, muchas gracias a todos. Y gracias con retraso a mi buena amiga Lynne Tillman, sobre todo por su cálido apoyo y sus lucidas ideas mientras yo estaba escribiendo *Constance*.

Quiero reconocer también una deuda enorme con el fascinante libro de Morris Beckman *The 43 Group: Battling with Mosley's Blackshirts*, publicado por The History Press, Stroud, Reino Unido. Me abrió la puerta.

¡Y a Jocasta Hamilton! Por editar esta novela con tacto y buen gusto y habilidad consumada, le estoy verdaderamente *muy* agradecido. Me has convertido en mejor escritor.

Pero mis mayores agradecimientos, por supuesto, van para mi mujer, Maria Aiken, criatura del teatro desde los cuatro años de edad. Ella contestó mis preguntas a todas horas del día y de la noche y sin ella, nuevamente, mi obra sería ciertamente algo insustancial; igual que mi vida.

PATRICK McGRATH
Nueva York, marzo de 2017

La última novela del prestigioso autor británico, Patrick McGrath, es un homenaje al mundo del teatro. Una atmosférica novela ambientada en un Londres de posguerra amenazado por el espectro del fascismo.



Enero de 1947. Londres está en ruinas y los víveres escasean. Bajo el cielo encapotado de este invierno especialmente crudo, la voz omnisciente de un coro teatral de mujeres nos traslada al funeral de uno de los actores de teatro más célebres de la época. Nos cuentan que su extraña muerte ha dejado desolada a su esposa Joan, encargada de vestuario de un importante teatro londinense; que no halla consuelo ni en su hija, una frágil actriz en ciernes, ni en su yerno, productor teatral de intenciones dudosas. Nos cuentan que cada noche Joan busca a su difunto marido en el tacto y el olor de sus trajes, hasta el día en que percibe el espíritu del esposo dentro del actor que le ha sustituido como Malvolio en *Noche de reyes* y, sintiendo que pierde el juicio, se encapricha de él. Mientras, el coro que nos acompaña en este drama nos lanza a una espiral de locura, intriga y traición que conduce a un devastador secreto.

En este maravilloso homenaje al mundo del teatro, Patrick McGrath erige un fascinante thriller de terror psicológico con tintes góticos y de intriga posbélica, ambientado en un Londres lúgubre y que sigue amenazado por los reductos del fascismo.

«Uno de los escritores que mejor bucea en la psique humana [...] magistral.»

JOHN BANVILLE

«Los fantasmas del teatro y el espectro del fascismo persiguen al Londres frío y sucio de este atmosférico relato, escrito por un maestro de lo grotesco.»

The Guardian

«Una brillante evocación del mundo del teatro y su sórdido glamour, pero también un retrato enternecedor de una mujer que lucha por dar sentido a su pasado e imaginar un futuro para sí misma.»

The Sunday Times

«Espléndido [...], espeluznante, elegante e intelectualmente muy hábil.»

The Telegraph

«Como es bien sabido, McGrath es un narrador brillante.»

The Observer

«Maravillosamente siniestro [...] una delicia [...] uno se enfrenta a un viaje apasionante.»

The Spectator

«McGrath es algo raro pero imprescindible, un escritor con la capacidad de exponer nuestros más oscuros miedos sin hacer que huyamos de ellos.»

New Statesman

«Un festín de novela, rica y altamente sazonada incluso antes de llegar al clímax gótico típico de McGrath.»

Reader's Digest

«Un *thriller* inquietante.»

Stylist

Patrick McGrath nació en Londres en 1950. Es autor de dos libros de relatos y nueve novelas, entre ellas, *Grotesco* (adaptación cinematográfica de John-Paul Davidson), *Spider* (adaptación cinematográfica de David Cronenberg), *Dr. Haggard's disease*, *La historia de Martha Peake*, *Locura* (adaptación cinematográfica de David MacKenzie), *Port Mungo*, *Trauma* y *Constance*, publicados en Literatura Random House y DeBolsillo. Patrick McGrath forma parte de la generación de autores literarios más interesantes de los últimos años, entre los que destacan Ian McEwan o Martin Amis. *La encargada de vestuario* es su última novela.

Título original: *The Wardrobe Mistress*

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2017, Patrick McGrath

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Javier Calvo Perales, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Joel Vaccaro

Fotografía de portada: © Dea / G. Cigolini / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3681-3

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La encargada de vestuario

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Patrick McGrath

Créditos